

BOTÍN DE GUERRA

Julio E. Nosiglia



ABUELAS DE PLAZA DE MAYO
Virrey Cevallos 592 PB1 (CP 1097)
Tel. 0800-222-2285 / 4384-0983
abuelas@abuelas.org.ar
www.abuelas.org.ar
www.redxlaidentidad.org.ar

ARCHIVO BIOGRÁFICO FAMILIAR DE
ABUELAS DE PLAZA DE MAYO
Corrientes 3284 4° H
Tel. 4864-3475 / 4867-1212
archivo@abuelas.org.ar

CENTRO DE ATENCIÓN POR
EL DERECHO A LA IDENTIDAD
Gurruchaga 1079
Tel. 4899-2223 / 4899-2228
identidadpsi@abuelas.org.ar

CONADI
25 de Mayo 552, 2° piso
Tel. 4312-6648
conadi@jus.gov.ar
www.conadi.jus.gov.ar

FILIAL DE ABUELAS LA PLATA
Calle 8 N° 835, Galería Williams,
Piso 6 Oficina 1 (CP.1900)
Tel. (0221) 425-7907
laplata@abuelas.org.ar

FILAL DE ABUELAS MAR DEL PLATA
Bolívar 3053 7° D, edificio "Tango"
Tel. (0223) 496-3029
abuelmardel@abuelas.org.ar

FILIAL DE ABUELAS ROSARIO
Calle Moreno 248
Tel. (0341) 472-1466/472-1467
int. 114
rosario@abuelas.org.ar

FILIAL DE ABUELAS CÓRDOBA
Duarte Quirós 545, piso 3, dpto. C,
Edificio "El Foro" (CP 5000)
Tel.Fax. (0351) 421-4408
cordoba@abuelas.org.ar

FILIAL DE ABUELAS AYACUCHO
Almirante Brown 514

EDITOR

Abel Madariaga

PRODUCCIÓN Y COORDINACIÓN

Clarisa Veiga

CORRECCIÓN DE REEDICIÓN

Florencia Magnaterra

COMPOSICIÓN Y ARMADO

Diego Gorzalczany

DISEÑO DE TAPA

Bárbara Linares

Índice

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13

PARTE UNA: LOS SECUESTROS

Capítulo 1	17
Capítulo 2	43
Capítulo 3	63
Capítulo 4	81
Capítulo 5	99
Capítulo 6	121
Capítulo 7	149
Capítulo 8	179
Poesía: A mi futuro hijo	207

PARTE DOS: LOS REENCUENTROS

Capítulo 9	211
Capítulo 10	237
Capítulo 11	255
Capítulo 12	283
Capítulo 13	303
Capítulo 14	325

EPÍLOGO	353
---------------	-----

Prólogo a la nueva edición

Hacer una nueva edición del libro “Botín de Guerra” de Julio Nosiglia es para Abuelas de Plaza de Mayo una enorme satisfacción, así como una gran necesidad.

Fue nuestro primer libro, en sus páginas el autor fue diagramando impiadosamente y con sacro respeto nuestras historias de vida. Desnudamos por primera vez nuestro dolor para compartirlo con la humanidad con el sólo objetivo que la toma de conciencia social nos aportara noticias de nuestros hijos y nietos. Fue como una carta abierta la que escribimos con la mano del autor para hacernos conocer, salir de la intimidad para lo público. Tuvimos reservas, pudor abstinencias, pero la persistencia y obstinación literaria pudieron más.

Ya han pasado muchos y trabajosos años desde aquellos días en que en la vieja e histórica casona de la calle Corrientes éramos sorprendidas por la pequeña figura de Nosiglia, husmeando tras las puertas para rescatar nuestras palabras de angustia, alegría o proyectos compartidos.

Mucho más habría que agregar en este nuevo siglo XXI, año 2007. Hoy disfrutamos los resultados de nuestra lucha viendo crecer en libertad a 85 nietos, hombres y mujeres que nos devuelven con amor nuestro amor por ellos.

Nuevos pensamientos han nacido en nosotras, otras maneras de hacer el camino, enriquecedoras experiencias de otras partes del planeta.

Pero este libro debe seguir siendo leído. Allí está en bruto nuestra realidad. Es una enorme satisfacción reeditarlo. Es una innegable necesidad leerlo para tener memoria. Estas páginas van para nuestros jóvenes y niños. Por el Nunca Más.

Estela Barnes de Carlotto
Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo.

Introducción

El 24 de marzo de 1976, un nuevo golpe militar sacudió la sociedad argentina. A partir de esa fecha, el aparato represivo –que ya desde antes venía perfilándose y operando en el país– de aceitados engranajes y bestiales procedimientos, detentó en sus manos la totalidad del poder público. El Estado Terrorista surgió entonces en todo su esplendor, llevando a su máxima expresión la Doctrina de la Seguridad Nacional. En su seno, se abrazaron fraternalmente los representantes de la oligarquía, los de la Patria Financiera y sus primos hermanos de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, verdadera Patria Torturadora a esa altura de los acontecimientos. Desde lejos, el capital multinacional y el imperio aprobaban. Desde más cerca, el Poder Judicial obedecía y la población ignoraba o prefería ignorar, amedrentada. Desde las catedrales, la inmensa mayoría de la jerarquía eclesiástica guardaba un silencio que, no pocas veces, parecía más bien una bendición.

En medio de ese panorama fue que dio comienzo la depredación. En lo exterior, los militares que gobernaban la Argentina eligieron el camino del apoyo a los más reaccionarios regímenes del continente –en ocasiones contribuyeron también a derribar autoridades constitucionales de países vecinos– y el del respaldo a las más sangrientas aventuras intervencionistas yanquis. En lo interior, entronizaron el genocidio. De acuerdo con fascistas –y por momentos delirantes– reglas de juego unilateralmente impuestas, miles y miles de ciudadanos mayores de edad o apenas adolescentes, de muy variado compromiso militante –y algunos de ellos carentes de toda actividad política– fueron calificados como potenciales enemigos y pasaron a engrosar las siniestras listas que caracterizaron al Proceso: las de los torturados, las de los fusilados, las de los desaparecidos. Eran los días de la puesta en marcha de un plan minuciosamente elaborado y dirigido por los jefes máximos de las Fuerzas Armadas y aplicado luego por una suboficialidad y por unos oficiales intermedios netamente verdu-

gos, que aún visten uniforme y levantan –cada vez más– la voz desde los cuarteles. Eran los días de quienes aseguraban su deseo de reimplantar la decencia pero se enancaban en la corrupción, de quienes afirmaban haber llegado para fundar la paz pero traían la muerte, de quienes reivindicaban la propiedad pero robaban, de quienes lagrimeaban de emoción frente a la familia pero la destruían. Eran, en fin, los días de los lobos ya sin pieles de oveja que los disimularan.

Ni los niños se salvaron de ese apocalipsis. También formaron parte de la extensa procesión de las víctimas. Si sus padres fueron los rehenes, ellos se convirtieron en botín de guerra.

Ser asesinados durante acciones represivas, ser masacrados en el vientre de sus madres, ser torturados antes o después del nacimiento, ver la luz en condiciones infrahumanas, ser testigos del avasallamiento sufrido por sus seres más queridos, ser regalados como si fueran animales, ser vendidos como objetos de consumo, ser adoptados enfermizamente por los mismos que habían destruido a sus progenitores, ser arrojados a la soledad de los asilos y de los hospitales, ser convertidos en esclavos desprovistos de identidad y libertad, tal el destino que le tenían reservado los uniformados argentinos.

Terribles sus historias. Este libro sólo pretende recoger algunas de ellas. Y las de las mujeres que entre el dolor y la esperanza los buscaron y los seguirán buscando hasta encontrar a todos y hasta que se haga realidad ese clamor que pide castigo a los culpables.

Parte una: **Los secuestros**

Capítulo 1

Los inviernos son fríos en City Bell. En agosto, recién a mediodía, con el solcito, los más chicos salen a la calle. Llevan camperas infladas y esponjosas, rojas, amarillas, azules con vivos blancos, de capuchas forradas en piel que les caen sobre los hombros. Desde abajo de los flequillos desparejos miran inquisitivos a los que pasan. O patean indiferentes las piedritas al borde de las calles. O se ensucian los jeans al treparse a los muros de sus casas sin jardín. Subidos ahí encima ven llegar a los que vuelven del colegio, chicas de pelo lacio con polleras escocesas a veces y sacones gruesos con el cuello levantado, guantes de lana, mochilas en la espalda. Echan de menos los veranos y las bicicletas. Pero se conforman, porque saben que volverán.

Detrás de la ventana, en su escritorio, una mujer los mira. Vive en un chalet cálido, con bananeros y un pino en el frente, un portón blanco y tejas en el techo. Hace poco ha plantado flores diminutas que ya están creciendo entre el pastito, al lado de la puerta. Esos niños que juegan pasan ante sus ojos y se le mezclan ansiosamente con sus propios recuerdos. Quizás por eso desvía la mirada y relee la carta que ha escrito hace ya años, en 1981:

“Clara Anahí, mi chiquita, hoy es doce de agosto, es tu cumpleaños. Cumples cinco años, mi vida, y yo sólo puedo imaginarte... Hace cuatro años y nueve meses, oscuras fuerzas te llevaron. Eras apenas un bebé con batita rosa, con una boca grandota que reía y reía y unos ojitos espiones que buscaban ansiosos las caras de papá y mamá, para reír de puro llena de amor. Y cómo reías cuando yo te cantaba el arrorró ¡Tan desafinada como siempre! La familia, gozosa, opinaba que demostrabas muy buen oído y gran inteligencia”.*

(El espanto, el horror, aquel 24 de noviembre de 1976. Los tiros. La muerte... Y ‘desapareciste’. Te llevaron solita. Tenías tres meses. El tiempo se detuvo. Nunca más la vida).

* Clara Anahí continúa desaparecida, su abuela todavía la busca.

Te he buscado, mi Anahí, sin descanso. Por sobre el desgarrante dolor de mis muertes. Ignorando las armas, las amenazas y las injurias, te busqué un día y otro día y otro y un mes y muchos meses. Apretando los dientes. Quemándome las lágrimas. Con rabia y desesperación. Estallando el corazón pensaba en tu primer dientito, en tus primeros pasos. Crecías y yo debía encontrarte ya, ya mismo, enseguida.

Fui imaginando tus primeros vestiditos y tus muñecas y el jardín de infantes. Y no te puedo encontrar, mi chiquitita: ‘Se ignora tu paradero’.

Te compro muñecas, sabés? Las tengo en cajas que ya tuve que cambiar por otras más grandes. Se acumulan muñecas... y no te encuentro.

Te busco sin descanso. Qué hicieron con mi bebita, con mi Anahí. ¿Dónde estás? Tengo que apurarme, tengo que encontrarte antes de que sigas creciendo lejos de mí, de lo que queda de tu familia. Todo mi tiempo y las energías que me quedan son para buscarte. Te encontraré algún día. Pero, por Dios, que sea pronto.

Debes ser alta como lo eran tus padres. Quizás te han cambiado la edad, quizás por eso empieces a ir al colegio demasiado pronto: en 1982, quizás. ¿Te habrán conservado el nombre? Te sigues llamando Clara Anahí o sólo Anahí. ¿O sólo Clara? Tu cabello seguirá siendo castaño oscuro y lacio –te decíamos ‘Pelopincho’–. ¿Habrás heredado la miopía familiar? Tus orejas grandes, también heredadas, ¿no cambiarán?

Te encontraré, Anahí mía, no temas. Tu abuelita te reconocerá porque te lleva en la sangre. Eres hija de mi hijo muerto. Y tus ojitos, mi amor, quisiera tanto que no guarden la visión del horror! Que no haya quedado en tu interior el ruido de la metralla, el grito de muerte de Diana, tu maravillosa madrecita.

(Dios, si estás ahí, escucha. Diles que me devuelvan a mi nieta. Ayúdame a no odiar, porque no sé si son hombres o hienas los que me la llevaron indefensa, con su pañal y su batita rosa.

Y a mi Anahí dile, por favor, que su abuelita está aquí, buscándola, arañando las puertas herméticas. Que la encontrará un día, que no tenga miedo. Díselo, por favor, para que no asome esa infinita tristeza a sus ojitos cuando está sola, cuando la roza el recuerdo lejano del total despojo).

Anahí mía, mi chiquitita, espera un poquito más, estoy buscándote. Mientras llego, sientes que te abrazo. ¿Oyes, no un solo corazón sino tres, latiendo juntos, bendiciéndote? Anahí, Anahí mía, Anahí nuestra, confía. Ya nos encontraremos. Confía en tu abuelita, que se ha convertido en acero para buscarte pero que volverá a ser nido y tibieza cuanto te encuentre, chiquitita mía”.

Ahora, los chicos se han perdido en sus propios mundos, la calle ha quedado nuevamente vacía. La mujer se ha sacado los lentes y la contempla, con el mentón apoyado en las manos entrelazadas.

Conoce de la tristeza y de la soledad pero llora muy contadas veces y jamás ha dejado de luchar. Se llama María Isabel de Mariani, es elegante y canosa, fue pintora, ceramista y profesora.*

Su marido dirigió la orquesta del Colón: en los amplios livings de otras casas se reunían los amigos después de los conciertos exitosos, en esas horas de vajillas importadas y manteles de hilo, cuando los troncos ardían tenuemente, se escuchaba a Bach y se discutía sobre arte. Pero el 24 de noviembre de 1976 se quebró el magnífico equilibrio de esos ritmos y el clavicordio emitió en adelante solamente negras notas discordantes: sobre las ruinas de un Vivaldi hecho pedazos comenzaba más bien a sonar la hora trágica de Wagner. Al otro día –25 de noviembre– “El Día” –de La Plata,– “La Prensa” y “La Nación” repetían fielmente los comunicados oficiales:

“A las trece y treinta del día de ayer, personal de las Fuerzas de Seguridad se hizo presente frente a la vivienda sita en la Calle 30, entre 55 y 56 de la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires) en razón de haberse recepcionado una denuncia de que en el lugar funcionaría una imprenta clandestina perteneciente a un grupo de terroristas. En cuanto el personal policial descendió de sus vehículos, fue agredido desde el interior de la casa con disparos de armas de fuego automáticas, produciéndose un intercambio de disparos. Poco tiempo después concurrieron al lugar tropas del Ejército, que hallaron igual resistencia desde el interior del inmueble, situación que se prolongó durante alrededor de tres horas.

Por obvias razones de seguridad, dado lo intenso del tiroteo, se interrumpió el tránsito vehicular y peatonal en la zona. En razón de la sostenida resisten-

* María Isabel de Mariani fue una de las fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo, pero actualmente no pertenece a la institución.

cia de los ocupantes de la vivienda, al cabo de varias horas de intercambio de disparos fue menester emplear explosivos, con lo que se redujo a los sediciosos y se logró el acceso a la finca –seriamente dañada por el combate– hallándose, en efecto, una imprenta clandestina perteneciente al grupo ‘Montoneros’, instalada en los fondos de la casa y los cadáveres de siete personas mayores, tres de ellas carbonizadas a consecuencia del incendio provocado por el episodio bélico. En el curso del suceso referido perdió la vida el agente de la policía de la provincia de Buenos Aires José Sconza y resultaron heridos los agentes Néstor Ramón Buzzatto y Cecilio Gómez.

En cuanto a los delincuentes terroristas abatidos, se identificó a Roberto César Porfidio, Juan Carlos Poiris, Eduardo Mendiburu y Diana Esmeralda Teruggi, no lográndose de inmediato la identificación de los tres restantes por la carbonización de sus papilas dactilares. Consultados los vecinos del lugar acerca de los habitantes de la finca, algunos manifestaron que allí vivía un matrimonio con un bebé, y otros que varios jóvenes tenían allí la sede de un reparto de alimentos conservados, tareas que efectuaban en una camioneta Citroën”.

Pero más allá de estas interpretaciones, María Isabel de Mariani guarda sus propias vivencias de aquellos acontecimientos:

“Todo ocurrió un miércoles 24 de noviembre. Los miércoles eran los días que traían a mi nietita a mi casa. Era ese día en el cual yo no trabajaba en el colegio por la tarde. Mi nuera –adorada por nosotros como una hija– la traía enseguida de almorzar y yo la bañaba, la cuidaba, conversábamos... Tenía tres meses. Ese miércoles, como siempre, las estaba esperando. La noche anterior me había telefonado Diana. Yo había recibido una encomienda de mi marido, que estaba dirigiendo en Italia: una caja de bombones kilométrica y un camisón. En cuanto vi el camisón –que era una artesanía, hermosísimo– inmediatamente pensé en regalárselo a Diana, como me gustaba regalarle todo lo lindo que llegaba a mis manos. Ella me llamó esa noche para decirme que me iba a traer la nena al día siguiente. Le pregunté si iban a venir los dos y me respondió que no, que mi hijo tenía que ir a Buenos Aires y que ella me traería la nena como

siempre, en su Citroneta. Le dije: –Bueno, vení, porque tengo algo para regalarte. A su pregunta acerca de qué era, le respondí: –Algo lindísimo. Yo sabía que le iba a quedar muy bien, porque era alta como yo. Le iba a gustar mucho. Todavía está ahí, envuelto, sin estrenar, esperando que un día la nena lo tenga... Le dije que también me habían regalado unos bombones y que yo había abierto la caja pero que la iba a dejar así, hasta cuando ellos vinieran, porque eran muy ricos. Al otro día, cumplí mis tareas en el colegio y me vine rápidamente, para tener todo listo, sobre todo el baño para la nena, porque pensaba que me la traerían más o menos a las dos de la tarde. Preparé todo y me puse a tejer una batita color rosa... Y en eso, oí una bomba. Era la una y media más o menos y yo estaba esperando que de un momento a otro llegara Diana. Sentí esa bomba y enseñuida otra y otra y otra. Estaba una señora que limpiaba la casa –más amiga que empleada– una señora de edad y corrí a decir: –Doña María, escuche, ¿qué es esto?... Escuche, ¿qué es? Y empezamos a oír sirenas. Pasaban autos. Estábamos a quince cuadras, un poco más quizás. Por supuesto que no se me ocurría que pudieran ser ellos, de ninguna manera, pero... sentía una desesperación... De repente, no pude seguir tejiendo. Dejé todo suspendido. Ni siquiera terminé la hilera, la dejé en la mitad. Sin terminar de sacar un punto. Y me fui a la casa de una amiga, una amiga que vivía muy cerca, una amiga de la infancia. Estuve un rato allí, pero seguía muy inquieta: pasaban helicópteros, toda la gente estaba en la calle, era un bombardeo continuo, no paraba. Y yo sentía... bueno, se ve que mi corazón captaba lo que estaba pasando. Eran cañonazos, era la muerte. Yo, mientras tanto, iba y venía y volvía a mi casa, corriendo. Y me encontré al pasar con una señora que era inspectora de colegios y vivía a media cuadra y era la hermana de Massera. Estaba con todos sus nietos afuera: ¿Y tu nieta?, me preguntó. Y yo le contesté: –La estoy esperando, pero no sé si con esto me la van a traer. Me respondió: –Mirá cuántos tengo yo... Y me mostraba los nietos. Así llegaron las cuatro de la tarde y seguía el bombardeo y yo... yo... yo lloraba. Bueno, claro, también tenía que computar esto: que siendo profesora del colegio secundario y de la universidad, poco a poco fueron matándome mis alumnos. Me iban ma-

tando alumnos y alumnos. Era cuestión de abrir el diario todos los días y ver cual alumno habían abatido el día anterior.

Estaba destrozada con todo eso. Por eso pensaba, amargamente: –Serán algunos chicos. Pero nunca imaginé que fueran los míos.

Me quedé, al final, en mi casa, por si venía Diana: siempre esperaba que viniera Diana, con la nena. Y temiendo que pasaran cerca de... porque el bombardeo era para el lado donde ellos vivían, yo me daba cuenta de que era para ese lado. Pero no llegaron. Como a las ocho de la noche me llamó mi madre diciéndome que mi papá se había descompuesto y me pidió que fuera hasta su casa, en City Bell. Fue providencial ese llamado, porque esa noche vinieron las fuerzas conjuntas por mi casa. Dormí en lo de mis padres entonces y al otro día, a la mañana... leí el diario y escuché la radio –Radio Colonia– y ahí me enteré... Entonces me fui para mi casa, en el ómnibus. Cerca ya, tomé un taxi –yo vivía en la Calle 44 de La Plata, una avenida que se une con el camino a Mar del Plata– y cuando iba dando la vuelta, frente a la plaza, vi que había un montón de gente reunida frente a casa. Estaban todos los vecinos afuera, angustiados, porque muchos de ellos pensaban que yo estaba adentro, muerta.

Esa noche habían venido todas las fuerzas, en camiones. Y había un soldado –me contaron después– que daba cada tanto la vuelta a la manzana disparando tiros al aire, para que nadie se asomara y conminaba a los vecinos a esconderse. Ametrallaron el portón de hierro de mi casa y por supuesto ametrallaron y destruyeron también el auto. En realidad, destruyeron todo. Cuando yo quise entrar, los vecinos entraron conmigo y alguien me avisó que tuviera cuidado con el umbral: habían roto una lámpara –yo hago cerámica y hacía bases para lámparas– habían pelado el cable y lo habían conectado: o sea que la persona que pisara allí o que simplemente rozara –estaba todo completamente a oscuras y era fácil que una cosa como esa ocurriera– podía quedar electrocutada. Adentro... bueno, casi no se podía entrar ni abrir la puerta. Estaba todo deshecho. El piso tenía una capa de restos de objetos. Los muebles, rotos. No quedaba un vaso, las copas, toda la vajilla, todo, todo, todo estaba destrozado. Cerámicas, cuadros, papeles, ropa. Todo roto y mezclado. Los bombones que

yo había guardado para Diana se los habían comido y habían tirado la caja ahí. Se habían comido también todo lo de la heladera. Los restos del fiambre estaban también tirados. Habían sacado las botellas de aceite y las habían vaciado sobre el piso, sobre las alfombras. Las flores, las estampillas –yo coleccionaba estampillas– las habían tirado para arriba –era como si hubieran llovido en toda la casa– y también los libros y los discos. Como medio metro de cosas amontonadas sobre el piso... todo revuelto, con vidrios rotos... como si hubiera habido un cataclismo total. El azúcar, por ejemplo, desparramada. El café, junto con el aceite, entre la ropa, en el piso, en toda la casa. Los aparadores, volcados, golpeados y rotos. Las camas, únicamente, las habían un poco desarmado y había alguna que estaba más o menos... Los discos de mi marido, todos rotos: él tenía cajones de cintas grabadas con sus conciertos y se las llevaron todas menos una: el “Réquiem”, de Verdi. Esa, la dejaron encima de un sillón, en donde no había otra cosa más que esa grabación y mi tarjeta de seguro de vida: una buena indirecta, ¿no? Bueno, entré: no se podía caminar, había que hacer un pequeño sendero para poder avanzar hasta el teléfono. También me habían robado los teléfonos de la planta alta pero desde uno del primer piso –que había quedado cubierto por una cantidad de libros revueltos– llamé a mis consuegros.

Ellos se acababan de enterar, vivían también en La Plata y vinieron a mi casa. Y... bueno... ahí... ahí entré en una especie de... no sé, no sé qué estado... no sé... Creímos que habían muerto los tres. También la nena, con semejante horror. En algunos diarios se decía que estaban los dos muertos –mi hijo y mi nuera– y de la nena no decía nadie nada, ni una palabra sobre ella en ningún lado. Por ahí, en uno de los diarios, había dicho un vecino que había visto sacar un balde con algo que creía que era el cuerpo de la nena. Entonces me fui con mi consuegro a la comisaría Quinta de La Plata a preguntar y a pedir los cuerpos y me dijeron que ellos se ocuparían de todo y le dijeron a la mamá de Diana que no la pidiera porque estaba carbonizada, que se había quemado y que no quedaba nada de ella, que no le convenía verla. Entonces, yo dije: ¿Y mi hijo? Me contestaron: –Su hijo, está peor. Insistí: ¿Y la nena? Me dijo el poli-

cía: —¿Qué nena? Le digo: ¿Cómo qué nena? Mi nieta. Me respondió: —No, no, ahí no había ninguna nena. Nosotros insistimos con que la nena estaba allí. Nos constaba, porque si no me la había traído Diana —y Diana había muerto allí y nunca se separaba de la nena— lo lógico era que estuviera allí. Dijeron que no, sin embargo, que en el sumario no figuraba, que se yo... Bueno, yo no quería ir a mortificar a mis padres con mi terrible dolor. Ellos sabían lo que había pasado pero una cosa es que lo supieran y otra muy distinta era que me vieran a mí, en ese estado de desesperación en que estaba. Por eso, a partir de ese día, dormí por varios días en lo de mis consuegros. Nos negaron los cuerpos y ni siquiera nos dijeron dónde serían enterrados. Nada, absolutamente. Se ve que yo estaba muy mal, porque me internaron: estuve dormida durante dos o tres días, muy bien no lo recuerdo. Cuando salí, la noticia que me tenían mis consuegros era que la nena había muerto: habían averiguado, por medio del Rector de la Universidad —doctor Gallo— quien a su vez había derivado en otras personas el pedido. Esas personas fueron a preguntarle al general Camps —el cual había estado presente aquel día— y a ellas el general Camps les había dicho que la nena había muerto, que no la buscaran. Entonces, me fui a vivir a casa de mis padres. A todo esto, mi marido estaba en Italia: le avisé lo que había pasado y quiso venirse. Yo comencé a levantar cuidadosamente el desastre que había en la casa, para ver si quedaba algo, aunque más no fuera un pequeño recuerdo de los chicos. Pero, además de lo que habían roto, habían robado todo: televisión, tocadiscos, máquina de coser, hasta los lápices de colores. No estaba recuperada anímicamente ni mucho menos, al contrario. Pero hacía el esfuerzo de limpiar y ordenar pensando que venía mi marido y que él no podía tener el mismo impacto que había tenido yo. Entonces quería preparar siquiera la mitad de la sala para poder sentarnos a conversar allí los dos: eso me obsesionaba en ese momento. Eso y el deseo de encontrar algún recuerdo de los chicos. Aunque prácticamente no quedaba nada, se habían llevado las fotos, las diapositivas, todo lo que pudiera ser de ellos. Era verano ya, yo llegaba a casa diariamente a seguir con la limpieza y desde lejos se sentía el olor a pólvora y el olor de los tilos que estaban florecidos, por

eso ahora siempre mezclo el perfume de los tilos con el olor de la pólvora... y no puedo sentir el olor de los tilos. Uno de esos días, era domingo, temprano. Yo iba llegando y pasó un auto con hombres disfrazados. No había nadie en las calles. Llevaban las caras pintarrajeadas. Y me vieron. Entonces aceleraron, dieron la vuelta a la manzana, pasaron de vuelta y me dijeron algo y yo me di cuenta de que estaban dando vueltas alrededor de la casa. Volvieron a acelerar porque se pasaron –iban corriendo como locos– y dieron la vuelta a toda velocidad en la esquina, y en cuanto ellos desaparecieron dando la vuelta a la manzana nuevamente supe que me iban a llevar y me escondí entre dos autos. Pasaron sin verme y empezaron a frenar frente a mi casa, pero en eso pasó un taxi: fue providencial, porque paró –aunque el chofer estaba asustadísimo– y yo corrí, subí y me fui. Ese día tuve miedo: los hombres pintarrajeados actuaban como drogados, aparte de disfrazados.

Y es espantoso no saber lo que hay detrás. Detrás de un disfraz, detrás de una aberrante cara asesina pintarrajeada, con gorro de media o con pelucas como de lana. Era una cosa diabólica, horrible. Porque si uno ve una cara, por más feroz que sea, es una cara. Pero esto es una careta y lo que hay detrás no se sabe. Horrible, una de las situaciones más tremendas que he vivido. De todas maneras, seguí yendo a mi casa y juntando todo, pedacito por pedacito, metiéndolo en cajas que ponía en la vereda: eran unas seis o siete cajas por día. Uno de los recuerdos más vivos de ese momento fue una tarde en que pasaba el camión de la basura y vi con qué unción levantaban esos cajones, esas cajas. Fue como si me hubiera despertado de una pesadilla, fue como una conmoción... nunca se van a imaginar esas personas lo que hicieron por mí al levantar con ese respeto los cajones. Fue como si rindieran un homenaje a todo mi dolor.

Fue como revivir. Como si me prendiera un poquito a la vida, porque hasta ese momento yo no quería vivir, no quería nada: era como un zombi, seguía adelante porque seguía, porque sí, por inercia, porque tengo energías. En fin, seguí limpiando. Un día, había sacado unas enormes cacerolas que tenía para hacer goulash cuando venían mis visitas y las estaba llenando de agua hirviendo para poder sacar del piso de madera el

aceite que habían derramado... La señora que trabajaba conmigo había tenido miedo y ya no me venía a ayudar y yo tampoco busqué otra persona que me ayudara, así es que estaba haciéndolo sola.

La casa era grande, la puerta estaba rota, la ataba con una cadena –nadie se atrevía a arreglarme la cerradura ni yo me atrevía ya tampoco a insistir más con alguien– y yo estaba perdida en mis pensamientos. Entonces, súbitamente, noté –yo estaba en la cocina comedor– que el living se había llenado de hombres, con Itakas en ristre. Hombres vestidos de civil, enormes, grandotes... Contra las ventanas que daban a la calle, grandes, se veían siluetas de especies de monstruos, allí parados... Me asomé y uno dijo: –Capitán, aquí hay una. Entonces, le dije: –no diga una: soy una señora y soy la dueña de la casa. ¿Qué quieren? ¿Por qué han entrado así? El que se titulaba de capitán, respondió: –Venimos a hablar con usted. Era el único morocho: los demás eran rubios, grandotes y todos jóvenes. Yo... les dije de todo. Les grité, les dije que por qué venían, qué querían de mí si ya me habían llevado todo, si habían tenido el coraje de matar a la nena, de matar a mi hijo, de matar a mi nuera, de destruir mi casa. Les dije todo lo que se me ocurrió. Ellos me oían, nada más. De repente, corrieron todos y subieron por la escalera semicircular del living, subieron hacia las habitaciones del primer piso y, como locos, corrían para todos lados, apuntando con las armas mientras ese capitán les gritaba: –¡Cuidado! Yo le dije: –¿Cuidado de qué? Respondió: Porque puede haber gente con armas... Bueno, ahí les dije otra vez todo lo que pensaba: que no fueran cobardes, que la única que estaba era yo. Revisaron la casa, no obstante, diciendo que buscaban armas; por supuesto no las había, era una suposición muy absurda. Después, me dijeron que no me iban a molestar más. Al salir, les pregunté por qué habían ametrallado el auto: estaba obnubilada y se me ocurrió que la nena podía estar adentro, en el baúl... o mi hijo... era un disparate, pero en ese momento les dije que abrieran el baúl.

Entonces me amenazaron todos con las armas mientras uno de ellos lo abría: no había nada. Pero me interrogaron. Fue un interrogatorio muy extenso, me preguntaron muchas cosas, donde estaba mi marido y todo

eso, mientras un hombre grande, rubio, de ojos celestes –no me voy a olvidar más de su cara– revolví mis cosas, los bolsitos llenos de papeles y de recuerdos que yo solía tener en mi escritorio. Yo no podía contenerme, les enrostraba que habían matado a mi familia, me puse contra la pared y les dije que me mataran... total, ya me habían matado, al matarme a mis hijos me habían matado a mí, que no era más que una cáscara vacía... de manera que terminaran la obra matándome allí mismo... eso les dije... llorando desesperada... llorando desesperada. Se fueron, diciendo que nunca más me iban a molestar. En efecto, nunca volvieron, aunque hubo una guardia permanente frente a casa. En fin... a todo esto vino mi marido. Y fue por entonces también que recibí una llamada telefónica de una amiga que me tenía una noticia: la noticia era que una persona de su amistad había sabido, por intermedio de otra –un jubilado policial, conectado con el comisario Sertorio, de la seccional Quinta– que la nena estaba viva. Me decía que la buscara. Con muchísimo miedo me dijeron esto, con muchísimo miedo... pero me trajeron la vida. Entonces fui a hablar con ese comisario. Y él me dijo que sí, que estaba viva... pero que si él lo tenía que decir ante alguien lo iba a negar. Eran los últimos días de 1976 y desde ese momento no dejé de buscar a mi nieta, desde esa entrevista en la cual me enfrenté a ese hombre de unos cuarenta y cinco años, a ese hombre morocho, de pelo y ojos muy negros, unos ojos muy fríos y que entonces me parecieron muy tristes y lo que pasaba era que eran ojos de reptil, nomás... Sí, en ese momento me dio pena verle los ojos tristes, hasta ese extremo era yo ingenua, sentada en ese despacho de la comisaría Quinta, con un campo de concentración –sin yo saberlo– instalado en el sótano, bajo mis propios pies”.

Realmente, aquel 24 de noviembre todo se transformó para los Mariani. A la una y media en punto de la tarde las fuerzas de la Guardia de Infantería de la Policía de la Provincia de Buenos Aires rodearon absolutamente la manzana en la cual se hallaba edificada la casa donde vivían Daniel Mariani y Diana Teruggi. Desde el cielo, un helicóptero parecía coordinar el operativo. Media hora después, aproximadamente, los primeros camiones del Ejército doblaban

casi sobre dos ruedas en la esquina y semi agazapados saltaban desde el interior soldados con armas largas y uniformes de camouflage, con el inconfundible corte yanki. Sin embargo, más allá de todo ese despliegue resultaba difícil reducir a los situados. Cautamente, algunos policías fueron copando las casas de los alrededores, sin demasiados buenos modales, por supuesto. Disparaban desde las azoteas y sus fuegos se cruzaban, por momentos. A la sombra, instalado en una suerte de puesto de comando y rodeado por algunos oficiales, el general Ramón Juan Alberto Camps comandaba los movimientos. Como todos los militares argentinos, había ascendido merced a los avatares burocráticos y a las pujas internas dirimidas en escritorios confortablemente alfombrados, a falta de marciales campos de batalla. Estrategia de relaciones públicas y buenos respaldos, más bien que de acertados despliegues tácticos. Algunos compañeros de promoción suelen mostrarse ahora muy poco piadosos con el entonces jefe de la policía provincial, al cual adulaban en aquellos días: “Mesiánico, casi místico, era un gris oficial que, sin la guerra sucia, sería hoy absolutamente desconocido. Hasta ese momento, su principal preocupación había sido la conservación de la silueta y de su cara de militar duro y ascético. Gustoso de las armas y de la caza, en cuanto lo dejaron prefirió el camino de tenderle trampas a los seres humanos. De esa forma, hasta se creía que realmente salvaba a Occidente”, se vengan ahora, no exentos de revanchismo. Indiferente a toda crítica, no obstante Ramón Camps festejaba aquella tarde como una verdadera victoria personal. Estaba ascendiendo en la pirámide y rápidamente llegaría a la cúpula, a esa posición privilegiada en la escala del poder, en la cual la soberbia y la impunidad son el alimento de todos los días y desde donde emanarían sus declaraciones de mayor crueldad: “Personalmente no eliminé a ningún niño. Lo que hice fue entregar a alguno de ellos a organismos de beneficencia, para que les encontraran nuevos padres. Porque los padres subversivos educan sus hijos para la subversión. Y eso hay que impedirlo... Hay gente que concurre a la Plaza de Mayo y que sabe perfectamente bien que su hijo o nieto no están desaparecidos, que saben donde están y sin embargo siguen utilizando ese hecho. Tal es el caso de la abuela de la niña Mariani, que sabe perfectamente que su nieta murió en un tiroteo y sin embargo la sigue reclamando como desaparecida”, iba a decir algún día. Por ahora, estaba terminando de aceitar un engranaje bonaerense

—inmerso en el más amplio engranaje nacional— merced al cual muchos chicos iban a ser privados de su propia identidad e iban a sufrir un destino todavía desconocido. Estaba terminando de enhebrar una lógica orientada a la obtención de una finalidad de tipo global: la de contribuir a infundir un indiscriminado y generalizado terror en la población. Estaba redondeando las pautas que más adelante justificarían que niños con discernimiento fueran interrogados sobre las actividades de sus padres o de los amigos de sus padres, o que fueran torturados o amenazados con ser torturados ellos mismos para contribuir así a la tortura de sus padres, meros botín de guerra en manos de sus captores.

El grito de muerte del agente Sconza lo sacó de sus cavilaciones. Unos momentos antes Diana Teruggi había intentado proteger de las balas a su bebé y, a la carrera, había atravesado el fondo de la casa, con la niña en brazos. Una ráfaga la partió por el medio. Su sangre cubrió a Clara Anahí, mientras las dos rodaban por el suelo, al lado de un tapial. Entonces Sconza les gritó a sus compañeros: —Cúbrame, voy a buscar esa criatura para mí... Al instante siguiente, cayó muerto. Poco después, estalló la bomba arrojada por los cañones del ejército, una explosión que liberó algo así como dos mil grados de calorías —sospechosamente parecida al napalm— y que inauguraba una nueva metodología represiva en el país. En medio del silencio posterior y entre columnas de humo y focos de incendio semiapagados, se procedió a recontar los muertos. En ese sentido, las cifras fueron bastante poco claras: algunas versiones aseguraban que las fuerzas armadas no habían sufrido bajas y otras, por el contrario, les asignaban nada menos que siete cadáveres: “Lo que pasa que ese día se ocultaron ciertas cosas —asegura hoy un temeroso policía retirado—. Hasta se habla de un ajuste de cuentas interno de las fuerzas y de un funcionario que fue abatido por sus propios compañeros: se quedaba siempre con las mejores partes del botín. Por lo menos una autopsia de las practicadas ese día habla de balazos por la espalda”, complementa. Cuando pasó todo, dos jeeps verde oliva arribaron discretamente, contemplados desde detrás de las persianas semibajas por los aterrorizados miembros del vecindario. Robustos hombres con uniforme de fajina e impecables cascos como de desfile descendieron de ellos, en medio de voces de órdenes y un aire de boato. Sobre sus hombros, como única identificación, lucían las cruzadas palmas del generalato. Eran Adolfo Sigwald y Carlos G. Suárez Mason y mientras ellos avanza-

ban, se oían aislados disparos de fondo: “Esa tarde se remataron los heridos”, juran y rejuran lejanos testigos. Años más tarde, cuando elevaran sus declaraciones ante el juez federal de primera instancia número 3, doctor Héctor Carlos Adamo, secretaria en lo penal número 8 a cargo del doctor Carlos J. Guerello, los tres generales –Camps, Sigwald y Suárez Mason– iban a hacer gala de un parco estilo cuartelero en su prosa pero, sobre todo, de una endeble memoria. En efecto, expresaría Adolfo Sigwald al magistrado actuante:

“Preguntado: Por las generales de la Ley;

Contestó: Que declaro bajo juramento y no me comprenden las generales de la Ley;

Preguntado: Si estuvo presente en el operativo realizado el 24/11/76 en la calle 30 N° 1136 de la ciudad de La Plata;

Contestó: No estuve presente en el desarrollo de las acciones llevadas a cabo en el operativo de referencia; llegué al lugar finalizado el mismo;

Preguntado: Para que diga a qué hora llegó al operativo mencionado;

Contestó: No recuerdo con exactitud a qué hora, pero sí recuerdo que fue al caer la tarde y que cuando me hice presente las operaciones a que hace referencia la pregunta 2, ya habían terminado;

Preguntado: Para que informe quiénes y cómo fallecieron a consecuencia de dicho operativo;

Contestó: No recuerdo;

Preguntado: Para el caso que diga que murió una menor, indique a consecuencia de qué y qué autoridad se hizo cargo del cuerpo;

Contestó: Me remito a la respuesta de 4;

Preguntado: Si fuera negativa respecto de la menor en cuanto esta fuera hallada viva, quién la tomó a su cargo y dónde fue trasladada;

Contestó: Me remito a la respuesta de 4”.

Por su parte, la siguiente iba a ser la declaración de Carlos G. Suárez Mason:

“Preguntado: Por las generales de la Ley;

Contestó: Que declaro bajo juramento y no me comprenden las generales de la Ley;

Preguntado: Si estuvo presente en el operativo realizado el 24/11/1976 en la calle 30 N° 1136 de la ciudad de La Plata;

Contestó: Que no estuve presente; que llegué después de finalizado;

Preguntado: Para que diga a qué hora llegó al operativo mencionado;

Contestó: En hora avanzada de la tarde, que no recuerdo con precisión;

Preguntado: Para que informe quiénes y cómo fallecieron, como consecuencia de dicho operativo;

Contestó: Que se me informó que en dicho operativo hubo varias bajas de ambos sectores, entre muertos y heridos, no recordando el número, sexo o edad;

Preguntado: Para el caso que diga que murió una menor, indique a consecuencia de qué y qué autoridad se hizo cargo del cuerpo;

Contestó: No recuerdo;

Preguntado: Si fuera negativa respecto de la menor en cuanto esta fuera hallada viva, quién la tomó a su cargo y a dónde fue trasladada;

Contestó: Ignoro las circunstancias referidas en la pregunta”.

Por último, éste sería el testimonio brindado por Ramón Camps:

“Tengo el honor de dirigirme a V.S. contestando el oficio librado en la causa N° 3160 y en respuesta al interrogatorio de siete puntos declarar, bajo juramento de Ley, lo siguiente:

1ra) Estuve en el operativo del 24/11/1976 originado en la calle 30 N° 1136 de esa ciudad de La Plata como Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y bajo control operacional del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, de modo que me comprenden las generales de la Ley. Igualmente declaro con veracidad;

2da) Me remito a lo declarado;

3ra), 4ta), 5ta) y 6ta) En oportunidad del operativo y luego de un intenso tiroteo, se declaró un incendio. Como consecuencia del mismo, resultaron varias personas fallecidas, de las cuales recuerdo estaban totalmente carbonizadas. De haber existido en el lugar de marras una criatura de tan corta edad, pudo haber perecido en el siniestro. Todo lo expuesto es lo que se dio a la prensa;

7ma) Las de práctica, no recordando detalles por el tiempo transcurri-

do, pudiendo existir antecedentes al respecto en la Jefatura de Policía de la Provincia de Buenos Aires”.

Un olvido colectivo y de tamaño envergadura, no puede menos que llamar la atención a cualquier observador medianamente desapasionado, a cualquiera que conozca la memoriosidad de que hacen gala nuestros oficiales cuando de recordar anécdotas vinculadas con la vida militar se trata, andanzas e historias que desgranar puntualmente en incontables casinos y en distintas veladas, sobre todo si hay damas presentes. En efecto, se había tratado de un operativo importantísimo dentro del accionar represivo que se verificaba por entonces en la provincia bonaerense: así lo indican la duración del mismo, el número de las víctimas, la presencia personal del mismísimo jefe de la policía provincial desde un primer momento en el lugar del hecho. ¿Hasta dónde, entonces, es lógico que tales detalles se tomen con una ligereza tal que justifiquen su desaparición de la memoria de los principales protagonistas, los cuales, por otra parte, acababan de poner en práctica el nuevo método –de gran predicamento después– de bombardear lisa y llanamente a las viviendas sospechosas de albergar a miembros de los grupos guerrilleros? Ante tales reflexiones parece no quedar otro camino que el de convencerse de que a través de los testimonios de estos militares se trata de disimular la existencia en la vivienda de la desaparecida Clara Anahí. Para un gobierno militar equipado con un eficiente servicio de inteligencia –en lo interno, por lo menos– no debía ser difícil establecer –si lo deseaba, claro– el paradero de una criatura que todavía no caminaba y que para subsistir dependía de una mamadera. Con sólo apelar al sentido común, parece bien claro que la niña sólo pudo ser retirada de su hogar por las mismas fuerzas conjuntas que lo atacaron, sitiaron y ocuparon, previo acordonamiento absoluto de la zona, que precedió al enfrentamiento. Parecía bien claro, ciertamente, pero era difícil aceptar por entonces esa realidad en la Argentina de 1976, el año en que tendrían lugar la mayor parte de las desapariciones de niños y de adolescentes. De allí en más, la represión iba a establecer las reglas de juego. Los secuestros se producirían fundamentalmente en los domicilios de las pequeñas víctimas, en horarios que generalmente se iban a ubicar entre las 23 y las dos de la mañana. La mayoría de esos menores llevaban una vida

regular, vivían con sus padres, cursaban estudios en colegios a los que concurrían normalmente. Todos poseían auténticos documentos de identidad o estaban legalmente registrados ante los organismos pertinentes. Se ocuparían de arrebatarnos, en adelante, hombres que podrían o no usar uniformes identificables, fuertemente armados, en grupos de entre cinco y once o más miembros, desplazándose en automóviles particulares sin matricular generalmente, pero también en vehículos pertenecientes a cualquiera de las tres fuerzas armadas o a las diversas ramas de la policía. La duración de los procedimientos sería variable —desde escasos minutos a horas enteras— y nunca, en su transcurso, intervendrían para interrumpirlos —por más que fueran llamadas por el vecindario— las seccionales de la zona en donde ellos se efectuaban. Finalmente, en el caso de los adolescentes, jamás se iba a permitir a los padres acompañar a sus hijos, ni se les suministraría información alguna acerca de las causas de la detención. También con los más desprotegidos se ensañaba el terrorismo de Estado, hijo dilecto de la ideología de la Seguridad nacional.

Unos días después del ataque armado a la casa de Daniel Mariani, María Isabel de Mariani —su madre— levantó el tubo de su teléfono y quedó petrificada: su hijo le hablaba desde el otro extremo. Estaba vivo y esa certidumbre pareció imbuirla de fuerza nueva. Por otra parte, cada día estaba más segura de que su nieta también vivía y de que seguramente había sido vendida o regalada a algún importante miembro —o socio— del Proceso. Alguien le había casi susurrado al oído: “—Cuando el operativo en la casa de su hijo terminó, un suboficial se acercó al general Camps con un pequeño bulto entre sus brazos. Era Clara Anahí, y estaba viva. El hombre le preguntó a su jefe qué hacía con eso y el jefe, con un movimiento de cabeza, le señaló el asiento de atrás de uno de los autos que ya se retiraban. Póngalo ahí, le dijo. Más no puedo decirle, no me comprometa”. De esa manera, un mundo sórdido se delineaba ante esa mujer:

“A mí me parecía absurdo todo eso, porque yo, en aquel entonces, todavía no me daba cuenta de que realmente, a los chicos se los querían quedar. Yo pensaba que los devolvían. Siempre pensaba que a la nena yo no la encontraba porque no la sabía buscar. Fue en aquel primer momento, por supuesto, porque no sabía que existían otras personas buscando desa-

parecidos. A mí no me había llegado –o no había captado– que había desaparecidos. Sí que había muertos, que mataban a mucha gente y mataban alumnos míos. Por ejemplo, acababan de asesinar, hacía poco, a un muy querido alumno mío, que era justamente el sobrino de Massera, Pablito Rivero. Era muy serio, muy respetuoso... y bueno... una noche lo mataron. Iba en una moto con un amigo –también alumno mío– y los mataron a los dos... creo que venían de ver un partido de fútbol por la televisión, iban para sus casas y los ametrallaron por la espalda... Por eso, porque no me daba cuenta de muchas cosas, cuando me enteré de que mi nieta estaba viva no sabía por dónde empezar a buscarla, todo era nuevo para mí. Entonces fui al Regimiento 7 de Infantería, que según el diario había tomado parte en el ataque. Allí, frente al cuartel, me paraba. No me daba cuenta pero ellos me apuntaban desde arriba, desde esa caseta que tienen. Un día avancé, avancé, avancé. No oí que me gritaban hasta que una señora, de repente, me tomó del brazo: –Señora, a usted le están gritando, me dijo. Me amenazaban desde arriba con dispararme porque yo ya estaba llegando a la puerta y no se podía entrar, por supuesto. Bueno, ahí llevaba todos los días cartas y cartas para el jefe del regimiento y me decían que volviera tal día o tal otro. El jefe era el coronel Roque Presti. Una mañana, como tantas, estaba yo allí y vino una señora a preguntar por el hijo y ahí me enteré de que había alguien más pidiendo noticias de un familiar. Lloraba como loca esta señora y su hijo había desaparecido. Venía de Mar del Plata, me parece. Yo me acerqué a ella y le dije: –Pero qué caso le van a hacer estos canallas, si no devuelven una criatura. ¡Cómo van a dar una respuesta por un grande! Entonces salieron varios uniformados y nos preguntaron que estábamos haciendo ahí. Yo contesté: –Cómo no voy a estar aquí si traigo una carta cada día y nadie me contesta. Estoy esperando la respuesta... Porque yo llegaba y por un agujerito de la pared le daba la carta al soldado que estuviera de guardia. Sí, entrar era imposible y hasta al acercarse a la vereda lo amenazaban a uno desde arriba y uno tenía que detenerse en el medio de la calle y esperar ahí... Esperé horas todos los días alguna respuesta, pero nunca se producía ninguna. Me quedaba hasta que en un momento dado me cansaba y me iba y volvía

al otro día... Les entregaba la carta y les decía: –¿Espero? Y ellos me contestaban: –Y bueno, si quiere espere... Ese día en que me encontré con esa señora... bueno... armamos un gran escándalo allí y entonces me dijeron que trajera otra carta dirigida ya ni me acuerdo a quien y me aseguraron que esa vez iba a tener respuesta y por escrito. Un día llegó la tal respuesta. Me llené de esperanzas porque me habían contestado al fin, a mi casa y con carta certificada, con la firma de este coronel Presti, que ahora estoy seguro de que era falsificada. En esa carta me decían que no tenían ninguna noticia, pero que iban a seguir investigando. Me lo creí. ¡Tantas centenas de respuestas idénticas he recibido después! A aquella señora no la vi más desde aquel día en que lloraba a gritos y yo me puse a consolarla y después a llorar con ella y se armó ese escándalo... Bueno, siempre sola, pasaron enero, febrero, marzo... Seguí yendo al regimiento, a la comisaría, preguntando a personas del barrio, limpiando los destrozos de casa, viendo que hacía con mi propia vida. Me sentía espantosamente sola. Los vecinos de al lado me dijeron que estaban aterrorizados, que la noche que habían tiroteado mi casa ellos se abrazaban y lloraban, creyendo que me estaban matando a mí... recién a la mañana se asomaron, porque tenían terror y los habían hecho entrar amenazándolos con las armas. Algunos, volvieron a acercarse a mí. Otros, me dejaban sentir su... su comprensión, digamos, con la mirada, con un saludo... pero yo tenía vigilancia enfrente y... ¿quién se iba a atrever?... Y mis familiares... somos una familia muy chica, mi marido estaba en Italia... mis padres me apoyaron, claro, pero... eran ancianos... necesitan más apoyo ellos. Y los amigos... esa es una de las grandes tristezas que hemos tenido todas. Mi casa, antes, estaba siempre llena de gente... y ahora, de repente, cuando yo iba por la calle, alguien, alguna persona conocida, cruzaba a la otra vereda, mirando las vidrieras. O miraban al frente. Y empecé a darme cuenta de que... bueno... Alguien, alguna vez, tímidamente mandaba unas líneas... otra persona hablaba por teléfono. Tres familias amigas continuaron siendo amigas, solamente, arriesgándose... arriesgándose.

El resto, la gente que nos rodeaba antes... nunca se acercó... nunca. Me dolió también lo de mis compañeras de trabajo: fueron veinticinco años

compartidos, no había amistades pero sí años compartidos de trabajo, de preocupaciones. Y no hubo nada... nada... no hubo nada en ningún momento, nada que me ayudara a sobrellevar esas horas tan difíciles. Esas son grandes decepciones. Claro, ante el dolor de la pérdida de mi nuera y de la nena eso pasaba a un lugar secundario. Sí, casi me avergonzaba por ellos: yo siempre he sentido vergüenza por los demás, desde chica he sentido vergüenza por ciertas actitudes ajenas...

Bueno, así fueron las cosas. Lo que pasa es que siempre hice un culto de la amistad, para mí los amigos siempre han significado mucho en la vida. Ahora, entiendo también que quizás no sea tan simple decir 'se borrarón': es que muchos tuvieron miedo, ahora me doy cuenta de que el miedo ha existido –y muy poderoso– porque ahora, recién ahora, actualmente, alguno se acerca, recién ahora. Sí, fue muy grande el terror... Bueno, después de buscar a la nena en las comisarías y los regimientos, alguien me dijo que probara también con los juzgados de menores.

Allí comenzó otra etapa de mi lucha. Me encontré con una asesora de menores increíblemente humana, que me escuchó y tomó el caso como una verdadera jueza. Era la doctora Lidia Pegenaute, hoy –efectivamente– jueza. Es una señora de unos cuarenta y cinco años, de gran fuerza y energía, una mujer magnífica, una jueza jueza, de los pocos jueces de verdad que conocí en estos años –tres jueces apenas– a quienes les interesaban realmente los menores.

Ella fue la que me lo dijo: –Hay otras dos señoras a quienes les faltan los nietos y que vienen también por este juzgado. Y agregó: –Usted está muy sola, señora. Yo le contesté: –Sí, claro, he quedado sola. Y yo iba, iba, iba a verla. Ella, por su parte, comenzó a investigar: preguntó a los bomberos que apagaron el fuego aquel día, preguntó a la comisaría Quinta, hizo una verdadera búsqueda de la nena, no esperó que le trajeran las cosas. Habló con el comisario Sertorio y a ella también él le confirmó que la nena vivía. Seguía diciéndome que yo estaba muy sola pero yo no captaba la sugerencia. Hasta que un día me di cuenta: –Pero es claro –me dije– podría encontrarme con otras abuelas y juntas podríamos hacer más. Hasta llegar a ese momento yo había recorrido un largo camino, por

supuesto. Me había conectado con mucha gente, había buscado datos, había investigado por mi cuenta. Pero el primero de agosto de 1977 mataron a mi hijo. Cuando pasó eso, empecé a dejarme morir. Caí en un estado de depresión profunda. Me enteré de su muerte recién el día dieciocho, por un llamado telefónico. Entonces, yo ya no quería vivir, pensaba que no tenía objeto seguir existiendo. A pesar de todas las evidencias empecé a pensar si en realidad la nena no estaría muerta, si no estaría yo siguiendo caminos equivocados para conseguirla. Empecé a decaer. En mi casa, en ese momento, no dije nada de la muerte de mi hijo, era demasiado ya.

A Daniel lo asesinaron las fuerzas conjuntas al entrar a una casa y yo me enteré tarde y no podía consolarme... no supe nada exacto acerca de esa muerte, nadie me supo decir nada, sólo sabía que estaba muerto. Es difícil poder imaginarse ese dolor mortal que debía soportar en silencio. Era mi único hijo, un maravilloso ser humano que había sido asesinado por querer contribuir a hacer un mundo más justo para sus hermanos sufrientes, para sus futuros hijos. Ahora, ni siquiera sabía lo que habían hecho con su cuerpo. No, yo no quería ya vivir y empecé a decaer, decaer, decaer. Así llegó setiembre y fue entonces cuando recibí una insinuación de venta de la nena: unas personas amigas se ofrecían para una intermediación, porque un policía cercano a ellos podía conseguir a Clara Anahí y entregármela, a cambio de dinero. Entonces preparé todo –iba a vender la casa para reunir la cantidad que me pidieron– y fui al consulado italiano porque la nena también tiene la doble ciudadanía, como mi marido, mi hijo y yo. El consulado se ofreció para ayudarme en todo lo que necesitara, sacar la nena del país, refugiarnos, lo que fuera. Sentí un enorme agradecimiento. Pero la persona que estaba a cargo del consulado dudó de lo que yo estaba diciendo y fue al juzgado de menores; la asesora le confirmó todo lo que yo decía y, sin embargo, ese funcionario de todos modos se entrevistó con Camps. Y Camps le dijo que la nena me la estaba queriendo vender mi propio hijo, porque no había muerto. Cuando me relató esta opinión, ya hacía un tiempo que yo sabía del asesinato de mi hijo y entonces no pude resistir ese insulto, esa calumnia, ese horror. Me enojé enormemente y tuve una gran discusión con ese encargado

consular, quien tomó una actitud muy agresiva, creyéndole a Camps y agravando a mi hijo. Fue ese para mí uno de los desgarrones más terribles. Espantoso, uno de los momentos más dolorosos que yo viví. Salí enloquecida de allí. ¿Cómo confiar ya? Toda la ayuda que esperaba quedaba en la nada. Para colmo, a todo esto la gente que iba a venderme a mi propia nieta se retrajo, tuvieron miedo, parece que no se podía sacar ya de dónde estaba o que la habían cambiado de lugar... no sé bien lo que pasó, si los descubrieron o si fue a raíz de la intervención del consulado... Pero ese conato de venta de la nena, el hecho de que estuve a punto de recuperarla y el hecho de que eso me volvía a asegurar que estaba en algún lado me dio fuerzas para vivir. Cuando estaba en esa hecatombe, desesperada, fue que la asesora de menores me vio tan mal y me insinuó que me encontrara con alguien. Es que ella se daba cuenta de mi soledad. Además, por entonces empezó a circular por La Plata el rumor de que yo estaba loca, que no había asumido la muerte de mi hijo, ni de mi nuera ni de la nena, y entonces la seguía buscando porque ‘pobre Chicha –Chicha es como me dicen mis amigos– está trastornada’.

Sí, esa era la frase: ‘Pobre Chicha, está trastornada’. Ese fue otro de los grandes dolores, porque la verdad es que asumí las muertes de mis dos hijos, aún desgarrándome entera pero la nena estaba viva y yo debía buscarla y debía también buscar los cadáveres de Daniel y de Diana y debía también buscar justicia. Así que seguí adelante. Nadie sabía qué hacer en ese momento y menos yo. Decidí ir a la Corte Suprema de la provincia, me presenté allí y pedí directamente hablar con el presidente. Me preguntó de muy mal modo los motivos y yo le dije que era para presentar un recurso de amparo en favor de mi nieta. Ellos contestaron: –¿Qué derecho tiene usted de pedir amparo si estamos en una guerra? Hay que asumirlo, señora. La que hablaba así era una secretaria y yo empecé a los gritos, yo que he sido muy discreta siempre les gritaba de qué servían todas esas alfombras rojas y esos cortinados rojos y esos despachos tan lujosos si no me ayudaban para encontrar a una niña desaparecida. Tan mal me puse que no supieron qué hacer conmigo y me mandaron a hablar con el doctor López Osornio, quien me escuchó. Era la primera

vez que alguien me escuchaba y hablé. Hablé y hablé, conté y conté: por supuesto, nada conseguí, pero al menos sentía comprensión... Y también me entrevisté con la jerarquía eclesiástica. Por ejemplo, con monseñor Montes, que creo que era en aquel momento obispo auxiliar y me recibió en la Catedral. Antes de eso, yo había mandado una carta a monseñor Aramburu, en la cual ofrecía mi vida por la de mi nieta, pero nunca tuve respuesta. Así es que fui a ver a Montes. Durante el viaje, adelante del taxi en el cual yo viajaba iba una ambulancia, que llevaba una bolsa con una especie de bulto en su interior. Le pregunté al chofer qué era eso y me respondió que era una ambulancia de la policía y que ese bulto era un muerto. Parecía un atado de huesos, lo llevaban enroscado al cadáver. Cuadras y cuadras anduvo la ambulancia adelante. Hacía poco que habían matado a mi hijo, así es que... llegué en un estado calamitoso a la Catedral. Me recibió monseñor Montes, que me atendió muy bien: casualmente había estado en el casamiento de mi hijo. Conocía a Diana y a Daniel, sabía de su valor humano. Por eso me retiré sumamente esperanzada. Volví como a los diez días, pero me recibió muy serio. Correcto, pero serio. Me dijo –Señora, no hay que mover las cosas. Yo le dije: –Pero... ¿usted se acuerda por qué vine? Respondió: –Sí, sí... Pero no hay que molestar a la gente: se inquieta la gente, se los puede poner en peligro. Insistí: –Pero... le estoy hablando de la nena... La respuesta que encontré de su parte fue la siguiente: –Sí, sí, me refiero a los que tienen a la nena. Me quedé helada: –Pero monseñor... fue lo que atiné a balbucear casi, porque yo no entendía lo que él me quería decir. Pero él continuó: –Lo que tiene que hacer es rezar, rezar mucho. Ahí, le contesté: –Hace ocho, nueve meses que estoy rezando. Y realmente rezaba, porque en el momento en que recibí por teléfono el aviso de la muerte de mi hijo, en vez de caerme muerta –porque lo que sentí era que me moría– me brotó un padrenuestro a gritos, y después me enteré que Miguel Ángel Estrella mientras lo torturaban por primera vez también rezaba un padrenuestro. No sé por qué, pero así ocurrió: yo empecé a gritar un padrenuestro, llorando, y no terminé ese padrenuestro y seguí llorando, cuando me avisaron de mi hijo... entonces, una manera de aferrarse a la vida quizás fue

rezar. Por eso le dije a monseñor: –Rezo mucho, llevo meses rezando. Entonces, casi me gritó: –Le falta fe, señora! Muy brutalmente me lo dijo. E insistió: –Rece, que le hace falta fe. Inmediatamente se paró y dio por terminada la entrevista... Así se terminó mi relación con monseñor Montes, que fue obispo auxiliar de monseñor Plaza. A él también lo fui a ver, pero nunca me recibió, me hacía atender por un guardia que tenía en el subsuelo, un jubilado policial creo que era, de apellido Sosi. Este hombre me atendía muy bien pero me preguntaba muchas cosas y tengo la impresión de que en lugar de ayudarme lo que quería era sonsacarme información. Así que no sirvió para nada todo eso... Después también fui a ver a monseñor Picchi, muchas veces, antes de que fuera trasladado a Venado Tuerto por monseñor Plaza: no me aportó nada concreto, pero por lo menos me escuchaba y en 1977 el que a uno lo escucharan, tan siquiera eso, ya era mucho... Después, en uno de los viajes en que vino desde Italia mi marido, fuimos también a ver a monseñor Graselli, de la Armada. Desde hacía tiempo estaba enterada de que este hombre recibía familiares de desaparecidos, pero me resultaba muy difícil de entender eso de ir a pedir informes a la Marina. En fin, al final igual fuimos a verlo. Nos recibió sonriente y le preguntó a mi esposo: –¿Usted se la llevaría? Yo creí que se refería a mí y por eso le dije: –No, no me voy si no es con la nena. Expresó entonces Graselli: –No, señora, no me refiero a usted, lo que quiero saber es que si yo consigo a la nena su marido estaría dispuesto a llevársela fuera del país.

Mi esposo respondió: –Sin duda, me las llevo a las dos. Monseñor puso punto final a la entrevista: –Entonces, vuelvan dentro de una semana. Nosotros, volvimos a casa muy esperanzados. A la semana siguiente, estábamos de vuelta en el despacho. En esa oportunidad, sin embargo, monseñor evitaba mirarnos a los ojos. Su vista se dirigía más bien al suelo. Revisó un fichero –que incluía los nombres de todos los desaparecidos– y dijo: –¡Qué barbaridad! Cuánto han tardado en recurrir a mí... Ahora, ya está perdida la nena... Está ubicada muy alto... No se la puede tocar... Lo lamento, no puedo hacer más nada. Nos fuimos horrorizados. Nuestro error había sido alimentar tantas esperanzas: no podía creerse

en la veracidad ni en la honestidad de alguien que estaba trabajando en la Marina, en un momento en que la Marina tenía la Escuela de Mecánica de la Armada abarrotada de desaparecidos.

En realidad, puedo decir que por intermedio de la Iglesia nunca tuvimos ni noticias de ningún niño desaparecido, ni siquiera noticias. Ellos siempre dicen: –Bueno, pero los niños... ¿y si sufren? Están con esa teoría de que si sufren. Pero no piensan en lo que van a sufrir cuando se enteren de que están secuestrados. No, nunca hicieron nada, salvo los obispos De Nevares, Novak, Hesayne, Zazpe y alguno que otro sacerdote, que fueron verdaderos puntales para la vida y para la fe”.

Por entonces, ya estaba llegando el final del año 77. Una conspiración de silencio se paseaba de una punta a otra de la Argentina. Sólo en voz baja se contaban historias espantosas, que muchos ni siquiera querían oír. Las sirenas, los autos clandestinos, los uniformes de fajina, eran los amos y señores de la noche. Por entre todo eso, con su propio dolor a cuestas, siguiendo la recomendación de Lidia Pegenaute, una mañana, a eso de las diez, María Isabel de Mariani tocó el timbre de Alicia de de la Cuadra. Un chico en camiseta, mientras tanto, sentado en el cordón de la vereda, le sonrió.

Capítulo 2

Una mujer alta, delgada y fibrosa, de penetrantes ojos azules, abrió la puerta. Ella era Alicia de de la Cuadra y también cargaba con pesadas cruces a cuestras. Habían llegado, con su marido, desde Corrientes, buscando que los cinco hijos pudieran estudiar: paradójicamente, los represores de La Plata, más que sus aulas, iban a ser encargados de devorar a la familia. Probablemente la destrucción comenzó para ellos en la noche del 2 de agosto de 1976, durante el primer invierno del Proceso. Ese día, a eso de las 23, las culatas heladas de las metralletas parecieron querer tirar abajo la puerta del departamento. Estaban empuñadas por hombres jóvenes y morochos, algunos de pelo bien recortado, los rostros preferidos de las fuerzas de seguridad. Milagrosamente, no robaron nada. Tampoco vaciaron las heladeras, como siempre solían hacerlo. Tenían otras urgencias, por lo visto: buscaban a Roberto José de la Cuadra, que tenía 25 años y era empleado de YPF. Cuando se dieron cuenta de que no estaba, los que mandaban se miraron pero no tuvieron muchas dudas: –Nos llevamos a la madre– dijeron. Sería un buen rehén. Bajaron ruidosamente por los ascensores, con ese aplomo que suele dar la impunidad. Desde el hall, ella alcanzó a ver los Falcon estacionados en la puerta del edificio. Pero vio también algo que la llenó de espanto: su hijo, recién detenido, estaba con las manos contra la pared, las piernas separadas. Ávidamente le revisaban los bolsillos. Era evidente que, aunque lo buscaban, no lo conocían y dudaban de su identidad. Alguien le hizo levantar, entonces, bruscamente, la cabeza a Alicia de de la Cuadra y escuchó una voz ronca preguntándole: –¿Ese es su hijo? Ella contestó rápidamente: –No. Nunca lo vi a ese hombre. En ese preciso instante su mirada se cruzó con la de ese muchacho crucificado contra esa pared recién pintada: “Me quedó grabado ese momento. Fue un dolor terrible. Pobre hijo, fue como si lo negara, ¿no?”, recuerda hoy, y como aquel día las lágrimas le brillaban en el borde de los ojos. Sin embargo, no fue*

* Todavía busca a su nieta nacida en cautiverio.

un nuevo Pedro que renegaba de Jesús: al contrario, desesperadamente, intentaba salvar a su hijo.

Pero el olfato de los perros se agudiza en las cacerías, dicen. Y a pesar de todo, esos hombres —y otros que llegaron, algunos pintarrajeados, otros con pelucas, casi todos con anteojos muy ahumados, en una mezcla de payasada y demonismo— encontraron el documento de Roberto José de la Cuadra: —Me parece que ya lo tengo, dijo el descubridor. Entonces, el jefe, se dirigió a la madre: —Usted nos ha mentado, le gritó. ¿Y usted, que esperaba?, contestó ella con tristeza pero también desprecio. Fue la última vez que vio a su hijo a pesar de que revolvió los cielos y la tierra. Al principio, las esperanzas fueron grandes: No te aflijas, los tranquilizó un amigo de su marido. Y agregó: —Yo he trabajado muchos años con Julito Gómez, el ministro de Justicia de la provincia y él me hará hablar enseguida con Harguindeguy. Así sucedió, en efecto: entre carpetas vetustas que cubrían su escritorio y cartucheras que pendían desde los respaldos de las sillas, el rechoncho general recibió al intermediario de la familia y le aseguró: —Para el 12 de octubre, ese muchacho estará de vuelta en la casa; la va a sacar barata, pero que no se meta más en nada. Alicia de de la Cuadra recuerda muy bien ese día prometido, que quedó en su vida como marcado a fuego:

“Mis otros hijos me decían: “mamá, no esperes”, pero yo esperaba, no podía evitarlo. Pero fue una burla más, otra mentira como todas las que dicen ellos. Ese 12 de octubre a la noche estuvimos todo el tiempo en el balcón, sentados, con mi marido. Toda la noche... Al otro día, me di cuenta de que eran mentiras, pero... seguimos igual muchos años esperando. Eso es lo horrible, lo diabólico de todo esto, la falta de certeza. Racionalmente, uno se da cuenta de que pueden no volver y sin embargo, suena el teléfono o el timbre cualquier madrugada y pensamos “ahí están, son ellos”.

¡Cuántas veces, por la calle, al ver de atrás a un muchacho me pareció que era el pelo de mi hijo! Se sigue pensando, se sigue creyendo que algo pueda suceder, que vuelven. Porque no se sabe nada de su muerte, si realmente fue, o cómo, o dónde. Por eso, una a veces se conduce del sufrimiento de las madres y abuelas que saben con seguridad que a sus hijos sí los mataron, pero sin embargo, esto de no saber, ¿no es peor? Si

se piensa lo malo, porque ¿cuántos años hace ya que se los llevaron? Siete, ocho... así que todo, todo, hace pensar que ya no están... que ya no están... Y sin embargo, uno sigue esperando. Seguimos esperando. Y yo creo que vamos a esperar de por vida. Muchas veces me he sentido desesperada e impotente ante esa muralla de silencio y negación total de lo sucedido. Pero nunca, nunca vencida y en todo momento con la convicción de seguir mi lucha hasta encontrar a todos los nietos y a mi nieta, hasta lograr su restitución a su verdadero hogar, hasta poder cobijarla en mis brazos como querían sus padres. Y si no puedo tener a mis hijos desaparecidos, seguiré luchando por el esclarecimiento de todo lo sucedido, para que los argentinos y el mundo entero sepan, sin lugar a dudas, quiénes fueron los asesinos”.

Seis meses después del secuestro de su hermano, Elena de la Cuadra concurrió al consultorio de la dentista Norma Estela Campano de Serra, ubicado en la calle 33 entre 24 y 25, de la ciudad de La Plata. Era maestra jardinera y adoraba los chicos: ese día había sido especialmente caluroso y cansador pero de todas maneras estaba contenta y más feliz todavía se sentía al tocar por sobre su pollera su embarazo de cinco meses. De repente, desde la calle, comenzaron a atronar los altavoces, conminando a salir a los asistentes al consultorio. De todas maneras, no tuvieron demasiado tiempo para hacerlo, porque inmediatamente las granadas de gases lacrimógenos rompieron estrepitosamente los vidrios de las ventanas: Elena de la Cuadra, en medio de las corridas y de la oscuridad, alcanzó a apretar la mano de su marido, Héctor Cario Baratti Valenti, un obrero de Propulsora Siderúrgica, de Ensenada. Eran las nueve de la noche y su madre recuerda:

“Ese día la llevaron. Por lo que sé y por testimonios posteriores –por ejemplo de la señora Calvo de Laborde– ese mismo 23 de febrero por la noche ingresó a la comisaría Quinta, de La Plata. Quienes la secuestraron hicieron un despliegue muy grande de fuerzas. Algunos estaban de civil, otros uniformados. La primera que salió, con los brazos en alto, fue Elena. Ninguno de ellos apareció nunca más. Me dijeron que la doctora

Campano había sido liberada y que trabajaba como dentista en el Hospital Español.

Así que fui hasta allí y pedí ser atendida por ella: –Acá no hay ninguna doctora Campano, me respondieron. No dio resultado ninguno de esos intentos. Tampoco me recibieron denuncia alguna al respecto ni en la Quinta ni en la Jefatura de la provincia. Sólo una actitud recogía: frialdad e indiferencia en todos lados.

Y también terror, sobre todo cuando el doctor Chiva –que presentó el primer hábeas corpus por mi hijo, en el juzgado del juez Russo– fue secuestrado también él. Así, de esa manera, las presiones se sucedían. Por ejemplo, el secretario del general Camps destrató a un allegado nuestro que había llegado hasta su despacho en busca de información: –Usted es un viejo idiota, un inservible que viene a molestarnos–, le dijo concretamente. A mí un Torino blanco intentó atropellarme y después se detuvo, mientras un hombre joven me miraba provocativamente desde el interior, aunque yo me rehice y pasé por delante suyo: es que no podía demostrarle que tenía miedo, porque eso es lo que ellos querían. Imponer el terror”.

Chapoteando en esos lodazales, Alicia de de la Cuadra, como todas al principio, también había comenzado a actuar casi a ciegas, enfrentando una situación que hasta ahora desconocía y sumergida en una vivencia cuyas verdaderas dimensiones de monstruosidad no podía siquiera todavía imaginar. Multiplicaba los trámites y recorría los regimientos, hasta que los caminos la llevaron –a ella también– hasta las puertas del despacho de monseñor Graselli. “Ese hombre te puede ayudar, porque sabe mucho”, le habían dicho, con no pocas prevenciones. Corría entonces marzo del 77 y ya refrescaba por las tardecitas, aunque en Mar del Plata todavía se besaban muchachos despreocupados en los más oscuros rincones de las boites y vedettes tan trepadoras como pésimas actrices se fotografiaban casi desnudas y adornadas apenas por los sobrios colores de las gorras de los oficiales de la Armada, algo ladeadas, por supuesto, como convenía a las circunstancias: “París bien vale una misa”, pensarían y, después de todo, era preferible adormilarse con los murmullos del éxito y no

con esos aullidos que algunos vecinos escuchaban surgir algunas noches desde las entrañas de la Escuela de Mecánica, en cuyos fondos solían arder también, de tanto en tanto, misteriosas fogatas avivadas por puntillosos oficiales de impecables uniformes blancos. Pero alejado de tales terrenales pasiones, monseñor Graselli escuchó la narración de Alicia de de la Cuadra. Había oído ya, por otra parte, muchas similares: era cierto que manejaba muy buena información, datos que reposaban en un fichero que se alzaba al lado de su escritorio y que solía consultar sin preámbulos –y también sin remordimientos– ante los mismos familiares que hasta él llegaban. Después de todo, era también una suerte de oficial y por debajo de la estoica sotana parecían por momentos asomar lustrosos borceguíes.

Cuando la mujer se desahogó, el cruzado revisó sus propias anotaciones y fue al grano, en un estilo que desdeñaba esos vericuetos de vocabulario a los cuales recurren a veces los civiles: –A Elena, hay muchas posibilidades de que la pasen a disposición del Poder Ejecutivo. Cuando esto suceda, véame de nuevo y veré qué hacer. Pero, de todas maneras, si no llegaran brevemente a ponerla bajo el PEN, no se preocupe: hay hospitales, en los cuales las chicas son muy bien atendidas. Y después, agregó: –En cambio, de su hijo Roberto poco es lo que puedo decirle: ya pasó mucho tiempo... Frente a esas afirmaciones, Alicia de de la Cuadra sintió que, en parte al menos, le volvía el alma al cuerpo. A los pocos días, retornó al despacho de Graselli. El austero crucifijo, desde la pared, fue el único testigo de ese diálogo:

–Efectivamente, Elena está detenida y, posiblemente, digo, en los alrededores de La Plata.

–Entonces, monseñor, dígame exactamente en qué lugar...

–No, eso no me lo pida. ¿Y sabe por qué le digo que no? Porque si usted se entera del lugar va a andar dando vueltas y vueltas por el sitio. Y eso la puede perjudicar a ella. Y usted, no va a conseguir nada. Además, ¡señora! Usted no me dijo que Elena estaba embarazada de siete meses...

–Monseñor: tanto nervio, tanto dolor, tanta inseguridad... todo eso hace que uno no recuerde todo lo que dice... No estoy segura de si se lo dije o no...

–No me lo dijo, señora.

–Pero no ha de ser de siete, todavía...

–Si, está embarazada de siete meses. El médico dice que está de siete... Ahora no puedo decirle nada más, ni tampoco hacer más nada por usted. Tiene que tener fe.

–Pero comprenda, monseñor. Yo pido una sola cosa: que me digan de qué es que acusan a mi hija. Y quiero que me contesten: ¿qué podía hacer de tan grave con esa enorme panza que tenía?

–Eso yo ya no puedo saberlo, señora... Es cierto, los militares a veces se extralimitan. Es que le tienen tanto miedo al comunismo, ¿sabe?

Alicia de de la Cuadra sintió cómo la mano de ese monseñor de cerca de cuarenta años, revestido de una elegancia circunspecta, se apoyaba en su hombro, como para consolarla. Ese vicario castrense que la había tratado comprensiva y hasta piadosamente pero de quien se decía que también había respondido a las preguntas de algunas madres con un escamado: –No lo busque más, su hijo está muerto. Ahora, ella se iba con una pequeña esperanza creciéndole en el corazón. Al cerrar la puerta, se sintió traspasada por las miradas ansiosas de muchas otras mujeres que esperaban su turno en la antesala. Después, continuó su camino, hasta la salida del Edificio Libertad, donde un centinela le devolvió sus documentos.

Pero no se quedó tranquila con las palabras de Graselli:

“Siguieron pasando los días y yo, siempre, los dedicaba a hacer alguna cosa. Por ejemplo, fui al Regimiento 7 de La Plata y allí me paraba frente a un ventanuco, para que me atendiera un suboficial cualquiera, que se fijaba desganadamente en un libro y me respondía siempre la misma cosa: –No aquí no está. Era humillante. Mientras, yo me seguía replanteando la pregunta que le hice a monseñor el día de nuestra última entrevista: ¿de qué se acusaba a mi hija? Estaba por recibirse de maestra jardinera y desde siempre le interesaron, le dolieron mucho, esos niñitos que andaban por la calle. Claro, cuando aparecieron los militares, todo resultó ilícito. Sin duda, mis hijos tenían sus ideas políticas, como todos los que hoy están desaparecidos: querían mejorar la sociedad, querían más educación, más salud... bueno, más pan... Fueron los mártires de una socie-

dad injusta. Por ahí tengo un trozo que copié de una carta que a María Isabel de Mariani le escribió su marido: “Esta generación –dice– quiso cambiar realmente la sociedad. No es que nosotros no la hubiéramos querido también cambiar, pero nos sentábamos ante una taza de café o un vaso de whisky a discutir. Ellos, en cambio, lo hicieron. Pusieron el pecho y ofrendaron su vida”. Y así es. Ofrendaron su vida”.

De esas vidas, la Iglesia no dio demasiadas noticias a Alicia de de la Cuadra: ni monseñor Aramburu ni monseñor Plaza tuvieron jamás tiempo para recibirla. Ni siquiera un minuto.

Las respuestas, al contrario, venían de otros lados. El 3 de mayo de 1977, a media mañana, sonó insistentemente el timbre en el departamento de los de la Cuadra. Alicia se secó a medias las manos en el delantal y después bajó corriendo los pocos pisos que la separaban de un teléfono que solía utilizar: alguien la llamaba y Elena conocía el número. Del otro lado del cable, le llegó la voz de una mujer: sonaba acogedora y solidaria. La interlocutora se identificó como la señora Calvo de Laborde y le dio noticias de su hija:

“Yo no tenía idea de quien era. Pero me dijo que Elena estaba bien, física y anímicamente. Que me quedara tranquila, porque yo quería... bueno, todas las preguntas salían juntas, ¿no? Entonces me siguió hablando, con una voz muy pausada: –Dice Elena que se quede tranquila, que está bien del embarazo, que el marido y el hermano también están bien, que ustedes se vayan a pasear, porque lo de ellos va a ser largo. Cuando le volví a preguntar por el bebé, me contestó: –Mire, señora, yo estoy con un bebé en brazos; así que ella también lo va a tener. Entonces me puse más contenta, pero a partir de ese momento las noticias se cortaron, hasta el 11 de julio. Ese día, llegó a casa un hombre joven, que dijo haber estado en la comisaría Quinta de La Plata, en el mismo cuarto que el marido de Elena. Sobre mi hijo no me habló. Pero me contó que Elena había tenido una nena, que le puso Ana, que pesó 3 kilos 750 gramos, que le fueron tomadas las huellas plantares. Me dijo que Elena compartía su mismo calabozo con otras cinco chicas –en medio de la más absoluta falta de higiene– y

que tuvo familia sin atención médica y tirada en el piso, mientras sus compañeras gritaban espantosamente, pidiendo ayuda. Me contó que el marido de Elena, junto con otros 35 hombres, estaba en ese momento, en la celda de al lado, esposado y con los ojos vendados y que lo torturaban periódicamente. Al final, muy dolorido, me confesó que a los cuatro días de nacer, Ana fue separada de su madre y que Héctor había mandado una especie de último mensaje: –Busquen a nuestra hija”.

Con esa carga de angustia a cuestas, Alicia de de la Cuadra orientó sus esfuerzos hacia las adustas oficinas de los magistrados, pero la justicia –haciendo, quizás, honor a su fama de ciega– no se mostraba demasiado receptiva. Los hábeas corpus llegaban siempre con respuestas negativas y a veces ni se recibían. Auxiliares primeros preocupados más que nada por la elegancia de sus sobretodos bien cortados y secretarías con el esmalte de uñas aún fresco, eran los filtros que se interponían entre ella y los jueces, esa casta –por otra parte– generalmente demasiado apegada a los buenos sueldos de esos cargos con que los conforman sus parientes ricos. Divorciados de la realidad no pocas veces y propensos a la gimnasia genuflexiva, prefieren el refugio del silencio, se erizan ante los tonos elevados de las voces. Quizás por eso, en ese mes de julio de 1977 el doctor Sambucetti entreabrió apenas una rendijita del despacho revestido en madera y desde allí se dedicó a responder a una indignada Alicia de de la Cuadra, que a esa altura ya exigía respuestas: –Señora, tenemos orden de no atender, de no mezclarnos, absolutamente para nada, en los pedidos de las familias de subversivos, dijo. Después, volvió a cerrar y se perdió en la lectura de los códigos. De todas maneras, pronto la mujer iba a retornar a los tribunales, entre otras cosas porque algo había que hacer:

“Cuando volví, en el Juzgado de Menores N° 1 ya estaba de turno el doctor Aldo Cordero. Allí me encontré con la secretaria, la doctora Garone, que era bastante... en fin... y que es esposa de un empleado de la policía. Todavía sigue en el Poder Judicial, no sé qué cargo ocupará ahora. Con malos modales, me dijo: –Señora, yo ya le he dicho que nosotros no podemos hacer nada, y menos por una criatura que no sabemos siquiera

si nació. Entonces le dije yo: –Pero ustedes averigüen, porque en algún lado debe estar: desde el momento que estaba en el vientre de su madre, después de un tiempo tiene que nacer... Bueno, tanto discutimos que apareció el secretario, doctor Locatelli: –Señora –dijo con sequedad– usted me está pidiendo que yo analice un cuchillo que no tiene mango ni hoja, que me pare en un ladrillo que no existe. En ese momento me di cuenta de que era imposible seguir discutiendo y saqué un recurso de amparo que llevaba y que ellos se negaban a recibirme: –Mire –insistí– yo traje este papel y se lo voy a dejar, ¿usted piensa tirarlo en el canasto? Respondió: –No señora –con tono de ofendido–; yo lo voy a dejar acá; pero le aseguro que esto no va a caminar. Yo, no me achiqué: –Bueno, usted agárrelo y si esto pierde vigencia yo voy a volver a renovarlo, porque va a llegar un día en que mi nieta va a saber que yo la anduve buscando. De esta manera fue que me derivaron a la doctora Lidia Pegenaute y ella sí fue la que logró que me abrieran una causa. La única. Porque llevé también un recurso de amparo a la Corte Suprema de Justicia de la provincia, pero no hubo forma de que me lo recibieran. El presidente era el doctor Gerardo Peña Guzmán y, directamente, se negó a intervenir: me molestó tanto, me puse tan mal, que desde allí me fui al centro y despaché la nota con aviso de retorno y certificada: la recibieron, porque tengo el recibo firmado por la secretaria”.

En ese momento, el terror por los hijos que les quedaban se instaló en las vidas del matrimonio de la Cuadra. Las historias que circulaban casi subterráneamente repetían los casos –reales, por otra parte– de familias enteras de las que ni rastros habían quedado. En su desesperación por salvar algo, una de las hijas fue enviada a Italia. Desde allá, no obstante, iba a continuar la búsqueda de sus hermanos y de su cuñado. En Roma, logró entrevistarse con el padre Arrupe, general de la orden de los Jesuitas, quien envió su preocupación al padre provincial para América Latina, el cual concertó la entrevista que se celebró entre el esposo de Alicia de de la Cuadra y monseñor Picchi, en ese momento obispo auxiliar de La Plata. El prelado pidió unos días de plazo, hizo sus averiguaciones entre curas vinculados a la seccional Quinta y volvió a reci-

bir después al padre de Elena: —En efecto —le explicó— su hija estuvo detenida en ese lugar. Allí tuvo familia. Deje ahora el caso en mis manos; yo, personalmente, me entrevistaré con el coronel Tabernero. El coronel Tabernero era uno de los responsables de ciertas áreas de la inteligencia militar que funcionaban en la provincia de Buenos Aires y se sinceró con monseñor Mario Picchi: en efecto, la mujer por la que éste se interesaba había estado en la comisaría a la que se hacía referencia y había tenido una nena: —Pero a la criatura ya la regalamos, sentenció, inapelable. Monseñor Picchi recordó seguramente en esos momentos el dolor de los abuelos que había conocido y las buenas recomendaciones que los respaldaban. Por eso, diplomáticamente, solicitó la libertad de Elena y Ana. La respuesta que oyó, lo dejó estupefacto: —¡Cómo puede pedirme eso usted, monseñor! ¿No sabe que esa mujer era una comunista? Siguió pensando en esas palabras mientras volvía al obispado, sentado solo en el asiento de atrás del automóvil. Sin embargo, independientemente de la soberbia que demostraba continuamente, Tabernero fue removido y otro militar de su mismo grado, el coronel Rospide, fue el encargado de reemplazarlo. Cuando se enteró de la nueva designación, monseñor Picchi esbozó una sonrisa e, inmediatamente, se comunicó con de la Cuadra: —Ahora —le dijo, mientras lo invitaba a tomar asiento en el comfortable sillón de cuero, frente a su escritorio— la devolución de la criatura y de la madre es casi un hecho: este hombre, Rospide, es ex alumno mío y no me va a poder negar ese favor. Pero los tiempos cambian y Rospide hacía ya muchos años que había dejado de ser aquel muchachito de pantalones cortos, que corría detrás de la pelota durante los recreos del colegio de curas; al contrario, ahora ostentaba un gesto duro e inflexible, cuando respondió a su antiguo maestro: —Lo que me pide usted es imposible, monseñor. La niña —y esto es un hecho irreversible— ya ha sido entregada a una familia demasiado importante. Y después, le sostuvo la mirada. A partir de ese momento, la suerte de Elena y Ana pareció sellada: ni siquiera Andreina Rocca, la ejecutiva italiana dueña de las empresas “Techint”, que solicitó directamente a sus altos contactos en el Ministerio del Interior la entrega de la niña en adopción, encontró eco favorable a su pedido. Los buitres cuidaban demasiado bien su presa. Ni un político de la talla de Ricardo Balbín tenía acceso a sus nidos: ¿Sabe una cosa? —reconoció una tarde el cacique radical de

La Plata a Alicia de de la Cuadra, que lo visitaba en su despacho— todos los días viene aquí uno de mis mejores amigos, que se derrumba y llora en ese mismo sitio en que está usted y yo no puedo hacer nada por encontrar a su hijo desaparecido. Yo sé que lo más probable es que esté muerto y sé también que no quieren devolver a los chicos porque opinan que van a ser tan mal criados como para ellos lo fueron los padres, y peor aún, con resentimiento.

Sin ninguna pista a mano, la cárcel de Olmos fue la próxima estación del vía crucis de Alicia de de la Cuadra:

“Olmos... Yo fui a Olmos con inseguridad, temblando, sin saber bien lo que iba a hacer allí cuando llegara. Yo no sabía nada, simplemente me habían comentado que allí había criaturas y por eso, dije: –Vengo a ver un chico. No dije el apellido, para que no lo negaran. Esperé horas, hasta que salió una mujer con guardapolvo celeste: me largó con cajas destempladas y me cerró la puerta en la cara. Antes, me preguntó lo que quería y cuando le dije que era a una criatura llamada Ana de la Cuadra me respondió que allí no había chicos. Pero yo sentía, en ese mismo momento, los gritos y los juegos, así que allí había niños... muchos niños, había.

Me fui desesperada y cerca de la salida me crucé con un hombre que trabajaba en ese lugar y me tuvo pena. Le conté lo que me pasaba y me dijo: –Señora, si usted quiere entrar aquí y que le hagan caso, se tiene que conseguir una tarjeta de recomendación de monseñor Plaza y asunto concluido. Eso me puso más triste todavía, porque pedirle una tarjeta a monseñor Plaza era como pedirle una tarjeta a Videla, ¿no? Por esa misma fecha, también, llegó a mi casa, una mañana, un tipo de los servicios, sin lugar a dudas, con toda la pinta de un milico. Preguntó por los padres de Elena y cuando oímos ese nombre lo hicimos pasar, para ver si sabía algo de ella, si nos podía contar alguna cosa de mi hija y de mi nieta. Avanzó hasta la mesa del comedor y me dijo, como si la casa fuera de él: –Siéntese, señora. Yo, le pregunté: –Antes que nada, ¿cómo viene usted acá? Y el hombre respondió: –Mire, señora, yo estoy sentado aquí y ustedes allí; pero háganme las preguntas que quieran, que yo les voy a responder las que pueda. Así nos contó que Elena se estaba recuperando

en una cárcel de mujeres y que para ese fin de año iba a estar en casa y, con suerte, el marido iba a estar con ella. Ese hombre después volvió muchas veces más por casa y en una de esas oportunidades nos dijo que se estaba por dejar en libertad unos dos mil ocupantes de cárceles clandestinas de La Plata. Yo decía que debía ser una mentira más. Y fue una mentira más, un cuento más. Al contrario, en lugar de volver Elena, el marido, Ana y mi hijo, en diciembre secuestraron a otro de mis yernos, Gustavo Ernesto Fraire, en pleno centro de Buenos Aires, Juncal al 1700. Con camiones del Cuerpo I de Ejército, cuyo comandante era el general Suárez Mason, le saquearon todo el departamento y a él se lo llevaron con el hijo, un niño también nieto mío, un chico de tres años de edad, que fue entregado a la Seccional 17 de la Policía Federal.

De Gustavo, en cambio, nunca más se tuvo noticias, confirmándose de esa forma las afirmaciones del contraalmirante Chamorro, quien había dicho que mi yerno ‘no era guerrillero, era un ideólogo, mucho más peligroso por lo tanto, razón por la cual sus familiares deben hacerse a la idea de no volverlo a ver nunca más’. Esa es mi verdad”.

Tal la historia que Alicia de de la Cuadra le contó a María Isabel de Mariani aquella mañana de fines de 1977, cuando estaba naciendo el embrión de las Abuelas. Una historia que culminaba el mismo año en el cual un general del Ejército Argentino, Ibérico Saint Jean, declaraba en París –rebosante de ese agrio e inconfundible tufillo fascista– al ‘International Herald Tribune’: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a los colaboradores, luego a sus simpatizantes, luego a quienes permanezcan indiferentes. Y por último, mataremos a los indecisos”. Frase célebre, si las hubo alguna vez. Aunque, a fuer de sinceros, frases célebres era lo que más abundaba por entonces. Baste sino recordar, sin mucho esfuerzo, estas joyitas escapadas de la boca del general Videla mientras paseaba escaso de escoltas –visibles, por lo menos– por esas calles bien asfaltadas de Mar del Plata –lejanas de los campos de concentración– sobre las cuales era fotografiado con unción por las mismas revistas arribistas que hoy lo condenan: “Por encima de todo está Dios. El hombre es una criatura suya, criado a su imagen. Su deber sobre la tierra es crear una fami-

lia, piedra angular de la sociedad y vivir dentro del respeto del trabajo y de la propiedad del prójimo. Todo individuo que pretenda trastornar esos valores fundamentales es un subversivo, un enemigo potencial de la sociedad y es indispensable impedirle que haga daño”. O estas reflexiones con las que el general Sánchez de Bustamante regaló al periodismo, que lo interpelaba acerca de lo que se podía o no informar: “El terrorismo es un hecho de excepción y de gravedad tal que reclama derechos proporcionales. Hay normas y pautas que no son de aplicación en este caso. Por ejemplo, el derecho al “hábeas corpus”. En este tipo de lucha, el secreto que debe envolver las operaciones especiales, hace que no deba divulgarse a quien se ha capturado y a quien se deba capturar. Debe existir una nube de silencio que rodee todo... y esto no es compatible con la libertad de prensa”. Tales las reglas de juego que propone –o impone, más bien– la ideología de la Seguridad Nacional, que viene tejiendo sus redes en el país desde la época del inefable Juan Carlos Onganía, suerte de piedra fundamental a partir de la cual se extendió después en el tiempo. Así, en 1969, el general de brigada Joaquín A. Aguilar Pinedo sostendría, en sus charlas dictadas durante el Curso Superior de Defensa Nacional, organizado por la Escuela Superior de Guerra: “El concepto de seguridad nacional no es aquél que tradicionalmente era concebido con un sentido físico-geográfico de soberanía, detrás de las fronteras rígidamente amojonadas, sino el que marca el signo relevante de nuestro momento histórico, vale decir, una situación de protección, gradualmente por cierto, en la cual los intereses vitales de la Nación se hallan a cubierto de esas interferencias y perturbaciones –internas o externas, violentas o no violentas, abiertas o subrepticias– que puedan neutralizar o postergar el desarrollo y, por ende, nuestra existencia soberana”. Y ese mismo año también, el hoy democratizado Alejandro Agustín Lanusse puntualizaba, en un discurso que le cupo pronunciar el Día del Ejército: “La guerra ha cambiado de forma... ya que la existencia palpable de fronteras ideológicas internas coloca al enemigo también dentro de las naciones mismas”. Días más tarde, el general Osiris Villegas estampaba, en su libro “Política y Estrategia para el Desarrollo de la Seguridad Nacional”: “Es imprescindible un proyecto nacional convincente, que unifique y fervorice, una élite capaz de planificarlo y dirigirlo, un líder que lo interprete y una dinámica social que lo acepte y lo ejecute. De todos los ele-

mentos enunciados, el esencial y quizás el previo es la élite, a quién debe dársele la oportunidad de ocupar, en la dirección política del Estado, los puestos cimas y claves para la toma de la decisión. Los puestos dirigentes deben ser de los capaces y no destino asequible para los politicastros e ignorantes... de modo que la conducción no sea resultante de las fuerzas sociales, de avalanchas y presiones... Esas élites deberán ser capacitadas mediante sistemas pedagógicos diferenciados y sus docentes requerirán una preparación distinta y la investigación básica y aplicada no puede quedar librada sólo a las instituciones universitarias...". Por lo visto, dormían todos ellos con un mismo libro a la cabecera, probablemente "El Estado Comunitario", del fascista Jaime María de Mahieu, quien afirma, en las primeras páginas y muy suelto de cuerpo: "Los hombres no son iguales: cualquier explicación social que no tuviera en cuenta un hecho tan fundamental, sería inexacta". Con ese libro, como basamento filosófico, los militares argentinos se dedicaron a saquear los domicilios —como cualquier "scruchante" más, de esos que se hacinan en los pabellones de las cárceles de delincuentes comunes—, a vejar, torturar y asesinar conciudadanos, a secuestrar y traficar con criaturas; no tienen inconveniente en reconocerlo, por otra parte, a estar por los conceptos explicitados por el general de división Santiago Omar Riveros en su ya tan divulgado discurso de despedida —del 24 de enero de 1980— de la Junta Interamericana de Defensa —apéndice del imperialismo norteamericano— como jefe de la delegación argentina ante la misma: "Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los Comandos Superiores. Nunca necesitamos, como se nos acusa, de organismos paramilitares, nos sobraba nuestra capacidad y nuestra organización legal para el combate, frente a las fuerzas irregulares en una guerra no convencional... Es simplemente no conocer o no saber que esta guerra nuestra la condujeron los generales, almirantes y brigadieres en cada fuerza. No fue conducida por un dictador o dictadura, como se pretende confundir a la opinión pública mundial. La guerra fue conducida por la Junta Militar de mi país, a través de los Estados Mayores". Seguramente, cuando leía esta verdadera pieza, cuadrado marcialmente ante recién afeitados oficiales yankis, de uñas inmaculadas y pelos rubios cortados a lo cepillo, estaría recordando lo dicho un año antes por el teniente general Roberto Eduardo Viola, en su discurso del Día del Sol-

dado, y en declaraciones que efectuó al diario “La Nación”: “La subversión dio lugar a una forma de lucha inédita, cuyos delitos no encontraban encuadramiento en el texto penal. Fue indispensable que el Estado desbordara los límites que una legislación insuficiente para el caso le imponía; para librar una acción de real guerra, con un plus de crueldad... Esta guerra sí tiene, como todas, y por eso es guerra, una dimensión distinta del valor de la vida. Se rompen diques y barreras. La vida y la muerte se juegan en aras de la victoria. Lo peor no es perder la vida, lo peor es perder la guerra. Por eso el Ejército, recuperado hoy ese valor de la vida, puede decirle al país: hemos cumplido nuestra misión”.

Por lo visto, para estos personajes, dentro de los altos destinos que al parecer le tocan cumplir a las Fuerzas Armadas, se incluye también el robo de niños. La verdadera institucionalización de esa práctica, más allá de su inhumana crueldad, significó en los hechos una real vuelta a la esclavitud, que en la Argentina fue abolida por la Asamblea de 1813: en aquellos años, el amo era dueño del esclavo y de sus frutos y disponía de la vida y de la muerte de los mismos. Con el apoderamiento por la fuerza de los chicos y de las madres embarazadas, con el reparto de los nacidos en cautiverio, se borró de un sablazo más de 150 años de dignidad humana, porque al sustraer a esas criaturas su historia personal, su pasado y su familia, no se los convirtió en otra cosa que en esclavos. Sin embargo, esa acción represiva no fue desorganizada y casual: a sabiendas, sus primeros destinatarios fueron los jóvenes. Dentro de esas coordenadas, el secuestro de los niños formó parte de un esquema deliberado, organizado, armado y sustentado en la Doctrina de la Seguridad Nacional, para la cual el enemigo de la Nación es el propio pueblo, cuya represión justifica cualquier medio. Por eso mismo es que las acciones emprendidas fueron impulsadas por el propio Estado y no constituyeron la obra aislada de algunos pocos locos, enfermos o delincuentes. En esa ecuación, los niños eran apenas otro elemento más de la estrategia y estaban también contemplados en la “orden de batalla”, uno de cuyos objetivos fundamentales fue que perdurara en el tiempo la metodología del secuestro, trascendiendo así generaciones. A través de su desaparición, muchas metas represivas se alcanzaban. En primer lugar, un efecto multiplicador del terror entre la población, como forma de paralizar toda movilización contra la dictadura y complementando los resultados ya logrados a través de la

manipulación de los medios de comunicación, que había entronizado al silencio como forma de vida. En segundo lugar, el “castigo ejemplificador” para padres y abuelos “que habían llevado al caos el país”. En tercer lugar, el silenciamiento del acto represivo, tomando como rehenes a los niños-testigos de los desmanes. En cuarto lugar, el evitar la “contaminación parental”, entregando, mesiánicamente, a los secuestrados, para su educación, a familias “modelo”, que compartían las imágenes que de “modelo” poseen los represores, por supuesto. Finalmente, la reivindicación de uno de los derechos más bestiales que, según unos cuantos, da la guerra: el derecho al botín.

¿Quiénes fueron los responsables? La responsabilidad de quienes usurparon el poder político mediante un acto de fuerza, resulta obvia e insalvable. La concentración del poder en un reducido grupo determinó que bajo su responsabilidad se concibiera y ejecutara una metodología represiva que incluyó, como rasgo inédito en la historia mundial, el secuestro y la desaparición de niños. En el momento de afrontar responsabilidades, parece innegable el hecho de que la participación fundamental le ha cabido a las Fuerzas Armadas y a los organismos de seguridad que de ellas dependían en el momento y que, además, no pocas veces actuaron en coordinación con similares extranjeros, permitiendo abiertas violaciones de soberanía, en defensa de la cual dicen –y deben– actuar. Pero también el Poder Judicial ha sido cómplice de esa tarea delictiva y convalidaron su accionar los jueces cuando no hicieron lugar a los recursos interpuestos por los familiares, o negaron información a éstos u otorgaron guardas indebidas o permitieron adopciones ilegales; las autoridades responsables de la minoridad comparten, sin duda, estas culpas, desde el momento en que consintieron en transformar los institutos que de ellas dependían –y también ciertos hospitales– en centros oficiales de concentración de niños desaparecidos, en los cuales eran despojados de su identidad o a los que ingresaban en carácter de NN. En esta larga caravana de la culpa tampoco pueden quedar afuera los dueños de los medios de comunicación, la mayoría de la jerarquía de la Iglesia Católica y de otras religiones, los partidos políticos y las instituciones intermedias de la sociedad. Todos, en una palabra, los que conociendo la realidad se negaron a denunciar y a detener el robo de niños.

Aceptar esas responsabilidades es inevitable, sobre todo en consideración a

las graves consecuencias ocasionadas por la desaparición de las criaturas. Por ejemplo, la desintegración familiar, que como efecto de la metodología represiva aplicada afecta a tres o cuatro generaciones, con distintos agravantes, que han ido desde la marginación social –por ser miembros de “familias sospechosas”– hasta la pérdida de apoyo, de trabajo, de amigos, pasando por la dificultad de entender el propio estado civil y por la ruptura violenta de vínculos afectivos con hijos, con nietos, con padres, con todo el entorno. En los niños, esos efectos disolventes se potenciaron, no sólo por la carencia lógica de una estructura de personalidad que facilitara los intentos de adaptación sino –y en particular– por el shock traumático al cual fueron sometidos. En efecto, el solo hecho del secuestro y posterior desaparición de uno o de ambos padres, provoca un daño que implica la interrupción del desarrollo evolutivo; tanto más, el atravesar por situaciones de tortura de sus progenitores o por la suya propia, como forma de presionar a aquéllos.

Pero, por supuesto, no terminan aquí las trágicas secuelas. La desaparición de niños y su entrega a otros grupos, ajenos a la anterior estructuración familiar, provocó la ruptura de identidad y se generaron situaciones antagónicas, que irían acrecentando no sólo la inestabilidad de la criatura sino también la de la familia impuesta. Esta ruptura brusca del vínculo familiar, en un período en el cual se va conformando la identidad, por la imposición de otros nuevos vínculos, a la cual se agrega la sensación de confusión sobre su origen y la desinformación acerca de la propia historia, acarrea como resultado inevitable la aniquilación de las condiciones de equilibrio y afecto tanto en el niño como en sus nuevos familiares-carceleros. El niño y la madre, que viven una verdadera relación simbiótica durante nueve meses, elaboran luego del nacimiento un nuevo tipo de relación, cimentada en el contacto físico al principio y con otras características más tarde. Si ese vínculo se rompe tempranamente, es decir dentro de los primeros años de la vida, la gravitación que ese hecho tendrá en el curso de su existencia será fundamental. Agregando a estos elementos básicos la violencia de la separación, la aparición de figuras sustitutivas, inestables, de un medio ambiente incapaz de calmar las necesidades primarias –hambre, amor, calor, etcétera– y el desconocimiento del ayer –que permite

aceptar y comprender el presente— se configura un cuadro de pronóstico oscuro para el niño. En efecto, la experiencia clínica de los últimos años ha demostrado que los chicos adoptados, a los que se les ocultó un fragmento básico de su historia vital —quiénes fueron sus padres, por qué los abandonaron, qué circunstancias mediaron, en qué lugar nacieron y las características del mismo, quiénes, cómo y por qué los adoptaron— viven eternamente una búsqueda infructuosa de su identidad y de la de sus padres. Por eso mismo, muchos de esos niños que no recibieron información acerca de su origen tienen sentimientos de desasosiego y ansiedad que los llevan a la búsqueda del objeto perdido, como si existiera en ellos una memoria —llamémosla inconsciente— posiblemente ligada a conductas muy primarias y a conocimientos muy primitivos, que los mueven a buscar lo que en un plano real y consciente no conocieron. Agréguese a esto la violenta separación vivida entre el bebé y su mamá y lo que sufrió mientras latía formándose dentro de su madre torturada o viendo a sus padres golpeados brutalmente y se tendrá una idea global de la gravedad de la situación así planteada.

La represión, no obstante, actuó con total prescindencia de estos resultados. Se remitió a dejar a los chicos en manos de vecinos aterrorizados —que a veces los recibían como una desgracia impuesta a la familia— o, más refinadamente, los repartió entre familias “de confianza”, “legalizando” esas situaciones a través de partidas fraguadas o de adopciones semi delictuosas, cuando no francamente punibles. De modo que todas las situaciones no pueden considerarse iguales, aunque sí todas condenables e insostenibles: entre ellas, resaltan nítidamente la de los menores en poder de miembros del sistema represivo que actuó contra sus padres. En esos casos, más allá de la inmoralidad intrínseca del acto, existe una patología vincular que hace imposible construir una identidad sólida: la adopción que hace el represor del hijo del detenido-desaparecido, además de enferma es cruel, porque convierte al niño en un objeto de manipulación ideológica, condicionando severamente su futuro y condenándolo irreversiblemente a la enfermedad. De esa manera, los niños se convierten en lugar de en “los únicos privilegiados” en —paradójicamente— las mayores y más patéticas víctimas: la situación originada por la ruptura violenta del vínculo del niño con su familia de origen produce una situación traumática que incidirá

en el conjunto de su crecimiento y desarrollo. El daño sicofísico y social es predecible: lo que no puede, en cambio, predecirse, es la magnitud de dicho daño.

Por lo tanto, surge un sólo camino: todos los niños desaparecidos deben ser restituidos al seno de sus legítimas familias. Es ésta una acción imprescindible para reparar, aunque sea parcialmente, el daño sufrido por las criaturas. Dicha restitución implica que esos niños sepan y conozcan su historia, reintegrándose de esa forma a su identidad: sólo el conocimiento de la verdad posibilitará y asegurará el desarrollo afectivo e intelectual del afectado. Por eso mismo es que suena infundado el temor de que la restitución provoque daño a la criatura: al contrario, lo dañino para él es el falseamiento de sus orígenes que se le ha impuesto. Sin embargo, esas prevenciones existen en algunos y han sido alentadas desde la propia dictadura y vehiculizadas por los medios de comunicación, creándose así condiciones para el desarrollo de ciertas corrientes de opinión que conciben a la desaparición de niños como irreversible y a su perpetuación como un “mal menor”. Porque el niño tiene derecho a ser libre y no esclavizado, es que debe ser restituido. No se trata de chicos abandonados, sino de seres humanos que han sido aparados de sus familias por el accionar represivo del terrorismo de Estado: fueron, en realidad, víctimas de un delito permanente. Desde el punto de vista de la normativa civil, por otra parte, las guardas, tenencias o adopciones simples o plenas, otorgadas o en vías de otorgarse, de niños desaparecidos, son nulas de nulidad absoluta y, por tal motivo, no pueden ser objeto ni de confirmación ni de rectificación.

Del mismo modo como el secuestro y desaparición de un solo niño por parte del Estado provocó la fractura de las estructuras de seguridad y protección que la niñez requiere para su adecuado desarrollo, así también la restitución del último de los niños desaparecidos producirá un efecto directo en la comunidad infantil en orden a la recuperación de principios y seguridades que la sociedad tiene el ineludible deber de ofrecer. Desde la perspectiva ética, por su parte, la restitución no constituye, en el fondo, ni más ni menos que la devolución de la sociedad a sí misma de una escala de valores limpia y justa. En otras palabras, el final definitivo de una Argentina en la cual tuvieron impunidad absoluta —¿no la tienen más, realmente?— para actuar seres crueles y enfermos con

comportamientos como el que relata la esposa del médico Alberto Samuel Falicoff. La nombrada expuso su historia ante la Comisión Internacional de Derechos Humanos de la OEA (CIDH) y en ella narra las actitudes asumidas por miembros del Servicio de Inteligencia del Ejército, que habían ocupado su departamento y esperaban la llegada de su marido, al cual posteriormente secuestrarían, torturarían violentamente y –presumiblemente – asesinarían:

“Como a las dos horas llegó mi marido, quien abre la puerta con sus llaves. Al sentir el ruido del ascensor, me mandan de nuevo al dormitorio de mi hijo. De inmediato se encierran con mi esposo en el nuestro y comienzo a sentir ruidos de golpes, empujones y lucha. Luego llega un oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército y con él otro más. Todos estaban muy bien vestidos, con traje, corbata y un aparato de comunicación tipo walkie talkie. Subían y bajaban tranquilamente y, en una oportunidad, le trajeron figuritas y golosinas al nene, que se portaba muy bien con ellos porque le dejaban tocar los revólveres”,

Con esos mismos revólveres, en una de esas, matarían después a su padre. Está todo dicho.

Capítulo 3

Cuando terminaron de hablar las dos mujeres, ya casi anochecía. Y por entonces eran tremendas las noches en La Plata. Los Falcon transitaban lentamente por el medio de las calles: abrigadas como ancianas, envueltas en mantas, las Itakas viajaban en los asientos traseros, prontas para ser usadas. Policía, ejército, marina, aeronáutica, parapoliciales y fascistas se disputaban los militantes y el botín. Desde el lado del Parque Pereira Iraola, llegaban los tableteos de las ráfagas, cortas y lacerantes. Era, sin duda alguna, la hora del terror. De todas maneras, a pesar de esos riesgos, resultaba imprescindible hacer algo, por encima del miedo. María Isabel de Mariani, esa tarde, había aprendido muchas cosas.

Otras mujeres –ahora lo sabía– estaban en la misma búsqueda que ella. Alicia de de la Cuadra las conocía, había asistido a sus reuniones en el parque –en la parada “El Palenque”, exactamente– cuando fingían celebrar algún pic-nic o un festejo y con ese pretexto se sentaban en el césped húmedo todavía, extendían manteles pero no se divertían demasiado: al contrario, se transmitían de unas a otras sus respectivas experiencias e intentaban las primeras movilizaciones en conjunto. Había viento en esas mañanitas de invierno, las madres se abrigaban con antiguos tapados de paño a cuadros y se rodeaban los cuellos con bufandones tejidos a mano. Sus ojos se humedecían a menudo: quizás fuera el frío, pero quizás también fueran los recuerdos y el dolor cotidiano. Concurrían a Buenos Aires semanalmente y se juntaban en la Plaza de Mayo: en un primer momento, sólo eran 14, que se distribuían por los bancos y se conocían entre sí por un clavito que se colocaban en las solapas. Recién al tiempo lo cambiarían por un pañal en la cabeza, colocado en forma de pañuelo. La gente apenas si notaba al principio cuando firmaban rápidamente cartas y petitorios, ahí nomás, junto a la Pirámide. O cuando se sentaban ante amargos cafés en la “Richmond”, la “London”, “Las Violetas” o el “Tortoni”. Por entonces la represión se robustecía y el gobierno militar parecía rebosante de potencia y

poder: sin lugar a dudas estaba muy bien alimentado con las víctimas diarias. Amparado en su tremenda impunidad, arremetía. El 14 de octubre de ese mismo año 77, sin ir más lejos, había arrasado con una concentración de madres y familiares que había entregado un petitorio ante la CAL: a las seis de la tarde, los uniformados encerraron a los manifestantes contra la calle Rodríguez Peña y los gasearon. Después, detuvieron varios colectivos de la Línea 60, bajaron el pasaje y los cargaron con 400 detenidos: curas, monjas, corresponsales extranjeros y mujeres azoradas –pero que ya empezaban a endurecerse y a concientizarse– se entremezclaban sobre los asientos y en los pasillos de esos ómnibus. “Es jugarse la vida, pero es imprescindible”, pensó esa noche María Isabel de Mariani, mientras penetraba a su casa y a su soledad.

Fue, con Alicia de de la Cuadra, a la próxima demostración. Las mujeres se dirigieron hacia la Plaza San Martín. Los primeros caloritos veraniegos se hacían sentir y por momentos se resecan un poco las bocas. Con cara de circunstancias y de impecable traje oscuro, Cyrus Vance avanzaba mientras tanto entre los canteros, a cumplir con la fórmula vacía de depositar una corona de flores contra el monumento. Los granaderos –sin el uniforme de fajina que se ponían cada noche, cuando salían de “caza”, por supuesto– hacían guardia de honor, mientras los guardaespaldas del diplomático yanki se comunicaban permanentemente por radio entre ellos, ostentaban sus armas sin complejos y recorrían con ojos penetrantes las cornisas y los edificios del lugar, igual que en las películas. Eran rubios y desodorizados, sus zapatos inmensos y marrones relucían, apretaban con trabas los cuellos de las camisas blancas, sus corbatas eran anchas y vistosas, generalmente a rayas. Menos refulgentes, los argentinos no querían, sin embargo, quedarse atrás en eficiencia: “–Lo único que falta es que le hagan algo hoy a este gringo”–, pensaban, no exentos de preocupación, mientras tanteaban las nueve milímetros debajo del sobaco o atrás, en las cinturas, húmedas casi y pegadas a los riñones. Así, escudriñando el horizonte, las vieron avanzar. Cada una traía su propio testimonio y gritaban a coro. Se enfrentaron a un primer cordón de fusiles Fal pero lo rebasaron. Cyrus Vance no perdió la calma, en peores se había visto, seguramente: desde las nubes, un helicóptero parecía transmitirle seguridad y él, a su vez, con la mirada, recomendó medida a sus muchachos. Entre empu-

jones, y a través de las cachiporras, las mujeres ya estaban a su lado y le extendían los papeles, ajados a esa altura.

El embajador los recibía y se convencía íntimamente: “—A estos militarotes, se les fue la mano...”. Quizás hasta lo inundara la piedad, como una ráfaga. Una ráfaga muy pasajera, por supuesto, porque después de todo la política era la política. Acarició una mano, palmeó alguna espalda, intentó mirar con comprensión, mientras las manifestantes daban media vuelta: habían cumplido con su cometido y se retiraban. Sin embargo, una se había quedado detenida, como petrificada desde el primer momento: le parecían parte de la irrealidad esas corridas, esos gritos, esas armas que apuntaban impertérritas, ese despliegue de la represión. Sin atinar qué hacer, el papel con su testimonio colgaba casi de su mano. Era María Isabel de Mariani, desbordada por los acontecimientos de los que por primera vez participaba. De pronto, vio que otra mujer, que pasaba velozmente a su lado, se detenía en seco: —¿Cómo? No entregaste lo tuyo?... —oyó que le decía. La recién llegada le arrebató casi el petitorio, desanduvo el camino, volvió a pasar por entre las bayonetas y los cascos y lo entregó a Vance. María Isabel de Mariani sintió un profundo agradecimiento por aquella persona, que se llamaba Azucena Villaflor de De Vicenti. Ignoraba, por supuesto, que la muerte ya estaba rondándola, una muerte traidora, con nombre, apellido y grado propios: Alfredo Astiz, capitán de la Armada. En efecto, este oficial parecía poseer dos características que lo habilitaban especialmente para desarrollar las tareas típicas de la infiltración: un especial don de ubicuidad y un rostro agraciado y casi bondadoso. Amparado por esos recursos y por un perfecto documento falso del cual lo había provisto el SIN (Servicio de Inteligencia Naval) y que lo rebautizaba con el nombre de Gustavo Niño, se acercó a los grupos de directos damnificados por la represión, que recién comenzaban a movilizarse por sus familiares arrebatados. Decía tener un primo desaparecido, participaba de las reuniones, abría bien los ojos y los oídos e individualizaba a las cabezas. Se cuidaba bien, eso sí, de comentar que pertenecía al GT3 (Grupo de Trabajo 3), que sus apelativos en las salas de tortura eran “Cuervo”, “Ángel”, “Rubio”, “Gonzalo” o “Alberto Escudero” y que solía aplicar a los prisioneros, para eliminarlos, inyecciones de nafta. De esa manera, se fue ganando las confianzas. En diciembre de 1977, era aparentemente

uno más de los que peleaban contra la dictadura. En esos momentos, justamente, los organismos que vigilaba solapadamente acababan de juntar firmas y dinero para publicar una importante solicitada, de las pocas que por entonces aparecían en algunos diarios, “La Prensa” y el “Buenos Aires Herald”, apenas. La reunión definitiva en tal sentido se iba a celebrar el 8 de diciembre en la iglesia Santa Cruz y el disfrazado Astiz concurreó unos minutos a la misma. Después se retiró y, a la salida, concretó la traición: los principales dirigentes fueron secuestrados y de paso se les robó el dinero.

Por dos días más iban a prolongarse los allanamientos y las detenciones. Cuando la persecución llegó al final, los nombres de los nuevos desaparecidos se multiplicaban: Ángela Aguad, Esther Ballestrino de Careaga, Raquel Bullit, Eduardo Horane, María Eugenia Ponce de Bianco, Remo Berardo, Julio Fondévilla. Horacio Albert, Patricia Oviedo, las monjas francesas Alicia Domont y Leonie Duquet —a las que más tarde, cínicamente, Astiz iba a calificar como “Las Monjas Voladoras”, por haber sido arrojadas al vacío desde un avión— y Azucena Villaflor de De Vicenti, nervio motor del por entonces incipiente movimiento de Madres. El joven capitán tenía motivos para brindar junto a los vencedores: había realizado un trabajo perfecto. Después, intentó redituvar esos laureles a través de otras hazañas represivas. Por desgracia para su carrera, en las islas Georgias, enfrentado a un ejército de veras, su imagen se resquebrajó a pasos agigantados: responsable del grupo comando “Los Lagartos” —especialistas en fusilar por la espalda y en vaciar heladeras durante la llamada guerra sucia— se entregó con sus valientes el 26 de abril de 1982, sin disparar un tiro. “Pierdan cuidado, señores —había asegurado a sus superiores— no me flaqueará el pulso, llegado el momento”. Y cumplió: el acta de rendición está firmada con una mano firme y la letra segura y pareja no escapa del renglón. Parecía todo un combatiente mientras terminaba de dibujar la rúbrica, con su campera de cuero, su barba de vikingo y su gorra al tono. Sin embargo, estaba deseando volver a sus coches importados, a los clubes nocturnos y a las prostitutas oxigenadas, a tomar el sol en playas exclusivas y a sorber tragos largos con pajita, refinamientos a los que se había vuelto afecto cuando ocupó el cargo de Agregado Naval de la Embajada Argentina en Sudáfrica. El reposo del guerrero, como quien dice.

Esos secuestros impactaron a María Isabel de Mariani, que comenzó una

íntima relación con las mujeres que ya estaban en el camino de la búsqueda y del reclamo de justicia. Se dio cuenta de que no sólo ella había perdido niños. En la lista se mezclaban los nombres de chicos y de embarazadas de las cuales no se había sabido nada nunca más. Los relatos de las historias le llegaron como pedazos de vida arrancados a los demás, como jirones de otros seres tan sufrientes como ella, perdidos en la siniestra Argentina de esos años. Pasados, presentes y futuros tragados por la tierra. Muchachitas que hasta ayer paseaban con polleras floreadas, por las veredas y esperando un hijo. María Teresa Ravignani, por ejemplo. Estaba embarazada de dos meses y la experiencia que relata su padre –José Enrique Ravignani– demuestra la íntima relación existente entre las desapariciones y la estructura regular de las Fuerzas Armadas: los secuestros, evidentemente, no eran obra de unos pocos locos o fanáticos incontrolables. Al contrario, eran parte de un plan oficial muy meditado y que disponía a su favor de toda la infraestructura del Estado:

“El 8 de julio de 1976, se hicieron presentes en el que era por entonces mi domicilio –Arce 243, piso 13, departamento D, Capital Federal– a eso de las 3.15 de la madrugada, varias personas armadas, vestidas de civil pero con visibles pecheras antibalas. Quien las dirigía, me exhibió una credencial de la Policía Federal, expresándome que pertenecía a la misma. Acto seguido, procedieron a registrar mi casa, mientras me preguntaban por mi hija. Ella no se encontraba esa noche conmigo. Por eso mismo, me condujeron en un auto –escortado por otros dos, ocupados por hombres con armas largas– a otro departamento de mi propiedad, sito en la calle V. Arredondo 2247, piso 8, departamento B, donde residía otra de mis hijas mujeres, María Cecilia, quien muchas veces convivía con María Teresa. María Cecilia fue conducida a una cocina e interrogada por el jefe del grupo acerca del lugar de trabajo de María Teresa y se lo indicó. Era el escritorio de un tal señor Ducrós. Mientras tanto, a mi hija María Cecilia y a mí se nos mantuvo retenidos en el departamento, custodiados por tres hombres de civil armados con revólveres y metralletas: uno de ellos parecía notoriamente más culto y educado que los otros dos. El trato fue correcto y compartimos el desayuno.

A las trece horas, se me comunicó que mi hija María Teresa había sido detenida. Me hicieron hablar telefónicamente con ella, quien me dijo que me iban a llevar a verla. Así lo hicieron. A mi hija María Cecilia la dejaron en libertad y a mí me condujeron en un automóvil, con los ojos vendados, hasta el lugar donde me hicieron descender: primero a un edificio y después a un sótano por una escalera sinuosa. Allí me sentaron junto a María Teresa, que estaba encapuchada pero con la cual pude conversar y tocar el rostro y los cabellos. Así fui mantenido, sentado y encapuchado, hasta algo más de la medianoche. Recuerdo que en todo ese lapso, casi constantemente, sonaba una música que aturdí, produciendo evidente desasosiego. Era una música que tenía un efecto psicológico determinado, tendiente a deprimir. Durante las horas de la tarde, parecía un tango, propio de un boliche de arrabal. Pero al ir anocheciendo, la sustituían por una música de acentuado ritmo y percusión, con increíbles connotaciones rítmicas, sexuales y hasta diría que obscenas: ha de ser una música especialmente compuesta para esos lugares, porque jamás he escuchado algo que se le parezca. Todo continuó de esa manera hasta que, en un momento dado, fui trasladado a otra habitación, que daba la impresión de estar muy iluminada. El traslado se hizo de mal modo, mientras quienes me llevaban proferían groserías. Allí escuché ruido de picanas, gritos, sollozos y sonidos como de baldes. Pensé que se me iba a torturar, pero luego de más o menos unos diez minutos fui conducido otra vez de mala forma al lugar en el que me habían ubicado al principio. Se me ofreció de beber y en dos ocasiones me trajeron alimentos: sándwiches de milanesa, que no comí.

Me informaron, en un momento dado, que quedaría allí hasta que conversaran con mi hija, por si tenían después de eso que formularme a mí algunas preguntas. Cuando, calculo, eran las nueve de la noche, se me comunicó sería llevado otra vez a mi domicilio. Y así ocurrió, aproximadamente a las dos de la madrugada, aunque yo opté por que me llevaran hasta la casa de mi hija mayor, cerca de la cual me bajaron.

Durante ese trayecto de regreso, continuaba con los ojos vendados pero iba ya sin capucha y uno de mis acompañantes me expresó que no

había estado detenido y que ellos pertenecían a las Fuerzas Conjuntas. Ante una pregunta concreta de mi parte, reafirmaron esa opinión: me respondieron que sí, que efectivamente eran miembros de las Fuerzas Armadas. El lugar en que estuve detenido creí ubicarlo y ahora lo considero con certeza: era la Escuela de Mecánica de la Armada y desde allí escuché el ruido de despegue y de aterrizaje de los aviones, tal como se perciben en las zonas próximas al aeroparque. Además, he pasado mayor parte de mi vida en los barrios aledaños, así como también me resultó notable la rapidez con que me condujeron hasta lo de mi hija, circulando casi sin lugar a dudas por la Avenida Libertador y tomando luego por Monroe hacia el sudoeste.

En cuanto a las alternativas concernientes a la detención de mi hija María Teresa, la información me la proporcionó personalmente el señor Ducrós. La fueron a buscar a su lugar de trabajo alrededor del mediodía de ese 8 de julio de 1976. Se presentaron en ese momento cuatro señores que dijeron ser oficiales de las Fuerzas Armadas y uno de ellos exhibió al señor Ducrós una credencial de capitán. Se trataba de una persona de aproximadamente unos 40 años, que pidió referencias de mi hija al empleador.

En las circunstancias narradas, mi hija fue tratada con deferencia. Durante el procedimiento, se encontraban apostados en los corredores soldados equipados con uniformes y armados. El lugar estaba ubicado en la zona céntrica de la ciudad de Buenos Aires: Florida esquina Lavalle. Desde que ocurrieron esos hechos, no pude obtener noticias de mi hija”.

Su bebé debía nacer en febrero de 1977.

De esa forma las Fuerzas Armadas argentinas reprimían a las mujeres argentinas y a sus niños, a muy poco tiempo de producido el cuartelazo pilotado por el general Jorge Rafael Videla. “Es una guerra tremenda, entre argentinos”, se comentaba mientras tanto en algunas redacciones locales y en agencias de prensa internacionales, mientras cientos de familiares comenzaban a tientos su doloroso itinerario tras los rastros de sus hijos y de sus nietos. Sin embargo, quienes de esa manera informaban al mundo se equivocaban, sin

querer o a sabiendas. No podía hablarse de una guerra desde el momento en que sobre el campo de batalla existía un solo ejército, con todo el apoyo logístico del Estado Nacional a su servicio, sin contendiente válido a la vista. Y no podía hablarse tampoco de un enfrentamiento entre argentinos, desde el momento en que fuerzas y servicios de inteligencia extranjeros habían depositado sus poco contemplativas botas en el país, buscando sus propias presas y respaldados en su accionar por los represores autóctonos. “Intercambiamos figuritas”, bromeaban en los gimnasios y en los reparadores baños turcos los oficiales de países vecinos, acostumbrados a atravesar impunemente las fronteras. Bolivianos, como se verá en el caso de la búsqueda de Carlita Rutila Artes. Y uruguayos, cuya intervención ha quedado patentizada en varias historias, la de la desaparición de Simón Antonio Riquelo –peligroso subversivo de 21 días de edad en el momento de su detención– entre otras.

Simón Antonio poseía una característica que quizás los años no puedan borrarle jamás: era pelirrojo. Sus ojitos, tenían color castaño. El 13 de julio de 1976, a las once de la noche, terminaba de tomar el pecho de su madre, la uruguaya Sara Rita Méndez. La miraba desde la cuna, con las manos trenzadas ante el rostro, como hacen todos los bebés. Después, la mujer apagó la luz del cuarto, entornó la puerta y se alejó en puntas de pie. Había pasado otro día y podía descansar un poco, charlar mientras cenaba con su amiga Asilú Mazeiro, que desde hacía unos días vivía en esa misma casa. Desde afuera, llegaba el silencio típico de Belgrano a esa hora, a la altura de la calle Juana Azurduy sobre todo. De repente, se quebró la paz: unos golpes demasiado perentorios y fuertes repercutieron contra la puerta de calle. Las dos mujeres estaban solas y se miraron sorprendidas, sin atinar a nada. De todas maneras, mucho no hubieran podido haber hecho, porque a esa altura de los acontecimientos, en pocos segundos, la puerta había sido arrancada de su marco. Entre diez y quince hombres, con armas cortas y largas en sus manos, se precipitaron por el hueco y corrieron en todas direcciones. Vestían de civil pero en nuca y frentes llevaban esa marca indeleble de la gorra. Cuando se dieron cuenta de que no había nadie más, se dedicaron a dar vuelta los muebles. Mientras, los que mandaban separaron a una y otra: poco más supo Sara Rita Méndez de la vida –o la muerte– de Asilú Mazeiro a partir de ese instante.

A ella le tocó la cocina: allí fue encerrada. Se le aposentaron unos mozos fornidos, con comportamiento de oficiales y, efectivamente, como tales se presentaron: oficiales de las fuerzas armadas argentinas y uruguayas. Era la materialización de la tan manida tesis de las fronteras ideológicas, como quien dice. Los socios para la represión parecían entenderse bien en cuanto a procedimientos: unos, hacían preguntas y los otros pegaban. Cada tanto, invertían los papeles. Sara Rita Méndez recibió un castigo muy duro esa madrugada, mientras Simón Antonio descansaba: la arrastraron del pelo, le pegaron en los senos, le pisaron los dedos de las manos al caer, le patearon el abdomen y aun más abajo. Su culpa era desconocer el paradero del padre de Simón Antonio. Después, encapuchada, la introdujeron en un auto. Destrozada, con la boca llena de sangre, alcanzó a preguntar por su hijo al responsable de los militares uruguayos, que se había presentado como mayor Gavazzo: “-Por él no te preocupes, negra. Se va a quedar con nosotros. Esta guerra, no es contra los niños”, fue la respuesta, poco menos que indignada del militar. Sara Rita Méndez, nunca más tuvo pista alguna de Simón Antonio. Atada y a ciegas, fue trasladada al centro de detención clandestina conocido con el nombre de “Automotores Orletti”, el “chupadero” preferido por los miembros del OCOA (Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas), la sigla represiva uruguaya a la cual los militares argentinos habían entregado las llaves de la ciudad. En las instalaciones de ese campo, se dio cuenta de que no era ella la única oriental detenida: muchos de sus compatriotas se hacinaban en los camastros del lugar, con el constante olor agrio de los vómitos, el sudor, el sufrimiento y la incertidumbre adherido a las capuchas. Pasó 9 días en ese agujero y una madrugada, obrando con total libertad de movimientos, sus captores la trasladaron a Uruguay, donde siguió otros cuatro meses sobreviviendo en calidad de detenida-desaparecida. Durante ese tiempo continuó viendo al mayor Gavazzo, un verdadero mandamás del campo de concentración al cual la habían “tirado”. Y cada vez que pudo, le siguió reclamando su bebé. El oficial prometió entregárselo, pero jamás cumplió con su palabra, un hecho que, después de todo, no asombra demasiado. La historia de Sara Rita Méndez termina de esta forma:

“Luego, soy oficializada como presa política en una cárcel legal. Allí recibo la primera visita de mi familia y compruebo que el bebé no estuvo nunca con ellos. Ni con su papá”.

Mientras termina de escribir esas líneas, seguramente el mayor Gavazzo se encuentra en algún despacho de algún cuartel, tramando otras acciones parecidas. O sentado en una confitería de la Rambla con sus hijos. O besando apasionadamente alguna mujer. Su futuro no parece preocuparlo: se siente poco menos que intocable. ¿Actuará algún día una real justicia contra él y contra los cientos de otros “gavazzos”, avasalladores de las Constituciones y represores inveterados? Porque la lista de los operativos comandados por oficiales uruguayos en la Argentina, se torna, sin lugar a dudas, extensa. Baste recordar, apenas, unos pocos nombres –entre muchos otros– de los “chupados”, torturados y en muchas ocasiones asesinados o desaparecidos por dichas formaciones especiales que, impunemente, atravesaban las fronteras: Enrique Rodríguez Larreta, Enrique Rodríguez Larreta (h), Zelmar Michelini, Margarita Michelini, León Duarte, Edelweiss Zahn de Andrés, Hugo Méndez.

Algún día los jefes del OCOA, del SID (Servicio de Inteligencia de Defensa) y de la famosa División 300 –que poseía no menos de 60 miembros trabajando a full en la Argentina– tendrán que rendir cuentas de sus actos netamente criminales. Tendrán que explicar, sin duda alguna, el asesinato de Adriana Gatti Casal –hija del dirigente obrero gráfico Gerardo Gatti Antuña, también desaparecido– embarazada de ocho meses. Adriana había nacido el 22 de agosto de 1959 en Uruguay y se había casado con Ricardo Carpintero. Cuando fue secuestrada en Argentina, el 8 de marzo de 1977, su bebé ya estaba por nacer: quienes se la llevaron dieron poca importancia al hecho de que estuviera bajo el amparo de las Naciones Unidas y con visa francesa 051/1976.

Después de varios años recién su madre y su abuela lograrían encontrarla, pero ya sería demasiado tarde para ella: estaba en el fondo de una tumba destinada a NN y había sido asesinada con su hijo en el vientre. Larga la mano de los militares uruguayos y demasiado manchadas de sangre. Como a las de Lady Macbeth, “ni todos los perfumes del mundo” lograrán quitarle sus hedores.

Y los ejemplos trágicos no terminan allí. Es indispensable machacar sobre ellos y por eso mismo la experiencia vivida por la abuela Enriqueta Santander no puede tampoco ser dejada de lado:*

“Tres hombres vestidos de civil se presentaron en mi domicilio de la calle Güemes 3081, tercer piso, departamento A, preguntando por una persona llamada Graciela. Ante mi desconocimiento, solicitaron les informara sobre mis datos personales. Inquirieron sobre con quién compartía yo la vivienda, preguntaron si yo tenía hijos y donde vivían. Respondí que éstos vivían en Brasil. Luego de esto, uno de los hombres se retiró, quedando en mi departamento los otros dos, que revisaron rápidamente la vivienda. Al poco rato, se presentó de nuevo la tercera persona y me preguntó: –¿Dónde está Freddy?–, que es mi hijo. A esta nueva pregunta, volví a contestar que no estaba. Ellos –los policías– afirmaron que esto no era cierto, porque, aseguraron, mi hijo vivía en el departamento B del tercer piso del mismo edificio, contiguo al mío. Al mismo tiempo, comenzaron una revisión profunda de mi departamento, revolviendo los cajones, placards y todo cuanto encontraban a su paso. Uno de los sujetos, acto seguido, me pidió la llave del departamento B, que efectivamente pertenecía a mi hijo y su esposa, pero Freddy no se encontraba allí en ese momento. Mi nuera, en cambio, sí estaba ahí, estudiando. Mientras esto ocurría, otro de los represores tomó unos discos que había en el suelo y comenzó a revisarlos uno por uno. Así fue que encontró que uno de ellos tenía escrito el nombre de Freddy y expresó que, indudablemente, pertenecía “a ese botija”, término netamente uruguayo, que se usa para significar “muchacho”, “pibe”, “chico”. En ese preciso momento, llegó mi hijo y penetró directamente en mi departamento, al observar que la puerta estaba abierta: enseguida, los hombres le preguntaron por la tal “Graciela” y mi hijo negó conocerla. Ante esta negativa, resolvieron detenernos, aunque previamente saquearon todos los objetos de valor que había en los dos departamentos, al mismo tiempo que dudaban si llevarme o no a mí también. Yo pregunté a dónde nos llevarían y se me contestó que al Departamento Central de Policía: como en ese momento no tenían loco-

* Enriqueta Santander recuperó a su nieta María Victoria Moyano Artigas en 1987. Es su abuela paterna.

moción suficiente, decidieron trasladarnos primero a mí y a mi nuera y después a mi hijo. Efectivamente, nos introdujeron en un Peugeot 404 amarillo, conducido por un sujeto con uniforme de fajina y fuertemente armado, pero a poco de andar me di cuenta que no nos dirigíamos al Departamento de Policía. Se lo hice notar a uno de ellos y me respondió, después de un silencio: –Yo soy un bien nacido y estas cosas no me gustan. Pero alguien tiene que dar la cara... y nos ponen a nosotros. A todo esto, ya íbamos llegando a la altura de la avenida General Paz: allí, nos encapucharon, pero no obstante pude observar que el coche dejaba la Avenida por la salida Baltar. Inmediatamente llegamos a destino. Nos introdujeron en un inmueble y comenzamos a subir y a bajar escaleras. Luego, nos introdujeron en un amplio ambiente amueblado con sillones, en el cual se encontraban muchas personas encapuchadas, esposadas y tiradas por el suelo: a nosotros también nos colocaron ahí, no sin antes arrancarnos los efectos personales, entre ellos un reloj de oro. Así quedamos hasta la mañana siguiente, sin agua y sin alimentos. En ese momento, trajeron a mi presencia a mi hijo Freddy, que protestaba porque había pasado toda la noche desnudo, en el patio. También a él lo tiraron al suelo y, después de un rato, nos introdujeron en una pequeña habitación donde había una cama de hierro sin colchón y unos cajones de manzanas llenos de documentos. A mí, prontamente me retiraron del lugar, pero mi hijo debió permanecer allí. Como desde afuera noté movimientos alarmantes, comencé a gritar pidiendo por él. Alguien –por esa razón– me dio unos puñetazos. Al rato, un sujeto trajo a Freddy hasta mi falda, diciéndome que era mi hijo, que lo tocara si quería pero que no le diera agua porque podía morir, en ese caso.

Al tocarlo, sentí que estaba frío y que, continuamente, reclamaba de beber. Después trajeron a mi nuera, la dejaron también a mi lado: la sentí mojada, mientras ella lloraba diciéndome que habían intentado ahogarla. Todo eso se repitió cada dos horas y durante tres días. El último de ellos, el jefe –vestido de gris, de edad madura y talla gruesa– me hizo llevar a la pequeña habitación y me preguntó por las amistades de mi hijo y por su lugar de trabajo, añadiendo la pregunta de si me habían maltratado, a lo

que no tuve más remedio que responder que no. Después, me informaron que nos dejarían en libertad, porque nuestra detención “había sido una equivocación”. Nos trasladaron, entonces, a otro recinto: el mismo jefe nos acompañó, mientras decía de Freddy que era “un lírico, que no hacía mal a nadie”. Nos subieron acto seguido a una camioneta y nos tiraron a los cuatro al suelo, indicándome que tomara la mano de mi hijo, que nos pusiéramos uno al lado del otro. En determinado momento, alguien nos sacó las capuchas, pero permanecemos con unas vendas que nos ajustaban mucho los ojos. Después, paramos y sentí disparos y corridas. Al rato, nos bajaron, diciéndonos que hasta que no escucháramos el motor de la camioneta alejándose no nos moviéramos ni nos quitáramos las vendas. Estábamos en medio de un descampado. Comenzamos a caminar. Encontramos un paso a nivel y paradas de colectivos. Era pleno día. Nos habían dado, además de nuestros documentos, una cartera llena de documentos de personas que no conocíamos. Cabe señalar que el sujeto que, en este relato, dije utilizó el término “botija”, fue identificado por mi nuera, durante el cautiverio, como de nombre Gavazzo, de nacionalidad uruguaya y oficial de inteligencia del ejército uruguayo”.

Sin embargo, la historia de la abuela Enriqueta Santander no iba a tener este final, “feliz” dentro de todo, si se tiene en cuenta los tiempos que corrían. Al contrario, su hijo –Alfredo Moyano– y su nuera –María Asunción Artigas de Moyano–, embarazada de tres meses, volvieron a ser secuestrados –y desde ese momento desaparecieron– el 30 de diciembre de 1977. Ese día, uniformados y de civil, las fuerzas conjuntas irrumpieron en el domicilio que la pareja ocupaba en la localidad de Berazategui. Se trató de un operativo relámpago. Apenas si alcanzó a ladrar el perro, alertando a los vecinos, que salieron de inmediato a las puertas de sus casas, pero –de inmediato también– amenazados por armas de fuego debieron encerrarse, en medio del pavor que se instaló en la zona. El muchacho –un pintor que estaba terminando sus estudios secundarios y aspiraba ingresar en la carrera de psicología– y la chica –que iba a comenzar a asistir a los cursos de la Facultad de Medicina de La Plata– fueron introducidos, encapuchados y esposados, en unos coches Falcon que aguardaban y que pres-

tamente se alejaron del lugar. Cuando el 31 de diciembre, para festejar el fin de año, Enriqueta Santander fue a buscarlos, se encontró con las desolaciones habituales: puertas trancadas, luces encendidas, muebles dados vueltas y saqueo total. En la comisaría, no quisieron aceptarle la denuncia y ni siquiera abrirle la puerta: –Búsquese un cerrajero o ábrala usted misma, fue el único consejo que le dieron. Así lo hizo y comprobó que adentro no quedaba nada: hasta la ropa de una bebida muerta, que la pareja había tenido antes, se llevaron. Después, comenzó el consabido peregrinar, a tientas. En primer lugar, presentó un hábeas corpus en el juzgado del juez federal Martín Anzoategui, un hombre que gustaba allanar locales de las instituciones defensoras de derechos humanos. Más tarde, también ella fue a parar a monseñor Graselli, quien le confirmó que, en verdad, sus hijos estaban detenidos: –Están con otros 20 uruguayos, agregó, como para no dejar lugar a dudas de que poseía buena información. La mujer recuerda perfectamente esa entrevista:

“Me consoló hasta por ahí nomás. Y cuando yo le dije que se habían llevado todo y que mi nuera estaba embarazada y que yo temía justamente por eso –porque ella era, además, una chica muy frágil, muy delicada de salud–, por la madre y por la criatura, me dijo que no me preocupara, que eso era la costumbre que tenían ellos, que se llevaban todo. Y que posiblemente a la criatura también se la llevaran, porque era botín de guerra. Así, sencillamente, utilizó ese término. Al tiempo, volví a ir, después de pasar por los trámites y revisiones tremendas que había que soportar para llegar hasta ese hombre. En esa oportunidad, me dijo que no había podido averiguar nada y recalcó: –Señora, lo que yo no sepa ni pueda averiguar, téngalo por seguro que no lo va a saber ni usted ni nadie; soy yo el único que puede llegar a conocer algunas cosas y, en su caso, lamentablemente, no sé nada.

Así que no fui más. Ya después me enteré quien era este famoso personaje, así que... ¡a qué iba a ir!”.

Los militares tampoco le aclararon demasiado el panorama. En Palermo, le sugirieron: –Y... ¿no se habrán ido? Se lo indicó un oficial, poniendo cara de

suspica, e insistiendo luego: –Pero... ¿usted está segura que se los llevaron? La respuesta de Enriqueta Santander no se hizo esperar: –Mire, yo tengo un hijo y a mí ese hijo no me lo trajeron los reyes. Ni me lo encontré tampoco adentro de un repollo. Estoy segura de que lo tengo y de que también tengo una nuera. Por eso quiero saber dónde están... De todas maneras, no encontré respuestas a sus preguntas, hasta el 28 de abril de 1978:

“Ese día, llegó a casa un muchacho uruguayo, al cual hacía tres días habían liberado, por la zona de Temperley. Había estado en el “Pozo de Banfield” con mi hijo y mi nuera. Se llamaba Washington Rodríguez. Me contó que el embarazo de mi nuera continuaba. A partir de ese momento, nunca más supe nada, hasta que nació la criatura: después de eso, en febrero de 1979, una voz de hombre me dijo, por teléfono, que fuera a buscar a mi nieta, que estaba depositada en la Casa Cuna Pedro de Elizalde, en Constitución. También llamó a mi consuegra y juntas fuimos a la Casa Cuna. A esa y a otras, pero no hubo caso: hospitales, asilos... Me trataron bien en todos lados, pero con mucho miedo. Y yo también tenía miedo. Yo iba... pero iba aterrorizada. Hasta ahora tengo miedo: veo un coche parado y me aterrorizo... porque todavía existe el miedo. En fin, lo cierto es que esa persona volvió a llamarme y me aseguró de nuevo que era la Casa Cuna de Constitución a donde tenía que dirigirme: –A donde falleció –me dijo– la otra nenita que ellos tuvieron. Era un dato totalmente exacto ese que me acababa de decir, efectivamente un bebé se les había muerto tiempo atrás. Quedé desorientada y pensaba, a veces: –Este, seguramente, ha de ser policía y ésta es una tortura más que quieren hacerme... Pero no era así: efectivamente –después lo pude comprobar– había estado él también preso con ellos. Se llamaba Diego Barrera y él fue quien me dio el nombre de la nena: Verónica Leticia, un nombre que le puso mi nuera por una canción que cantaba Joan Manuel Serrat. Pesaba 2,900 kg... y nació el 25 de agosto de 1978, justo el día de la Declaratoria de la Independencia en Uruguay... El parto se produjo en el mismo “Pozo de Banfield”, a la buena de Dios, con ella esposada, encapuchada y atada a la camilla. De ahí en más, nadie me dijo nada. Deseé mucho que alguien se

acercara, pero... Uno desea que aunque sea le digan mentiras, pero que le digan algo. Eso... es tan importante. Pero yo, no supe nada más. En el fondo... en el fondo, como a toda madre, me queda esa esperanza de... Pero si me pongo a pensar... pasaron muchos años”.

También Enriqueta Santander se quedó sola. La represión se le llevó lo trascendente –la familia, la nieta–, y tampoco respetó lo material: la casa de sus hijos, que estaba todavía sin escriturar, apareció un buen día con un cartel de “Se Vende” colocado en su frente. Y la vendieron nomás:

“Es que yo estuve mucho tiempo sin ir por allí. Al principio iba, porque tenía un jardincito en el frente y yo me ocupaba de mantenerlo arregladito, pensando que en cualquier momento iban a llegar mi hijo y su mujer. Incluso les compraba ropa... esperando. Dejé de cocinar, no podía comer lo que antes había cocinado para ellos... Por eso iba un domingo sí y uno no por la casita. Hasta que un día, aterrada, me llamó una vecina: el día antes había llegado un camión del ejército y en él habían cargado lo poco que quedaba adentro. Hasta la bomba del agua se llevaron, y la garrafa de gas... En ese momento, me di cuenta que me podían llevar también a mí”.

¿Esos –y otros muchos peores, por supuesto– son los tan manidos actos de servicio a los que se suele hacer referencia en algunos foros? Ante esos razonamientos, suena muy acertada la posición que en tal sentido sustentan las Abuelas: se trata de delitos comunes, sin que con respecto a ellos interese la condición de militar de la persona que los cometa. En caso contrario, se estaría estableciendo un verdadero “fuero personal”, expresamente prohibido por el Artículo 16 de nuestra Constitución Nacional. Porque el acto de servicio del personal militar consiste en el cumplimiento de una función asignada por la ley, dentro de la competencia fijada por las normas legales. Y ninguna ley fija, como tarea del personal militar, el secuestrar personas, saquear propiedades, matar alevosamente, establecer centros clandestinos de detención o privar a los niños de su verdadera identidad. Todos los hechos de esa naturaleza –los cometa quien los cometa– son delitos comunes, a los cuales debe penar la justicia

ordinaria. Las propias características de la represión desatada sobre nuestro país —en la cual actuaron grupos no identificados, a veces encapuchados, que negaban las detenciones que efectuaban, vendaban los ojos a sus víctimas y utilizaban nombres y documentación falsa— es la demostración más evidente de la conciencia de la ilegalidad del propio proceder que tenían los autores de tales hechos. Un delito militar, es la violación de un deber militar, que afecta a los poderes de mando y organización de las fuerzas armadas; los desmanes antes enunciados, en cambio, son delitos comunes, sin relación alguna con ningún posible acto de servicio. La Corte Suprema de Justicia de la Nación, ha dicho en sus fallos: “El carácter excepcional de la jurisdicción militar impide extenderla, so color de que en todo hecho ocurrido en una dependencia militar deba entender el respectivo juez de instrucción militar, pues ello implicaría generalizar un fuero de naturaleza restringida. A los efectos de la competencia de la justicia militar, no pueden ser considerados actos de servicio aquellos que ordinariamente corresponden a funciones civiles y no a funciones inherentes al servicio militar”. El criterio que debe seguirse es, entonces, claro. Porque la vigencia del Artículo 108, inciso 2, del Código de Justicia Militar (Ley 14.029) no modifica esos postulados en los casos que se han tratado, desde el momento en que los centros clandestinos de detención no son lugares sometidos a “exclusiva autoridad militar”, sino que son precisamente eso, establecimientos clandestinos. Y los secuestros, cometidos en plena vía pública, no pueden jamás constituir actos de servicio. Como dice la fórmula ritual, “proveer de conformidad, será justicia”.

Capítulo 4

Las Abuelas se mantuvieron vinculadas y comenzaron a esbozar sus primeras formas organizativas, a encarar las primeras tareas en común, a asumir las primeras responsabilidades. Su dolor, como el de otras tantas mujeres, dejaba una estela que parecía confluír hacia la Plaza de Mayo. Una de esas madres –Élida Galletti– que hacia allí orientaba su pena y su protesta, declararíá después a la CIDH:

“Hace años, cuando me ocurrió lo que a tantas, dirigí yo también mis pasos a Plaza de Mayo, con mi dolor fresco y sin amilantar. Como estos hechos venían ocurriendo hacía tiempo, alentaba la ingenua esperanza de que estábamos llegando al final de este drama. Como a toda recién venida, se me preguntó quién era mi “desaparecido” y cuánto tiempo hacía. A mi respuesta quebrada por el llanto: –Una hija y mi yerno... hace cuatro meses..., oí estas réplicas: –A mí, tres hijos, hace un año. A mí, una hija –era inválida– hace ocho meses. A mí, mis padres y mi hermana, que estaba embarazada. Y entonces, la realidad que yo creía próxima a su fin, la vi proyectarse en cantidad y en tiempo. Y hoy, aquéllas que entonces eran las primeras que habían ido a Plaza de Mayo, llevan tres años largos sin saber nada sobre el destino de sus hijos y hay otras que están en la punta inicial del espínel, pero sin tener el consuelo y la fortaleza que nos dio a otras Plaza de Mayo.

En esa rueda, había una palabra rechazada, pero incansablemente repetida: desaparecido. Ella es síntesis y definición de nuestra situación. Cuando explicábamos a los transeúntes de Plaza de Mayo el sentido de nuestro andar, con sorpresa ponían nuestra realidad en la zona nebulosa del mito. Nos preguntaban: –¿Desaparecidos? Pero, ¿ustedes los ven, saben donde están? Les respondíamos: –No. Eso es lo que queremos saber.

Contestaban: –¿Pero no están en cárceles? ¿No los juzgan? Les decíamos: –No. Eso es lo que pedimos. Y cada jueves y cada día, cuando se presentaba la ocasión, explicábamos esta realidad que, por insólita, ni nuestros compatriotas podían entender, si no habían sido tocados, directa o indirectamente, por ella. El gobierno, ni caracterizaba la situación ni pronunciaba la palabra “desaparecido”. Más aún, en algunas solicitadas se nos hizo corregir el texto, por incluirla. En las referencias oficiales a hechos de política interna o externa, se habló sólo de “la guerra sucia” o de “la guerra no declarada”, considerando que en esta sola referencia estaba la razón suficiente de su accionar. La experiencia que nos dio esta lucha diaria, menuda en sus logros, nos hizo madurar. Comprendimos que “cada caso” era “todos los casos”, que de lo individual debíamos pasar a lo genérico. Si todos los casos tenían connotaciones similares, podía llegarse a dar una definición de lo que era un “desaparecido”. Es tan nueva esta acepción de la palabra, que al usarla la encomillamos. Urge, pues, precisar el trozo de realidad que se cubre con este nuevo uso del término “desaparecido”. Y pasar así de la norma al sistema. Cada ciudadano argentino debe tomar conciencia de este pavoroso problema. Unos, lo hemos hecho por el dolor; otros, lo harán por el conocimiento. Pero debemos asimilar esta verdad, porque es nuestro compromiso con las generaciones futuras. Sino, quedará por siempre una sombra de tristeza en los descendientes de esta generación tronchada y no llegará la paz a tanto familiar desolado. Siempre mirará a su alrededor pensando en qué lugar incógnito podrá seguir sufriendo su hijo o qué árbol o qué trozo del cielo recogió su última mirada, su último suspiro, su último pensamiento. Porque hasta les fue negado el trozo de tierra que desde su nacimiento tienen ganado para descansar”.

Entre esas mujeres que así hablaban y luchaban, marcharon al mismo tiempo las Abuelas. ¿De dónde venían, cuáles eran sus metas? Ellas mismas contestan:

“Estamos empeñadas en la búsqueda desesperada de los niños desaparecidos. Doblemente madres, despojadas hasta de los retoños de nuestros

hijos, la angustia se hace a veces insoportable, las ausencias laceran. Pero debemos continuar andando, porque hay que encontrarlos. Hay que buscarlos hoy, mañana y todos los días. A todas las horas. No hay tiempo para el descanso. No hay tiempo para nada de lo que constituyó nuestra vida. Porque es así: nuestra vida se divide en antes y después. Antes... nuestras vidas eran como todas. Después, es levantarnos al alba con frío, calor, lluvia –eso no importa, no nos afecta ya– y correr y correr, indagando, buscando. Jueces de menores, tribunales, asilos, plazas, solicitadas, cartas, Iglesia, adopciones, investigaciones, ministerios, Minoridad, marchas, petitorios, concentraciones. Así aprendimos a redactar los hábeas corpus, averiguamos los últimos adelantos en genética, entrevistamos eminentes hematólogos, supimos de protocolos y de organismos internacionales. También de seguimientos, agresiones y amenazas. Mientras tanto, mirábamos: –Aquel niño rubio, ¿no será?... Tiene sus ojitos como los de mi hijo... Y aquella nena se parece a... Y puede ser... Y no era. O sí, era. Así, de a poco, los niños desaparecidos van recuperando su identidad, porque los fuimos encontrando, con ojitos ansiosos, como esperando retornar a los brazos de los que fueron arrancados brutalmente, a veces en el momento mismo de nacer. Pero todavía nos resta encontrar a centenares de ellos y a sus padres y a miles y a miles más. En definitiva, con nuestras ansias de libertad, de verdad y de justicia, no somos más que abuelas que luchamos para que los niños secuestrados sean devueltos a sus legítimas familias, para que aparezcan con vida los hijos desaparecidos, para que sea liberado hasta el último de los presos políticos, para que se desmantele realmente el aparato represivo y para que nunca más se repita este horror dantesco que vivimos”.

Abuelas, nada más ni nada menos. Como Mirta de Baravalle. Antes, era gestora y su marido estaba empleado en el frigorífico CAP. El 27 de agosto de 1976 quedó para siempre grabado en su memoria:*

“Hacía como una semana que esperaba ese día, porque iban a dar, por la televisión, una película que quería ver. Cuando terminó, nos fuimos a la

* Mirta de Baravalle sigue buscando a su nieta nacida en cautiverio.

cocina, a tomar mate y a jugar al scrabel: estábamos yo, un hermano mío, mi hija mayor, llamada Ana María, y mi yerno. El que perdía, tenía que cebar.

En ese momento yo, sobre todo, comencé a sentir cosas raras, ruidos afuera, como si estuvieran caminando por los techos. Salí, entonces, a la galería y vi que en la casa vecina, entre penumbras, estaba entrando mucha gente. Algunos –me di cuenta de eso también– tenían como unas gorras puestas. Les avisé a los chicos lo que estaba sucediendo, pero como ya en una oportunidad a ese lugar había ido la policía –por problemas de índole privada que allí se suscitaron– pensamos que la historia volvía a repetirse. En eso estábamos, cuando también nuestra puerta se abrió violentamente y nos apuntaron, haciéndonos parar de cara a la pared, aunque antes de hacerlo alcancé a divisar que tenían botas y uniformes verde oliva de fajina. En ese momento, nos trataron con corrección, nos pidieron los documentos y revisaron los dormitorios, desde donde regresó uno de ellos, gritando: –El pájaro voló, el pájaro voló... Se referían a la cama en donde mi esposo había dormido la siesta esa tarde, porque trabajaba de noche. Entonces se fueron, aunque se llevaron algunas cosas, no muchas pero algunas se llevaron. No bien se alejaron, medianera por medio comentamos con los vecinos el hecho y nos enteramos de que se habían llevado al hijo de uno de ellos. Se lo habían llevado porque uno del grupo se empeñó en hacerlo: –A éste me lo llevo, dijo. Parece que otro le contestó: –¿Y para qué te lo querés llevar? Pero el primero insistió y lo sacó a la calle. Ahí, resulta que no lo quiso meter en su auto, sino ubicarlo en otro. Fue en ese momento cuando los otros represores parecieron enfurecerse y le gritaban: –Ah, no, pedazo de hijo de puta... Vos fuiste el que se lo quiso llevar, así que ahora déjate de joder y no nos quieras encajar el chico a nosotros... En fin, lo cierto es que tres días más tarde ese muchacho apareció –vivo– cerca del cementerio de Bancalari... Bueno, aquella noche allanaron también un departamento del fondo, donde vivía una viejita de 96 años, que en ese momento estaba con tubos de oxígeno. Después, rompiendo vidrios y violando puertas irrumpieron en otra casa contigua, donde vivía una señora mayor, su hijo y un nieto adolescente, que acababa de ser operado de un absceso en una

nalga: —¿Qué tenés ahí vos, una bala?, le gritaban y le hicieron sacar los vendajes mientras mantenían a la abuela descalza, en camisón y con las manos en alto. De ahí, también robaron dinero y de otros lugares todas las alhajas y las ropas se llevaron. Pero lo que quiero remarcar es el hecho de que esa señora, a partir de ese día, vivió permanentemente aterrorizada y a los pocos meses falleció... Bueno, lo cierto es que estábamos comentando con los vecinos pero no tuvimos mucho tiempo para seguir hablando, porque a los pocos minutos otro grupo irrumpió en la casa. A la primera que encontraron fue a mí y me arrojaron violentamente contra una mesa, en el comedor. Me impidieron levantar la cabeza y enseguida comenzaron a preguntarme por Ana, mi hija. En eso, alguien se acercó al que comandaba y le dijo, como sorprendido: —Jefe, ya hubo un operativo acá... y el jefe le contestó: —¿No sabes quién fue? ¿No sabés si fue aeronáutica?... De todas formas, siguieron adelante y continuaron preguntando por mi hija. En esos momentos, ella avanzó por la galería, los miró y dijo: —Yo soy Ana... Los tipos —de civil y jóvenes— la detuvieron de inmediato. Otros, mientras, revolvían todo como buscando algo. Tanto, que les dije: —Pero ¿qué es lo que buscan? Si es dinero, no van a encontrar, porque nosotros no tenemos dinero... Nadie me contestaba. Sólo gritaban, cada tanto: —Jefe, aquí no hay nada... Se oía ruido de botas corriendo por los dormitorios. Uno de ellos apareció con un libro de Ana en la mano, un libro de la facultad. El hombre preguntó: —¿Alguien entiende algo de esto?... Otro le contestó: —Yo, entiendo... Personalmente, ni sé de qué libro se trataba, en casa había muchos libros. Eso, les molestaba: —¿Acá qué son, maestros?, me decía el jefe. A todo esto, mi hija ya estaba esposada, en el frente de la casa y mi yerno, aparentemente, se había escondido en el fondo. Unos vecinos escucharon que el jefe decía: —Atención, operativo terminado... y que, a pesar de eso, dos de ellos se dieron otra vueltita por el fondo, seguramente para ver qué otra cosa podían rapiñar. Ahí fue cuando descubrieron a mi yerno: —Dale, tirale, mávalo —le decía uno al otro, sin saber quién era el que estaba oculto. Sonaron dos tiros y yo, inclusive, después encontré las cápsulas. Sin embargo, se ve que no le pegaron porque lo vi salir, cuando se lo llevaban, esposado y

caminando por sí mismo. Atrás de él salieron ellos, con todas las cosas robadas metidas adentro de mantas, a las que arrastraban. Yo y mi hermano estábamos en el frente y sabíamos que el riesgo, en esos momentos, no era para nosotros sino para los chicos. Lo que más me impresionó de ellos fue la fuerza, la fortaleza de mi hija, que estaba con una presencia de ánimo tan grande, tan grande... contestaba preguntas y yo, totalmente desesperada, quería oírlas, pero no alcanzaba a hacerlo. Pero la vi tan firme a ella, que yo no me permití ni una debilidad: me transmitió tanta fuerza que no pude llorar en ese momento, manifestar todo ese dolor, esa desesperación, esa impotencia de no poder hacer nada. En un segundo, me di cuenta de todo: –O me muero... o lucho, pensé. En esa fracción de segundos, pensé lo que jamás había pensado en muchos años... al verlos a ellos con esa dureza, con esa dignidad, convencidos de que no tenían nada que ocultar, porque sabían que lo que podían brindar a los demás lo brindaban: tengo de ellos el recuerdo de situaciones muy hermosas, en ese sentido, como los tenemos todos los padres de nuestros hijos desaparecidos. Situaciones frente a las cuales, en su oportunidad, probablemente fui egoísta, porque no quería el sacrificio de mi hija, no quería que con 17 ó 18 años se levantara a las 5 ó a las 6 de la mañana para ir a la villa, a cuidar y a bañar a los chiquitos. Sí, yo deseaba esos días que el despertador no sonara... Entonces, con todo ese espíritu, con todo ese amor que han tenido nuestros chicos, nosotros no podíamos ser y hacer menos de lo que somos y hacemos. Yo siempre digo que quiero ser digna madre de mi hija: no quiero claudicar. No sé si alguna vez me va a tocar llorar, pero hasta ahora no lo he hecho. Yo pienso que si algún día me pusiera a llorar por mi hija... no sé, lloraría hasta el fin, ya que no me podría levantar más y eso ella no lo querría. Al contrario, nosotros estamos ocupando el lugar que nuestros chicos dejaron, que les hicieron dejar. Queremos que todo su martirio, todo su sacrificio, todo su idealismo, se rescate”.

De esa forma se llevaron a Ana María Baravalle –estudiante avanzada de sociología, de 28 años de edad– y a su esposo. Julio César Galizzi, que se había casado en el mes de febrero de ese mismo año 1976. Mientras encapucha-

dos y esposados los metían en los consabidos Falcon que afuera aguardaban –apoyados, en este caso, por un camión del Ejército– Mirta de Baravalle era dejada boca abajo sobre un sofá y su hermano, golpeado duramente y destrutado, arrojado sobre el piso: –No se muevan de acá por 15 minutos porque la casa va a seguir vigilada, fue la única despedida que les dieron. No bien oyeron los motores encendidos, sin embargo, los dos se precipitaron a la puerta, pero apenas si pudieron divisar las rojas luces traseras de los vehículos perdiéndose de vista a toda velocidad. El silencio volvió a reinar en la calle Ramón Falcón, de San Martín, un barrio hasta entonces tranquilo y algo melancólico, de casas antiguas con cancel, zaguanes de baldosas y balcones, árboles a lo largo de las veredas. Mientras titilaban las luces de los vecinos –que no se animaban a salir y que por muchos años más no se animarían tampoco a hablar demasiado del asunto–, los dos hermanos penetraron a la vivienda y repasaron los hechos, angustiados. A su alrededor, todo estaba dado vueltas y faltaban algunas alhajas, los documentos, bolsos, toallas, ropas, sábanas y hasta un cachorro de boxer que el matrimonio secuestrado estaba criando.

En pocos minutos, la vida de todas esas gentes se había transformado. No habían podido evitar esa violencia brutal que contra ellos acababa de ejercerse. Nadie se había opuesto a esa evidente ilegalidad cometida, por otra parte: los patrulleros –tan “solícitos” en otras oportunidades y que constantemente y a diario circulaban por la puerta de la casa, mientras se dirigían a un garage policial de las inmediaciones– esa noche faltaron a la cita, puntualmente. Seguramente la seccional ya estaba avisada de que la zona había sido declarada como “liberada” por unas cuantas horas: y los oficiales principales también sabían del miedo. Esa era la nueva realidad para los Baravalle y a partir de ella surgirían las preguntas, más que nada el ¿por qué?

“Eso era lo que fundamentalmente comencé a plantearme de inmediato: ¿por qué se habían llevado a mi hija esa noche? ¿De qué se la acusaba? ¿Por qué motivo no se explicitaba el presunto delito que ellos habían cometido? Y si realmente eran responsables de algo, ¿por qué no se les daba la oportunidad de un juicio y de una defensa? En cambio, el camino que la represión había elegido no podía ser bueno, porque ¿cómo pre-

tender hacer justicia –que era lo que los militares afirmaban– partiendo de tanta injusticia? Hasta ese momento, yo había respetado a esa institución que se llama Ejército, pero de ahí en más ¿cómo evitar no ver manchas de sangre sobre todos los uniformes que se me pusieran adelante de la vista, cómo no preguntarme constantemente si es el uso de ese uniforme lo que corrompe a los hombres o si, por el contrario, son éstos los que corrompen y manchan sus insignias?”.

Con estos interrogantes a flor de labios, Mirta de Baravalle inició la búsqueda de su hija, su yerno y de ese nieto que estaba por nacer. Primero fue a la comisaría de la zona, donde desganadamente anotaron su denuncia. Después, se orientó hacia la cárcel de Villa Devoto, lugar al cual comenzó a concurrir casi a diario. En su cabeza –como en la de todos los argentinos en aquellos días– no cabía aún la idea de la posibilidad de genocidios ni de desapariciones ininterrumpidas: al contrario, los familiares directamente afectados por los secuestros partían de la base de que, después de algunos días, sus hijos serían regularizados como procesados y ubicados en alguna cárcel legal del país. Sin embargo, el tiempo iba pasando y nadie confirmaba a Mirta de Baravalle esas esperanzas: –Por el bebé no te preocupes, a los seis meses de nacido –hasta ese tiempo puede estar con la madre– seguramente te lo entregarán, por ser la abuela, le había dicho alguien. Pero seguía corriendo el almanaque y a Ana María parecía habérsela tragado la tierra. Sólo una vez se avivó la llama de las posibilidades concretas de hallarla prontamente, el día en que una funcionaria penitenciaria que estaba atendiendo a Mirta y revolvía unas fichas pensó haber ubicado a la muchacha entre la lista de detenidas en el penal de Devoto; pero todo se trató de un error de lectura y el expediente revisado correspondía, en realidad, a una tal María del Carmen Baravaglia. No quedaba otro remedio que seguir buscando.

En la Unidad 9 –a la cual también supo concurrir– Mirta de Baravalle no fue bien recibida, por cierto. Le apuntaron directamente al pecho con un fusil FAL y le dieron dos minutos para retirarse. Se alejó lentamente, a propósito casi, pero los tiros no llegaron, aunque sí se te multiplicó la pena. Cuerpos de Ejército y Distritos Militares contemplaron también su paso. En Campo de

Mayo, un sargento de guardia se apiadó de su dolor: —No diga nada que yo se lo he dicho, pero en aquel edificio del fondo le pueden dar algunas informaciones, le susurró casi, mientras desde lejos le señalaba el lugar. Pero los oficiales fueron menos contemplativos y la trataron socarronamente; con esa nueva desilusión se cerraba otro de sus días, a lo largo de los cuales, durante muchas horas y sin probar alimento, enhebraba esa búsqueda solitaria, al final de la cual, casi siempre, había un uniformado que fingía buscar, le decía después que no tenía noticias y hasta llegaba a extenderle la mano en el momento de la despedida: —Yo los dejaba con la mano extendida, porque tenía claro, ya, que todos ellos eran cómplices, recuerda. Pero donde las burlas y el maltrato se tornaban más exasperantes era en el ministerio del Interior, frente a inservibles burócratas aspirantes a parapoliciales y a las atildadas queridas de los coroneles, que tomaban datos insensiblemente, indiferentes a todo lo que no fuera cigarrillos importados y perfumes franceses. En esas colas interminables solía encontrarse con mujeres deshechas: —¿Sabe lo que me dijeron, señora? Que más bien buscara a mi hijo en un zanjón, le confesaban algunas de ellas, rotas para siempre y entre lágrimas. Por eso mismo, Mirta de Baravalle no pisó más el lugar: —En mi búsqueda, eludí todo lo negativo, lo que pudiera hacerme sangrar sin aportarme nada positivo. Nunca quise mostrar mi dolor gratuitamente, sin ningún sentido. Eso era lo fundamental, eludir el desquicio. Tender al fortalecimiento y no a quebrarse”. Frente a esa actitud, algunos, con su mala conciencia a cuestas, intentaban salvarse refugiándose en una piedad falsa: —Pobre mujer, está loca, era la frase predilecta en esos casos. Muchas veces escuchó murmurarla mientras regresaba por la noche a su casa, por las veredas torvas de esa Argentina aterrorizada, caótica y llena de desesperados:

“Una de esas noches iba llegando a casa, agotada. Había caminado todo el día y estaba nerviosa porque me había retrasado y mi esposo me esperaba más temprano. El también había sufrido y sufría mucho y además sobrellevaba la doble represión de no quererme demostrar a mí ese sufrimiento... Bueno, estaba a media cuadra de casa, más o menos, cuando pasa a mi lado una parejita, caminando muy rápido. Eran dos chicos, unas criaturas. Me pasan, pero de repente se detienen, se dan vuelta y me

encañonan con un arma: –Es un asalto, me dijeron. Yo los tranquilicé, porque estaban muy nerviosos, y les di lo poco que tenía en la cartera. De pronto, la chica me miró y dijo: –Perdónenos, señora, pero estamos desesperados. Yo les contesté: –Yo también estoy desesperada, busco a mi hija que está desaparecida. Mientras decía esto, me estaba sacando el anillo, porque también me lo habían exigido. Entonces, el muchacho me detuvo: –Deje, señora... Y se fueron. Yo alcancé a decirles: –Chicos... tengan cuidado. Porque, estoy convencida, de que esa parejita estaba huyendo, huyendo de la represión y sin tener adonde ir”.

En esos mismos momentos, Harguindeguy y Martínez de Hoz cazaban ciervos, la oligarquía esquiaba y se corneaba elegantemente en Bariloche, el medio pelo –cerrando los ojos– viajaba al exterior como sus modelos de la clase alta: triunfaba el proyecto de la Patria Financiera. Una patria con todas las de la ley, por otra parte, que contaba a su favor hasta con la bendición de la jerarquía eclesiástica, salvo muy contadas excepciones. Porque, la verdad sea dicha, la Iglesia tampoco trató a Mirta de Baravalle con grandes miramientos. Ella no entrevistó a ninguno de los portadores de los inmensos anillos santos, ubicó su accionar más bien rumbo a los curas de barrio. Allí no encontró mucho eco que se diga. Se había generalizado –entre el clero– la actitud de mostrarse reticentes ante esas madres y esas abuelas comprometedoras. En las misas ofrecidas por los chicos secuestrados, los oficiantes solían negarse a pronunciar la palabra “desaparecidos”. En una humilde capillita de Flores, una tarde lluviosas, Mirta de Baravalle explotó su angustia:

“Entrevisté al párroco, un cura viejito, que se negó a celebrar si debía especificar durante la misa que la misma era por un “desaparecido” –Pero cómo –le dije yo– ¿no sabe usted todas las cosas que están pasando afuera...? –Yo no sé nada –me respondió enseguida– no sé de lo que me está hablando, me dedico a las almas, que es esa la misión de la Iglesia. Entonces no pude contenerme y lo agarré violentamente de un brazo, empujándolo casi hasta la puerta. –Si no sabe nada, salga de acá y averígüelo, le grité. Fue en ese momento que, sorprendido, agitado, dijo: –Se-

ñora, señora, cálmese, no grite... A ver si a usted también le pasa algo... Eso demostraba que estaba bien al tanto de lo que ocurría –como todos– pero prefería ignorar la realidad, por miedo y también por no comprometerse, por comodidad”.

También el padre Lorenzo, de la iglesia de Villa Devoto, la tuvo en su despacho, pero no le aportó nada esa conversación. El párroco de Cristo Obrero, por su parte, prefirió reconvenirla, probablemente sin poder evitar poner de manifiesto su personalidad represora de capellán de cárceles: –Señora, ¿usted no sabía lo que hacían sus hijos?... Porque algo harían, si se los llevaron, pontificó desde la seguridad de la verdad dogmática de quien cree tener la salvación eterna garantizada. En el momento de efectuar el balance de su pasaje por los caminos de la religión, Mirta de Baravalle apenas si rescata un encuentro que tuvo mientras se dirigía a una parroquia de la calle Ameghino, una visión que acaso sintetice la realidad del país en ese año:

“–Cuando llegué a la iglesia, como no conocía a nadie, intenté buscar al cura por las intermediaciones. Fue en ese momento en que vi a una chica joven sentada en un murito, justo al lado de la capillita. Me parece tenerla aún adelante: usaba el pelo tirante, con una colita. En fin, me aproximé y le pregunté por un sacerdote. En esos momentos me di cuenta de que estaba totalmente alterada, su mirada era absolutamente perdida y carecía de expresión. Sin mirarme, como en una especie de letanía, me respondió: –Yo no soy comunista, yo no soy comunista... Fue tremendo y demostraba muchas pero muchas cosas”.

Mirta de Baravalle quedó con un sabor amargo que todavía se pasea por su boca: la Iglesia le había dado la espalda. Debían ser verdad, entonces, esos comentarios que aseguraban que las puertas de la Catedral se cerraban herméticamente los días jueves, a la hora en que los familiares iban a la Plaza. Y también los otros, los de quienes habían sido testigos, después de la Marcha a Luján, de la negativa de los sacerdotes a dar la comunión a todas aquellas que tuvieran el pañuelo blanco en la cabeza. Por lo visto, la mano de monseñor Aramburu

no sólo era apta para las dulzuras de la bendición: sabía tornarse dura. Quizás de tanto estrechar las diestras de soldados.

El 12 de enero de 1977, Mirta de Baravalle recibió una comunicación anónima, en la cual se le explicaba que su nieto había nacido. Pensó que sería necesario insistir con los hábeas corpus. No solía frecuentar los juzgados, desde el día en que un empleado del Juzgado Federal N° 3 de San Martín, a espaldas de ella y pensando no ser visto, hizo la señal del degüello. Por otra parte, era muy difícil encontrar a un abogado que estuviera dispuesto a firmarlo: circulaban historias —ciertas, por otra parte— de defensores desaparecidos por haberse atrevido a participar en esos trámites. Además, poco resultado podía esperar de intentos de ese tipo.

Sólo tenía una perspectiva por delante: la lucha. Asumió, entonces, ese compromiso. Se estaba quedando sola, por otra parte. El resto de sus hijos estaba lejos. La militancia junto a las otras abuelas era ahora su motor. Quizás intuía ya que en poco tiempo más iba a perder también a su marido. Como una paradoja, como una cachetada del destino y de la vida, su esposo iría a tener que enfrentarse al trance de la muerte exactamente un día en que despreocupadas y alegres multitudes de argentinos salían a la calle a levantar la recién obtenida Copa Mundial de Fútbol. Ese día, el corazón del hombre ya no iba a resistir la lejanía de los hijos y del nieto, la agobiante incertidumbre de todos esos años, las amenazas y los seguimientos. Ese día, un infarto lo iba a doblegar. Mirta de Baravalle tendría que salir desesperada ese día a conseguir un médico, pero no iba a encontrar ninguno: estarían ante televisores a color o en el propio estadio, viendo como la Junta Militar se abrazaría en el palco, mirando a Videla, a Agosti y a Massera gritando los goles y apoyados en pilas de cadáveres que les llegarían ya hasta las rodillas. O quizás estarían escuchando a Muñoz, el relator del Proceso, un fanático tan grande del orden que hasta odiaba que se tiraran papelitos: eso era lo que para él perjudicaba la imagen del país en el exterior y no los cientos de campos clandestinos. Ese día, Mirta de Baravalle podría al final encontrar una pick-up y subir en la caja, tirado en un colchón, a su marido. Ese día, la camioneta no podría avanzar, porque los hinchas cubrirían las calles de Buenos Aires e iban a confundir los bocinazos de desesperación con trompetazos de festejos y de gloria. Ese día la

mujer se inclinaría sobre su marido y tendría que escuchar estas palabras de su boca: —¿Vos te creés que no sé que me estoy muriendo de pena, por Ana María?... Ese día, en fin, su marido llegaría muerto al hospital y ella volvería otra vez a su casa entre bailes callejeros y cornetas, sola en la caja del vehículo, apretando las manos del cadáver. Ese día, en definitiva, le quedarían apenas los recuerdos, las fotografías antiguas de esa Ana María que ella no sabía por dónde andaría y que alguna vez le había escrito cosas como éstas:

“Construye la dureza, ella destruirá cualquier vacilación, marcará junto a la honestidad el paso necesario, inquebrantable. Pero no olvides nunca de forjar, con ella, la ternura. Ambas se identifican, se beben una en la otra, se fecundan creando caudales nuevos. Tus ojos deben saber mirar todo lo que te rodea, debes saber advertir toda la intensidad que vibra a tu alrededor. No pierdas la belleza del capullo que se abre, humilde, a recibir la caricia del sol. Que importa temblar ante los ojos puros de un niño: esas pequeñas cosas que nos ofrecen la ternura que necesitamos ante tanto dolor.

Es difícil crear con la palabra todos los tumultos y sentires que plasman sangre y espíritu en caudales incontenibles que buscan el cauce más honesto y humano para liberar la canción que llevamos adentro. Pero puedo decirte que el tumulto ya no es contradicción, sino que ha dado forma a un desarrollo que se nutre con paciencia, tiempo y fe. A medida que transcurren los días, la apariencia formal que puede mostrar un rostro, un actuar, no enseña exactamente lo que hay detrás de todo eso: al contrario, lo importante es la transformación del ser, el camino, el hallazgo, la fortaleza que se construye gracias al fuego que da la idea.

Ese camino hay que recorrerlo con alegría, pero ¿cómo vivir en alegría ante el dolor de tantos hombres? Alegría y tristeza danzan en uno mismo, irremediablemente, hoy.

Y hoy también puedo sentir el éxtasis del capullo que se abre al mundo, puedo percibir lo infinito ante el baño de la luna en el rocío, ante la sabiduría y la genialidad de la naturaleza, absoluta en su devenir eterno. Pero este hoy, que me integra a la vida, no es de alegría, no puedo transcurrirlo con alegría. Sin embargo, sí lo estoy haciendo por la alegría futura, que

será el triunfo del hombre. Agradezco la vida, el dolor, los anuncios, porque en ellos bebí el sol que iluminó mi mente y arrancó las vendas que no me dejaban ir más allá de las dudas y el conflicto. Ya no más conflicto. De a poco y silenciosamente, ya no más barro. De a poco y silenciosamente, sembradíos nuevos. Porque hoy vibra la tierra toda en mi humilde tierra y estoy aprendiendo a cultivarla para que otros puedan recoger mis frutos, que no los quiero ni los necesito míos. Necesita de ellos el hombre del mañana, como necesita también de la vida y la muerte del hombre de hoy. Como necesita de la imagen honesta y de la sonrisa limpia.

Es cierto, no puede existir la alegría absoluta cuando sientes y sabes que los ojos del niño ya tienen la tristeza del hombre, porque otros así lo quisieron, porque no lo dejaron elegir. Quebraron sus alas desde el vientre y mucho antes de él, desde la historia. Sin embargo, del dolor no nace la resignación: en él se engendra la fortaleza y ésta nos muestra un horizonte de lucha, que no significa sacrificio sino lealtad, amor del hombre por el hombre. Es necesario sembrar mieses y poesía: de cada vientre fecundado debe nacer un rayo del sol. Debemos forjar la sonrisa del universo y la canción de paz que no necesita de fronteras.

Sé que comprenderás esto tal cual quiero decírtelo, hay tanto que pensar que las palabras se hacen cada vez más espaciosas. Hay que dejar de lado lo innecesario y forjar con maestría lo importante, hay un grito lacerante en cada gota de sangre del caído, que golpea sin descanso. No podemos olvidarlo. La historia toda nos abre el camino para conocerlo. Negarlo, sería negarnos. Por eso, por todo eso y por mucho más, me desprendo también de ti. Sí, porque tú no serás nunca mi posesión y serás, por siempre, mi madre. Quizás nunca te haya dicho lo que eso significa para mí, quizás nunca te lo haya demostrado. Ocurre que uno, en su inmadurez, es tan tremendamente egoísta y ciega que no sabe apreciar en su máximo valor el lazo que lo identifica con un ser que es el compañero incondicional. Y no generalizo, hablo de ti y no de la madre como una abstracción: tú lo has sido y lo seguirás siendo, porque lo has vivido en cada momento, lo has demostrado en cada actitud. Para mí, no eres la idea de la madre aislada de la vida, de la madre lejana. Eres la mujer, con todas sus

buenas y sus malas cosas. Eres la humanidad. De eso hablo cuando me refiero a que no deseo poseerte; jamás podría hacerlo. Pero, sí, tú estarás siempre aunque yo esté lejos. Tu vida está en mi vida.

De las rosas nacieron nuevas rosas y de éstas seguirán naciendo rosas... Es el devenir eterno, la integración en el todo, lo absoluto de lo transitorio. Mientras tanto, vivo por la alegría, por la alegría lucho y por la alegría moriré. Eso es lo que quiero de mi sino. Nunca sufras por mí. Piensa que nada ni nadie logrará derrumbarme. Es cierto, puedo ser junco al que quiebren los hombres. Pero estoy bebiendo, insaciable, para poder calmar, aunque sea un poco, esa sed tremenda de los que sufren”.

Era el pensamiento de toda una generación de resistentes. Y otros miembros de esa misma generación crucificada eran rastreados por ese primitivo grupito de abuelas cuyas actividades y ramificaciones recién comenzaban a tejerse. Entre ellos, Liliana Beatriz Caimi de Marizcurrena, embarazada de cinco meses en el momento de su desaparición, y su esposo, Andrés Marizcurrena. La madre del muchacho –Raquel de Marizcurrena– justamente, desde los primeros momentos había levantado las banderas de la búsqueda. Su historia comenzaba el 11 de octubre de 1976. Ese día debía ser de fiesta para los Marizcurrena: Andrés cumplía 24 años. Y eso no era nada, la semana próxima su esposa iba a festejar los 18. Vivían en Martínez, a una cuadra de la comisaría Segunda, en la calle Italia. Era un departamentito en planta baja, las ventanas daban a la calle, a los chicos les gustaba el sol que por allí se filtraba a la mañana, pensaban colocar la cuna de su hijo cerca de ese lugar. Ahora, a las once y media de la noche, estaban abiertas y entraba un fresquito que mitigaba en parte los sudores de ese octubre caluroso. La cena había terminado y los Marizcurrena jugaban, con unos amigos que habían venido a la fiesta, al truco encima de la cama matrimonial. El resto de la familia prefería la lotería de cartones, en el comedor:*

“De pronto, sentimos unos golpes en la puerta, fuertes, y unos gritos: –Abran, somos de la Federal. Mi consuegra, en su inocencia, recuerdo que nos dijo: –¡Huy!... será porque estamos jugando a la lotería... Lo pri-

*- Raquel de Marizcurrena aún busca a su nieto o nieta nacido en cautiverio.

mero que hicimos fue correr todos, hacia la habitación de los chicos. Mi hijo, sentado en la cama, se estaba levantando en esos momentos, para abrirles la puerta con las llaves. Desde la ventana, lo apuntaron con una metralleta: –Vos, no te movás–, le dijeron. El contestó: –Pero... Tengo que abrir la puerta... Entonces, lo dejaron que fuera. No bien abrió, entraron seis. Algunos, con ropas de fajina y otros con camperas de jean. El que mandaba, más de 30 años no tenía y los otros, menos. Le preguntaron a mi consuegra si había armas y ella les contestó: –No. Soy una mujer viuda que ni aún cuando vivía sola con mi hija tenía armas en mi casa. Y ahora menos voy a tenerlas, viviendo con mi yerno acá. No revisaron mucho, pero nos dijeron: –Tenemos que llevarnos a los chicos, para carearlos con otros detenidos. Mi marido los quiso acompañar pero no lo dejaron, los policías. Mi nuera les preguntó: –Pero, ¿por qué un careo? Recibió esta respuesta: –Por unos libros que te trajo Haydée... –Ah! Si es por eso se los puedo dar ya mismo, los tengo acá, en el ropero. Dijo eso y abrió el placard y sacó una caja llena de libros. Se los dio. Pero no hubo caso, insistieron con que debían trasladarlos hasta la capital. En ese momento, la que intentó viajar con ellos fue mi consuegra, pero también a ella le negaron la posibilidad: –No se preocupen, que en dos horas los chicos están acá de nuevo–, esa fue la única explicación que nos dieron. Después, los sacaron, –sin capuchas y sin esposas– y los metieron en un Falcon –había cuatro en la puerta y toda la manzana rodeada por otros autos y también por patrulleros– mientras los chicos lo único que atinaron a decirnos fue: –Hasta luego. Un vecino logró, a todo esto, llegar a la comisaría y denunciar que individuos armados se estaban metiendo en la casa, pero le advirtieron: –Borráte de acá y no te metás, el Ejército está haciendo un operativo... Bueno, pasaron las dos horas y los chicos no aparecieron. Yo lloraba mucho. A las tres horas, ya estaba segura de que no iban a volver. Dije de ir hasta la comisaría a hacer la denuncia. Los otros estaban dubitativos. ¡Pero bastaba con leer los diarios todos los días para darse cuenta de las cosas que pasaban! Fuimos a la comisaría, pero no nos quisieron tomar la denuncia. Hablamos por teléfono al Comando 1 y ellos hicieron que la recibieran. Cuan-

do salimos, un vigilante que estaba de guardia en la puerta, haciéndose el desentendido, nos acompañó hasta la esquina: –Señora, por favor, hagan enseguida un hábeas corpus... volando háganlo... me dijo. Lo cierto es que los chicos no volvieron nunca más y a nosotros la represión tampoco nos molestó más para nada: recién al año vinieron unos tipos con una orden del juez para tomar las medidas de la casa y hacer un croquis de su interior. Pero de mi hijo y de mi nuera, nunca más se supo nada. Lo único, que un muchacho, a fin de año, fue a ver a mi esposo al trabajo, pero no lo encontró. Era un muchacho que había estado preso con los chicos, pero no volvió más, tampoco...”.

Inmediatamente después del secuestro, Raquel de Marizcurrera, acompañada por su consuegra, comenzó a recorrer los Cuerpos de Ejército, los destacamentos, las comisarías. No las trataban especialmente mal: sólo una fría corrección es lo que dejaban traslucir esos militares y esos funcionarios que solamente parecían conocer una respuesta: –No sabemos nada por ahora, vuelva si quiere más adelante... También se entrevistaron con monseñor Graselli:

“Mi consuegra habrá ido una semana después de la desaparición y él le dijo que era demasiado pronto todavía para tener noticias. Yo fui unos quince días después que ella. Graselli revisó los famosos ficheros y me dijo: –Señora ¡no sé qué esperó usted!... Ahora, ya es demasiado tarde. Nunca, en ningún momento, me dio ningún tipo de esperanzas. Nadie, en realidad, me dio esperanzas. Y de ellos, jamás supe más nada. Ni una pista, ni un punto de referencia. Ni siquiera hubo una comunicación en la época en que debió nacer la criatura, como sucedió con otras abuelas. Para colmo, a la otra semana del secuestro, a una cuadra de su casa, hubo un enfrentamiento y los vecinos dijeron que habían sacado a una pareja muerta... Mi marido a veces cree que podrían ser ellos y que el enfrentamiento pudo haber sido un simulacro... Para colmo, a los quince días aparecieron en el Tigre unos tanques flotando, con cadáveres adentro... Por eso es que a veces pensamos que están muertos”.

Sí, era la masacre de una generación entera, realizada por los dueños del poder, los demonios de la noche, que por ese mismo tiempo acababan también de secuestrar a María Graciela Santucho y a Pablo Antonio Míguez, de los que tampoco se supo nunca más. Tenían catorce años.

Capítulo 5

Sin embargo, no sólo la juventud estuvo en la mira de los represores en la Argentina. Se mató la vida recién nacida e incluso por nacer, es cierto, pero también se deshicieron las vidas de muchos seres que estaban ya llegando a la vejez. Con ojos desmesuradamente abiertos, que no acertaban a comprender totalmente lo que a su alrededor estaba aconteciendo, no pocos ancianos debieron llorar sobre las ruinas de sus familias y de su existencia. También eso comenzaron a captarlo las componentes de ese grupo de abuelas que cada vez adquiriría mayor conciencia de la realidad y buceaba a cada momento en niveles más y más profundos de ese genocidio del cual también ellas eran víctimas. Cuando se enteraron de la historia de Isabel Domingo, ya muy poco les quedaba por saber acerca del horror. Por eso mismo, es imprescindible recordarla.

El testimonio que Isabel Domingo –de 80 años de edad– aportó a las Abuelas, es de texto escueto, casi descarnado:

“En la madrugada del 29 de marzo de 1976, personas fuertemente armadas, identificándose como fuerzas de seguridad, llegaron en automóviles a la casa ubicada en la calle Barrientos N° 6435, de González Catán y secuestraron a mi nieta Norma Beatriz Chelpa*, quien se encontraba embarazada. Junto con ella, secuestraron a mi hija, Celia Llebeili, a Marcos Bernabé Subur y a Daniel Estanislao Tapia Contardo, compañero de Norma Beatriz. El día anterior, en un procedimiento similar, habían aprehendido a mi otra hija, Irma Llebeili y a mi nieta Elena Isabel Barbagallo, en su domicilio de la calle Zelada 2574, de Laferrere. De esa forma, toda mi familia desapareció. Quedó conmigo solamente un nieto de doce años, quien hace poco falleció también, a consecuencia de un paro cardíaco. Mi bisnieto debía nacer entre setiembre y octubre de 1976”.

*- Norma Beatriz Chelpa y el niño o niña que debió nacer en setiembre de 1976, continúan desaparecidos.

Pero detrás de ese ascetismo de expresión, se esconde la parábola que cuenta de la vida diaria de los pueblos, de sus alegrías y sus penas, más que nada de sus sacrificios y, por último, de las consecuencias de la represión bestial sufrida en carne propia.

Isabel Domingo dictó su testimonio a quienes lo recogieron, porque ella no sabe ni leer ni escribir. En realidad, no tuvo demasiado tiempo de aprender. Ahora, con un saquito rojo de botones amarillos, suele sentarse al sol y perderse en sus recuerdos:

“Durante la guerra del 14 yo era casi una niña. Vivíamos cerca de Beirut. No era ni siquiera una ciudad, apenas una aldea, llena de casas blancas. Un día llegaron los alemanes y arrasaron con todo. A mi familia, la mataron entera. Nunca he odiado a nadie pero sí odio a los alemanes. A los hombres los paraban en la plaza, bien derechos, con la cabeza alta. Después, los degollaban. Para las mujeres, clavaban estacas en el suelo, bien puntiagudas eran esas estacas. Las sentaban encima. Recuerdo que esas puntas salían por la boca. Los dejaban a todos días y días ahí, como de ejemplo... sí, como una especie de escarmiento. ¿Escarmiento de qué?, es lo que yo pregunto... Después, los tiraban a una fosa común. Yo me quedé ahí, sola. Era una muchacha y no tenía a nadie y tampoco tenía donde ir. La miseria era terrible. Me vine para acá. Me trajo una amiga, que era mayor que yo. Ni sabíamos lo que era la Argentina. No teníamos ni la idea más pequeña de dónde quedaba. Demoramos meses en el barco. Ella me había dicho: –Vamos a probar, a ver cómo es. Si no nos gusta, nos volvemos. ¡Con lo que demoró y nos costó ese viaje...! ¡Como para volver...! Me quedé acá. Cuando desembarqué, sólo tenía la ropa. Los dedos se me salían por los zapatos agujereados. No sabía el idioma: sabía hablar en árabe, armenio, francés, inglés... pero no sabía el español... no, no podía hablar en argentino. Empecé a vivir, porque sé hacer de todo y sabía que nunca me iba a morir de hambre. Lavé ropa, limpié en casas, cociné para algunas familias. Conocí a un hombre y nos casamos. En ese entonces yo tenía 17 años y él 22. Era mecánico, pero... no tenía trabajo. Nos fuimos para el Chaco. Es necesario buscar caminos,

siempre hay que buscarlos. Y es necesario luchar. Yo siempre he luchado..., aunque ahora me pregunto para qué... En el Chaco, empecé a hacer colchones. Yo no sabía hacer colchones, nunca había hecho colchones. Pagaban poco, pero yo aprendí. Mi marido era un buen mecánico, pero no tenía mucha suerte. De a poco, con lo que yo ganaba con los colchones, se fue comprando algunas herramientas. Yo puse toda la casa, compré todos los muebles. A veces, no teníamos para comer, pero yo traía la comida de por ahí... Llegaba con bolsas de comida y comíamos todos. Tuvimos cuatro hijas, todas mujeres. A los ocho años de casados, este hombre se fue con una mocosa... Habíamos sido felices esos ocho años. El había sido un hombre bueno. Me decía: –Mirá... es una vergüenza... vos me tenés que mantener..., cuando recién empezamos y no tenía trabajo. Yo le decía que eso no me importaba porque estábamos sacando la casa adelante y eso era lo principal. Pero esta mocosa se le cruzó. Era una sanjuanina. El sufría. Me decía: –No sé lo que me pasa. No puedo quedarme en casa... Sí, yo digo que algo le había dado de tomar, porque esa sanjuanina era una mujer... de siete suelas. Yo le decía a ese hombre: –Vos ya has tenido muchas otras mujeres, pero esta mujer te ha dado algo... Porque a los hombres les gustan las mujeres, eso ya se sabe... más todavía si son jóvenes... pero tienen que saber hacer las cosas y no dejar la casa, la familia. Yo siempre hice todo por mi casa y por mi familia. Pero no podía aguantar eso de mi marido. Pensé, pensé, pensé... Después, me vine a Buenos Aires, con una valija y cuatro trapos adentro. Antes, le dije: –Que seas muy feliz. Ahora, te queda todo armado. Trae acá a esa mujer que encontraste por la calle. Me fui y nunca más lo vi. El no fue feliz. Me contaban mis hijas, después, más adelante, que un día lo habían encontrado llorando y le habían preguntado: –Papá, ¿por qué llora? No llore, papá... Y que él les había dicho que desde que yo salí de esa casa por esa puerta él nunca más había sido feliz... Llegué a Buenos Aires y empecé todo de nuevo. Nunca, nunca más, tuve un hombre. Tenía a mis hijas y tenía que trabajar para ellas. –Yo trabajo, yo sola. Con que trabaje yo, alcanza..., les decía. Porque yo no quería que ellas trabajaran, yo quería que ellas estudiaran. Lavé ropa para afuera, hice limpiezas

de muchas casas. Trabajé de cocinera. De cocinera trabajé con familias muy ricas, con Lacroze y también con Anchorena. Esa gente era buena conmigo. Pagaban poco, pero yo ahorrraba. Me fui haciendo la casa y esa casa era hermosa para mí. Mis hijas siempre decían: –Mi madre se hizo esta casa trabajando, a fuerza de sacrificios, lavando para afuera. Ellas eran enfermeras y para ellas era un orgullo decir eso. Trabajaban en el Hospital de Haedo y hacían el bien a todos. Curaban a todos. A los heridos que llegaban allí todos los días, porque los milicos les tiraban con ametralladoras. Ellas, querían nada más que hacer el bien a los demás. Eran mi felicidad. Yo les decía: –Ustedes son mi felicidad. Mi felicidad es tomar mate juntas, con ustedes, a la mañana. Despertarlas. Acompañarlas al portón cuando se van al trabajo. Recibir las al volver”.

Contra esa simplicidad de Isabel Domingo, se lanzó una máquina de guerra impiadosa, destinada a triturar a los humildes. Los encargados de manejarla, habían pactado con los más poderosos grupos financieros argentinos y extranjeros. Sus palabras sonaban delirantes y muy poco cristianas, por más que ellos gustaran usar rosarios alrededor del cuello. Estaban convencidos de que la represión no conocía límites morales, de que eran los vengadores de Vietnam, de que nadie podía pedirles cuentas desde el momento en que eran los conquistadores victoriosos. Se definían como los cruzados del Bien –con mayúscula–, especies de San Jorges rioplatenses, mesiánicamente autodesignados para acabar con los dragones del Mal –con mayúscula también–. Con total desaprensión y cinismo hablaban de que el mundo era un campo de batalla ininterrumpida y constante: en ese enfrentamiento, los desaparecidos apenas ocupaban para ellos el lugar de la anécdota o de las estadísticas. Parecían orgullosos de sus actos, de esa “guerra” que ganaban frente a niños y mujeres embarazadas o frente a hombres desarmados a los que fusilaban por la espalda. Agitaban la bandera de la crueldad, después de todo. Sirviéndose de una extrañísima metáfora, llamaban “chapalearse en el barro” al hecho de torturar a sus congéneres. Entre crimen y crimen, corrían a los confesionarios y allí recogían el perdón. Monseñor Bonamín los consolaba, les ratificaba que la pureza se obtenía a través de los baños de sangre. Monseñor Adolfo Tortolo los impulsaba a actuar y

alababa los estandartes noche a noche, antes de partir hacia el secuestro. Monseñor Moledo recomendaba, a los huérfanos y a los privados de sus hijos, el olvido y el perdón. Eran, todos ellos, discípulos del Papa Inocencio IV, que en el año de gracia de 1252, a través de la Bula “Ad Estirpanda”, bendecía la tortura.

Isabel Domingo desconocía ese dato. No había leído historia. Le bastaba, para ser muy sabia, con la suya propia, que aún lleva escrita en las marcas del rostro, en las arrugas al costado de los ojos que miran a los ojos del otro cuando habla, en la curtida piel de las muñecas y las manos, que han lavado miles de camisas que después se lucirían almidonadas en las fiestas del Jockey:

“Se llevaron a mis hijas y mis nietas. Las llevaron y yo me pregunto porqué. Yo me pregunto y les pregunto a ellos para qué se las llevaron. Ellas sólo querían el bien para los otros, curaban y ayudaban a todos los que podían ayudar. Me pregunto de qué sirvió todo mi esfuerzo... Ahora estoy sola. He perdido mi casa, mi familia, estoy aquí, en un lugar que no es el mío, como una carga, molestando. Esta no es mi casa... Cuando a mis hijas se las llevaron, me quedó solamente un nieto... Marcelo... Marcelito. Algunos decían que era epiléptico, otros que estaba mal del corazón. Al principio, tenía ataques todos los días. El doctor le dio pastillas y se le fueron yendo esos ataques: –Mire abuela, ya estoy bien, no tengo más ataques... Esas pastillas eran caras, pero se estaba curando. El trabajaba, podía hacer trabajos livianos, ayudaba a veces a descargar cajones. Yo, volví a lavar ropa para afuera. A Marcelito le gustaban mucho los dulces. Se gastaba todo lo que ganaba en golosinas. Me quería ayudar, pero yo no quería: –No, querido, cómprese dulces mi amor, diviértase..., le decía yo. Pero él sufría mucho, ese chico sufría muchísimo. Todas las tardes colocaba una silla frente a la ventana y se ponía a esperar que viniera la madre. Horas y horas estaba allí, pegado al lado de las cortinas. Todas las tardes, hasta que se hacía la noche. Me preguntaba cuándo iba a volver la madre y yo no sabía que decirle, porque tampoco yo sé cuando va a volver... Hasta que una noche, dijo: –Abuela... tengo hambre... Estaba acostado, mirando el televisor. Yo le traje dulces, el comió un poco y después se puso boca

abajo. Yo le acaricié la cabeza: –Marcelito, hijo... no se ponga boca abajo, es malo eso..., le dije. Pero él siguió boca abajo y no me contestó nada. Le seguí hablando y él seguía sin contestarme. Me agaché sobre él y lo di vuelta y él hizo así, un gesto, como con la respiración... Y se me quedó muerto. Yo no tenía plata ni para enterrarlo. Algunos vecinos me dieron unos pesos, pero yo vendí mis aros de oro. Era lo único que había traído a la Argentina... Eran unos aros gruesos, pesados... En aquellos tiempos el oro era barato... y yo creo que tengo las orejas grandes de tan pesados que eran esos aros. ¿Para qué quería oro, yo? Con eso lo enterré, pero no le pude poner una lápida. Estuve en el cementerio y allí abajo... allí, abajo de la tierra, somos todos iguales. Todos vamos a parar allí, porque ¿qué es la vida? Un pájaro que vuela, que pasa volando... Somos eso, un pájaro que pasa... Así es la vida del pobre también, pero siempre esclavo de los ricos... Yo, quedé sin nada... A todos se los llevaron los milicos. Ellos son los verdugos del pueblo, los que mataban a la gente. Quieren que los mantengan. ¿Por qué no van ellos también a trabajar? Son como una plaga de langostas. Y nosotros, el pueblo, ¿no somos también seres humanos? Ellos son igual, lo mismo que nosotros... Entonces, que trabajen como trabajamos todos los demás. Contra los milicos hay que poner la ley, que todo el pueblo firme: “No queremos más milicos acá” y que sea una ley. Pero... este gobierno... este gobierno no va a hacer nada, porque en este gobierno siguen mandando los milicos.

Alfonsín abre la boca, habla... pero los milicos, atrás, son los que mandan. Siempre mandaron. A veces, mostraban los dientes, como el general Lanusse... pero bajo cuerdas también ametrallaba él a la gente. Y yo me pregunto: ¿con qué derecho balean a los demás? Ahora, los están juzgando... pero otros milicos igual que ellos... No, entre ellos no se van a juzgar, no se van a castigar, porque son todos iguales... A ellos había que hacerles lo mismo que ellos hicieron, juntarlos a uno encima de otros en la plaza... y... prenderles fuego. Sí, que ardan, que arda ese Videla como una vela. Porque ellos también fueron Hitler. Hitler metía a los hombres, a las mujeres, a los niños, a las mujeres embarazadas, en el gas y después

los quemaba y después hacía jabón. Y acá hay muchos Hitler. Detrás de cada uniforme, detrás de cada militar, hay un Hitler.

Pero, ¿es cierto que se puede matar a tantos miles? O si no, ¿dónde están? Yo quiero que me digan si volverán. Un policía le dijo a un conocido mío que me dijera que sí, que están en campos, afuera, presos, trabajando para los militares, cosiéndole uniformes, trabajando en quintas. ¿Se puede matar a tantos miles? Es que ya pasaron tantos años... hasta pueden haber hecho jabón con ellos. Yo, sigo esperando. Pero ya no soy más feliz. No, no soy más feliz. ¿Le parece que puedo ser feliz?”.

Una vida de paz convertida –por la represión– en un infierno. Y en otros infiernos similares –los de los campos de concentración– otras mujeres, más jóvenes que la abuela Chelpa, debían terminar su período de gestación. Tal el destino que les cupo, entre muchas otras, a Cecilia Viñas de Penino, de 30 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz un varón entre setiembre y octubre de 1977; Liliana Pereyra, de 21 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz un varón en febrero de 1978; Susana Pegoraro, de 21 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz una nena a fines de noviembre de 1977; Susana Siver de Reinhold, de 22 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz una nena por cesárea en enero de 1978; María del Carmen Moyano, vista en la ESMA –hasta allí había sido trasladada desde “La Perla”, el feudo del General Menéndez, en Córdoba– y que dio a luz una nena en junio de 1977; Liliana Clelia Fontana, de 20 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz un varón en diciembre de 1977; María José Rapela de Mangone, de 35 años de edad, vista también en ESMA; María Hilda Pérez de Donda, de 26 años de edad, vista en la ESMA y que dio a luz una nena en julio de 1977; María Elena Corvalán de Suárez Nelson, de 24 años de edad, vista en “La Cacha” y que dio a luz en agosto de 1977 una nena a la cual puso por nombre Lucía, Laura Estela Carlotto, de 23 años, vista en “La Cacha” y que dio a luz un varón en junio de 1978; María Rosa Ana Tolosa, de 25 años, vista en “La Cacha” y cuyo parto se produjo en abril de 1977.

Todas ellas se encontraban en estado de gravidez en el momento de producirse su secuestro por parte de las Fuerzas de Seguridad. Pero el accionar repre-

sivo no se detuvo ante esa especial situación de las mujeres, quienes no sólo se vieron primadas de su libertad y fueron sometidas a toda suerte de vejámenes y torturas, sino que, además, fueron rápidamente separadas de sus propios hijos. Como si se tratara de un cassette, es necesario reproducir y reproducir esas imágenes en la mente de todos los argentinos y de toda la humanidad, para que nunca más hechos de esa índole puedan repetirse ni quedar impunes. Ellas sobrellevaron su cáliz de dolor, tiradas en colchonetas mugrientas por el suelo, atendidas por cómplices médicos, ginecólogas y enfermeras, engañadas por sus represores con la promesa de que los niños iban a ser entregados a sus legítimos abuelos. Entre ellas, se paseaban los altos jefes, controlando. Chamorro, por ejemplo, acostumbraba a invitar a importantes mandos de su arma a la ESMA y allí, ante ellos, se vanagloriaba de su “Sardá propia”. Mientras tanto, en el Hospital Naval eran abiertas listas de oficiales casados que no podían tener sus propios hijos y esperaban, como depredadores que eran, para robar la cría que otros sí habían sido capaces de concebir y de parir. “A pesar de haber encarcelado o asesinado a los padres, sabían que éstos habían sido muy inteligentes. Para ellos, eran una garantía esos niños. Serían sanos y bellos. Tenían buenos genes”, reflexiona un político conocedor de la mentalidad de los uniformados, a los cuales trató muchos años de cerca, lustrándole las botas y, de tanto en tanto, golpeando en sus puertas. Y así era, efectivamente. Habían instalado esos verdaderos “criaderos” de seres humanos, a donde concurrían cada tanto, para elegir la madre:

–El hijo de ésta va a ser para usted, mi capitán.

–Perfecto. Pero trátela bien en estos meses. Déle vitaminas, una mejor comida. Déjela caminar...

–Así se hará, señor.

Eran diálogos normales, por entonces. El mercado de esclavos en todo su esplendor. Mientras tanto, en el útero, el niño percibía, paso a paso, todo lo vivido por la madre antes del nacimiento: humillaciones, golpes, encierro, incomunicación, incertidumbre por el destino de ambos. Cuando el alumbramiento por fin se producía, un rico ajuar era enviado a la criatura por el futuro “padre”. Envuelto en él y bien cuidado por los brazos de solícitos mandaderos, atravesaría los portones del campo. Tiempo después, también la madre atra-

vesaría esos umbrales. De ella, casi siempre nunca más se sabría nada. De los niños... andan por el mundo. Y tras ellos, palpitan las Abuelas.

No pocas veces, la impunidad total de la cual gozaba el aparato represivo, hacía que los captores, en el momento de la parición, trasladaran a sus víctimas a hospitales públicos. Tal el caso, entre una infinidad de ellos, de Silvia Mabel Isabella Valenzi: “No sabemos a ciencia cierta si fue secuestrada en La Plata o en Quilmes. Lo que sí sabemos es que fue a parar a la Brigada de Quilmes, a la que llamaban “El Pozo de Quilmes”... Esas son las primeras palabras que pronuncia en su testimonio Rosaria Isabella Valenzi de Sánchez, hermana de Silvia Mabel. De esa forma, Rosaria de Sánchez, aunque integrada a las Abuelas, no buscará a sus nietos, buscará a un sobrino. De todas maneras, poca es la diferencia: los represores jamás se fijarían en minucias de ese tipo y menos aún en las del parentesco. Y, por otra parte, más allá de los árboles genealógicos es el sufrimiento, la búsqueda y el pedido de justicia lo que hermana a estas mujeres y sirve de hilo conductor de sus historias:

“La última vez que la vimos fue el 22 de diciembre de 1976. Después, se la llevaron. En esos momentos, vivía en casa de mis padres, en City Bell. Estaba embarazada de cuatro meses. No supimos más nada de ella, hasta el 2 de abril de 1977. En esa fecha, mi hermana tuvo familia. Para eso, la llevaron desde la Brigada hasta el Hospital de Quilmes, acompañada por policías uniformados y por un médico de la policía, que se llamaba Jorge Bergez. Está cerca el Hospital, apenas a una cuadra de la Brigada. Tuvo una nena, que pesó un kilo novecientos. De nombre, le puso Rosa*. A la mañana siguiente, después del parto, se la llevaron enseguida. La pusieron en la caja de la camioneta de la policía, tirada en el piso y de esa forma la retiraron, siempre custodiada por los policías y el médico”.

Mientras que la conducían en una camilla, Silvia Mabel vio aumentar su desesperación. Al miedo que sentía cada vez que pensaba acerca de su futuro y el de su hijo –que estaba ya a punto de nacer– se sumaba ahora esa libertad que la rozaba y sin embargo no podía aprehender. Estaba en una dependencia pública, a su alrededor se movía un tumulto sin rejas, personas que volverían

* Rosa, nacida durante el cautiverio de su madre, continúa desaparecida.

a sus casas normalmente y que de repente la estaban mirando como si ella también fuera un ser libre. Todo le pareció una mentira, una especie de sueño muy absurdo. Se rehizo. Aprovechó que en la sala de partos no había represores y le gritó a todo el que pudiera y quisiera escucharla que era una desaparecida. Gritó también su nombre y la dirección de su mamá. Sin embargo, nadie reaccionó en el momento. Eran los días en que imperaba el terror. Ahora bien, resta una pregunta, que a veces suele quedar muy escondida, entre los repliegues densos de la autojustificación y de las trampas de solitario con que en ocasiones suelen entretenerse las conciencias: ¿hasta qué punto puede el miedo justificar tanta inacción? De todas maneras, el esfuerzo de Silvia Mabel no fue del todo en vano:

“Una enfermera le comentó esa historia a una partera. Esa partera no la había atendido a mi hermana, porque no estuvo de guardia en ese momento. Pero, en cuanto se enteró, nos comunicó lo sucedido, por medio de un anónimo. Es así que nos enteramos de la nena y del lugar en donde se encontraba secuestrada Silvia. Mi mamá dudó. Hizo consultas. Le pidió al párroco del barrio que la acompañara al hospital. El prometió hacerlo, pero no cumplió con su palabra. Entonces, se fue sola. Antes, lo fue a ver a monseñor Novak y monseñor Novak le redactó una nota, dirigida al director del hospital, en la cual le decía a éste que entregara a esa abuela su legítima nieta. Con eso se presentó, pero el Director le negó todo. Se mantuvo firme con que ahí no había habido ningún nacimiento: –Señora, aquí no ocurrió nada de esto que usted me dice, parece que le contestó. Ella se retiró. Deshecha, pero se retiró. Sabía bien que todo lo que había ido a plantear era cierto... Sin embargo, no pudo resistir mucho... A los pocos días volvió, pero ya se hizo más la disimulada. Habló con un médico: –Doctor –le dijo– me he enterado de que mi hija tuvo familia. Estábamos un poco distanciadas, pero... ahora me gustaría ver a mi nieto. El médico le dijo la verdad, reconoció que sí, hasta le mostró el libro en donde estaba anotado el nacimiento. Con esos datos en sus manos, volvió a hablar con el director del hospital”.

Efectivamente, las pruebas eran ahora innegables. Temblando casi, imaginándose la forma en la cual encararía la entrevista, la abuela atravesó rápidamente los largos corredores de baldosas, pintados al aceite. En bancos de madera, contra las paredes, jugando con los números de papel entre sus manos, algunos chicos esperaban turno. Las camillas vacías volvían del quirófano. Sonrientes empleadas de medias blancas y casquitos almidonados se reían entre sí y se relataban las salidas con sus novios, fornidos metalúrgicos. Pero ella no vio nada. Sólo la puerta del despacho y la ácida cara del hombre maduro en cuyas manos se centralizaba el funcionamiento del lugar. La mujer le contó de sus averiguaciones, pero el tipo explotó:

—Señora, ya le he dicho que acá no ocurrió nada de eso. Le prevengo, no me moleste. Y tenga en cuenta que no creo que sea muy conveniente para usted el seguirme desmintiendo de esta forma, el acusarme de esta manera.

—Doctor, hasta tengo un médico que puede atestiguar a favor de lo que estoy diciendo...

—Mire, dígale a ese médico que se cuide él también.

En esos momentos intervino una enfermera. Pensó que debía hacerlo. Posiblemente hiciera tiempo que conocía al director. Posiblemente estuviera asqueada de tanta porquería:

—Bueno, doctor... No le niegue, porque el doctor García ya le mostró el libro a la señora. Así que... no le niegue.

La furia, entonces, fue total:

“Ahí es donde el director perdió los estribos, volvió a amenazar al médico, a la enfermera, a mi madre. Le dijo que no fuera más, que ahí no había pasado nada, que no quería verla nunca más por el lugar. Ese policía con guardapolvo se llamaba Roberto Iriarte... Bueno, quedó así la cosa... Ella sabía bien todo lo ocurrido, pero a la nena no se la entregaban. De todos modos, siguió yendo. Hasta que consiguió que una enfermera le mostrara a la nieta, que estaba en incubadora. La vio a través del vidrio y muy brevemente. Pero eso le confirmó lo dicho por el doctor García y por la enfermera: mi hermana había dado a luz y allí estaba su hija. Entonces, redobló esfuerzos, pero no hubo caso: a la criatura no se la

entregaban. Incluso, fue al consulado de Italia –ella es italiana– y desde allí mandaron a un abogado, especialmente. Él se entrevistó con el pediatra pero este le dijo que la nena había muerto a los dos o tres días de nacida. Evidentemente, era todo falso, ya que mi madre la había visto con vida y varios días después del parto. Pensamos que lo de la muerte de la nena fue... fue para regalarla tranquilos... o venderla, algo de eso. Incluso hay una pequeña información de que una enfermera sacó una nena abandonada del Hospital de Quilmes en esa fecha, así que hay muchas puntas que... que indican que alguien la tiene, a la nena... Después, a mi hermana la llevaron al “Pozo de Banfield”. Allí la vio una chica, Adriana Laborde, y ella nos contó cómo las trataban allí, como estaban llenas de piojos... Allí la dejaron hasta el 25 de abril del 77, cuando la trasladaron. No sabemos más nada de ella a partir de ese momento... perdimos el hilo, no sabemos qué pasó con ella... Mientras tanto, en el Hospital de Quilmes fueron secuestradas la partera que nos avisó –Marta Luisa González– y la enfermera amenazada por el director, Generosa Fratasi. Aparte, ya el 12 de noviembre se habían llevado a la suegra de Silvia –Nélida Mateos de López– y a la cuñada –Noemí López Mateos. Y el 18 de diciembre del 76 –todo corridito– también habían secuestrado al marido de Silvia, Carlos Alberto López Mateos... De él se decía que tal vez lo hubieran matado en La Plata, pero el cadáver nunca apareció, así que... O sea que... dos familias completamente destruidas. De la familia de él, queda un solo hermano”.

Y pensar que el general Videla se hacia gárgaras en cada discurso, se llenaba la boca cada vez que hablaba de la encendida defensa que, de la familia argentina, haría el Proceso. Ya lo dice, de todas maneras, el Nuevo Testamento: “Por sus frutos los conoceréis”. No por sus palabras.

Ese era el país a fines de 1977, cuando las Abuelas comenzaban a limar las asperezas organizativas de su grupo. Sus contactos se volvían cada vez más frecuentes. Casi no se habían dado cuenta de que los centros de mayor peso, para ellas, eran Buenos Aires y La Plata. En efecto, entre ambas ciudades se desplazaban asiduamente. Con miedo, es cierto. Pero también sin ceder. Por

entonces, como los apóstoles, eran doce: María Isabel Chorobik de Mariani, Beatriz H. C. Aicardi de Neuhaus, Eva Márquez de Castillo Barrios, Alicia Zubasnabar de de la Cuadra, Vilma Delinda Sesarego de Gutiérrez, Mirta Acuña de Baravalle, Haydée V. de Lemos, Leontina Puebla de Pérez, Celia Giovanola de Califano, Raquel Radio de Marizcurrena, Clara Jurado, María Eugenia Cassinelli de García Irureta Goyena. Decidieron confeccionar una lista con los nietos desaparecidos de cada una de ellas. Fue la primera carpeta. Por desgracia, rápidamente se engrosaría, a pesar de que las mujeres, en esos momentos, creían que ellas eran todas, en el país, las que atravesaban por tan dolorosa situación. La práctica se iba a encargar de destruir esa opinión: con los años, la documentación iría agrandándose sin parar y el trabajo de poner periódicamente al día los datos iba a ser constante: “Con desesperación íbamos a ver que el tiempo transcurría y que esos bebés, estuvieran en donde estuvieran, se estarían transformando a pasos agigantados”, opinarían mucho más adelante. Pero, en ese momento, el camino en común recién comenzaba a recorrerse. Ellas, avanzaban. Detrás, desde muy cerca, los perros de presa husmeaban, pisándoles casi los talones. De todas formas, las Abuelas no les prestaban demasiada atención. Sabían que eran seguidas —o lo sospechaban— pero no se daban vuelta al caminar, ni en las paradas de los colectivos, ni al entrar al subte. Ni siquiera se detenían frente a las vidrieras para fingir mirarlas y en realidad usarlas como espejo. Los represores, despechados, no tenían otra alternativa que la de manifestarse ostensiblemente. Sus directivas eran impartir el terror y querían cumplirlas, como buenos carniceros adiestrados: así que todas las actitudes que asumían apuntaban a que las vigiladas se dieran cuenta de que lo eran. Efectivamente, ellas lo percibían. Pero era como si nada. Eso sí, les crecieron antenas: por el corte de pelo, por el porte, a lo mejor por el simple detalle de un determinado movimiento, detectaban al hombre de los servicios que caminaba junto a ellas, ocupaba el asiento cercano en el colectivo o, incluso, se acercaba para pretender infiltrarlas. Dejaban hacer, pero abrían los ojos. Por las dudas, es cierto, cuidaban lo que decían y donde lo decían. Casi todas tenían otros hijos y eso no lo olvidaban: tenían que preservarlos, de cualquier modo. Así que sufrían y temían, pero luchaban, pese a todo. Solían citarse, en Buenos Aires, en “Las Violetas” o en la confitería de la Estación Retiro. Allí,

simulaban cumpleaños: mujeres maduras obsequiándose flores, convidándose con bombones, sirviéndose masas y degustando tes completos. El que se acercara, no obstante, notaría en algunas un poco corrida la pintura de los ojos, o la boca crispada. Si algún mozo se arrimaba demasiado, cambiaban de conversación y escondían esos papeles estrujados, esos petitorios y esos hábeas donde cada cual estampaba, rápidamente y como podía, la firma garabateada casi, en el apuro. Después, los papeles se guardaban en bolsos y carteras, ellas se despedían cortésmente y poco a poco se alejaban en parejas o solas. Ya era de noche y atravesaban aplomadas el hall de la estación, mientras en los andenes llegaban y partían trenes grises, rumbo a cualquier parte.

También se contactaban las Abuelas en las paradas de ómnibus. O en algunas plazas. Y, evidente, en la Plaza de Mayo: “¡Qué inocencia! Creíamos pasar desapercibidas, y desde la azotea de la Rosada los servicios nos filmaban todos los días”, recuerda ahora una de aquellas adelantadas. En ese lugar, cerca de la Pirámide, se encontraban más que nada con los Familiares y las Madres, para conformar documentos en común o para ir en común también hasta los Tribunales: firmaban esos manifiestos como Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos. A veces, tales encuentros terminaban mal: ejército y policía intentaban echarlas, las acordonaban, las empujaban con fusiles y cachiporras de madera, las encañonaban con las metras.

Pero, en esos casos, igualmente volvían a encontrarse: para algo existían los teléfonos. Para hablar más tranquilas, tenían una especie de clave: en ella, “los cacharritos” o “los cuadernos” o “las flores”, representaban a los chicos; “el Señor Blanco”, era el Papa; “las chicas” o “las jóvenes”, eran las Madres; “las viejitas” o “las tías viejas”, eran ellas mismas. En la guerra, se afilaban sus uñas, se afinaba su imaginación, se daba rienda suelta a la iniciativa y se empezaban a ver cosas que antes nunca se habían ni siquiera vislumbrado. Las mismas cosas por las cuales habían luchado sus hijos, los padres de sus nietos.

Aunque, todavía, la organización presentaba aristas anárquicas. Las cartas elaboradas, las notas que se presentaban ante juzgados, instituciones oficiales y entidades militares, se firmaban entre todas pero continuaban siendo individuales. Como quien dice, cada una seguía su propio hilo, redactaba su propio petitorio. Sin embargo, día a día el ajuste era mayor y fue así que surgió el pri-

mer esbozo de una suerte de cuerpo directivo: su presidenta fue Alicia de de la Cuadra*. Sobre la marcha, iban aprendiendo. Por ejemplo, a preparar los Hábeas Corpus. Ningún abogado les enseñó esa técnica. Ellas solas comenzaron a pergeñarlos, al principio sin margen, en cualquier papel, carentes de demasiada terminología jurídica. Después, los corregían: “Cometíamos una infinidad de errores legales, en esa época. Pero... ¿quién nos podía venir a hablar de legalidad, si no había ninguna?”, analizan hoy. Y es la verdad, sin duda. Como también era verdad, entonces, un hecho al parecer irremediable: necesitaban algún lugar donde reunirse, donde discutir esos documentos de tipografía muy borrosa que María Isabel de Mariani escribía en la única máquina —una verdadera pieza de museo— que la represión había dejado en su domicilio. Consiguieron, por lo tanto, esos lugares. Fueron las casas de algunas de ellas mismas, como por ejemplo la de EC, una mujer que arrastraba una tremenda historia familiar.

EC tuvo dos hijas secuestradas. Una de ellas, continúa desaparecida. La otra, fue asesinada. Se llamaba Alicia, era alta, rubia y tan bella que su imagen quedaba grabada en todos los que la veían alguna vez. Nadie supo nunca, exactamente, de qué sitio fue que se la llevaron. La única pista que surgió fue la que condujo hasta el hospital de Moreno: —Alicia fue internada allí, herida y posteriormente falleció, dijo alguien a su madre. Hasta allí fue EC y, efectivamente, le confirmaron la versión. Paradójicamente, era la hermosura de la chica —nuevamente— la que servía para identificarla a la hora de la muerte: —Dejó de existir en la camilla, le contaron en un lenguaje técnico y preciso, que a ella no le importaba y que sonaba falso a sus oídos. Sin embargo, su registro no estaba consignado: —Se la llevaron enseguida, fue el final de la conversación. Porque ninguno de los médicos quiso hacerse responsable. Responsable de nada.

Desesperada y sola, EC fue hasta la comisaría de Moreno. El milico de pueblo que hacía guardia en la puerta todavía tenía algo de compasión adentro, una compasión que los manuales y los instructores no habían podido arrancar del todo. La miró casi como para que lo perdonara y después le dijo: —Señora, si ha muerto averigüe en el Registro Civil de las Personas y en el cementerio de Morón... Ella le agradeció y viajó hasta el cementerio:

* La actual Presidenta es Estela Barnes de Carlotto.

“Yo tenía la fecha aproximada que me habían dado en el hospital de Moreno. En el cementerio de Morón, de acuerdo a ese dato, buscaron en los libros. Pero no había nada. Entonces, una chica me dejó fijar en el tomo reservado para los NN. Efectivamente, allí estaba anotada una chica rubia, alta, de aproximadamente 20 años. Por la fecha, a mí, instantáneamente, me dio un vuelco el corazón. Desde ese primer momento quedé convencida de que era Alicia”.

EC se fue casi cuando los portones se cerraban. Los pájaros iban enfilando hacia sus nidos pero no cantaban y estaban más tristes que nunca. La mujer no pudo descansar esa noche: al otro día tenía que trasladarse hasta el Grupo de Tareas de “El Palomar”. Iba a pedir el cadáver de su hija, como Príamo debió rogar al triunfador Aquiles la devolución de su amado Héctor. Pero el héroe de los griegos iba a acceder a las súplicas del padre, porque era un guerrero y poseía nobleza. La Abuela, en cambio, pronto iba a comprobar que, en la Argentina, valentía y honor eran monedas de muy escasa circulación entre los militares. En esa Unidad 101, ni siquiera la atendieron. Ella, retornó al Registro Nacional de las Personas:

“Me escuchó una chica muy buena, que me empezó a leer un montón de actas de defunciones, hasta que vio –justamente por esa fecha– la misma que estaba anotada en el cementerio de Morón. Esa acta había sido confeccionada por la Unidad de Tareas de El Palomar... Volví allí. Esta vez sí me atendieron. Hablé con el comodoro Santuchón. Me atendió correctamente. Yo sólo le dije la verdad: que mi hija no tenía documentos falsos y que, si en verdad era ella la muerta, me lo dijeran. Me respondió que me lo iban a comunicar en unos días. Pero no me comunicaron nada. Volví a ir otra vez. Y después, otra. Esta tercera entrevista, terminó con una amenaza. Me hicieron pasar a una sala grande, con las paredes recubiertas de fotos de muchachos buscados. Me atendió un individuo de particular. Me quiso asustar, dejándome entrever que a mis otros hijos también les podía pasar algo... Pero yo le hablé con mucho dolor y él, como si se hubiera arrepentido, me dijo de pronto: –Señora... le juro que,

a veces, no sé para qué vivimos... Porque yo le hablaba de lo buenas que eran mis hijas, le decía que yo no creía que ellas hubieran hecho nada malo pero, que de todas formas, yo no me avergonzaba ni me arrepentía de nada de lo que ellas hubieran hecho, porque yo las había criado buenas y así habían seguido ellas, haciendo el bien no más, ayudando siempre a los demás...

Muy triste, volví a ir al Cementerio de Morón. Sí, el corazón me decía que esa era mi hija. Hice que me señalaran la tumba. Quise que la exhumaran y fui a los Tribunales, pero ningún juez quiso respaldar mi pedido, ni en Buenos Aires ni en Morón. Me derivaban de uno al otro: que tenía que ser el civil, que tenía que ser el federal, que la fecha no correspondía a tal o cual turno... Lo que querían era sacarse el fardo de encima... No, ninguno se hizo cargo... El tiempo, fue pasando. Un día, me fui a confesar y le planteé mis dudas al cura y él me dijo: –¿Para qué vas a turbar ese descanso y para qué causarle un dolor a tu esposo? ¿Tú sientes que ella está allí? Eso debe ser suficiente para ti. Ya el tiempo se va a encargar de que se sepa la verdad... Entonces, dejé pasar. Me hice la promesa de que a los tres años yo iba a reconocer si era o no mi hija. Entre tanto, le hice poner una cruz, le llevé flores, la visité todos los jueves. A los tres años y un día, –ella había desaparecido el 7 de marzo del 77– levanté sus restos. Y como ella tenía una genesisia –un diente de menos– yo sabía que, en cualquier momento, la iba a poder reconocer. Cuando vi el cráneo, lleno de tierra... lo que era... dije: –No, no es mi hija... Fue el primer momento. Los sepultureros, que saben –y me estaban mirando– dijeron que los huesos eran de una chica joven. Entonces, comenzamos a limpiarlos. Junté toda la dentadura. Se notaba la genesisia. Además, encontré un dientito partido que tenía, de cuando era chiquita y se había caído y golpeado en la pileta... No había ninguna duda. Era Alicia”.

Cuando EC estaba en esa búsqueda, recibió otro golpe demasiado cruel: la desaparición de su hija mayor, Liliana. Se la llevaron de su casa. Estaba, en ese momento, embarazada de cinco meses. Con ella marchó su esposo, Héctor. Todo ocurrió a las 13 horas del 5 de mayo de 1977. Había muchos testigos en

ese momento, dado que algunos trabajadores se encontraban reparando la red de gas que corre por debajo de las veredas y los vecinos se entretenían mirándolos y disfrutando de los últimos solcitos, antes del invierno. Esos detalles importaron poco a los miembros de las fuerzas conjuntas que, vestidos de civil y exhibiendo un impresionante armamento, estacionaron sus autos –entre ellos un Peugeot blanco– y bajaron apresurados y haciendo sonar las puertas, como siempre, con ese ruido tan especialmente peculiar, que jamás promete nada bueno. Los sacaron rápido, y se fueron tan intocables como habían llegado. Mientras los autos se perdían a lo lejos, con el matrimonio encapuchado en su interior, quedaba tirado en medio de la calle un monedero con el documento de Liliana. Nadie se atrevía a levantarlo:

“Ahí empezó el eterno deambular. Nunca creí que Liliana desapareciera. Y pienso que así actuamos todos los que tenemos hijos y familiares desaparecidos. Todos pensábamos: –Bueno, después de unos días los regularizarán, nos llegará la noticia de que están detenidos en tal o cual cárcel o unidad militar. Nadie se iba a imaginar lo que pasó. Cuando faltó Alicia, lloré de una manera... como si el corazón me confirmara de antemano lo malo, como si me anunciara su muerte. En cambio, con Liliana no.

A Liliana la esperé hasta último momento. Y la sigo esperando... Bueno, empecé a andar. Fui a la Cárcel de Caseros, a la antigua Cárcel de Mujeres –en Humberto I–, a La Plata... También anduve por los regimientos. Estuve por el Regimiento I, desde donde me mandaron a hablar con el coronel Minicucci –que ahora tiene un cargo muy importante– en La Tablada. Pero Minicucci no me recibió. Allí, me acuerdo que vi los coches donde se llevaban a la gente, camouflados como camionetas de empresas de sustancias alimenticias. Yo se lo dije: –En esos coches se llevan a los chicos... Me respondían: –Pero no, señora... no diga esas cosas. Sin embargo, lo que yo decía era la verdad. En fin, también a mí me tocó ir a ver a monseñor Graselli: –No se preocupe, señora –me dijo– a las embarazadas las tratan bien; quédese tranquila y véngame a ver, que yo le voy a conseguir más datos. Cuando fui de nuevo, a los 15 días, me salió diciendo que no, que no tenía ninguna noticia, que no sabía nada. Yo me

había ido tan tranquila con lo que me había dicho en la primera entrevista que verdaderamente, en ese momento, creía en él. Por eso esta segunda vez le grité de todo, porque me di cuenta de que lo único que ellos hacían era hacer que uno no buscara, que se quedara quieta: –No me explico como una persona como usted, un cura, pudo haber jugado así conmigo, esperanzarme de esa forma, eso fue lo que más o menos le dije. El trató de calmarme, con una diplomacia... como todo cura, tenía una diplomacia... tremenda. Nunca más fui a verlo, porque lo único que quería era que nos calláramos y cuánto más tiempo nos podía tener entretenidas era mejor para ellos. En esa época, comencé a ir a Olmos, porque en todos lados a donde iba, me decían: –Si su hija está embarazada, la van a llevar a Olmos. A Olmos fui muchas veces. Desde ya, nunca me dejaron entrar. Sólo podía preguntarle al guardia por el apellido de casada de mi hija: ellos entraban y volvían siempre con la misma respuesta: –No, aquí no está. Pero, un día, me dijeron que sí, que el 18 de agosto de ese año 1978 había nacido ahí una criatura. Esa era la fecha en que mi nieto tenía que nacer. En realidad, el dato me lo dieron los almaceneros de la esquina del penal. Cuando me enteré, otra vez el corazón pareció darme grandes esperanzas. Caminé rápidamente las casi dos cuadras que me separaban de la entrada. Al policía de la guardia le dije: –Soy la madre de la chica que tuvo familia ayer. Me pidieron los documentos y al ratito vino una suboficial: –Sí, señora –me dijo– es su hija”.

EC sintió como un desfallecimiento. Parecía haber llegado al final de su búsqueda. Confusos sentimientos se arremolinaban en su interior. Tristeza por la muerte de Alicia, preocupación por la prisión de Liliana, pero alegría inmensa por haberla encontrado, junto con su nieto. Era la una de la tarde del 18 de agosto de 1978 cuando la empleada le aseguró que dentro de un ratito más, apenas, iba a poder verlas a las dos. Esperó junto al alambre que aísla la puerta, justo al costado de la cripta, con una Virgen a la cual con el tiempo se le ha saltado la pintura.

Lloraba desesperadamente, sola y en silencio. La hicieron pasar luego, le abrieron las puertas, fue atravesando los corredores, se enteró que su hija estaba

bien pero que el chico era prematuro. Finalmente, la ubicaron en una salita. Recién entonces le efectuaron la pregunta: –Señora: ¿cómo sabe usted que se trata de su hija? Ella contestó que había sido la divina providencia. En ese momento, hizo su entrada la directora del lugar, la melena pelirroja al viento y pisando fuerte, satisfecha de su rol de milica vocacional, cierracandados. Ella no creía en los milagros:

–Vamos, señora, somos gente grande...–, se explayó. A mí no me va a va venir con eso.

–Señorita, no le puedo decir otra cosa... Déjeme verla... por favor...–, intentó EC. Lloraba tremendamente y sentía como un vacío en el medio del pecho.

–No señora. No la puede ver. No lleva el apellido que usted dijo. Ahora, vá-yase. De esa manera, daba por finalizada la conversación:

“Le pedí de rodillas que me dejara verla, pero no me lo permitió. Se alejó enseguida. La misma chica que me había traído, me dijo ahora: –Señora, tiene que retirarse. Yo le dije que no, que yo no me iba a ir. Insistió –Señora, la vamos a sacar a la fuerza. Le contesté: –Sáqueme, si quiere. Yo sólo hago lo que haría su madre por usted. La muchacha lloraba, era una rubiecita y tenía los ojos llenos de lágrimas. Se fue y vino un soldado. Me sacó arrastrándome, mientras yo lloraba, desesperada lloraba. Cuando llegamos afuera, me dieron un vaso de agua. Había todo un pelotón formado, con Itakas, haciéndome como un cordón. Yo les dije: –Que Dios los perdone... porque su propia madre no creo que los hubiera perdonado... Bueno, me fui otra vez al almacén de la esquina y pregunté a esa gente si no tenían idea de donde podía ir un chiquito a una incubadora. Me dijeron que ellos habían visto entrar al penal la ambulancia del Hospital de Niños.

Entonces me fui al Hospital de Niños y ahí me confirmaron que el día anterior, desde Olmos, habían pedido una incubadora pero que allí no había y por eso habían derivado el caso al Gutiérrez. Allí estaba el niño, anotado como Héctor Alberto... y un apellido que no era el de mi hija. Y Héctor Alberto era, justamente, el nombre que mi hija tenía desde hacía tiempo elegido para ponerle a su hijo en caso de que fuera varón: Héctor

por el esposo de ella y Alberto por mi esposo. En ese momento, ese hecho era, para mí, una prueba. Los médicos, se comportaron todos muy solidariamente conmigo, sobre todo una doctora Silvia... Muy buenos, muy buenos... Me dejaron entrar a darle la mamadera. Estaba en la incubadora pero yo todos los días iba desde la Capital y le daba la mamadera de las 11 y de las 3 de la tarde. Quise hacer la tenencia. Fui a La Plata y me entrevisté con la doctora Pegenaute. Excelente persona. Pero en la cárcel le dijeron que ese chico ya tenía madre y que había sido anotado con el apellido de ella... Justo en ese momento, también, obtuve una audiencia con el almirante Lambruschini. Le pedí que me entregara a mi nieto, le dije que estaba en la Cárcel de Olmos, junto con su madre. Se sobresaltó y me preguntó si yo la había visto. Le dije que no y se tranquilizó. Después, me aseguró que en Olmos no estaba y nunca más me recibió... De todas maneras, yo seguía viendo al chiquito. Estuvo dos meses en ese hospital y de allí lo derivaron a la Casa Cuna. En el interín, vi al doctor Siri, de la cárcel de Olmos. Lo fui a ver a su casa, por sorpresa. Me trató secamente. Es un hombre joven, rubio, tiene como cuatro chicos. Fue parco: –Yo, lo único que le puedo decir es que no es su nieto, me dijo, molesto. Entonces le mostré la foto de mi hija –por si la había atendido– y me respondió que él no sabía los nombres de las chicas y no preguntaba tampoco, las causas pendientes contra ellas... La cosa fue que el bebé, en los primeros días de marzo –yo había estado visitándolo seis meses– fue enviado otra vez a Olmos. En todo ese tiempo, nadie más que yo lo había ido a ver, ni al hospital ni a la Casa Cuna. Conseguí entonces un permiso para visitarlo en la cárcel, una autorización del juez. Cuando me presenté por primera vez a la visita, no tuvieron más remedio que dejarme entrar... pero a la salida me retuvieron esa autorización.

Me quejé ante el juzgado, pero todo quedó en la nada. De todas maneras, tuve la posibilidad de esa única visita. Lo vi al chico con la presunta madre. Era una presa común, que había dicho en su declaración que en febrero del 77, cuando cayó, estaba embarazada de cuatro meses. Entonces, ¿cómo pudo tener un chico prematuro en agosto? Además, otra cosa rara: lo habían anotado enseguida al chico, muy rápidamente, cuando

generalmente esos trámites llevan meses realizarse. Estaba presa por robo, con una condena de seis años. Una mujer del interior, gorda e indiferente en el trato y como de 40 años. El marido estaba también preso por robo. Nos encontramos el día de la visita general. Yo no le dije para nada que pensaba que ese era mi nieto. Me presenté, simplemente, como la persona que había cuidado al chico, cosa de la cual ella ya estaba al tanto. Me trató bien y me pidió algunas cosas, dado que nadie la visitaba. Yo se las llevé, pero ni siquiera me dejaron entregarlas: me las tuve que llevar de vuelta. Nunca más los vi. Hasta hace poco. Los fui a visitar a la villa, hablé con ellos, me trataron bien, pero no me hicieron pasar a la casa, por ejemplo... Y, realmente, a mí me quedan dudas, dudas que tengo que despejarme. Porque cuando lo vi aquella tarde en la visita, al chico con esa mujer, me dio la sensación de que eran parecidos. Por eso mismo, debo estar segura... antes de hacer nada. Seguramente, porque yo quiero al hijo de mi hija –de la que nunca más supe nada, por otra parte– y no un nieto cualquiera. Yo quiero a mi nieto verdadero. Si este no es, lo seguiré buscando”.

Las ciudades son grandes, los caminos se cruzan. Parece la obsesión de un loco el querer recuperar a esas criaturas, para devolverles su verdadera identidad y para reintegrarlos a sus auténticas familias. Sin embargo, paso a paso las Abuelas lo están logrando. EC también lo logrará. Sin duda alguna. Y el día en que todos esos chicos vuelvan a sus casas, podrá recién considerarse definitivamente muerta la Argentina del terror, ese país donde nada menos que el mismísimo Pío Laghi confesó una tarde a EC: –Señora, en la Argentina sucede cada cosa... Nadie está seguro... Con decirle que hasta yo tengo miedo.

Capítulo 6

Quizás Pío Laghi no se sintiera demasiado tranquilo. Otros, en cambio, sí lo estaban. Por ejemplo, la pareja formada por Carlos María Roggerone –estudiante de psicología, nacido en mayo de 1946– y Mónica Susana Masri de Roggerone –estudiante de profesorado de letras, nacida en junio de 1956 y embarazada de dos meses en el momento de su desaparición– secuestrados el 12 de abril de 1977, a eso de las cuatro de la tarde, en su domicilio de la calle Arribeños. Porque, lo más interesante de este caso es que diez días antes de ser “chupados” una comisión de la policía ya había estado preguntando acerca de ese matrimonio. En esa oportunidad, habían interrogado al portero del edificio y éste, posteriormente, se lo había comunicado a los jóvenes, que igual permanecieron en la casa. Mucho que ocultar no tenían, por lo visto. La abuela Clara Jurado –madre de Carlos María– conserva frescos, casi en carne viva, los detalles de la experiencia de sus hijos:*

“Cuando los chicos fueron secuestrados, yo no estaba muy bien de salud. Unos amigos de ellos me avisaron, recién a los tres días. Se había tratado de un operativo conjunto, de ejército y policía. Le presentaron las credenciales al portero y se hicieron abrir las puertas del departamento, porque en ese momento ni mi hijo ni mi nuera estaban. Los esperaron. Eran como 16 personas: dos, estaban en la vereda de enfrente del edificio, otras tres en el hall, otros en el piso 14 y otros en el departamento. Cuando llegó mi hijo, le pidieron –abajo– los documentos y subieron con él en el ascensor. Ahí estuvieron todos hasta las 10 y media de la noche, hora en que llegó mi nuera. También a ella la detuvieron y la llevaron para arriba. Al ratito, los sacaron encapuchados. A mi hijo con una campera de gamuza sobre la cabeza. Como despedida, le dijeron al portero: –Vos, cuidadito con hablar. Ni viste, ni sabés nada. Mirá que está de por medio la

* Clara Jurado falleció sin poder conocer a su nieto.

vida de tu hija. Y sabemos bien que tenés una sola hija. Para mí, fue como un balde de agua fría. Me desesperé. Ese sábado, justamente, se cumplía otro aniversario de casados de ellos. Me fui para el departamento. Me recibió el portero: –Ay, señora –me dijo– si hubiera venido una hora antes hubiera evitado que se llevaran el televisor y la heladera... Porque estoy seguro de que los mismos que se llevaron a los chicos, acaban de llevarse también esas cosas... Desde hace dos días que veo bajar bultos... Yo... no pregunto nada... Póngase en mi lugar, tengo mucho miedo por mi hija. También vinieron del trabajo de Carlitos, a preguntar por qué faltaba, pero tampoco a ellos le dije la verdad... Discúlpeme, señora... Bueno, fui a la Seccional 33. Para no quemar al portero, dije que mi hijo hacía varios días que estaba faltando al trabajo. –Se habrá ido de farrá, me respondieron. Contesté que eso era imposible, porque se trataba de un muchacho responsable. Se rieron: –Ah!... usted qué sabe, señora... en esas cosas... Yo les respondí: –De ninguna manera. Yo sé qué hijo tengo. Es mi único hijo y lo conozco bien. Quedé viuda a los nueve meses de nacer él y yo le hice de madre y de padre. Así que mi hijo no me va a fallar de esa manera. Y ya, llorando: –Quiero abrir el departamento, porque hasta tengo miedo de que les haya pasado algo ahí adentro... hasta de que estén muertos. Me dijeron que abriera nomás. Demoré, con todo, como tres días en conseguir un cerrajero, porque nadie quería hacer ese trabajo. Al final, encontré uno que lo hizo, aunque se aprovechó y me cobro carísimo. Cuando entré... aquello era increíble. Todo el piso lleno de apuntes y de libros. De libros de encuadernación común, porque las colecciones de lujo se las habían llevado todas. La cocina, desarmada. Las cosas que habían estado dentro de la heladera, arrojadas por el piso, con saña. Intenté hablar con los vecinos, pero todos repetían lo mismo: no habían visto ni escuchado nada... En esos momentos, se me planteó además otra duda: ¿le avisaba o no a mis consuegros? Porque Mónica era una chica judía y a partir de su casamiento con mi hijo el padre nunca más quiso verla. Ella sólo hablaba cada tanto con su madre, pero esta mujer estaba tan dominada por su esposo que si él estaba presente tampoco se atrevía a atender su llamada por teléfono. Al final, les avisó un

compañero de trabajo de mi hijo. Lo primero que hizo, entonces, el padre de mi nuera, fue ir a la empresa donde mi hijo trabajaba, porque decía que seguramente él era un ladrón y por eso los habían detenido: ojalá que mi hijo hubiese sido un ladrón, ahora ya estaría en libertad... Así que, de ahí en adelante, todo lo hice yo. Terminé de pagar el departamento –ayudada por mi familia– porque pensaba que al volver los chicos ya tendrían su propiedad escriturada, la podrían vender y con ese dinero se podrían alejar de este país... Qué tristeza... el último día que los vi fue para Pascuas. Almorzamos todos juntos. Recuerdo que Mónica hizo crema pastelera... En esa época mi nuera ya sabía que estaba embarazada, pero no me quiso decir nada hasta estar bien segura, porque yo siempre les decía que no me quería ir sin ver antes a un nieto... Bueno, pedí mi licencia anual y empecé la búsqueda. No sabía nada de nada. No tenía idea de lo que era un hábeas corpus. Y me costó encontrar quien me lo enseñara: en aquel entonces cobraban 30.000 pesos por redactarlos, pero no los firmaban siquiera. El primero, me lo hizo un periodista en Tribunales. No me cobró nada, pero no me dijo ni el nombre. Lo presenté ante el juez Giletta. Cuando éste me entregó la cédula de rechazo, el secretario –no me puedo acordar como se llamaba– se conmovió muchísimo. Yo lloraba como una loca y él lloraba junto conmigo. También se acercó una empleada, que me dijo: –Señora, yo trabajaba en Archivo y solicité que me pasaran para acá. Pero, le juro... son tantas las cosas que veo y escucho aquí, tan monstruosas, que me estoy enfermando de los nervios. Esa chica, efectivamente, a los pocos días, pidió el traslado... Sí, ella me trató muy bien. Y, en general, en Tribunales no me trataron mal... Donde sí me quisieron destratar fue en el Departamento de Policía. Allí, fui a la sección Personas Desaparecidas, sola. Me preguntaron: –¿Y por qué está buscando a sus hijos aquí? Yo les respondí: –Por que me dijeron que se los había llevado la policía. Se enojaron mucho: –Sí, como siempre, siempre le echan la culpa de todo a la policía... A su hijo, se lo habrán llevado los propios compañeros del grupo al que pertenecía... No volví más por allí. A los 20 días, más o menos, me dijeron de monseñor Grasselli. Lo fui a ver al Edificio Libertad. Me recibió bien, me calmó –yo esta-

ba muy nerviosa y lloraba mucho— me dio esperanzas, me dijo que los chicos ya iban a aparecer, que él iba a averiguar su paradero. Incluso, como me vio muy mal, me dijo que cuando volviera no subiera las escaleras, que le mandara avisar, que él iba a bajar. Volví a los pocos días. Me miró y me dijo: —Señora, ¿tiene dinero encima? ¿Tiene como para tomarse un taxi hasta su casa? Yo, muy sorprendida, le pregunto por qué. —Porque —dice— sus hijos ya la han de estar esperando allá. Me fui volando... pero... llegué y no había nadie. No había nadie ni llegó nadie. No sé por qué lo habrá hecho ese hombre. Cuando lo comenté con las Abuelas, me dijeron: —A otras les ha dicho que sus hijos están muertos, así que.... Al tiempo, recibí una carta muy amable de Graselli, donde me decía que pese a todos sus esfuerzos no había podido encontrar a los chicos, que tuviera fe en Dios. Yo me he criado en colegios de monjas, con temor de Dios y sintiendo respeto por el sacerdocio, viendo en los curas a los representantes de Dios. Ahora, estoy decepcionada. La verdad, no sé si existe un Dios. Jugaron con mis sentimientos: estuve un mes y medio cocinándoles todas las noches a los chicos, para que cuando llegaran encontraran comida caliente preparada. Les compré cigarrillos, para que también tuvieran para fumar, por si llegaban a una hora en que los quioscos estuvieran cerrados. Y eso, ese ilusionar de tal manera a un ser humano... no tiene, no puede tener perdón de Dios... Me sentía muy sola y más después de eso. Mi hermana, sin embargo, siempre me respaldó. Mis compañeros de trabajo, se portaron bien, dentro de todo... si alguno pensó mal, se lo calló. A la gente, por otra parte, le dije siempre la verdad. Mi hijo, siendo jefe de producción de la empresa donde trabajaba, defendía a sus propios obreros. Después de cumplir allí con sus tareas, iba a las villas y enseñaba a leer y escribir, ¿eso era algo condenable?... En fin, se abrió después una oficina, para atender reclamos, en el I Cuerpo de Ejército. Dependía de un tal teniente coronel Gatica. Fui. Hice una larga cola, hasta que me atendió un asistente del coronel, Guastavino de apellido. Le conté mi historia y me pidió que se la llevara por escrito. La llevé al otro día, con el detalle de todo lo que habían robado. Una semana después, pasé por el departamento de mi hijo, a pagar las expensas, el gas... Por el

intercomunicador, me atendió el portero. Estaba espantado: –Señora, mándese a mudar de aquí. No me comprometa. Ayer estuvieron de nuevo y en el grupo por lo meros había tres de los que se llevaron a Carlos. Me dijeron: –Dígale a esa vieja que se quede en el molde, que no ande jodiendo si no quiere que a ella le pase lo mismo que al hijo. Evidentemente, había una conexión entre esa oficina del I Cuerpo y los secuestradores. Al otro día fui a denunciar el hecho allí, pero Guastavino no estaba. Me atendió otro oficial, que me escuchó y luego me dijo: –Usted trabaja, ¿no es así, señora? Bueno, ¿en su trabajo, son todos iguales, todos buenos? Seguramente no. Seguramente hay de todas clases de personas entre ellos. Acá, pasa lo mismo. Pero yo le juro, por mi honor de soldado, que me voy a enterar de los nombres de los responsables y usted también va a enterarse de ellos. Todavía los estoy esperando, a los nombres. Al contrario, me amenazaron por teléfono, en mi propia casa. Pintaron el frente del edificio de departamentos donde vivo y tuve problemas con el consorcio. Pero la culpa no era mía, porque ¿quién, teniendo un hijo, una nuera, un nieto, desaparecidos, puede quedarse tranquilo, por más que le pinten el frente de la casa o que lo amenacen o que incluso lo agredan directamente?... Yo, seguí moviéndome, estaba como enloquecida. Empecé también a ir a las inmensas colas que se formaban frente al ministerio del Interior. Ahí todos los trámites eran burocráticos, se confeccionaban fichas para cada caso pero nunca se daba respuesta a nadie. Trataban despreciativamente a la gente, un poco de acuerdo a la pinta de cada uno. A algunos, les decían de “che”. A otros, con mayor respeto, puro siempre con indiferencia y frialdad. En ese sitio la conocí a Irma Roy. Ella entraba y salía con muchas facilidades y ni siquiera hacía la cola. Andaba movilizándose por Papaleo: le molestaba que lo tuvieran junto con los presos comunes. Me la presentaron y tuvimos un diálogo: –Y a vos, ¿qué te pasó?, me dijo ella. Le conté mi historia y me dijo, al final: ¿Vos sabés lo que era tu hijo? Un reverendo pelotudo. ¿Por qué se quedó, si diez días antes ya habían andado preguntando por él?... Ahí terminó la relación. Yo, seguí en mis cosas. En esos días, además, había tenido noticias de mi hijo y de mi nuera, las únicas que tuve en todo este tiempo: los habían

visto en un lugar que no podían individualizar, el embarazo de Mónica seguía adelante y la habían puesto a realizar tareas de oficina. Según mi informante telefónico, estaban a punto de salir en libertad. Después, silencio total... Continué, sin embargo. Andaba por las calles, como obnubilada, de un lado a otro. En una de esas caminatas, levanté la vista y encontré una chapa de abogado, la de Luder. Toqué el timbre, así, a pura audacia. Luder me atendió. Dijo que sentía mucha pena por mi caso y lamentó aún más lo de mi nieto. Pero aprovechó también para agregar que si no hubiera sido por la subversión el país no hubiera llegado a donde estaba. Terminó dándome una recomendación: que no me uniera ni a las Madres, ni a los Familiares. Que no me uniera a ningún grupo, porque eso iba a ser muy perjudicial para mis intereses. Yo le dije: –Doctor, si el 17 de octubre la gente no se hubiera unido y movilizado... no habría habido 17 de octubre... No me contestó... Bueno, esos fueron los consejos que me dio Luder. Yo no le hice caso. Fui a la Plaza. Y me transformé en una de las fundadoras de las Abuelas”.

Desde ese momento, Clara Jurado no aflojó un milímetro, a pesar de su artrosis, de sus vértebras rotas y de no ver casi nada ya. Los cálculos de quienes pretendieron asustarla o descorazonarla fueron, por lo visto, erróneos.

Se llegó, de esa manera, entre tanto dolor, a 1978. En enero de ese año, las Abuelas iban a hacer su primera aparición internacional y pública, a través de una carta dirigida, en común, al Papa, que en esos momentos era Pablo VI. En su inocencia de primerizas, no tuvieron otra idea, para hacérsela llegar, que el enviarla por correo. Su texto no era demasiado político, pero pintaba claramente los sentimientos y padecimientos que animaban y herían a esas mujeres: “Nos dirigimos a su santidad con el fin de suplicarle, en el nombre de Dios, quiera interceder ante quien considere conveniente para que nos sean restituidos nuestros nietitos, desaparecidos en la República Argentina. Somos algunas de las mujeres argentinas que hemos sufrido la desaparición o muerte de nuestros hijos en estos últimos dos años. Y a este desgarrador dolor de madres se ha agregado el dolor de privarnos de los hijos de nuestros hijos, recién nacidos o de algunos meses de edad. No entendemos esto. Nuestra razón no alcanza

a comprender porqué se nos somete a una tortura. Somos madres cristianas, que no sabemos si nuestros hijos están vivos, muertos, sepultados o insepultos. No tenemos el consuelo de dirigirles una mirada, si están en prisión, o rezar ante su tumba si han sido muertos. Pero nuestros nietitos también han desaparecido: Herodes no ha vuelto a la tierra, por lo tanto alguno los esconde, no sabemos con qué fines. ¿Están en orfanatos? ¿Fueron regalados o vendidos? ¿Por qué deben crecer sin amor, cuando sus abuelitas tienen tanto amor para ayudarlos a crecer queriendo a sus semejantes? En algunos casos, la criatura por quien clamamos es nuestro único descendiente: no queda horizonte para nosotras, sólo abismos de dolor renovados diariamente en nuestraincesante búsqueda de esos inocentes, que ya dura meses y hasta más de un año. Hemos llamado a todas las puertas pero no hemos tenido respuesta. Por eso nos permitimos rogar a Su Santidad para que interceda para poner fin a este Calvario que estamos viviendo”.

La carta no obtuvo respuesta. Es que las Abuelas todavía tenían mucho que aprender. Entre otras cosas, que la Iglesia en ningún momento —al contrario de lo que ellas esperaban— se aliaría con su movilización.

Independientemente de estas decepciones, sin embargo, continuaron. También a principios de 1978 fue que comenzaron a visitar los juzgados de Menores. Pero salvo contadísimas excepciones, los jueces se convirtieron en uno de los principales escollos en el camino reivindicativo de las Abuelas. Lisa y llanamente, cada vez que pudieron hacerlo, les mintieron. Falsearon, ante ellas, las informaciones que en el juzgado a su cargo se manejaban, referidas fundamentalmente a los niños entregados en adopción. Rechazaron los hábeas corpus. Trataron altaneramente —cuando no en forma francamente agresiva— a las peticionantes. Se olvidaron de las buenas maneras sociales que su clase les inculca, dejaron su tanpreciado “savoir faire” —al que son tan afectos estos atildados especímenes— en los cajones de sus polvorientos y apolillados escritorios tribunalicios y se encresparon, —casi en puntas de pie e inclusive histéricos— contra desorientadas, solitarias y llorosas mujeres que, desesperadas, llamaban a su puerta. Mucho más no podía esperarse de ellos, por supuesto, en un país donde ex ministros de Justicia —como el doctor Rodríguez Varela— y ex integrantes de la Corte Suprema de Justicia —como el doctor Jaime Lucas

Lennon, por ejemplo— se convirtieron en defensores de los capitostes de un Proceso que remató impunemente a la Argentina y masacró a sus mejores habitantes. Ante esas actitudes, más de una vez se habrá erizado la piel de Jesucristo, clavado en los crucifijos de madera que gustan colocar en todos sus despachos. Frente a esa imagen, justamente se paraban las Abuelas, a principios de 1978. Llegaban de a tres, un poco recelosas pero cada vez, día a día, más audaces. Se habían dividido la ciudad y de acuerdo a los domicilios de cada una de ellas era que se repartían los distintos juzgados. En un primer momento, sus intervenciones eran meramente orales. Luego, comenzaron a concurrir muñidas de cartas y denuncias presentadas por escrito. No hallaron demasiado eco, por supuesto. Pero sí encontraron a la Abuela trece.

En efecto, una mañana penetraron, como siempre, tres de ellas al Juzgado de Lomas de Zamora. No eran muy bien recibidas, lo sabían, pero eso era un detalle que las tenía sin mayor cuidado. Sabían que una de sus armas radicaba en la insistencia, en la voluntad, en el tesón. Eso sí, se mostraban tensas, preocupadas. Nunca se sabía con certeza el trato que les tenían reservado, pero se partía de la base de que muy amistoso no sería. Además, había casi siempre policías y por entonces el ver un uniforme reflató en ellas algunos explicables miedos, una sensación a la que pronto se sumaba la indignación y el asco. Pero se acercaron al mostrador y a medida que avanzaban su aplomo iba creciendo. Pidieron entrevistarse con el juez, en un primer momento: le traían una de las ya famosas carpetas, con los datos de los niños secuestrados. Después, exigieron que aquel las atendiera. Los pinches consultaron, untuosos frente a sus superiores. Acto seguido les dijeron que esperaran. Ellas se sentaron en los lustrosos bancos de madera: era la historia eterna que ya se conocían de memoria, la amansadora previa. Fue entonces cuando escucharon los gemidos y los ruegos, hechos en voz baja, como con timidez o con vergüenza. Cuando oyeron la palabra “nieta”, captaron rápidamente la realidad que tenían ante sí: esa mujer estaba en la misma búsqueda que ellas. Justo en ese momento, el juez las hizo entrar. Lo de siempre: escuchó atentamente —con cara de jugador de póker— aseguró no poseer ninguna noticia de esos chicos —que quizás él mismo habría entregado ya a alguna familia “de confianza”—, prometió ocuparse, las acompañó hasta la puerta, les extendió la mano y se puso a pensar:

—¿Pero cuándo estas viejas se van a dejar de joderme la paciencia? Ellas, se dirigieron a la salida, estaban apuradas, todavía tenían que recorrer muchos otros lugares. Sin embargo, algo las detuvo: la otra mujer aún estaba rogando. Se quedaron cerca de ella, hablando y pasando desapercibidas. Cuando se fue, descorazonada, se le acercaron y le tendieron una mano. Se llamaba Julia de Grandi*. Las escuchó con ciertos reparos, la mirada llena de dudas, de indefinición y de prevenciones. Cuando entró en confianza, recién les dijo la verdad. Desde hacía meses, concurría semanalmente a la Casa de Gobierno, a pedir por su nieto desaparecido. Allí la atendía un teniente coronel que le había hecho una recomendación fundamental: —Si quiere recuperar a sus hijos y su nieto, señora, no se mezcle —y esto es capital— con estas personas que van todos los jueves a la Plaza de Mayo, con esas madres y esas abuelas. Hágame caso, eso la va a perjudicar. Yo, personalmente, me comprometo a ayudarla a encontrar a sus familiares. Pero usted, téngalo presente: no se junte con esa gente. Se lo digo por su bien, señora, créamelo... Así estaba engañada Julia de Grandi, que a partir de ese día pasó a ser la Abuela número trece. Claro, antes tuvo un gesto que pinta su limpieza de proceder y su lealtad. Volvió por última vez a la Rosada, pidió hablar con ese teniente coronel y le dijo: —Mire, coronel, quería comunicarle que esta es la última vez que vengo a verlo. Me he unido a las Abuelas y desde hoy yo también voy a ir a la Plaza de Mayo. ¿Y sabe por qué? Porque a mí, sola, los jueces no me reciben. Y a las Abuelas, sí... El militar encendió un cigarro, aspiró hondo el humo y la miró marcharse, enhiesta. Ella, mientras tanto, cruzaba la calle y se integraba a la columna. Por esa época, también, y en esas constantes visitas a los juzgados de menores, las Abuelas iban a tener que enfrentarse a una de sus más encarnizadas enemigas, un personaje que cada vez que recuerdan esos avatares, suelen definir con tres palabras: la doctora Pons. Ellas sirven para ubicar a una jueza rubia, de alrededor de cuarenta y cinco años, impetuosa y atractiva. Titular, durante un período de su carrera judicial, del juzgado de Menores de la localidad de Lomas de Zamora, la jueza Pons jamás pudo disimular el desagrado que le causaban las Abuelas y la búsqueda que ellas encarnaban. Desde la primera entrevista, las relaciones se tornaron tensas. Ésta se produjo en su tribunal, a comienzos del otoño. Afuera, las hojas caían melancólicamente. En el interior del despacho de la jueza, en

* Julia de Grandi falleció sin conocer a su nieto nacido en cautiverio.

cambio, parecía redituarse el calor del más tórrido varano. Contagiada, quizás, del lenguaje utilizado por muchas de sus más allegadas relaciones, la doctora Pons habló ni más ni menos que como si fuera otro militar:

—Señoras, me gusta hablar claro, expresarme directamente y no recubrir mi pensamiento con subterfugios. Yo, personalmente, estoy convencida de que sus hijos eran terroristas. Para mí, terrorista es sinónimo de asesino. Y a los asesinos, yo no pienso devolverles los hijos. Porque no sería justo hacerlo. Porque no sabrían criarlos y porque no tienen derecho, tampoco, a criarlos. En esto, seré inamovible. Sin ir más lejos, fíjense ustedes: tengo en este momento, entre manos, el caso de los chicos de Julio Ramírez. Ramírez es un criminal, un terrorista confeso. El Poder Ejecutivo le ha permitido trasladarse a Suecia y desde allí ha solicitado la tenencia de esos pobres niños. Yo, jamás se la concederé. Y así como no estoy dispuesta a pronunciarme en favor de la devolución de los niños de ese individuo, Ramírez, tampoco me voy a pronunciar por la devolución, a ustedes, de ninguno de sus —pretendidamente— nietos. Y, déjenme terminar... Al contrario, ustedes mismas deberían estar de acuerdo conmigo acerca de que es ilógico que se vaya a perturbar a esas criaturas. Están en manos de familias decentes, que sabrán educarlos como —lamentablemente debo decirse— no supieron ustedes educar a sus hijos. Señoras —y para terminar— sólo sobre mi cadáver van a obtener la tenencia de esos niños.

Las Abuelas se miraron entre sí, en medio de un estupor que duró unos segundos. Les parecía increíble que en manos como esas descansara la balanza de la justicia en la Argentina. Se recuperaron rápidamente, sin embargo, porque tenían muy claros sus postulados y los basamentos de su lucha:

—Señora Pons, realmente nos causa una gran sorpresa escuchar estos razonamientos, en boca de un juez. Pensamos que la ecuanimidad, el desapasionamiento, eran las características que debían dominar en la personalidad de cualquier magistrado. Ahora, con cierto dolor, nos damos cuenta de que esto no es así. Nos damos cuenta de que usted comparte los mismos postulados que aquellos que arrasaron la Constitución. De que usted está íntimamente comprometida con ellos. Pero dejemos eso al margen, porque —por ahora, al menos—, no viene para nada al caso. Usted nos ha expresado recién sus convicciones. Ahora, escuche las que nosotros sustentamos, las que impulsan nuestra

búsqueda y las que defenderemos hasta el final, contra viento y marea. Al contrario de lo que usted piensa, doctora Pons, nosotros sí creemos que es imprescindible localizar a los chiquitos desaparecidos desde 1976 hasta la fecha: una simple cuestión de honor, de responsabilidad, nos lo impone. Porque esos niños deben ser restituidos a sus legítimas familias, para así recuperar la identidad que –monstruosamente– les han arrebatado. Para sumergirlos en su verdadera historia. Para volverlos a unir a sus raíces. Porque –y esto hay que dejarlo bien en claro, señora jueza– estos no son niños abandonados por sus progenitores. No fueron dejados en la calle, como sucede en otros casos que maneja este juzgado. No, estos chicos tenían padres y madres que los querían y que no se querían separar de ellos. Si los dejaron, fue a la fuerza, porque sufrieron la represión de las Fuerzas Armadas –una represión ilegal, para colmo– por oponerse a la dictadura y sus proyectos. Por todo eso es que no pensamos dejar de exigir –constantemente y durante el tiempo que sea necesario– tres reivindicaciones que, para nosotras, son las fundamentales: verdad, justicia y castigo para todos los responsables. Y por eso también es que estamos dispuestas a utilizar todas las vías conducentes para localizar y restituir a esos nietos nuestros, que en este preciso momento en una de esas están en manos de los mismos que secuestraron y torturaron a los padres. A todo nos vamos a aferrar: a los trámites legales, a los adelantos de la ciencia y de la técnica. A todo lo que consideremos que posea autoridad moral y sirva a nuestros fines. Porque tenemos claro que, después de las tragedias que nos ha tocado vivir, nuestra obligación es crear, dentro de la sociedad argentina, las mayores garantías de seguridad y protección para la comunidad infantil en su totalidad. Aunque a usted eso no le importa, muy probablemente. Pero ese es nuestro desafío...

–Con esa actitud, sólo van a lograr un resultado: aterrorizar a todas las familias que hayan adoptado criaturas en los últimos tiempos.

–De ninguna manera, señora jueza. Vamos a solicitar, es cierto, la revisión de las adopciones otorgadas desde 1976... pero para nada es nuestra intención provocar angustias en los hogares que tengan hijos adoptivos. No somos irresponsables. Antes de hacer una presentación judicial, agotamos y agotaremos todas las investigaciones –aunque eso nos lleve años realizarlo– y, ¿sabe por qué? Porque nuestro principal objetivo es el niño, sea nuestro o no. Por sobre

todo nos interesa su paz y su bienestar, presente y futuro. Al contrario, le decimos más: en lugar de pretender perturbar la tranquilidad de esas familias que realizaron adopciones, confiamos en que ellas mismas nos ayudarán a clarificar estas dolorosas situaciones, que han sido creadas por mentes perversas.

De esa manera terminó la conversación. Quedaron planteadas, frente a frente, dos posiciones netamente irreductibles. Por un lado, la defensa de la vida. La justificación de los represores, por el otro. La opción correcta, parecía muy clara. Sin embargo, pronto otras voces y otras actitudes se unirían a las de la doctora Pons. Entre ellas, las de otro de los que debían decidir acerca del destino de los niños: el juez doctor Ripa. Aunque, a fuer de sinceros, cabía reconocer que éste era menos frontal que su colega. Su valla, era el silencio. Recibía a las Abuelas sin zaherirlas jamás. Prefería no hablar; mientras él escuchaba aparentemente con mucha atención y con una mirada cejijunta. Después se despachaba contra toda la juventud en general. Su ideal parecía ser cotolengos. Tener escasa edad era, para él, sinónimo de error imperdonable. En lo atinente a los desaparecidos, demostraba ser un buen lector de diarios y un atento espectador de los noticieros de TV: repetía casi textualmente sus enfoques. Contemplando tales enemigos, las Abuelas no desfallecían: todo lo contrario, cada día que pasaba adquirían una mayor conciencia, profundizaban su politización, redondeaban sus criterios sociales y se convertían en una suerte de hermandad, con una solidaridad entre sus miembros que trascendía los meros avatares de la búsqueda y abarcaba ya todos los hechos y experiencias por los que atravesaban diariamente sus vidas.

Corría el mes de julio de ese 1978 cuando decidieron hacer una presentación global, por todos los casos que conocían —es decir, los suyos propios— ante la Corte Suprema de Justicia. No tenían ni la más mínima idea de cómo encarar un trámite oficial de esa envergadura. Pero comenzaron a rumiar la idea. Para ello, se reunían en la casa de Julia de Grandi. Tomaban grandes cuidados para hacerlo: casi todos los porteros poseen una marcada tendencia al botineo. Así que las Abuelas entraban separadas, preferentemente a la hora de la siesta —las siestas son sagradas, para los porteros y los presidentes de la República—, hablaban en voz baja, ponían música de fondo a sus sesiones y dejaban correr el agua de las canillas de la cocina. Cuando el documento estuvo terminado, no sabían

como hacer para que llegara a destino. Pero de entre ellas mismas surgió la solución: Clara Jurado tenía un familiar que se desempeñaba como empleado en los Tribunales. Ese hombre fue el encargado de llevarlo: en un principio, mucha gracia no le causó la perspectiva... pero a Clara no podía fallarle. Días después, manos bien cuidadas abrían el sobre y se enterarían de lo solicitado:

“IV. Piden al Exmo. Tribunal:

1°) Que en tanto se sustancie este recurso, se dicten las medidas necesarias para que los niños señalados como NN no se den en guarda, con fines de adopción, en todo el país.

2°) Que se proceda a determinar el origen de los casos de criaturas menores de tres años en adopción desde marzo de 1976 hasta la fecha en todo el país, para determinar si se trata de nieto o nieta de alguna de las peticionantes”.

El 20 de julio, esas mismas manos entregarían su respuesta. En ella, la Corte Suprema de Justicia se declarararía incompetente para entender en el asunto. Los patriarcas del derecho argentino firmaban la resolución: Adolfo R. Gabrielli, Abelardo R. Gabrielli, Pedro J. Frías, Emilio M. Daireaux y Elías P. Guastavino. En el Numeral 3°, se justificaban: “Que la adopción de otros requerimientos que excedan la naturaleza del referido, conduciría a dejar de lado el aludido principio de separación e independencia de los poderes del Estado, sobre el que se asienta nuestro régimen republicano de gobierno”. Releyendo esas líneas, sólo cabe sacar dos conclusiones, antagónicas por cierto: o los señores miembros de la Corte vivían en un mundo fantástico, absolutamente divorciado de la realidad, cual adustas Alicia del foro, sumergidos adentro del espejo de un delirante País de Maravillas... o rebosaban una evidente mala fe, una duplicidad jurídica sin límites morales. Porque ¿cómo hablar de separación de poderes en un territorio donde sólo existía un Ejecutivo, dictatorial, autoritario y terrorista? Y ¿cómo pretender preservar la independencia de los fueros en un país donde tales fueros habían sido suprimidos y donde los jueces —ellos mismos— eran designados sin acuerdo del Senado y, más bien, de acuerdo a su grado de compromiso con las Fuerzas Armadas y la Patria Financiera? Sin embargo, incommovibles, los juristas, algo más adelante, volvían a la carga y en el Numeral 6° insistían

con desempolvar su rimbombante vocabulario principista: “Que las motivaciones expuestas en esta solicitud no permiten el ejercicio, por la Corte Suprema, de una competencia en caso judicial concreto, por lo que el planteo efectuado escapa a la que le acuerdan los artículos 100 y 101 de la Constitución Nacional y el artículo 24 del Decreto-Ley 1285/58. El reconocimiento de la incompetencia no implica oponer un rigorismo formal a la denuncia, sino limitaciones del poder jurisdiccional, que derivan de la Constitución Nacional, o de su propia naturaleza o de ordenamientos procesales que en sí no son repugnantes al sistema de garantías”. De nuevo, en este artículo, suena poco menos que una burla la mención a una Constitución Nacional depredada por la dictadura militar más sangrienta de toda la historia argentina.

Y con respecto a lo de repugnantes, otros hechos, que en ese momento estaban ocurriendo en el país, sí que lo eran. Entre otros, el secuestro y desaparición de las hermanas Alicia Estela y Laura Beatriz Segarra.

Alicia Estela Segarra tenía 21 años y fue secuestrada el 21 de junio de 1978, junto con su esposo, Carlos María Mendoza, de 22 años de edad. La muchacha, estaba embarazada, en ese momento, de dos meses y medio. Laura Beatriz Segarra –de 18 años–, desapareció dos días más tarde: estaba embarazada de nueve meses –faltaban unos 10 días para que naciera su bebé– y junto con ella se llevaron a su marido, Pablo Torres, de 22 años. Las fotos en color que conserva la abuela, Antonia de Segarra*, los muestran como dos chiquilines, casi niños. La represión fue impiadosa con esa mujer: también se le llevó a un hijo varón, Jorge Alejandro Segarra, secuestrado el 29 de junio, menos de una semana después que sus hermanas. Tenía 19 años.

“En realidad, de Alicia no tengo ningún dato. Absolutamente nada. No sé de dónde desapareció. Hacía muy poco tiempo que estaba viviendo con su compañero en San Isidro. He perdido todo rastro de ella. Jamás tuve contacto con ningún testigo de su secuestro. Pero es un hecho que está desaparecida y no en Europa, como me ha sugerido más de una vez la policía. Eso es imposible, porque, en ese caso, me hubiera hecho llegar alguna noticia. No, es un caso más de desaparición y por ella responsabilizo a nuestras Fuerzas Armadas. Argumentar que una parte de los desapareci-

* Antonia de Segarra trabaja intensamente en la filial de Abuelas Mar del Plata y aún busca a sus nietos.

dos están en el exterior, no es otra cosa que mentir. Es engañar a la gente.

En Europa, lo que sí hay son exilados. Pero, en esos casos, sus familias siempre supieron que lo estaban. Nosotros, en cambio, ignoramos todo acerca de su paradero... Pero Alicia, sólo fue la primera...

El segundo caso fue el de Laura Beatriz. A ella y al marido los secuestraron en Merlo, de su casa de Agrelo 1768. A la una de la mañana llegaron a su casa alrededor de cuatro Torinos. De ellos bajaron represores muy bien armados, de civil pero con botas: pertenecían a la Brigada de San Justo. Con bombas incendiarias le prendieron fuego a la casa. Se destruyó completamente, sólo quedó en pie una pared. Los vecinos no vieron que los sacaran, pero a mí tampoco me fue entregado ningún cadáver o algún dato que me permitiera deducir su muerte. Por lo tanto, yo los sigo buscando... y también a mi nieto, que ya estaba por nacer y tiene que haber nacido...

Por último se llevaron también a Jorge Alejandro. Se lo llevaron del bar "El Reencuentro", que está al 5600 de Rivadavia... Lo secuestraron a eso de las seis de la tarde, junto con Joaquín Areta y Julio Álvarez. Hace muy poco tiempo me enteré de que los represores eran del GT8, dependiente del Ejército y vinculado al Batallón 601 de Inteligencia, con asiento en Capital Federal... Nunca más supe nada de él... En esos momentos, yo estaba destrozada. En diez días había perdido a mis tres hijos. Además, estaba desorientada, no sabía qué hacer. Nunca había militado en política, por otra parte. Desconocía todo eso. Mis primeros pasos, fueron venir a Buenos Aires –yo vivo en Mar del Plata–, recorrer calles y tratar de encontrar a alguien que me explicara lo que había pasado. Fui a ver a un abogado amigo, que me recomendó que no me moviera como me estaba moviendo, que no buscara de esa forma porque si seguía así yo también podía correr peligro. Me dijo que esperaríamos dos meses, que a lo mejor los chicos se habían tenido que esconder en algún sitio y no podían –desde donde estaban– hablarme por teléfono. A mí eso me parecía imposible, porque hay muchas formas de comunicarse, si uno quiere hacerlo. Pero... medio me convenció, y me fui a casa.

No podía estar allá: me volví enseguida. Estaba sola, aunque en general tanto mi familia como la de mi esposo no nos dejaron de lado y la gran mayoría de nuestros amigos nos apoyaron. Pero, en esa búsqueda... una se siente sola. Subía a un taxi, bajaba, corría detrás de una chica de cabellos rubios, de una de pelo oscuro o de un muchacho, pensando que eran mis hijos. Caminaba, corría, lloraba, creía que me caía, más de una vez. Así recorría las calles de Buenos Aires, sin encontrar respuesta... Me vinculé con los organismos de defensa de los derechos humanos. Ya habían armado algunos en esa época. Eso, para mí fue una ayuda. En cierto modo, no tuve que recorrer ese vía crucis que las Abuelas debieron enfrentar en los primeros años. Fui, sí, al ministerio del Interior pero pocas veces, porque me di cuenta que por ese camino no se iba a conseguir nada, era un simple trámite burocrático. En Mar del Plata me entrevisté con nuestro obispo, monseñor García. Él, no me dio su apoyo... Tampoco se oponía abiertamente, pero me decía que tenía que tener cuidado, que no debía hacer política. Y, en realidad, yo creo que no se podía decir que una madre, por buscar a su hijo, estuviera haciendo política. La obsesión de monseñor García, era el comunismo: contaba que había ayudado a liberar gente y que después se había enterado que se trataba de comunistas... Yo le decía que a mí –y a todas las demás mujeres que estábamos en esa búsqueda– no nos interesaban las extracciones políticas o religiosas de cada uno, sino el hecho de que estuvieran desaparecidos... No siempre me recibía: a veces, salía su secretario y me comunicaba que monseñor tenía completa la agenda. Pensar que, en ese momento, éramos la parte más doliente de la grey católica y que tan sólo pedíamos una palabra de aliento... En esos casos me mandaba también decir que no me preocupara, que él siempre oraba por los desaparecidos... El que me abrió sus puertas, en cambio y también tuvo él mismo problemas con los servicios, que fueron incluso a verlo, fue el padre Dol Gamallo, de la parroquia Santa Ana. Nos daba misas, hablaba con nosotros... siempre nos escuchó. Represores, no entrevisté... y en Mar del Plata había unos cuantos de ellos. En la Base Naval, el principal era Pertusio. En el Batallón 601, el coronel Barda... En fin, esa es mi realidad. He perdido tres

hijos, dos nietos y dos yernos, en una semana apenas. Con respecto a los culpables, ya sea por acción u omisión... a las Fuerzas Armadas, los sectores económicos cuyos intereses ellas defendían, la parte de la Iglesia que nos dio la espalda... bueno, en todos estos años yo me esfuerzo, todos los días, por no odiarlos. Porque pienso que teniendo un odio permanente, uno no puede caminar. Y... desde que a mí me pasó esto –la desaparición de mis hijos– he vivido un estado tremendo porque... me siento vacía por dentro, como si me hubieran arrancado todo... Pero, de todas maneras, desde el primer momento pensé –y pienso– que no tengo que odiar. Para poder buscarlos, tengo que estar bien. Llegar a esa conclusión, no fue nada fácil. Me planteé, antes, muy diferentes soluciones: –¿Qué hago? ¿Me tiro al mar? ¿Me tiro por una ventana? Pero ¿qué solución hallaba con cualquiera de esas cosas? No, mi obligación como madre es tratar de estar bien, para buscar a mis hijos. Durante todo este tiempo esperé constantemente que alguien viniera a golpearme la puerta para decirme: –Señora, a sus hijos los tenemos detenidos en tal lugar... Mi obligación es seguir buscándolos, a ellos y a mis nietos. Y buscar también el castigo para todos los culpables. Que la justicia llegue a esa gente. Ahora... me siento un poco decepcionada con la justicia, porque está actuando muy lentamente... demasiado lentamente. Todos los sindicatos como asesinos de la mayoría de los desaparecidos, andan caminando por la calle. O están en cárceles de lujo. Pero, en realidad, los tendrían que llevar a Caseros, a Sierra Chica, a Devoto... no ahí... También, en parte, estoy decepcionada con nuestros gobernantes, porque había ciertas expectativas, ciertas esperanzas... Pero, ya se sabía... subiera quien subiera, esto iba a ser lo mismo... Yo, de por vida, voy a seguir clamando justicia por... por todas las injusticias. Lo sucedido aquí fue tan atroz que no podemos dejar de clamar... madres, padres, hermanos, abuelas, en absoluto vamos a renunciar. Es imposible que algo así suceda, que se renuncie a la búsqueda y al pedido de castigo a los culpables. Yo no me puedo quedar tranquila, hasta que me digan qué es lo que han hecho con cada uno de mis hijos y de mis nietos. Es un vía crucis continuo, continuo. Porque... vengo en un colectivo, en un tren, en un avión y se sienta un hombre al

lado mío y enseguida pienso: –¿Serás vos el que te llevaste a mis hijos? Y lo mismo pienso en la calle, si se me pone un hombre al lado mientras voy caminando: lo miro y me parece que es un torturador. Así que... siempre vamos a seguir en esta lucha: exigir respuestas sobre la suerte corrida por nuestros hijos, reencontrar nuestros nietos, castigar a los culpables, como una manera de reivindicar a la justicia. Eso es lo que pensamos todas, unánimemente, las Abuelas”.

En el mismo instante en que Antonia de Segarra comenzaba a paladear esas amarguras, las Abuelas continuaban acopiando experiencia y ensayando caminos. Vivían alertas, en una suerte de vigilia constante, buscando, tanteando, equivocándose y volviendo a empezar. De esa manera, llegó hasta sus oídos el nombre de Mario Amadeo, por entonces miembro de la Comisión de las Naciones Unidas que entendía en el tema de la discriminación de las minorías. Se decía que era un hombre amplio, que sabía escuchar y poseía importantes contactos a nivel nacional e internacional. Si quería, podía hacer mucho por ellas y por su lucha. O, aunque más no fuera, un poquitito. Una anécdota orlaba su figura: había sido quien había extendido la mano a Perón cuando, al subir a la cañonera que lo iba a transportar a su exilio en Paraguay, el ex presidente había tropezado. Merced a ese gesto, el general se había salvado del chapuzón y, a su vez, Amadeo había entrado en la historia. Hasta las puertas de ese nacionalista católico llegaron las Abuelas. Él, las atendió con corrección y con deferencia. Es cierto, sus amigos eran los enemigos de las Abuelas, sus conexiones lo relacionaban con empinados uniformados, financistas prósperos, políticos comprometidos con el Proceso y funcionarios bastante reticentes a colaborar con los organismos que defendían la vigencia de los derechos humanos en la Argentina. Sin embargo, escuchó sus planteamientos y, según testigos de esa entrevista, hasta se mostró profundamente conmovido ante la experiencia por la que atravesaban esas mujeres que adelante suyo relataban sus historias. Una semana después, volvieron a encontrarse. Ese día, Mario Amadeo les hizo una promesa: organizaría una importante reunión de funcionarios y de diplomáticos y en el transcurso de la misma les mostraría esa carpeta de testimonios que las Abuelas acababan de entregarle. Efectivamente, la prometida reunión se celebró y en-

tre los concurrentes a la misma se contó el coronel Cerdá –actualmente en funciones– quien fue el encargado de comentar al anfitrión unas novedades que lo dejaron frío. Al otro día Amadeo discó un número, temprano en la tarde y citó a las Abuelas. Cuando éstas entraron al escritorio, lo encontraron recostado contra las inmensas bibliotecas y muñado de una expresión preocupada. Las hizo sentar a María Isabel de Mariani, E.C., Alicia de de la Cuadra y María Eugenia de García Irureta Goyena. Después, las convidó con té. Las mujeres esperaban, expectantes. Fue claro con ellas:

–Señoras, me temo –desgraciadamente– que son malas las noticias que tengo para comunicarles... En efecto... En efecto... En fin, iré al grano. Me reuní, como les había prometido, con estos funcionarios. A esa reunión concurrió también el coronel Cerdá –creo que ustedes ya lo habrán oído nombrar–, y a él cupo informarme una novedad que yo, sinceramente, ignoraba. Se las transmito ahora a ustedes y les pido lo crean, porque la fuente es insospechada. Hace poco tiempo, importantes jefes militares se reunieron con los actuales padres de chicos desaparecidos, algunos de aquellos a quienes han sido entregados esos niños, en una palabra. Se intentó auscultar sus reacciones partiendo del supuesto de que debieran desprenderse de ellos... Bueno... en la mayoría de los casos, negaron toda ‘rareza’ en el origen de esos chicos... Se hicieron los tontos, en definitiva. Y, los restantes, fueron unánimes en sus apreciaciones: sólo pasando por sobre sus cadáveres les quitarán a los chicos, dijeron. He fallado, lo reconozco... Les pido disculpas. No es mucho más lo que puedo hacer por ustedes, por lo menos en ese sentido.

Nunca el invierno fue más frío, para las Abuelas, como en esa tarde en que abandonaron el estudio de Mario Amadeo. En las esquinas, detenidos por las luces del tráfico, los ómnibus anaranjados y blancos demoraban en arrancar y, desde su interior, escolares con chupetones en las manos las miraban y hasta parecía que las llamaban. Estaban desgarradas.

Pero no todas las cartas eran malas. El 5 de agosto de 1978 fue un día de triunfo para las Abuelas: apareció publicada su primer solicitada por el Día del Niño. Una solicitada que costó sangre, sudor y lágrimas. Y también su buen dinero. Es que en esa época, la prensa no era –ni mucho menos– un respaldo para los directos afectados por las desapariciones. Muchos de los medios que hoy

anatomizan a los militares y denuncian atrocidades —muy vendibles— en los años de la represión realizaban malabares gramaticales, expresivos y teóricos para justificar a los dirigentes del Proceso. La expresión pública y escrita, les estaba vedada a quienes habían elegido el camino de la defensa de los desaparecidos, los torturados, los presos y los muertos. En general sólo “La Prensa” y el “Buenos Aires Herald” abrían sus páginas a esas expresiones. Es cierto, sus precios eran hartamente onerosos, ejercían no pocas veces la censura, solicitaban responsables y certificados de domicilio... pero algo publicaban. Y así fue como el día antes mencionado, los aún semidormidos argentinos podían leer, sorprendidos: “Apelamos a las conciencias y a los corazones, de las personas que tengan a su cargo, hayan adoptado o tengan conocimiento de dónde se encuentran nuestros nietitos desaparecidos, para que en un gesto de profunda humanidad y caridad cristiana restituyan esos bebés al seno de las familias que viven la desesperación de ignorar su paradero. Ellos son los hijos de nuestros hijos desaparecidos o muertos en estos últimos dos años. Nosotras, Madres-Abuelas, hacemos hoy público nuestro diario clamor, recordando que la Ley de Dios ampara lo más inocente y puro de la Creación. También la ley de los hombres otorga a esas criaturas desvalidas el más elemental derecho: el de la vida, junto al amor de sus abuelas que las buscan día por día, sin descanso, y seguirán buscándolas mientras tengan un hálito de vida. Que el Señor ilumine a las personas que reciben las sonrisas y caricias de nuestros nietitos para que respondan a este angustioso llamado a sus conciencias”. A partir de ese momento, todos estaban enterados de que existían en el país las Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos. El texto de la solicitada, por otra parte, rompió las fronteras y dio la vuelta al mundo. En todos lados la gente se hacía cruces al enterarse del genocidio planificado por los militares argentinos, que ni a los niños respetaban, en su delirio. Millones de veces se reprodujo ese humilde recuadro de papel de diario y, como una oración más, viajó junto con los europeos, en sus bolsillos. En todos los rincones del planeta, esa apelación a las conciencias comenzó a conocerse con un nombre muy concreto: de ahí en más sería “El Himno de las Abuelas”, calificativo con que la bautizaron en Italia.

También en ese mes de agosto, las Abuelas hicieron su primera salida al exterior. Por motivos personales, María Isabel de Mariani debió viajar a Ita-

lia. Ni lerda ni perezosa, se llevó con ella varios juegos de carpetas con los casos de padres y nietos desaparecidos que ya tenían recopilados. Se trató de un vuelo confortable. Atravesando las inmensidades del océano, se entretuvo repasando los pormenores de la entrevista que unos días antes había celebrado con Ricardo Balbín. Los políticos no se habían mostrado muy colaboradores, que se dijera, hasta entonces. Estaban más preocupados por conservar las riendas partidarias que por andar rastreando tumbas de NN, campos de concentración o nietitos desaparecidos. “Ya habrá tiempo de ponerse al día con esas temáticas, en las plataformas electorales”, pensaban mientras urdían trabajosas jugadas de un ajedrez de pactos, vacilación y tentaciones de venderle el alma al diablo, un Lucifer que usaba gorra, botas, impecables pantalones de montar y, en invierno, capote. Sí, “El Chino” la había recibido. Era, por otra parte, el maestro de la mesa de conversaciones. La escuchó atentamente y después intentó consolarla, aunque a través de su peculiar tono oratorio efectuó varios tiros que, por elevación, apuntaban a “los hijos guerrilleros”. Decididamente, tampoco a él irían más a verlo. Cuando terminó con esas reflexiones, la máquina bajó su tren de aterrizaje y minutos más tarde detuvo su carrera en las pistas de Roma. La recibió una mala noticia, que se difundió por los potentes altavoces del lugar: había fallecido Pablo VI, los cardenales se rasgaban las vestiduras y, al mismo tiempo, comenzaban con los tire y aflojes de la sucesión. El argentino Pironio, según la prensa “patriota” por lo menos, se perfilaba como un firme candidato. Sonaba lógico: si habíamos tenido un Leguisamo, un Monzón, un Fangio, y acabábamos de ganar el Mundial de Fútbol, ¿por qué no rematar la lista con un Papa? Mientras los cables llevaban y traían estas especulaciones, Isabel de Mariani recibió una llamada telefónica: Hebe de Bonafini. Las Madres se dirigían hacia Italia. Pararon en un pequeño departamento de María Isabel y pasaron, todas ellas, las de Caín. Comenzaba el otoño, refrescaba y no había cobijas. Las camas no eran suficientes para todas. Alternadamente se dormía en el suelo y se apoyaban las cabezas sobre las guías telefónicas, que eran gruesas, por suerte. No había agua ni luz, porque el lugar ya había sido vendido por Mariani, quien retrasó su entrega a los nuevos dueños con el fin de garantizar un mínimo hospedaje a las recién llegadas. Pero estaba vacío de muebles, casi. De todas formas, se superaron esos inconvenientes. Lo importante era que

Madres y Abuelas actuaban juntas en Italia. Entrevistaron a los diputados, a Sandro Pertini y al nominado Pironio, que las atendió compungido pero no hizo nada a su favor, como no fuera el rezar por ellas. Demasiado poco. No era con novenas, ciertamente, que se pararía el accionar macabro de los uniformados en la República Argentina. En pleno octubre de 1978, seguían adelante con sus lúgubres tareas. En efecto, a principios de este mes, el día 6 para ser más exactos, secuestrarían a Patricia Julia Roisinblit, una chica judía que había nacido el 8 de diciembre de 1952. No puede decirse, con propiedad, que existiera en esos momentos en el país una persecución definida, específicamente orientada a los judíos. En ese sentido, la represión era marcadamente ecuánime: masacraba a todos por igual, sin tener en cuenta su credo religioso. Pero lo que sí era cierto es que los judíos que eran detenidos solían recibir un tratamiento más severo que el dispensado a los demás. Por otra parte, los militares no hacían demasiado para controlar a notorios fascistas que amparaban, entre otras cosas, infinidad de publicaciones que se exhibían a plena luz en los quioscos de diarios. Así, las editoriales “Milicia” y “Odal”, respectivamente, se especializaban en reproducir las obras completas de Adolfo Hitler y otros líderes de la ultraderecha alemana y la revista “Cabildo” daba cabida en sus páginas al visto bueno —cuando no a las firmas— de notorios hombres de armas. Jacobo Timerman aprendió en carne propia el abc de esa filosofía. Y otro tanto le aconteció al menos conocido comerciante cordobés Jaime Lokman: sin ninguna militancia política que avalara su detención y aquejado por serias deficiencias cardiovasculares, este hombre fue puesto a disposición del PEN y peregrinó durante años por las cárceles de Córdoba, Sierra Chica, Villa Devoto y Rawson. Y todo eso gracias a una determinación personal del entonces Jefe del Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba, Luciano Benjamín Menéndez. Pero mientras Lokman, después de todo, lograría recuperar su libertad. Patricia Julia Roisinblit, hasta el momento al menos, no tendría tanta suerte. Ni ella, ni su esposo —José M. Pérez Rojo—, ni el hijo de ambos, nacido en cautiverio, aparecerían nunca más, a partir de esa tarde en que fueron secuestrados. La abuela Rosa de Roisinblit, por supuesto, no renunció a su búsqueda.*

Patricia Julia Roisinblit era una buena estudiante y una buena deportista. Jugaba al tenis, patinaba, nadaba y estaba federada como practicante de ping-

* Rosa encontró a su nieto en junio de 2000 y continúa siendo la Vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo.

pong. Se había recibido de bachiller en Ciencias Biológicas y le faltaban cuatro materias para recibirse en la facultad de Medicina. Tenía una nena de quince meses —llamada Mariana— y estaba entrando al octavo mes de su segundo embarazo. Su esposo era propietario de una juguetería, en la localidad de Martínez. Era un local ubicado en una galería, rodeado de vidrieras por los cuatro costados. Ese hecho, no preocupó a los miembros de la comisión de Defraudaciones y Estafas, de la Policía Federal, que lo fueron a buscar ese día de octubre a las cinco de la tarde. Entre el público que observaba sorprendido y atemorizado, lo sacaron sin mayor recato. Desde allí lo llevaron a su departamento —Gurruchaga al 2000—, donde Patricia estudiaba y descansaba: se acercaba la fecha del parto, llegaban los calores, se le hinchaban las piernas, Mariana empezaba a descubrir el mundo y había que cuidarla. Un patrullero iba a ser el encargado de entregar a la nena a unos familiares de su padre. Cuando éstos se acercaron a recogerla, distinguieron en el asiento de atrás de ese vehículo a la madre de la criatura. Todavía hoy recuerdan la voz, transformada por la angustia hasta casi volverse irreconocible para ellos: —Por favor... por favor... Reciban a la nena. Al otro día, no quedaban ni rastros de su persona. La tenían bien guardada los mismos que, con un camión, saquearon la juguetería de su esposo. No dejaron nada. Algunos de los hijos de los represores iban a recibir, esa misma noche, junto con un beso, una locomotora de regalo. Jamás se iban a enterar, en su inocencia, que el precio de ese obsequio era el llanto de otros niños parecidos a ellos.

Diez días después, Rosa de Roisinblit atendió el teléfono. Era la voz de su hija la que estaba recorriendo el cable: —Mamá, yo estoy bien. Me tratan defentemente. El embarazo sigue perfecto... Mamá... A esa altura, una voz de hombre la reemplazó en el receptor: —Señora Roisinblit, ponga atención a lo que tengo que decirle. Su hija está muy bien. No queremos hacerle ningún daño. Los cargos contra ella no son graves, así que en poco tiempo va a salir. ¿Cuánto es poco tiempo? Entre seis meses y un año. Pero antes, va a tener que prepararse para criar un nieto. No bien nazca, se lo vamos a entregar. Volveré a llamarla. Adiós. Rosa de Roisinblit se puso a tejer. Eligió lana blanca, por las dudas. El 23 de octubre, el hombre cumplió con su palabra. Volvió a telefonear. Esta vez, sin embargo, su voz sonaba ya más dura. Le previno acerca de que

no mencionara a nadie la detención que había sufrido su hija: —Estos son procedimientos clandestinos, recalcó. Insistió en que, por ningún motivo, fuera al departamento de la calle Gurruchaga. Y terminó diciendo: —Pórtese bien, demuéstrenos que se gana nuestra confianza y va a volver a ver, muy pronto, a su hija. A partir de ese momento, no sonó nunca más su teléfono. Continuó esperando, cada vez más convencida de que sobre ella se estaba ejerciendo una cruel tortura psicológica. Al final, fue al departamento de su hija. Los represores no habían dejado nada.

Comenzó a movilizarse. Le habían hecho perder demasiado tiempo y debía recuperarlo. Periódicamente comenzó a presentar Hábeas Corpus, en Capital Federal y en San Isidro: le rechazaban todos. Recorrió los hospitales y controló en ellos a las parturientas. Hizo cola en cárceles —en Devoto, en Ezeiza— y los guardias la despidieron en las puertas, aunque alguno que otro se apiadó.

Fue al ministerio del Interior, para volver de allí peor de lo que estaba, descorazonada, desorientada y con las manos más vacías. En el Departamento de Policía logró acceder al prontuario de su hija: estaba absolutamente limpio y no registraba ninguna captura: —Entonces ¿por qué?, se preguntó. Detrás de sus grandes bigotazos negros, un oficial le alcanzó la respuesta: —Señora... hay cosas que no pasan por acá. Decidió, entonces, vincularse con instituciones israelíes. Fue sola, por supuesto: a esa altura, familiares y amigos ya empezaban a sentir los efectos del miedo.

En la DAIA se le levantó el ánimo. No bien llegó, se encontró con un hombre muy feliz, exultante casi de alegría: su hijo, secuestrado, le había sido devuelto, gracias a los buenos oficios de la entidad. Se quedó más tranquila: todavía quedaban esperanzas. Pero pronto se decepcionó. En la primera entrevista, le tomaron los datos. En la segunda —a la que concurrió sin ser citada— la recibieron tensamente y le dejaron entrever que no insistiera, que ellos ya le iban a avisar. La tercera vez, poco faltó para que el abogado la expulsara. No volvió por allí. Se dirigió más bien al rabino Marshall Meyer. Este la recibió cálidamente y le escribió una serie de cartas de presentación. Con ellas, pudo llegar hasta uno de los cónsules de la embajada de Israel: —Señora Roisinblit, haré todo lo que pueda por usted. Pero desde ya le adelanto este dato: me veo todos los miércoles con el ministro del Interior. Todos los miércoles le presento la lista

de los chicos. Y todos los miércoles me repite que ellos no los tienen. Desde allí, se dirigió a la embajada de los Estados Unidos. Tampoco ahí le pudieron dar pistas. Entonces, se vinculó a la Asamblea Permanente y luego pasó a integrarse a las Abuelas. En un viaje que estas últimas hicieron por Europa para hacer una presentación ante la ONU, conocieron a algunas liberadas que habían compartido las durezas del campo con Patricia. Rosa de Roisinblit voló hasta Ginebra y entrevistó a esas chicas. Una de ellas se llamaba Amalia María Larralde y éste fue su relato:

“En octubre de 1978 fui interrogada por un agente de penitenciaría, al que llamaban “Fragote” y que actuaba en el Grupo de Tareas que funcionaba en la ESMA, sobre las actividades de Patricia Julia Roisinblit y su compañero, Juan M. Pérez Rojo... Este agente me dijo que los había secuestrado un grupo conjunto de Aeronáutica y Ejército y que Patricia se hallaba embarazada, encontrándose casi a término y que era probable que la llevaran a la ESMA para su parto. En ese momento, le pedí que me dejara verla si la traían... Para el 13 ó 14 de noviembre, Patricia fue llevada a la ESMA, donde la instalaron en una pieza de reducidas dimensiones y sin ventilación, que estaba en el tercer piso del edificio del Casino de Oficiales. El oficial antes nombrado me llevó a verla. Patricia se encontraba en buen estado físico, pero tenía mucho miedo, una gran tristeza y mucha ansiedad. Las dos pedimos a este oficial que hiciera lo posible para dejarme estar en el parto (cosa que por mi condición de enfermera era justificable)... En la mañana del día del parto –15/11/78– fui llevada del lugar donde me encontraba... y se me informó que el médico había pedido que me bajaran, para ayudar en el parto de Patricia, que se realizaría esa misma mañana. En la enfermería se había improvisado una camilla con unas mesas. Patricia estaba acostada en una cama, sufriendo contracciones estando también presente el médico Dr. Magnasco, ginecólogo del Hospital Naval de Buenos Aires. Me indicaron que le pusiera el goteo, cosa que realicé mientras charlaba con ella, intentando transmitirle un poco de seguridad y fuerzas. El parto se realizó esa mañana, atendido por el Dr. Magnasco... Patricia tuvo un hijo varón a quién le puso de

nombre Rodolfo Fernando*. El parto fue normal, no se presentaron inconvenientes, el bebé nació bien de peso y de dimensión normal... Patricia, luego de que naciera, se puso a llorar durante largo rato y le salieron una serie de puntitos rojos en la cara, que según el médico se debían al esfuerzo realizado. Patricia amamantó a su niño, que en los días siguientes siguió su desarrollo normal... Ella siguió siendo supervisada por el médico y se fue recuperando lentamente. Estaba bastante dolorida y recuerdo que el médico la apuró para que se moviera y caminara, ya que tenía que volver al lugar en donde había estado. Con respecto a esto, ella se encontraba perturbada por dos sentimientos opuestos: por un lado, quería volver para reencontrar a su marido; y por otro, la incertidumbre por su futuro y el de su hijo la hacían desear quedarse. Dado que yo la había visto, había ayudado en su parto –y por mi condición de enfermera–, el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta, por quien pasaban en ese momento las decisiones en el centro clandestino de detención, a pedido del médico y del nombrado “Fragote”, me autorizó a quedarme junto a ella para atenderla y ayudarla con el niño en los días siguientes –alrededor de cuatro– en los que permaneció allí... No recuerdo la cantidad de días que estuvo, pero puedo asegurar que tanto ella como el bebé se fueron en buen estado de salud (el bebé con el cordón cicatrizado)... Patricia me contó algunas cosas de su cautiverio... Se encontraban –con el esposo– secuestrados en una casa, donde no habían visto a otros detenidos. A ella, hasta el momento, no la habían torturado físicamente. Su marido sí había sido brutalmente torturado durante días, con picana, golpes, pentotal, colgado. Varias veces lo habían llevado a otro lugar a torturarlo, donde había otros detenidos –posiblemente fuera Campo de Mayo– y de donde volvía en estado deplorable. A ella la habían instalado en una pieza donde había una escalera que bajaba a otro cuartito donde se encontraba su marido. En algún momento, aparentemente los fines de semana, cuando había menos guardia, alguno lo subía al marido y tenían la posibilidad de estar un rato juntos y él le contaba lo que había pasado, hacían planes de futuro y charlaban de la niña, y de su embarazo. Al oficial que se ocupaba de ellos allí, quien había torturado a su marido, le

* Rodolfo Perez Roisinblit, localizado en junio de 2000.

decían “Gringo” y era alto, flaco, rubio, de ojos verdosos, con las líneas de la cara muy marcadas. Me contó que la amenazaban, que le daban esperanzas de salir y que la agredían. Tenía una incertidumbre muy grande y al mismo tiempo muchas esperanzas de que iba a salir con su hijo y que después saldría su marido. La habían llevado varias veces a dar una vuelta por lo que sería el jardín de la casa donde estaban, con los ojos vendados, para que tomara el sol. Me hablaba de su temor de volver al mismo lugar y de que le dieran pentotal y la torturaran... La vinieron a buscar cuando estaba más o menos repuesta y yo la vi salir del sótano de la ESMA con su niño en brazos y sus cosas. Pregunté una vez por ella y me dijeron que estaba bien y luego las respuestas fueron que no sabían nada. Varios detenidos habían pedido que la dejaran ahí y que trajeran a su marido, ya que se vislumbraban posibilidades de libertad, no así en otros lugares, según decir de los propios militares: contestaron que no dependía de ellos. Recuerdo que la última noche que Patricia pasó en la ESMA, el capitán de corbeta Acosta me llamó y me dijo que me olvidara de todo lo que había visto, refiriéndose a ella... “.

Otras de las chicas con las que charló, eran Ana María Marti y Sara Solarz de Osatinsky. Ellas le dijeron que su nieto había pesado tres kilos y medio y que Patricia, antes que a su hijo le cortaran el cordón umbilical, había pedido que se lo pusieran sobre su pecho, a lo que accedió el médico allí presente. Finalmente, le confirmaron que Patricia permanecía, durante su cautiverio, atada a la pata de un escritorio en el cual permanentemente había un guardia. Con estas tristes noticias en su poder, emprendió el regreso. Más que nunca estaba decidida a encontrar al nieto y a exigir justicia. Porque ante estas afrentas a la dignidad humana, los culpables deben ser duramente castigados. No cabe, para ellos, ni olvido ni perdón.

Capítulo 7

A fines de ese año 1978, el delirio militarista llegaba a su climax en Argentina. Se hablaba de la inminencia de una guerra con Chile, posibilidad que era ya un secreto a voces. Los ataúdes de pino viajaban discretamente hacia el sur. O las bolsas de nylon, de esas sobrantes de Vietnam y que los americanos cedían comedidamente. Se planificaban –y realizaban– simulacros de bombardeos nocturnos. Los oficiales y jefes superiores lucían sobreexcitados en los cuarteles: soñaban con su guerra propia –que por fin estaba tan a mano– en la cual volcar todo el teórico aprendizaje recibido. Ondeaban las banderas más que de costumbre y las fanfarrias no daban abasto para tocar las marchas destinadas a insuflar a la gente. Las tratativas internacionales fracasaban: los dos dictadores –Videla y Pinochet– coincidían en todo lo referente a las represiones de sus pueblos pero, en cambio, en cuestiones de límites no se ponían de acuerdo. En ese caso se olvidaban de sus tan preciadas tesis que hablaban de las fronteras ideológicas. Se entrevistaron personalmente en unas cuantas oportunidades, sonrieron en las fotos, se gruñeron en privado pero no arribaron a ninguna solución en torno al Beagle. Mientras tanto, desde sus camastros, los conscriptos aguardaban con los dedos cruzados: no les causaba la más mínima gracia tener que ir a morir entre la nieve, chivos expiatorios de ancestrales errores de los diplomáticos vernáculos. Al final, todo quedó en la nada, al asomar por estas latitudes la sotana del enviado Samoré. Los generales, almirantes y brigadieres sintieron una honda decepción. Ya no podrían jugar con sus misiles, sus barquitos y sus aviones nuevos, cuya adquisición –dicho sea de paso– muy buenos millones de dólares le habían costado a la Nación.

Sin embargo, no perdieron demasiado la cabeza. A falta de chilenos detrás de la frontera, los había en abundancia adentro del país. Entre ellos José Poblete, por ejemplo, un muchacho estudiante de psicología que tenía amputadas las dos piernas. Estaba casado con Marta Gertrudis Hlaczick, también estudiante.

Tenían una nena a la que bautizaron como Claudia Victoria Poblete. El 28 de noviembre de 1978, Claudia Victoria tenía ocho meses de edad. Ese día, desaparecieron los tres, “chupados” en su domicilio de la calle San Ignacio entre 41 y 42, de la localidad de Guernica. La madre de José –Carmen Buscarita Roa**– está empeñada en encontrarlos:*

“Mi hijo desapareció en la noche del 27 de noviembre de 1978. Y el día 28, a la madrugada, se llevaron a mi nuera y a mi nieta, en autos policiales. Después, vino el ejército, con un camión. Los soldados, rápidamente, saquearon la casa. Robaron todo lo poco de valor que los chicos tenían. En realidad, la gente, los vecinos, nunca me dieron muchas informaciones. No se querían meter en problemas. Apenas si me contaron que a la esposa de mi hijo la sacaron a tirones. Llevaba a la nena envuelta en una sábana, porque justo en ese momento la estaba haciendo dormir. Tenía 18 años. Mi hijo, tenía 22. A los 16, se cayó de un tren y el vagón le cortó las dos piernas. Por eso se vino a la Argentina, porque aquí había mayores posibilidades y él quería rehabilitarse, ponerse piernas ortopédicas. Allá, en Chile, no había tantos adelantos. Nosotros somos de ‘La Cisterna’, un barrio de Santiago. Es un barrio da gente trabajadora... Bueno... Aquí, efectivamente, él se rehabilitó. Comenzó a estudiar psicología. Y también trabajaba, para mantener a su familia y pagarse los estudios. Se movía por la zona de Once, Caballito, Flores. Se desplazaba en una silla de ruedas –o, cuando no estaba demasiado cansado, con las piernas ortopédicas– y se dedicaba a vender en los trenes. Yo... no sé de qué podían acusarlo los militares. Era un muchacho excelente... muy bueno... muy solidario. Cuando tenía 12 años, fue presidente del centro de alumnos de su colegio. A los 15, fue presidente de la junta de vecinos del barrio. Estaba Frei en el gobierno y José, en ese entonces, todavía tenía las piernas. A él le gustaba la Democracia Cristiana. Además, era muy humilde. Era un muchacho que siempre hacía cosas por los demás, estaba siempre ayudando a otras personas. Si había un problema... estaba ahí, para colaborar. Ya... desde chico. Me acuerdo que todas las mañanas lo mandaba

* Claudia Victoria Poblete fue localizada en febrero de 2000.

** Buscarita Roa se encontró con su nieta Claudia Poblete en febrero de 2000 y continúa trabajando activamente en Abuelas de Plaza de Mayo.

bien tempranito a la panadería a comprar el pan, porque lo venden calentito, recién salidito del horno. Iba a buscarlo antes de irse para el colegio. Venía con el pan, de vuelta, y me decía: –Mami... vengo con dos panes de menos, porque se los di a un chico que estaba pidiendo... Otras veces, me preguntaba: –Mamá, ¿usted no tiene algún pullover, no tiene alguna ropita de nosotros por ahí, que me dé? Porque un chiquito andaba con mucho frío y yo... qué se yo... le dije que le iba a pedir una ropita a usted... Entonces, yo le contestaba: ¿Y cómo le vas a dar la ropa, si no sabés donde vive? Y él: –Sí –se reía–... sí, ya le pregunté donde vive... Sí, estaba siempre en esas cosas... Por eso que, cuando se lo llevaron, casi me volví loca... Y ni siquiera sé bien lo que pasó. Por lo general, no venía a dormir a Guernica, porque el problema de movilizarse era tremendo para él: por eso mismo, los dueños del lugar donde compraba la mercadería –que lo querían mucho– lo dejaban quedarse a dormir en el local, cuando estaba muy cansado... Al otro día del secuestro, a la mañana, yo todavía no sabía nada y eso que vivía a dos cuadras de la casa de ellos. Desperté a una de mis hijas y le dije: –Vos vas a acompañar a ‘Trudi’ –así le decíamos a mi nuera–, que va a llevar a la nena al médico, para el control. Se levantó y fue. Eran como las seis de la mañana, cuando la veo que vuelve, corriendo. Me cuenta lo que vio y salí corriendo yo también para allá. La casa... era un desastre tan grande. La puerta, arrancada. Los vidrios de las ventanas, rotos. Todo revuelto. Prácticamente, no quedaba nada: se habían llevado el ventilador, la máquina de afeitar eléctrica, una máquina de escribir, la licuadora, la mejor ropa, sábanas, toallas... No quedó nada que sirviera... Yo no sabía qué hacer. Para colmo, ningún vecino quiso abrir la boca... Me fui a la comisaría y me dijeron que no sabían nada. Lo mismo me respondieron en la de Lomas de Zamora. Las respuestas, eran siempre las mismas: –Señora, no sé nada. No sabemos nada, así que acá no venga a preguntar. Si a su hijo se lo llevaron, por algo será. Al final, logré ver a un comisario –porque siempre me echaban desde la puerta, nomás– me dijo que ellos no tenían ningún parte de que se hubieran llevado a nadie. No me acuerdo del nombre de este oficial, porque de esos momentos no retuve ni apellidos, ni caras... es que yo estaba muy mal y

no sabía qué pensar. Inclusive, esperaba que pasaran por casa, a llevarme a mí o a los otros chicos... pero nunca fueron... jamás fueron por allí... jamás en la vida. Fui a Campo de Mayo: no pude ni pasar de la entrada. Me acuerdo que había de guardia un muchachito joven y que le lloré mucho: –Déjeme pasar. Yo no lo voy a comprometer, voy a decir que usted no me ha visto. Yo busco a un hijo mío, a la esposa... a mi nieta... Por favor se lo pido... No hubo caso. También fui a Puente 12, pero ahí... menos que menos. Me atendió un oficial, un hombre joven que me repitió lo que todos ellos decían, que algo habría hecho mi hijo... En mi desesperación, al primero que encontraba en la puerta le contaba mi drama, pero jamás hallé la más mínima comprensión. Anduvimos con mi consuegra, después, por el Ministerio del Interior. Ahí, nos hicieron presentar una carta con todos los detalles del caso y después de un tiempo enviaron una respuesta a casa de la madre de ‘Trudi’: decían que no sabían nada de ninguno de los tres. También presentamos dos o tres hábeas corpus... los presentó mi consuegra, porque en esos momentos yo andaba muy mal de recursos. Los rechazaron a todos. En el Departamento de Policía, también me atendieron de muy mala manera: –Mire señora –me dijeron– a la gente que se lleva la policía no se la lleva por buena, así que tenga la bondad de retirarse... En el único sitio en los cuales fui bien recibida fue en los juzgados de menores. Recorrí muchos y en todos ellos me permitieron revisar los libros, con la esperanza de encontrar alguna adopción que coincidiera con los datos de mi nieta. Pero no encontré nada, esa es la verdad. En los otros juzgados, en cambio, me trataron malísimamente mal. Me dejaban horas esperando, nadie me dirigía la palabra, a no ser para decirme: –¿Qué hace ahí parada? Ya se podría haber ido. ¿No se le dijo que no hay noticias?... Después, también con mi consuegra, fuimos a ver a monseñor Graselli. Nos costó mucho entrar porque... era muy difícil llegar hasta él. Revisaban, daban números... Había mucha gente... A cada momento nos paraba algún militar para preguntarnos adonde íbamos. No nos faltaban el respeto pero nos trataban con una gran frialdad, con un desprecio muy grande, como si pensarán: –¿Y a nosotros qué nos importa lo que ustedes pueden estar viviendo?... Al

final, después de largas colas, logramos ver a Graselli. Mientras la gente esperaba para entrevistarlo, permanecía en silencio: era tan grande el miedo que se desconfiaba de los otros y, además, se suponía que los militares podían estar grabando las conversaciones... Graselli nos dijo que lleváramos fotos de los tres, que él iba a tratar de saber algo de sus paraderos: –Especialmente el de ese muchacho, que tiene las piernas cortadas... agregó. Sin embargo, nunca más nos quiso recibir. Salíamos siempre de allí amargadas, decepcionadas, llorando... Bueno, cerca del 24 de diciembre, para Navidad, hubo una llamada de mi nuera a la madre. Le dijo que estaba bien y que quería saber si tenía la nena. Mi consuegra le contestó que, posiblemente me hubieran entregado a mí la criatura. Ahí, le cortaron la comunicación. Después, llamó otra vez y siguió preguntando por Claudia, desesperadamente. Así llegó enero de 1979. En esa fecha, pasó por mi casa un matrimonio que había estado en ‘El Olimpo’ con ellos. Llegaron tarde, porque tenían miedo, pobrecitos. Me dijeron que me quedara tranquila porque mi hijo y mi nuera estaban bien: –Y la nenita –agregaron–... pensábamos que la tenías vos o que la tenía la mamá de ‘Trudi’. Porque la nena salió de ese lugar y dijeron que se la iban a entregar a una de las abuelas... Pero no había llegado... Era otro desastre... Lo único que me reconfortó fue el enterarme de que mi hijo estaba con muchas fuerzas, con mucho empuje. Este chico me contó que se habían encontrado en un baño y que cuando él se enteró de que su amigo se iba en libertad, le dijo: –Mirá, te pido un favor. Avisale a mi vieja que estamos bien y tómense un vino con ella, por nosotros. Eso fue lo último que supe de los tres... Pero yo tengo la intuición de madre de que mi hijo va a aparecer... Es algo muy mío, esta sensación... Un convencimiento de que alguien, en todos esos lugares que mi hijo atravesó, debe haber hecho algo por él... Yo pienso... que el hecho de faltarle las piernas debe haber sido una ayuda para él. Que alguien se puede haber compadecido... aunque sé que mi hijo no quería piedad... Porque todos esos represores a los que conocí son tan fríos, impasibles... pero... no todos pueden ser tan malos. No, no toda la gente puede ser tan mala. Debe haber, entre ellos, alguien bueno... Yo sigo la búsqueda de los tres, mientras tanto. Me

integré a las Abuelas. Yo sola, porque mi consuegra ya no está... Si, a los tres años justos del secuestro, se suicidó, la pobre”.

Los Poblete desaparecieron un noviembre. En diciembre, María Isabel de Mariani volvía a la Argentina. Una delegación de las Abuelas la esperaba en Ezeiza. Entre sus miembros, que se habían ubicado en la terraza, se encontraba Estela de Carlotto. No se conocían aún. A Estela acababan de entregarle a su hija asesinada, a sólo diez días de haberse incorporado a la búsqueda del nieto. Entre la multitud, las dos mujeres se miraron y en esa mirada se dijeron todo. Cuando se hizo un momento de silencio, lograron un aparte. Se fueron, juntas, hacia la confitería. Se contaron sus historias, íntimamente entrelazadas. Mientras el café reanimaba los recuerdos y despreocupadas turistas en bermudas pasaban a su alrededor, las dos mujeres se exhibieron sus mutuos desgarrones interiores. No era momento para intimidades, era la hora de la solidaridad: —“Me entrevisté varias veces con mi hijo. Estaba viviendo en cuevas, perseguido por la represión. Arrastraba el dolor inmenso del asesinato de su esposa y la incertidumbre por la suerte de su hija. Yo lo miraba con desesperación: no podía ayudarlo en nada, a no ser con mi sufrimiento, similar al suyo. Me contó que lo más insostenible era, en esos momentos, para él, la soledad, el silencio: —Menos mal, mamá —me dijo— que una chica amiga me ha llevado una radio portátil. Esa chica. Estela, era tu hija”, contó María Isabel. “Y en casa de mi hija fue en el sitio en que asesinaron a tu hijo. Ella fue la que te avisó la noticia por teléfono”, dijo Estela de Carlotto. La siguiente, es su historia:*

“De mi matrimonio, nacieron cuatro hijos. La mayor, fue Laurita. Ella... fue la hija más soñada. Mi noviazgo, fue bastante largo. Yo era muy jovencita y en esa época no era nada del otro mundo tener ese tipo de noviazgos largos. Con mi novio, que después fue mi esposo, siempre soñamos con tener hijas mujeres: a él le gustan mucho las niñas. De acuerdo a todos nuestros planes, estábamos de acuerdo en que nuestra primera hija se llamara Laura. Siempre hablábamos de Laura. O sea que ella fue una hija muy esperada. Muy unida a la época adolescente que nos tocó vivir. Nuestra generación era, en parte, muy inconsciente. Vivíamos un mundo

* Estela de Carlotto es la actual Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo y aún no localizó a su nieto nacido en el cautiverio de su hija Laura.

de mucha fantasía, muy influenciados por las películas norteamericanas, por todo ese mundo de posguerra. La sociedad, a muchos de nosotros, nos imponía costumbres que parecían inamovibles: la comunión en tal fecha, los quince años de blanco y el baile del vals con el papá, la esplendorosa entrada a la iglesia el día del casamiento... Tanto se daban esos parámetros, que hasta en la elección del nombre para nuestra primera hija nos influenció la película de Gene Tierney, tan dulce, tan especial... sobre todo su melodía. Eso fue una suerte de leit motiv de nuestro noviazgo. Hasta que nos casamos y, realmente, Laura vino al mundo. Nació el 21 de febrero de 1955, en un año terrible. En el año de la masacre de un pueblo. Muchos, de nuestra generación, no nos dimos cuenta de ello: salimos a la calle con banderas. Nos parecía que nos liberábamos de algo... y, justamente, lo que se nos venía, era el aplastamiento, la sumisión a una serie de constantes golpes de Estado, de usurpación a gobiernos elegidos por el pueblo. Bajo ese signo, el del 55, nació Laurita. Y se crió bajo los signos de muchos golpes de Estado. Ella era una adolescente cuando Onganía emergía. Como toda esa juventud, mamó de eso, aprendió de eso, lo vivió de cerca. Nosotros, los padres, seguíamos la línea de la clase media... el querer ser... y no poder. La clase media persigue el prestigio social. Para sus miembros es un mérito ser del Rotary y de todos esos clubes que tienden a formar núcleos muy cerrados y pretendidamente exclusivos. Laura –y todos mis hijos– crecieron educados con nuestro sistema de vida. Yo soy docente. Mi esposo es químico y tiene una pequeña industria. Tuvimos cuatro chicos: las dos mayores, mujeres; los dos menores, varones... Bueno, ya con el gobierno del 73 y por la influencia de nuestros hijos, tanto mi esposo como yo comenzamos a entender. A darnos cuenta. Yo, por ejemplo, daba clases en una escuelita de Brandsen, pleno campo: allí... no digo que para mí era natural ver la pobreza... al contrario, me dolía muchísimo. Pero creía que podía mitigarla dándole algo a esos chicos, un poco de lo que a mi me sobraba. Eso, mis hijos ni lo entendían ni lo compartían. Es que tanto a mí como a mi esposo, nos faltaba politización: votábamos, cuando podíamos y, cuando no... permanecíamos indiferentes. Yo, más que mi esposo, todavía. Él, tenía una cul-

tura política superior, pero nada de participación. No digo que no tuviéramos sentimientos de solidaridad. Sí, los teníamos. Simplemente que no hacíamos lo correcto. Porque... cuántas veces, cuando yo veía a mis hijas comenzar a actuar en un sentido social (me decían— vamos a levantar un barrio, vamos a abrir una calle) les remarcaba: —No veo que tengan que hacer eso, si pueden ir a un Hospital de Niños a dedicar unas horas como voluntarias. Y ellas me respondían: —Justamente, lo que estamos haciendo es para que no existan más hospitales de niños, con chiquitos abandonados o mal cuidados: porque el mal hay que solucionarlo de raíz y no mitigarlo con una limosna, hay que cambiar el sistema político en el cual coexisten riqueza y pobreza, la riqueza debe ser compartida, en la Argentina debe haber igualdad para todos. Ese era el pensamiento de mi hija, su deseo. Después de todo, mi esposo no la había formado en la conformidad ante la injusticia. Su papá había estado en la guerra, en Italia, y había sido un firme opositor de Mussolini. Le había transmitido todas esas convicciones. Y él las había reflejado en sus propios hijos, aunque sin mayor énfasis. Porque en mi casa no se hablaba casi nunca de política... Recién cuando Laurita comenzó el secundario empezó a polemizarse de esos temas: el orden social injusto, los centros de estudiantes, la militancia y la participación. Era el eco de la inquietud que se estaba generando entre la juventud. Ante mí y mi marido se reflataban nombres —como la UES, por ejemplo— a los cuales, en su momento, nos habíamos opuesto, porque en ese entonces habíamos aceptado todo lo que nos decían: que la UES era un grupo de chicas a las cuales Perón utilizaba sexualmente, entre otras cosas. Así que ahora, cuando mi hija me decía que era de la UES, yo me espantaba casi: —Ah no, de la UES no, le insistía. Porque aquellas antiguas enseñanzas me habían quedado grabadas a fuego. Y también nos habían inculcado lo de la fábrica Mu-Mu y lo de los villeros a los cuales Perón les daba casas y hacían asado con los pisos de parquet... Sí, había sido una enseñanza difícil de olvidar, grabada mediante una constante prédica de sometimiento, a través de la prensa, de la televisión. Nuestros hijos, nos la sacudieron. Comenzamos a discutir con ellos, en la mesa, de política. Chocaban allí su despertar político social y nuestros

conceptos antiguos. Nos veían esquemáticos, esclerosados y hasta asumían una actitud de tolerancia para con nosotros. De esta manera los vimos ir creciendo. Laurita era la mayor y, por eso mismo, la más comprometida con esa necesidad de recomponer lo que estaba mal hecho. Ella, junto a los otros 30.000 que están desaparecidos... Bueno, entró a la universidad, en un momento en que todo el estudiantado estaba luchando. Se inscribió en el curso de Historia de la Facultad de Humanidades de La Plata y se integró a la Juventud Universitaria Peronista. Todas esas actividades eran lícitas, pero nosotros hacíamos lo posible para que no se comprometiera demasiado. Queríamos que estudiara, algo así como si le dijéramos: –No pienses... Sí... es una especie de mea culpa el que realizo ahora. De esa manera, se acercaba la fecha del golpe de Estado, pero ya desde antes comenzaron a notarse grandes persecuciones políticas, instrumentadas más que nada por la Triple A. En La Plata había muchas muertes, directas... no había ocultamientos: los secuestraban, desaparecían y volvían a aparecer, pero ya muertos. Por eso nuestro temor era cada vez más creciente, porque la actividad de nuestros hijos iba tomando un tono –y esta palabra no me gusta mucho– clandestino. Pero esa clandestinidad era indispensable para preservarse: se trataba de la clandestinidad o de la desaparición. Con mucho miedo, fuimos acatando esa conducta de los chicos, convencidos de que, lo que estaban haciendo, era lo que querían. Tenían muy firmemente enraizadas sus convicciones y se las respetamos, aunque en el fondo hubiéramos querido tenerlos en una caja de cristal... lo cual hubiese sido espantoso, después de todo. Y vino el golpe. Y ya en setiembre de ese año nos ocurre la primera desgracia, a nivel familiar: secuestran a una hija de mi consuegra, una chica de 16 años llamada María Claudia Falcone. La llevaron una noche que fue llamada “La Noche de los Lápices”, por la CONADEP, porque en ella secuestraron a 80 chicos del secundario, en La Plata. En esa noche... Todavía están desaparecidos... Ahí, nosotros tuvimos el impacto directo. Nos vimos obligados a tomar medidas de precaución todos, porque sabíamos que, después de cada secuestro, le tocaba el turno a los allanamientos de los domicilios de los familiares de la persona secuestrada, sistemáti-

camente. Ya estaba en plena vigencia ese sistema de terrorismo de Estado, de represión, de señalamiento, de hombres extraños parados en las esquinas leyendo el diario, o no leyéndolo... Todo eso estaba ya sobre nuestra familia. Y ni siquiera se podía comentar, porque el vecino, casi con seguridad, no lo iba a entender... El segundo golpe que recibimos, fue el secuestro de mi esposo. A él lo secuestraron el 10 de agosto del 77 y permaneció 25 días desaparecido. Durante ese tiempo, fue torturado, vejado. Le arrancaron piezas dentarias. Rebajó 15 kilos. Sin embargo, nunca había tenido militancia política. Pero sucedió que... Nosotros tenemos una pequeña fábrica de pinturas y una camioneta con la cual se efectúa la distribución. Laurita vivía en La Plata, en casa de un matrimonio amigo de ella, que tenía dos hijos chiquitos. Ese 1° de agosto, decidió mudarse del lugar y para ello le pidió prestado a su padre el vehículo, la rastrojera. Pasó a buscarla a las tres y media de la tarde y quedó en devolverla a las cinco y media. Era muy puntual. En realidad, todos éramos muy estrictos en esas cosas: jamás nos retrasábamos en nuestros encuentros, nos fijábamos atentamente que nadie nos siguiera... era la única forma de sobrevivir y más todavía en La Plata, una ciudad que fue muy castigada, tanto, que a veces le decíamos a Laurita: –¿Por qué no te vas de acá y del país? Y ella nos contestaba: –No, no me voy a ir de este país y, además, yo no soy tan importante como para que me busquen. Le insistíamos: –Pero... te van a matar. Ella, entonces, respondía:

Mirá, yo no quiero morir... Una de las cosas más lindas que hay es vivir. Yo quiero vivir, vivir bien y llegar a ver vivir bien también a los demás... Pero si me llegara a pasar algo... mi muerte... nuestras muertes, las de todos los que estamos luchando... no van a ser en vano. Eso era tremendo, pero la veíamos tan segura que sólo rogábamos: –Que Dios la proteja... y nosotros tratamos de estar siempre detrás de ella. Tenía 21 años... Bueno, ese primero de agosto de 1977, efectivamente, Laura se llevó la camioneta. A eso de las seis de la tarde, me llamó mi esposo: –Mirá –me dijo– no me trajeron la camioneta... No nos gustó nada. A las siete, ya estaba desesperado: –Acá pasa algo, venite. Me fui hasta la fábrica, conversamos. Estábamos muy preocupados. Yo me quedé ahí, él se

fue a la casa donde hasta ese día había vivido Laurita. Eran las ocho y media de la noche. A las doce, enloquecida, fui a casa de mi hermano y en su auto fuimos también nosotros a la casa de la cual Laura había pensado mudarse ese día. Estaba abierta, con todas las luces prendidas y con todo revuelto adentro. Algunas personas ya se estaban llevando cosas, supongo que serían policías, que enseguida se pasaban la voz. Me di cuenta de que se había producido un allanamiento y deduje que mi esposo era una víctima más del mismo. Al día siguiente, comencé a buscarlo. Temprano fui hasta el barrio y los vecinos me contaron todo lo que había ocurrido allí el día anterior: había habido una mudanza, primero; después –a las cinco de la tarde– un allanamiento en el cual habían matado a un muchacho y secuestrado a una pareja; por último, a eso de las ocho y media de la noche había llegado un señor canoso, que había sido capturado por los integrantes de una comisión que, entre las sombras, esperaban a cualquiera que se allegara hasta la casa. A todo esto, mi hija estaba en pleno limbo. No sabía nada de lo acontecido: me llamó por teléfono y quedó helada cuando le conté lo ocurrido. Se había salvado por pura casualidad y la obligamos a que se marchara de La Plata. Yo, mientras tanto, seguí haciendo gestiones por mi marido. Me pidieron dinero por él, me chantajearon. Me solicitaron 40 millones, que tenían que estar juntados para 72 horas después de realizado el secuestro. Utilizaron como intermediario a un familiar de una muy íntima amiga mía, un hombre que tenía vinculaciones con la ‘patota’ que había secuestrado a mi esposo. Me mandaron decir que ese dinero tenía que estar pagado antes de las tres de la tarde de ese miércoles –el secuestro había sido el lunes a la noche– porque a esa hora ‘tenían que entregar la guardia limpia’. Me volví loca pero los junté y los pagué. No obstante, pasé otros 22 días sin saber nada de mi marido. El intermediario me dijo que el rescate había llegado y que si quería podía mandar los remedios a mi marido, que es diabético. Me aclaró que ahora había que esperar. Mucho más adelante me enteré de que el dinero había sido entregado a un siniestro personaje fascista y parapolicial de La Plata, llamado Patricio Errecalde Pueyrredón. Ya se murió, o lo mataron. Y por esas grandes casualidades de la vida, lo

enterraron justo frente a la tumba de mi mamá... Vi también, en esos días, varios abogados, pero todos resultaron ser unos tráfugas, que sólo pretendían lucrar en su propio provecho. Vi también al general Bignone. Fui hasta su casa en Castelar. La hermana de Bignone es docente y había trabajado junto conmigo en la Junta de Clasificación de La Plata. En ese momento, el general Bignone era el director de la Escuela Militar. Yo lo conocía de antes. Me recibió amablemente, de civil y tomando algo. Le expliqué y me dijo: Ve, ve, señora... los llevan a los inocentes... Qué barbaridad... Déme los datos, yo voy a mandar a una persona a su casa, para que la ayude. Pero usted no vaya a dar dinero –a todo esto, yo ya lo había dado– porque hay bandas sueltas, incontrolables... Me fui a mi casa y a los dos o tres días vino a verme el jefe de Inteligencia de la provincia, el coronel Rospide. Yo seguía viviendo en mi departamento, aparentemente, demostrando ante los vecinos una vida normal durante el día y yéndome de noche a dormir a casa de mi hermano... hasta ese infierno debía contemplar... En fin, allí lo recibí al tal Rospide. Subió solo –yo vivía en el segundo piso– pero dejó guardia en todos los pisos y en la calle. Este oficial, en lugar de ayudarme me vino a interrogar, prácticamente. Sacó una libretita negra y comenzó a hacer preguntas. Me di cuenta de sus intenciones enseguida, así que le dije sólo lo estrictamente necesario. Se fue y no aportó nada. Después, a mí también me vinieron a buscar. Una mañana de esas, me contó una vecina: –Señora, usted no sabe el susto que nos hemos dado anoche. A las once, se nos llenó el edificio de gente del ejército armada hasta los dientes. Golpearon en mi casa y me preguntaron si yo la conocía a usted y les dije que sí. Y me preguntaron si usted estaba viviendo en su casa y también les dije que sí, que la veía todos los días. Me pidieron pruebas y les mostré los recibos de las expensas que usted me pagó ayer. Les llamó la atención que usted no estuviera esa noche, pero se fueron. Después que ella me relató todo eso, miré más detenidamente la puerta de mi casa y noté que tenía marcas, como si hubieran intentado introducir una barreta, para forzarla... Mientras tanto, mi hija estaba desesperada, se sentía un poco responsable, pero más no podía ya hacerse. Eso sí, recuperé la camioneta, que estaba estacionada a

tres cuadras de la casa allanada, un hecho en el cual la represión no había reparado...

Me entrevisté también con monseñor Montes, que en ese momento estaba en la Catedral: tomó el nombre de mi esposo y dijo que lo iba a incluir en unas listas que mandaba periódicamente para averiguar por el paradero de las personas desaparecidas que le eran reclamadas por los familiares. Pero no obtuve, de su parte, ninguna pista. De todas maneras, el 25 de agosto, a eso de las 12 de la noche, mi esposo tocó el timbre en la casa de mi cuñado, donde yo dormía en ese entonces. Parecía un espectro. Estaba como trastornado. Era como un resucitado, alguien que había estado muerto durante 25 días. Estuvo hablando sin parar hasta las seis de la mañana, contando su experiencia. Dijo que cuando llegó a la casa del matrimonio amigo de Laura se dio cuenta de que había sido allanada pero ya no tuvo tiempo de volverse. Lo detuvieron enseguida, lo encapucharon, lo metieron en un auto y lo llevaron hasta un sitio no muy lejano, que después nos enteramos que era la Brigada de La Plata, un centro clandestino de detención que era frecuentado, entre otros, por Von Wernich. Los más sádicos entre los represores de ese campo eran un tal “Lagarto” y un tal “Garrote”. En ese lugar, mi marido se encontró con la pareja que vivía con mi hija y supo también el nombre del muchacho asesinado esa tarde durante el allanamiento: era el hijo de María Isabel de Mariani. El era el que le había hecho la mudanza a Laurita, su más íntima amiga. Laurita sería después la encargada de anunciar, por teléfono, la horrible noticia a María Isabel. Así, sin habernos visto nunca, sin conocernos para nada, nuestras historias estaban entrelazadas, para siempre. Yo, personalmente, lo había conocido a Daniel Mariani. Era una persona maravillosa. Recuerdo que un día conversamos: –Muchachos –les dije yo– ¿por qué no se van de La Plata? ¿Qué quieren? ¿Qué los maten? Él, riéndose, me dijo: –Pero no, señora... mire que no somos kamikazes... Desde ese día, le dejé ese sobrenombre, “Kamikaze”. Para colmo, tenía los ojos rasgados, así que le quedaba justo. Después, mi hija me comentó: Si supieras qué gran muchacho es este... Es un profesional, mamá... dejó todo porque le mataron a la señora y a la nena. Claro, en ese entonces él pen-

saba que Clara Anahí había sido asesinada junto con su madre... Bueno, mi marido siguió con su historia. Lo torturaron, mucho. Lo interrogó Camps, él lo identificó a través de la voz. Parece que le preguntaba si era peronista y acerca del paradero de Laurita y de mi otra hija, Claudia. Le dejó entrever que se las iban a entregar muertas. Se convencieron de que no sabía nada y lo dejaron, encapuchado y engrillado. Desde ese lugar, con el correr de los días, se dio cuenta cómo la gente era secuestrada y trasladada allí, torturada e interrogada y, por último, eliminada sin más trámite. El sitio era chico y había que hacer lugar: por eso mismo me habían dicho a mí que me apurara con el pago del rescate porque tenían que entregar “limpia la guardia”. Para estos criminales, limpiar era sinónimo de eliminar.

Por el sonido –se le agudizaron mucho los sentidos– mi marido escuchaba cómo les aplicaban a los prisioneros una inyección en la espalda –incluso escuchaba diálogos tales como –Ah, se me rompió la aguja o –Qué hiciste, animal, vale como 10.000 palos, ahora nos van a joder a todos o –Dale, meté a este en esta bolsa –y enseguida el ruido de un cuerpo– y después cómo elegían los sitios en donde desprenderse de esos cadáveres. Preferían, para eso, los fondos del Cementerio, el camino a Punta Lara, la ruta a Magdalena. Esa era la conversación rutinaria, todas las noches. Le hacían esperar, a esos muchachos, su turno de muerte, ahí, sentados y esposados, con los ojos cubiertos... Recordó también que el primer miércoles que siguió a su secuestro –justo el día en que yo había entregado los 40 millones– alguien se acercó –él alcanzó a verle sólo los zapatos y la parte de abajo de los pantalones, era una persona muy bien vestida– le tocó la frente con un dedo y le dijo: –¿Así que usted es Guido Carlotto? El tipo se fue después, pero al rato unos hombres lo tomaron de los brazos a mi esposito: –Vamos, viejo –le dijeron– a la celda... a vos ahora te cambió todo...: acababan de sacarlo de la lista de espera... Mi hija, mientras tanto, seguía en Buenos Aires. Su retorno a La Plata era imposible, los que se quedaban allí eran héroes destinados a morir. Ella me escribía, cada tanto. Esa vida era un verdadero infierno... no saber nunca con certeza la verdadera situación de los hijos produce una acu-

mulación de impotencia, de terror por ellos, de ganas de... romper algo. La realidad era terrible. Y en La Plata... Ametrallamientos constantes, patrullas lentamente recorriendo las calles a toda hora, cadáveres en los baldíos. Se oían gritos y corridas en las calles y la gente, en vez de salir, se escondía. Si alguno por casualidad se asomaba, lo metían para adentro a punta de pistola. Las maestras llegaban enfermas a la escuela. Me decían: –Estela, ayer secuestraron enfrente de mi casa a un matrimonio con dos chiquitos y me dejaron los chiquitos a mí; les pregunté que hacía con ellos y me dijeron que hiciera lo que quisiera. (Pensar que yo no sabía, en ese momento, que después eso me iba a tocar a mí, la terrible tarea de buscar a un nieto y reclamar justicia por una hija asesinada...) O si no, otra me contaba: –Mirá, a la vuelta de casa fue un horror... masacraron a unos chicos contra una pared... el cerebro y los cabellos de la chica quedaron pegados contra el muro... se la llevaron arrastrándola, como si fuera un perro... Ese era el tema, constante. Nadie quería escuchar pero era imposible apartarse de ese clima... A todo esto, se hizo el 16 de noviembre: ese día fue cuando recibí la última llamada telefónica de mi hija y también una carta suya. Después... nada. Cuando pasaron 10 días, nos convencimos de que algo le había pasado. Pero no sabíamos dónde vivía. ¿Cómo empezar a buscarla? Optamos por tomar la fecha del 26 de noviembre como la de su desaparición. Además, hubo quien nos contó que ese mismo día, desde una confitería de Buenos Aires se habían llevado a una chica cuyas características físicas correspondían con las de mi hija. La acompañaba un muchacho, que era su compañero. En esos momentos, estaba embarazada de dos meses y medio... Después, mucho más adelante, nos enteramos de que ese chico fue llevado junto con ella, a “La Cacha” y fusilado un mes más tarde. Era, en efecto, el padre de mi nieto. Un muchacho muy risueño y campechano. Ella, lo llamaba “Chiquito”. Nunca supimos el nombre... Laura era muy bonita, tenía unos enormes ojos. En una época se arreglaba mucho, era muy coqueta. Después, a través del tiempo, de la militancia, fue perdiendo eso. Para ella, la ropa dejó de tener sentido. No podía dejar de ser bonita, por supuesto, pero dejó de ser la niña que estaba en los detalles frívolos. Yo le hacía un vestido y ella

lo regalaba. Le compraba algo... y lo daba. Nunca se la veía más que con un pantalón vaquero, su abrigo y nada más... Y bueno... claro... ¿qué hacer? Le dije a mi marido: –Voy a repetir lo mismo que hice en tu caso. Me contacté con el mismo intermediario de los secuestradores de Guido y yo misma hice el ofrecimiento, no esperé que ellos me pidieran. El 13 de diciembre me mandaron la respuesta: querían 150 millones, para pasarla a disposición del PEN. Los juntamos, con un sacrificio espantoso y los pagamos. Después de eso, el 31 de diciembre llegó a casa muy eufórico mi marido, con una carta anónima que había recibido y en la cual se nos decía que Laura y su compañero estaban muy bien, bajo fuerzas de seguridad. El informante decía haber compartido con ellos unos días la misma prisión. Eso me levantó un poco el ánimo, porque una semana antes yo me había entrevistado de nuevo con Bignone, en el Comando en Jefe del Ejército y había salido muy mal de esa reunión. Él ya era secretario de la Junta Militar. Antes de verlo, me sometieron a terribles controles de seguridad. Me recibió en su despacho, a solas, con un arma sobre el escritorio, en ridícula ostentación de fuerza. Era un revólver, con la culata de madera, muy lustrada. Enseguida noté que este hombre era otra persona, muy distinta a la que yo había conocido en Castelar. Era algo así como un loco suelto. Le conté mi drama. Reaccionó descontroladamente: –Ehhh, señora... ¿En qué andaba su hija?... Uno les dice que se vayan y no se quieren ir. Y si se van del país, desde el exterior se dedican a repartir infundios. Fíjese, les hemos dicho que se entreguen voluntariamente y que les reducimos la pena y los ponemos –en esos casos– en cárceles especiales, que existen, realmente. Yo le doy fe de que existen... Pero no, no hay caso. Siguen y siguen... Era una reacción espantosa. Yo le planteé que sólo le rogaba que no me la mataran, que la pasaran a disposición del Poder Ejecutivo, que si había hecho algo... yo la iba a esperar. Pero no me dio muchas esperanzas: –Pero, señora... eso es imposible... Mire, hace poco estuve en el Uruguay y visité las cárceles en donde están los Tupamaros y allí los Tupamaros se han fortificado aún más en sus ideas y hasta han convencido a algunos guardiacárceles, a tal punto que a éstos hay que estar retándolos periódicamente, para que sus contactos con los

presos no sean prolongados... Nosotros, acá, en la Argentina, no queremos que nos pase eso. Y, entonces, hay que hacerlo. Al decir “hay que hacerlo” estaba diciendo una sola cosa: matarlos. Bueno, ahí a mí me agarró la desesperación, cuando caí en la cuenta de cuales eran las perspectivas reales que tenía Laurita por delante. Esa conversación, más la experiencia vivida por mi marido –que veía cómo los mataban, prácticamente al día siguiente del secuestro– me convencieron de que mi hija ya estaba muerta. Entonces, le dije a Bignone: –Si ya la mataron, lo que quiero es que me devuelvan el cuerpo, porque quiero enterrarla cristianamente, no quiero volverme loca, como esas madres que buscan en las tumbas NN a sus hijos desaparecidos. Me contestó: –Bueno, bueno, ¿cómo le decían a su hija, qué nombre de guerra tenía? Partía de la base de que me iba a entregar un cadáver. Sus movimientos eran nerviosos, estaba desencajado, estaba alterado completamente, conscientemente alterado, porque él y todos los otros sabían perfectamente lo que estaban haciendo: –Necesito que me diga ese nombre –insistió– porque hace poco me pasó lo mismo con un familiar que me vino a pedir el cadáver del hijo y yo por más que averiguaba no podía hallarlo, hasta que un día alguien me largó, de casualidad, que le decían Gordo y así lo busqué y sí pude encontrarlo y devolvérselo... Esa es la prueba evidente de que los mandos tenían toda la represión bajo su control... Salí de esa entrevista, derrotada. Pero no lloré adelante de Bignone, para nada. Ni le rogué, tampoco. Simplemente fui a pedir, con toda dignidad, por la vida de mi hija. A apelar con toda lógica a la justicia, porque si Laura había cometido algo malo, se había equivocado, merecía la oportunidad de ser juzgada. No era, por lo tanto, un pensamiento de limosna. Y al final, ya prácticamente pensé: –Bueno, si la han matado... por lo menos recuperarla, por la dignidad, por la dignidad de mi hija... Empecé a dudar acerca de lo que tenía que hacer. No sabía si presentar o no recurso de Hábeas Corpus... Las Madres estaban ya en el reclamo de sus hijos, era a principios del 78. Además, yo estaba muy preocupada por mis otros hijos, debía preservarlos... En abril, se acercó a la fábrica de mi esposo una señora –con mucho miedo– y le contó que había estado secuestrada 20 días con mi hija. No podía identi-

ficar el sitio en donde la habían internado. Su caso era patético, porque la represión había ido a buscar a un sobrino suyo y como no lo habían encontrado se la habían llevado a ella... Del cautiverio, sólo recordaba que de noche se escuchaban los ladridos de los perros que custodiaban la periferia del campo y el silbato de un tren. Nos dijo que Laura estaba ya de seis meses y medio, que su embarazo marchaba bien y que el mensaje que nos mandaba era que no nos preocupáramos, que le habían dado –por el embarazo– una serie de mejoras en el trato, entre otras cosas un colchón y mejor alimentación. Hasta tomaba mate y una vez había hecho tortas fritas.

El bebé iba a nacer en julio y por eso me recalaba que para esa fecha estuviera atenta en la Casa Cuna. Me avisaba también que si era varón le iba a poner Guido, como mi esposo... Para nosotros fue un gran alivio saber que estaba viva, que estaba bien y que podía ser liberada. Porque... a veces aparecían en los diarios listas de personas que pasaban bajo el PEN, tanto es así que un día apareció una tal ‘Carlota’ y mucha gente nos llamó para avisarnos. Yo me ilusioné, ante las nuevas perspectivas. Comencé a preparar un ajuar para mi nietito, comencé a pensar en jubilarme para dedicarme así a criarlo, hasta que Laurita volviera. Me acuerdo que en esa época fui a ver una película que se llamaba ‘Julia’ y que trataba de una chica de la Resistencia que tiene un hijo, lo pierde, una amiga íntima lo busca... Bueno, el tema me llegó mucho y pensé: –Por lo menos el día en que Laura salga en libertad –aunque tenga que pasar en la cárcel seis o siete años– va a tener algo detrás, un hijo... Mientras, tejía y tejía. Y guardaba toda la ropa en una caja... Pero se cortaron las noticias... Hasta que un día de lluvia llegó hasta la escuela una persona... para hablar con la señora Enriqueta Barnes de Carlotto. Era yo, pero ¿quién sabe que yo me llamo Enriqueta? Nadie, porque jamás uso ese nombre, lo detesto. Lo recibí a ese hombre: era bajito, morochito, de cabellos crespos.

Traía los datos anotados en una hoja. Me explicó que había una chica que quería entrar en los laboratorios Bagó, de Quilmes, llamada Mirta Bayon y que me había nombrado a mi como referencia. Me dijo que quería hablar conmigo en privado del asunto. Yo ya me tenía que venir a

Buenos Aires... además, por más que hice memoria no me acordé de ninguna persona conocida que tuviera ese nombre... así que lo despedí rápidamente. En el viaje hacia Buenos Aires, sin embargo, me fui dando cuenta de todo lo que había pasado, recién en ese momento me di cuenta... este hombre era un policía y quería decirme algo de mi hija.

Pero todas mis compañeras me decían que yo tenía manía persecutoria con la policía... porque en cierta oportunidad, vino un maestro a tomar un grado y al llenarle la ficha se le preguntó si tenía algún otro empleo y dijo que sí, que trabajaba en Gobierno... recién cuando se le insistió muchas veces para que explicitara en qué repartición del gobierno trabajaba reveló que era subinspector de la policía. Ese, me vino a vigilar, y como me decían: –Vos tenés manía persecutoria, qué te van a venir a vigilar... yo dudé... Sin embargo, cuando el 17 de agosto fuimos al acto de la plaza, me encontré frente a frente con este morochito que había ido por la escuela a verme: estaba haciendo de guardaespaldas del gobernador de la provincia... él no tuvo ninguna reacción, era como una víbora, la mirada fría, no hizo un gesto, nada... Bueno, también por esa época presenté mi primer Hábeas Corpus... y único. Lo hice ante el juez doctor Russo, de La Plata... por mi hija y por el bebé. El doctor Russo me mandó decir, por intermedio de su secretaria, que me quedara tranquila, porque si tenía un bebé lo podía conservar con ella hasta los seis meses y después me lo darían a mi. En realidad, estaba reconociendo el cautiverio ilegal... Era algo ridículo... Atenderme bien, sí... me atendieron bien... Claro, yo había ido recomendada, de lo contrario... no aceptaban los recursos... También fui a ver al padre Coquibus, que estaba como Asesor del Menor y la Familia, en La Plata. Hablé con él y me dijo: –Bueno, Estelita, hacé una carta que yo te la llevo, al Vicariato Castrense, a quien quieras... La hice y se la di. Por otra parte, cuando se enteró de que Laurita estaba embarazada, me aportó un dato: –Tengo un amigo que estuvo internado en el Hospital Militar –como un ciudadano cualquiera– y a través de la pared escuchaba que en la habitación de al lado le decían a una chica, que lloriqueaba: –Mirá, ahora, hija de puta, subversiva de mierda... vas a tener tu hijo y te lo vamos a quitar... y no lo vas a ver nunca más, ¿entendis-

te? Mi amigo se quedó helado. O sea que allí también deben llevar a las chicas a tener hijos... En fin, eso es lo que contó Coquibus... pero él tampoco hizo nada... como todos ellos, fue un inoperante... Mi esposo, por su parte, también removía cielo y tierra en nuestro esfuerzo por salvar a Laurita. Y consiguió el contacto con un hombre que, dijo, podía hacer mucho en ese sentido. Lo llevaron a verlo una noche. La cita era en la sacristía de la iglesia del “Colegio San José”. Ahí lo recibió ese hombre, vestido de civil, acompañado por otro, que parecía ser su secretario. El hombre le habló como si fueran todos peronistas. –No se preocupe, Carlotto, vamos a ganar, le dijo, entre otras cosas– y se comprometió a hacer todo cuanto estuviera a su alcance por nuestra hija. En ese momento es que terció el acompañante: –Mire, Carlotto, aquí se necesita muchísimo dinero. No es para mí, es para otras personas que están de por medio, fue lo que dijo. No recuerdo exactamente la suma que pidió, pero era astronómica. El primer hombre guardó silencio en esta parte de la charla, pero, evidentemente, se comportaba como si descontara su apoyo a la propuesta. Esa persona –el que le dijo a mi esposo “vamos a triunfar” y cosas por el estilo, era monseñor Plaza... El dinero, por otra parte, no lo pudimos reunir... para nosotros, era imposible hacerlo... Después, me enteré también de un abogado que entraba a esos lugares de secuestro y buscando en ellos a una chica de apellido Dall’Orto –hija de un amigo de mi marido– vio a Laura. Así que, viva, estaba... Eran pistas firmes... Cada vez con más fuerza esperaba encontrarla en las listas que salían en los diarios, de la gente que pasaba bajo el PEN... Seguía viendo por otra parte, a aquel intermediario al cual le habíamos entregado los 150 millones, pero las noticias que él nos proporcionaba eran todas falsas. Para mí era fácil hacer esa comprobación porque, por las dudas, nunca le había dicho que mi hija estaba embarazada y él, en sus presuntas “novedades” nunca mencionó el tema. Yo, por ejemplo, le preguntaba: –Pero ¿le pasa algo, tiene alguna cosa extraña? Y él decía que no. Así que nos mentía o le mentían a él... Cuando llegó la época del parto –y un poco antes, porque yo especulaba con que el niño podía ser prematuro, como había sucedido con los dos que anteriormente había perdido Laurita comencé a seguir

las pistas en las casas cuna. Me acuerdo de una nenita a la que habían puesto por nombre María Julieta y que estaba en la Casa Cuna de la Capital. Había nacido el 25 de mayo, así que entraba dentro de las fechas probables que yo me había fijado... Además, otra salida no tenía, me movía siempre por datos de ese tipo. De pronto, alguien me decía: –Mirá, una doctora me dijo... y allá iba yo... Bueno, en este caso lo tengo muy patente, porque fui a la Casa Cuna, vi el legajo de la niña... y después me lo negaron. El director por poco no me echó: –No –me dijo– acá no hay chiquitos NN ni hijos de desaparecidos... No, no, no, de ninguna manera... Vaya, si quiere, y hable con una de las asistentes. Efectivamente, hablé con una de ellas. Me mostró un libro repleto de chicos NN... pero abandonados por sus madres. Le pregunté si entre ellos no había una María Julieta y me contestó: –Sí, pero esa nena ya egresó... ya está dada... A los dos días el juez doctor Mitchell la mandó egresar... y creo que se la dio a una familia amiga de él. Ese mismo día me fui a Tribunales, a hablar con este juez, Mitchell. Pero no lo encontré. Entonces, encomendé a un abogado la tarea de entrevistarlo. Este abogado conocía a Mitchell. Primero, pasó por la oficina de legajos, para consultar el correspondiente a María Julieta, pero se topó ahí con dos fornidos custodios, que le impidieron realizar toda consulta. Subió entonces, hasta el despacho del juez. Me contó que le dijo: –Mirá, Mitchell, estoy siguiendo el caso de una niña –María Julieta– que está asentada y que dicen que vos la egresaste de la Casa Cuna a los dos días. Y hay una Abuela que piensa que puede ser su nieta. Figurate, es una niña encontrada en un ascensor, en perfecto estado de nutrición y limpieza, bellísima... las mismas empleadas de la Casa Cuna la bautizaron como María Julieta... Me contó también la reacción de Mitchell: –Escúchame... decile a esa abuela que se olvide de todo este asunto... si no quiere aparecer en una zanja. El abogado se asustó muchísimo: era, sin duda, una amenaza directa. Se ve que el juez había regalado esa nena y no la podía sacar de donde estaba... Sin embargo... ¡cómo es la vida!... Muchos años después, llegó a la Casa de las Abuelas una señora muy agradable, diciendo que ella tenía una nena adoptada y que la quería tanto que, como tenía temor de que fuera una hija de desapare-

cidos, quería ser investigada... por lo tanto, se ponía a disposición nuestra. Esa niña, era María Julieta... Cuando yo me enteré de eso me impactó mucho... por que era tal la idea que me había hecho de que pudiera ser mi nieta, que la había querido profundamente a esa criatura, aun sin conocerla... En fin, se comprobó que nieta mía no era... aunque... puede ser hija de algún desaparecido. De cualquier manera, como hay en esta señora tanta bondad, tanta apertura... con ella, llegado el caso, se podrá afrontar, en común, cualquier situación...

Bueno, yo en ese tiempo comencé recién a participar con las Abuelas. Estaba aturdida, pero me acerqué a la casa de la señora de de la Cuadra: empecé a actuar, pero muy esporádicamente todavía. Y en eso estaba, cuando... llegó el 25 de agosto. Ese día, vino a casa un vigilante con una cédula de notificación de la comisaría Novena, que era la que por domicilio me correspondía. El texto decía: “A los progenitores de Laura Estela Carlotto se los cita con carácter de urgente a la Subcomisaría de Isidro Casanova a los efectos que se le comunicarán”. Eso me llamó poderosamente la atención. Telefoné inmediatamente a mi esposo y a mi hermano. Pensaba muchas cosas: que a Laura la habían pasado como una detenida común y estaba en la comisaría, o que me iban a entregar el nene... y también que la podían haber matado. Llegamos –mi marido, mi hermano y yo– como a las ocho y media de la noche a la subcomisaría. Era pleno invierno... Cuando le extendimos el telegrama al que estaba de guardia en la puerta, le miramos la cara... Por la forma en que nos miró él, casi estuvimos seguros de que había sucedido algo muy malo. Porque nos miró como con tristeza, como con lástima, como no se mira cuando uno va para algo bueno... era algo distinto, algo trágico, algo... de miedo. En esa mirada se sintetizaba lo que fue, realmente, la represión... A lo mejor ese pobre hombre –o no– que estaba ahí... No digo que tengan sentimientos, no digo que se haya compadecido, pero nos miró distinto. Como cuando a uno le dicen: –Te tengo que decir algo y uno intuye que será algo malo... y le dicen, efectivamente, algo malo... Bueno, esperamos unos minutos y después el subcomisario nos hizo pasar a su despacho. Era un hombre bajo, parado detrás de su escritorio. No nos hizo sentar. Nos mostró un

documento, fríamente. Era la libreta cívica de mi hija. Dijo: –¿Ustedes conocen a esta persona? –Sí, le dijimos. –¿Qué son de ella?, preguntó. –Somos los padres. –Bueno –contestó– lamento informarles que falleció. Ahí, me enloquecí. Le grité: –¿Cómo que falleció? La asesinaron ustedes. Asesinos, canallas, criminales... Estaba secuestrada. La tuvieron nueve meses para después matarla... Pero ¿por qué?... Ese a ustedes los va a juzgar –tenía un Cristo sobre su escritorio– y los va a condenar para toda la eternidad... Estaba descontrolada, pero él no abría la boca. Mi esposo, me calmaba. Mi hermano preguntó: –Bueno, ¿en dónde está? –Afuera, en un furgón, le respondió el subcomisario. Mi hermano salió y en ese momento el policía abrió el cajón de su mesa, sacó una pistola y se la puso en la cintura... Yo, le pregunté por el bebé. Me dijo que de eso no sabía nada, absolutamente: –Yo cumplo órdenes del Área Operacional 114, del Ejército, simplemente. Tenía el rostro impasible de un pescado. Después, mi esposo fue a reconocer el cuerpo. Mi hermano fue con él, pero a mí no me dejaron. Estaba tirada en el piso de un furgón, de esos tipo cucaracha... Semivestida. A su lado, otro cuerpo, el de un chico. La reconocieron y volvieron: –Vos... vos no la veas –me dijeron– vos no, porque está muy mal. Te vas... a volver loca si la ves. Conserva la imagen de tu hija viva... de Laurita viva. Estábamos desgarrados, absolutamente... Fueron momentos de horror, de llanto, de desesperación, de ¿porqués? ¿Por qué tenerla nueve meses a una... niña, presa, torturada... para después sacarla y matarla de esa forma?... El subcomisario nos preguntó qué íbamos a hacer. –Vamos a llevarla, le respondió mi marido. Estaba muy calmo, y eso que adoraba a Laura, tenía una afinidad muy grande con ella... era la compañera de él, porque trabajó con él mucho, en la fábrica, en el negocio. Tenían sus charlas, conversaban de política... y de todos los temas... En fin, antes de irnos hubo que labrar un acta. Ya era muy tarde, plena noche. Salimos, para retirar el cuerpo... y ahí, ya estaba el dueño de una empresa fúnebre... Ya había hecha, previamente, una trenza entre la empresa, la comisaría y el Ejército. Era la empresa “Abruzzeze”, y su dueño –ese que estaba ahí– era un tal D’Ércole, un hombre de mediana edad. Su empresa era de la localidad de Ramos Mejía. Se comportaba con total naturalidad, indiferencia,

frialdad: –Bueno –nos dijo– si ustedes quieren yo la pongo en un ataúd y se la llevo hasta La Plata. Vengan, vengan... Sin ningún dolor subió en el furgón y arrancó. Nosotros atrás, en nuestro auto. Anduvimos bastante tiempo, hasta Ramos Mejía. Cuando llegamos al local, nos hizo pasar y nos dijo: –Miren, lo cierto es que yo tenía todo preparado para los dos, para su hija y para el otro muchacho. ¿No se lo quieren llevar a ese chico, también? Yo le contesté: –Si usted me dice quien es, sí. Yo me lo llevo y busco a la familia.

–No... no sé quién es, respondió. –Bueno –dije– yo no me puedo llevar a una persona que no sé quien es. Si usted me dice quién es, me lo llevo. No me explico cómo no le pegué una cachetada... Claro... el tipo se hacía el simpático, se hacía la víctima y contaba: –La verdad que el caso de ustedes es un caso increíble, que los llamen para entregar el cadáver... Porque nosotros, acá, enterramos todos los días... y todos van como NN... Sí, todos los días... Mire, una noche... éramos todas las empresas fúnebres de la zona, enterrando... Y gratis. Porque a mí el gobierno, el Ejército, nadie me da un centavo por los cajones que yo pongo... Eso si, ¿eh?... Yo los entierro en cajones... Serán de madera ordinaria, pero son cajones... No hago como otros, que los meten en bolsas. No, no, yo... en cajones... Ahora, la verdad que ustedes tuvieron suerte. A nadie le devuelven el cuerpo. Sin ir más lejos, el otro día vino la esposa de un militar a buscar a su hijo desaparecido y el cuerpo del chico estaba detrás de una puerta y a ella se lo negaron. A ese, lo enterré como NN... Después tengo otro caso, el de una chica que yo conocía, sabía quien era, conocía a la familia... la tuve que enterrar, pero me dieron orden de que no le avisara nada a los padres... no les avisé, entonces... Y su hija también... ya estaba para enterrar como NN. Si ustedes no venían antes de las 12 de la noche, yo tenía que enterrarla junto con este otro muchacho, como NN los dos. Mire, ¿ve? Acá tengo dos órdenes del Área Operacional 114, pedidos de parcela gratuita al Intendente, para enterrar a un NN femenino, de aproximadamente 23 años y a un NN masculino, aproximadamente... ¿Ve, que no le miento? Así hablaba el hombre. Y ahí quedó el chico, pobrecito... Mientras tanto, nos hizo elegir un ataúd para Laura y emprendimos

el viaje a La Plata. Qué noche, que noche terrible. Llegamos allá a la madrugada, a eso de las dos de la mañana. Antes, yo le había pedido a este... señor... a este... funebrero... cómplice de la represión, de los asesinos de Laura... que preparara a mi hija, porque yo iba a velarla con el cajón abierto... Yo sabía que estaba desfigurada, que tenía la mitad de la cara destrozada por un itakazo a quemarropa y otro itakazo en el vientre. La habían despojado del pantalón, de los zapatos y de la campera. Tenía solamente una ropa arriba, una media bombacha y su ropa interior... Sí, yo quería velarla abierta, para mostrarle a la gente el horror y la verdad, porque yo había estado esperando una hija y pidiendo por ella y había habido mucha gente que no me había creído. Pero no tuve más remedio que aceptar el tener que velarla tapada, porque no hubo manera de arreglarla de forma que pudiera ser exhibida manteniendo su dignidad... En medio de todo eso, hubo que sobrellevar también los trámites burocráticos. Por ejemplo, el certificado de defunción. Era viernes y ya estaba todo cerrado, así que iba a haber que enterrarla con la promesa de presentar un certificado de defunción el día lunes... y pensar que hasta ahora mi hija sigue estando como NN en el cementerio, porque ni la empresa fúnebre, ni la administración del cementerio ni el Registro Provincial de las Personas se dignaron todavía terminar la tramitación legal... Bueno, el caso fue excepcional en La Plata, porque efectivamente ese enterrador tenía razón, los cadáveres no se entregaban a nadie. Por eso que yo estoy convencida de que detrás de eso debe haber estado la mano de Bignone, que después que yo lo fui a ver debe de haber dicho: –Voy a dar orden de que cuando la tengan que asesinar, la entreguen... De eso, estoy plenamente convencida, porque sino, ¿por qué “privilegio” particular pude tener yo el cadáver de mi hija? Porque el dinero que pagué no sirvió para nada, no la soltaron, no la pusieron bajo el PEN. Por eso, yo lo responsabilizo, justamente... Bueno, la velamos sin inconvenientes, no se nos obligó a enterrarla enseguida y –aparentemente– tampoco nos vigilaron los servicios en ese momento. Lo único, que yo quise hacerle la autopsia, para así demostrar que ella había tenido el bebé, pero ningún médico se atrevió... Todo fue espantoso. Yo quería mirarla, pero no me dejaban. Entonces, aunque sea

tocarla. En un momento dado, le dije a mi esposo: –Abrime un poquitito. Quiero agarrarle la mano, aunque sea... Lo hizo y sentí su tacto. Era una mano crispada y manchada todavía por la tinta de las huellas dactilares. Y ahí es cuando le vi la partecita del costado de la pierna, algo de la ropa interior y el vientre, lleno como de surcos, de estrías de la deflagración de la pólvora. La enterramos el 27 de agosto. Y el 28 me llega la respuesta del juez Russo, contestándome negativo el hábeas corpus: “Nunca estuvo detenida, no se conoce el paradero”... A partir de allí, me renové más en el deseo de saber la verdad y de reclamar justicia. Por lo tanto, me integré mucho más a las Abuelas de Plaza de Mayo. Mis hijos, han vuelto del exterior, a donde los había enviado, para salvarlos aunque fuera a ellos. La familia, está otra vez reunida y entre nosotros la presencia de Laura, que está más firme que nunca.

Ella, no está muerta, está más viva que antes. La fuerza que nos anima es la verdad con que ella mantenía sus ideas: nada de lo que dijo e hizo es para atacar, para tachar, para censurar o para avergonzarse. Todo lo que ella dijo e hizo, al contrario, es para su gloria y para nuestro orgullo... Bueno, más que nunca busqué a mi nieto. Tenía muy pocos datos, sólo una fecha aproximada. Sabía que si era varón le iba a poner de nombre Guido, pero no mucho más... Además, seguro que quienes lo adoptaran le pondrían otro nombre. Así que mucho no tenía entre las manos. Pero en 1980, las Abuelas viajamos a Brasil, para ver al Papa. Y en San Pablo nos contactamos con chicos argentinos, liberados de cárceles regulares y también de campos de concentración. Siempre les preguntábamos por nuestras hijas embarazadas y por nuestros nietos nacidos en cautiverio. Me dijeron, entonces, que había entre ellos una pareja que tenía datos en ese sentido. Nos reunimos con ellos y la chica nos contó: –Sí, yo vi compañeras embarazadas... Pero todas fueron liberadas. Y agregó: –Por ejemplo, había una chica, “Rita”, de La Plata, que el papá tenía una fábrica de pintura, que la liberaron en la noche del 24 de agosto de 1978... Yo, que estaba presente, en esa charla, me creí morir: “Rita” era el seudónimo de mi hija, y por otra parte, todos los otros datos también coincidían. Le mostré una foto de Laura y de inmediato la reconoció. No podía admitir

que la hubieran matado, y me decía: –No, señora. Si a “Rita”, el 24 la hicieron cambiar, bañarse, vestirse, arreglarse, hasta pintarse un poquito... Le pusieron una ropa que le habían comprado una vez –ahí en el campo–, un conjunto “Lee”, pantalón y camperita. Se lo habían comprado para sacarla “a señalar”... Me acuerdo todavía que cuando regresó me dijo: –Pero mirá si son tarados. Me sacan a señalar y se creen que yo voy a señalar a un compañero. Primero, que nunca lo haría y segundo... que ya no queda ni uno... Así que, señora, es imposible que la hayan asesinado. Mire, todavía le dijeron: –Te vamos a llevar hasta la ESMA, donde te vamos a hacer un último interrogatorio... Vos... decí que te entregaste voluntariamente... Vamos a tratar de que quedes bien parada, para liberarte enseguida... Junto con ella sacaron a otro chico, “Carlitos”: –Carlitos, vos también venís, le dijeron... Entonces, eso sí... Carlitos y su hija se miraron y ella le dijo: –Che, Carlitos... nos sacan juntos... éstos nos van a hacer boleta... Sí, reconozco que era muy extraño eso de que los sacaran juntos. Se despidieron de todos nosotros y se los llevaron, tardísimo se los llevaron... Así que estas chicas, en Brasil, no podían creer que a Laurita la mataran esa misma madrugada en que ellas la vieron partir. A las 1 y 40 la asesinaron en Isidro Casanova, Ruta Nacional Nro. 3 y Cristianía. Las mentiras de las actas son indignantes: dicen que ella venía con otro chico –que sería “Carlitos”, seguramente– manejando un Renault blanco –el cual estaba allí, en la comisaría con todos los vidrios rotos– por la ruta y que no quiso acatar un control de automotores... Bueno, lo extraño es que para ultimar a alguien que se resiste a parar se le descarguen itakazos a quemarropa. Evidentemente, con ese auto –que sería robado por ellos mismos– los represores han fraguado todo ese horror. Quizás hasta los hayan sentado en el vehículo, ya dormidos –porque es sabido, ahora, que a muchos chicos que estaban destinados a morir les daban antes una inyección, de pentotal– para darle más visos de realidad a la cosa... En fin, esa chica de San Pablo lloraba como loca ante lo que yo le contaba. Le pregunté: –Pero Laura estaba embarazada. ¿Tuvo familia? Ella me contestó: –Sí, si... tuvo un varón. Le puso Guido de nombre... Pero ella creía que estaba con usted. Porque muchas veces le dijeron eso... Una vez,

incluso, le contaron que habían ido hasta su casa a llevarle el bebé y que usted no había querido tenerlo, que usted había dicho que no quería saber más nada con ella. En esa oportunidad, ella me comentó: –Claro, si han ido a ver a mi mamá ella los habrá sacado corriendo, porque no los puede ni ver a los ‘verdes’, no los puede ni ver... Sí, estaba convencida de que al nenito lo tenía usted... Lo que me acababa de confesar esta chica, me indignó aún más. Al mismo tiempo, me di cuenta de que mi hija me conocía a mí más de lo que yo misma me conocía. Porque, antes, jamás hubiera podido haber pensado que algún día me iba a ver envuelta en una lucha de las características de la nuestra. Y, sin embargo, esa chica me contó en San Pablo que Laurita un día le había comentado: –Mirá, mi vieja no se los va a perdonar nunca todo esto. Y los va a perseguir. Hasta la muerte. Ella, en lo íntimo, puede que se diera cuenta de que el chiquito no lo tenía yo, porque la torturaban mucho síquicamente, diciéndole que yo había rechazado a mi nieto. Además, la tenían presionada con su liberación. Siempre le decían que ‘el próximo jueves te vamos a liberar’. Así la tenían, hasta tal punto que estallaba a veces en crisis de nervios y decía: –Me mataron a mi compañero, tengo un hijo que no sé dónde está... y ahora me mienten con lo de la liberación. Eran unos estados como de desesperación, esos... Bueno, por lo menos yo tenía ahora dos certezas: mi nieto había nacido y era varón. Entonces, quise saber la fecha. Esa chica me dio una aproximada, porque había conocido a Laura después que ésta tuvo su bebé... Mi hija le contó que el chico lo había tenido en el Hospital Militar. Que la habían llevado hasta allí ya con los primeros síntomas. Que era varón normal y que lo tuvo cinco horas con ella. Que había tenido que alumbrar esposada... Para nosotros, ese chico ha nacido en la madrugada del 26 de junio”.

Ha nacido y debe ser reencontrado. Es imprescindible que se refunda con su pasado y con el de sus padres. Que se entere de que los mismos que lo regalaron ametrallaron en un baldío a su padre secuestrado, a ese muchacho franco, frontal y dicharachero. Resulta inevitable que su abuela le cuente de la última noche de su madre, abrazando uno a uno a sus compañeros y viajando des-

pués hacia la ESMA, mirando a través de los vidrios de ese Falcon esa calle que se mostraba tan cercana y que sus futuros asesinos –en ese momento cínicamente sentados a su lado– le habían prometido. Aunque sea tremendamente doloroso para él tendrá que saber que en esa noche helada, a la misma hora en que los generales y banqueros salían de cenar envueltos en chalinas abrigadas, ella, semidesnuda, caía asesinada en un oscuro camino de provincia. Después que abra los ojos a todas esas cosas, le quedará, al menos, el consuelo del poema:

*“... Y sepan que sólo muero si ustedes van aflojando.
Porque el que murió luchando Vive en cada compañero”.*

¿Quién podrá desmentirle esa verdad? Hasta siempre, “Rita”.

Capítulo 8

Durante el año 1979, las Abuelas hicieron hincapié en las recorridas por los juzgados de menores. Revisaban constantemente –siempre que ello les era permitido, claro– los registros de adopciones. Estaban seguras de que los jueces, detrás de sus negativas, ocultaban la verdad. Sabían que muchas de las criaturas que figuraban en las carpetas que, periódicamente, entregaban a los magistrados, habían sido prácticamente regaladas por éstos a personas de confianza del régimen militar. Así que, siempre en grupos de tres y para desesperación de corruptos secretarios y burócratas varios, insistían en revisar antecedentes. “¿Para qué revolver el pasado?”, comentaban las señoras de buen tono, a la hora del té y de las masitas. Pero, acaso ¿puede vivirse un presente limpio y construirse un futuro sólido sin que ambos se asienten en lo que ya pasó?

Aunque no sólo entre carpetones y antesalas se movían las Abuelas. Jueves a jueves se presentaban en la Plaza de Mayo. La represión las tenía en su mira, junto con las Madres y los Familiares. Por entonces se multiplicaron los empujones, corridas y detenciones. Sin embargo, las mujeres no daban el brazo a torcer y, en ocasiones, más de un milico recibió un paraguazo, propinado por brazos que alguna vez habían estado acostumbrados al manejo de los palotes de amasar. Las inspiraba y fortalecía, en esos casos, el recuerdo de sus hijos y sus nietos. Lucían a menudo sus fotos en los pañuelos blancos o prendidas en el medio del pecho. Y, por cierto, la llevaban también mucho más adentro, al costado justo de su corazón.

En ese entonces, aún buscaban el apoyo de la jerarquía eclesiástica. Más que nada, probablemente, por la enseñanza que les habían inculcado. Tradicionalmente se venía afirmando, casi durante siglos, que la religión era la protectora de las viudas, los huérfanos, los humildes, los desamparados, de todos los sufrientes de este mundo. En la práctica, en cambio, estos postula-

dos brillaban por su ausencia. En los diarios se publicaban a menudo imágenes sonrientes donde se mezclaban las sobrias gorras de los generales con los exiguos casquetes obispaes. Almorzaban y cenaban juntos, se desplazaban en autos similares, habitaban casas parecidas, escuchaban los mismos sermones, viajaban en aviones idénticos, en sus colegios educaban sus hijos. Compartían comuniones, recepciones, casamientos, bautismos y hasta extremaunciones. Si eso no era una descarada connivencia, era algo parecido, por lo menos. Los hombres de sotana guardaban silencio, frente a sus parientes de uniforme. Por supuesto, no todos compartían tales actitudes. El padre Antonio –‘Antoñito’ para todos– caminaba codo con codo, con las Madres dando vueltas alrededor de la Pirámide. Como él, en todo el país, otros sacerdotes aportaban su granito, que era una forma de aportar su pellejo. Y otro tanto ocurría con algunos miembros de la jerarquía. Por algo lo mataron a Angelelli, molestaban las homilías de Zaspé y Hesayne, De Navares y Novak eran mal mirados. En el otro extremo, monseñor Galán enviaba a las Abuelas cartas como ésta:

“De mi mayor respeto:

Su carta del 10 de noviembre, dirigida al Señor Cardenal Raúl Primatesta, Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, ha llegado a esta sede.

El caso lamentable que usted menciona no nos era desconocido, aunque no hayamos podido obtener noticias de la mencionada señora.

La indignación que demuestra su carta es comprensible, puesto que la dignidad de la persona humana debe ser siempre defendida, y éste es especial patrimonio de los cristianos. Créame que sinceramente compartimos su ideal y por él nos empeñamos.

Pero también permítame que le aconseje no creer demasiado fácilmente cualquier publicación que llegue a sus manos. Lo sucedido en la Argentina es bien penoso, pero no autoriza a decir cualquier cosa, ni en un sentido ni en el otro. Eso también es cristiano.

Saludo a Ud. con todo respeto

Monseñor Carlos Galán. Secretario General del Episcopado Argentino”

Las mujeres no acusaban estos golpes. Continuaban. Ellas también escribirían sus cartas. Como la que el 17 de Mayo de ese año 1979 enviaron al Nuncio Apostólico, Pío Laghi:

“Con la esperanza de ser oídas en nuestro dolor, nos dirigimos respetuosamente a Su Eminencia Ilustrísima un grupo de abuelas que buscamos desesperadamente a nuestros nietitos. Las criaturas que tratamos infructuosamente de encontrar son los bebés de nuestros hijos desaparecidos o muertos en estos últimos tres años. Algunos de ellos fueron llevados con sus padres, otros fueron sacados de su hogar destruido, otros nacieron de sus madres en cautiverio.

Cada una de nosotras ha recurrido a los tribunales de justicia, autoridades eclesiásticas, militares, civiles, instituciones de menores, sin lograr tener acceso a ninguna información respecto de la criatura buscada. Finalmente, ante los altares algunas veces y otras ante los estrados de la justicia, nos fuimos encontrando hasta constituir este grupo que, desgraciadamente, siempre crece. Hemos confeccionado una lista de niñitos desaparecidos, que adjuntamos y por los cuales suplicamos a Su Eminencia.

También en conjunto hemos entrevistado a todos los jueces de menores, directores de minoridad, autoridades. A veces somos atendidas, y se nos promete ocuparse del problema... pero nuestros brazos siguen vacíos.

Nosotras preguntamos: ¿a qué se ha condenado a esos bebés? Habiendo tantos niños huérfanos y desvalidos, que necesitan amor y cuidados, ¿por qué los nuestros, que tienen familia, su familia, deben engrosar esa legión de seres desamparados?

Como pensamos que Heredes no ha vuelto a la tierra, nuestras criaturas deben estar vivas. Si están vivas, o están en orfanatos o han sido dadas en adopción. En el primer caso, ¿por qué deben sufrir esa injusticia? ¿Por qué deben crecer en soledad si tienen abuelas y familiares? ¿Por qué deben llevar luego traumas irreversibles, por la carencia del amor familiar del que se les ha privado?

En el segundo caso, si han sido dadas en adopción, ¿por qué se los priva de sus más elementales derechos? ¿Por qué deben ocupar el lugar de otras criaturas realmente huérfanas y que carecen verdaderamente de una familia? ¿Por qué se dispone de ellos como si fueran cosas o animalitos? ¿Se ignora que son seres humanos, criados a imagen de Dios y que debe ser respetada su dignidad humana?

Suplicamos a Su Eminencia que interceda para que estos bebés sean restituidos a sus abuelas. Para que no se olvide el mandato de Jesús con respecto a los niños. Para que el mañana no esté cargado de preguntas sin respuestas y no se reabran día a día las heridas en esta búsqueda inhumana.

Saludamos a Su Eminencia con el mayor respeto”.

Pío Laghi recibió a las Abuelas en variadas oportunidades. Diplomático hábil, fogueado en las lides del diálogo y de la sutileza, contemporizador nato, habló extensamente con ellas y en ningún momento se mostró reacio a sus reclamos. Pero no aportó nada. Políticamente realista, su propia profesión lo arrastraba constantemente al pragmatismo. Y hasta se permitió una sonrisa apenas esbozada cuando las mujeres insistieron acerca de las muchas expectativas que tenían formadas con respecto a una intervención directa del Papa en su problema: –Señora mía, hasta me parece un poquito reprochable esa ingenuidad de la que usted hace gala, al esperanzarse tan desmedidamente en lo que a una intervención decisiva del Santo Padre se refiere –llegó a decirle una tardecita a María Isabel de Mariani–. Y su secretario, monseñor Celli, tuvo menos tacto todavía: –Señoras, yo pienso que ustedes no deberían preocuparse por el futuro y por la suerte corrida por sus nietos. Quienes los tienen en sus manos, han pagado tanto por ellos, que evidentemente demuestran, con esa actitud, ser gente de muchos recursos. Por ende, los chiquitos jamás padecerán las privaciones que impone la pobreza. Es más, yo diría que tienen el futuro asegurado–, se despachó otro día. Con esos puñales en el corazón como modernas Dolorosas, no bajaban la guardia, sin embargo. En setiembre, recurrían de nuevo a los periódicos, a través de un sentido recuadrado:

“A las conciencias argentinas. En el Año Internacional del Niño. Una vez más nos preguntamos dónde están nuestros niños ‘desaparecidos’ con sus padres, sin sus padres, o nacidos en cautiverio”. En octubre, le escribían a Juan Pablo II, a despecho de las opiniones de Pío Laghi:

“Nuevamente nos dirigimos a Su Santidad las Abuelas Argentinas que buscamos a nuestros nietitos ‘desaparecidos’. Estas criaturas fueron con sus padres, o solas, o nacieron de sus madres en cautiverio, sin que hayamos podido recu-

perarlas a pesar de nuestra incesante y desesperada búsqueda. Sólo recibimos respuestas negativas o ambiguas a nuestro angustiado clamor por ellas, a lo largo de tres años.

Actualmente nuevos dolores se suman, pues dos niños encontrados en Chile después de tres años que ‘desaparecieron’ en la Argentina, nos hacen ver que se los traslada a otros países. Además, una nueva ley de adopción* se cierne sobre las criaturas nuestras, que son sangre de nuestra sangre. También la nueva ley sobre presunción de fallecimiento de los ‘desaparecidos’ amenaza con declararlos muertos.

Suplicamos a Su Santidad por nuestros bebés. Sabemos de su amor por los niños y confiamos en su ayuda para que podamos, con amor, con infinito amor, borrar de sus tiernos corazones y de sus inocentes pupilas los horrores que han presenciado o sentido ya. Sólo nuestra fe en el Señor nos da fuerzas y energías cuando ya creemos que no podemos más con nuestra desesperación. El Señor no puede permitir que tanta desolación se vaya apoderando de seres por Él creados. El no puede abandonar a quienes están sufriendo soledad y angustia infinitas.

Nosotras, madres-abuelas privadas de nuestros hijos también ‘desaparecidos’, o muertos en algunos casos, imploramos a Su Santidad que interceda ante el gobierno argentino para que responda dónde están estos niños y para que ellos sean reintegrados a sus familias, de acuerdo con la ley de Dios y de los hombres.

Saludamos a Su Santidad con veneración y confianza”.

Puede que Pío Laghi tuviera razón, después de todo. En los amplios salones del marmóreo Vaticano, estaba mudo el eco de estos llantos. Y en la algo más humilde Casa de San Miguel, sede tradicional de las reuniones de la Conferencia Episcopal Argentina, sucedía algo parecido. Hasta esos cónclaves comenzaron también a llegar las Abuelas. De esas verdaderas peregrinaciones, sólo guardan recuerdos terribles. Casi siempre llovía en esos días. Ellas, salían al amanecer desde sus casas, con el pañuelo blanco y el nombre de sus hijos y nietos. Generalmente se concentraban en Retiro todas esas mujeres que allí convergían

* Si bien durante todos estos años hubo leyes de adopción que poco resguardaban el derecho a la identidad de los niños, actualmente, al momento esta reedición, se está tratando un proyecto de Ley para limitar la figura de adopción plena, que impide a los niños adoptados conocer su origen biológico.

desde los cuatro puntos cardinales de la provincia y de la capital. Cuando llegaban a la estación de San Miguel, les quedaba por recorrer cuadras y cuadras, bajo garúas o diluvios. Algunas, se tapaban bajo el mismo paraguas, otras con un trozo recortado de nylon, pocas con sus diarios y las otras avanzaban a cara descubierta. Las ráfagas movían los matorrales y las arboledas. Era pleno campo, transitaban senderos apenas marcados, paso a paso chapoteaban en el barro. Desde algunos zapatos emergían pedazos de papel, colocados allí contra la humedad y contra el frío. No había resguardo y no había qué comer. Y esas expresiones en los rostros: fatiga, angustia, desesperación. Generalmente, antes de llegar ya las atajaban los cordones policiales. Los patrulleros hacían girar silenciosamente las alarmas rojas de sus techos y los destellos alcanzaban intermitentemente a las Abuelas. Sacando el codo por las ventanillas, los oficiales fumaban, y esperaban y daban órdenes. Recubiertos por impermeables verdes y con cascos, los guardias exhibían sus Itakas, que las mujeres ya conocían de memoria: con esas armas las empujaban en la Plaza y también con esas armas habían asesinado a algunos de sus hijos. Acto seguido, comenzaban las polémicas: que debían retirarse, que querían seguir. Su meta era contactar a los obispos. Desde adentro de la edificación, en ese mismo momento, Aramburu y Primatesta corrían las cortinas, un milímetro apenas, para divisar el espectáculo. En las espaldas negras de sus sotanas sin una arruga, pegaba el calor de los leños de la estufa. Eran los escalones máximos de la jerarquía y también los más comprometidos con el régimen. Ni una vez habían intervenido en favor de las criaturas secuestradas. Olvidaron el precepto de Cristo: “Dejad que los niños vengan a mí”. No, a ellos los chicos no les interesaban. Los grandes, tampoco. Cuando el alboroto, afuera, amenazaba con pasar a mayores, aparecía monseñor Galán. De marcadas entradas, era alto y enérgico. Su palidez ascética resaltaba en sus manos, dignas de un consejero cortesano del Renacimiento. Apretaba firmemente su boca, que de esa forma se volvía más fina. Estaba molesto y para nada quería disimularlo. Sus gestos y ademanes eran violentos, prepotentes. Su voz, se transformaba rápidamente en gritos: “—Los obispos están muy ocupados: deben reunirse, reflexionar, cambiar ideas; ya han hecho todo lo que pueden por ustedes”. No sonaba demasiado cristiano. Una Abuela comentaba, en voz alta: “—Qué pueden saber estos hom-

bres de nuestro dolor si nunca van a conocer lo que es un hijo". Quizás por todo eso fue que un día mandaron esta carta a la Conferencia Episcopal:

"Las Abuelas de Plaza de Mayo nos dirigimos respetuosamente a ustedes para solicitarles una vez más que intercedan ante el gobierno argentino, para que nos sean devueltos nuestros nietitos desaparecidos desde 1976.

Estos niños, hijos de nuestros hijos desaparecidos, continúan no se sabe dónde ni con quién, a pesar de nuestros incesantes reclamos.

Muchas veces hemos recurrido a ustedes, muchas veces nos hemos acercado a nuestra Iglesia, transidas de dolor e impotencia. Muchas veces también se nos ha dicho que debemos sobrellevar nuestra cruz. Pero no se nos ha ayudado a recuperarlos.

Nunca se ha alzado la voz de la Iglesia Argentina ante tan inaudita violación de los derechos de los niños. No se ha mencionado siquiera el derecho a la vida de las criaturas que fueron secuestradas en el vientre de su madre.

Llevamos años rogando a ustedes por ellos. El silencio ha sido la respuesta hasta ahora.

Esperábamos algo más que el silencio de nuestra Iglesia, de nuestros Obispos.

Mientras tanto, los niños van cumpliendo tres, cuatro, cinco años y nosotros seguimos recorriendo oficinas e institutos, buscándolos cada día.

¿Alguna vez la Iglesia hablará por esos indefensos niños? ¿O es que a la Iglesia no le importa que hayan desaparecido los niños que figuran en el dossier que adjuntamos y que son sólo una pequeña parte de los centenares que faltan? ¿Se preocupará la Iglesia para que a esos niños se les devuelva la identidad y se los restituya a sus legítimas familias?

Confiamos en que el Señor ilumine los caminos".

Pero los caminos continuaron en la sombra, por lo menos para la inmensa mayoría de los miembros de la jerarquía eclesiástica argentina. Para las Abuelas, en cambio, nuevas luces se encendían a diario. A fines de ese 79, se cambiaron el nombre. En efecto, ya eran muy conocidas, en las calles, en las reparticiones públicas, en las casas cunas, en los juzgados federales y por los jueces de menores. No bien llegaban a alguno de esos sitios, escuchaban los comentarios con que se las recibían: "—Ahí vienen las Abuelas de Mayo... Seguro andan detrás de algún nieto...". Ellas, puntillosamente explicaban: "—No somos las

Abuelas de Mayo. Somos las Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos. Solían responderles: “—Bueno, pero... ¿no son abuelas, ustedes? ¿No concurren a la Plaza de Mayo? ¿Sí? Entonces... son las Abuelas de la Plaza de Mayo”. Ellas, que jamás se entregan, optaron por dejarse vencer por esa realidad: de ahí en adelante serían la “Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo”. En esos momentos, Alicia de la Cuadra se encontraba desde hacía bastante tiempo en Italia, atendiendo a su esposo, muy enfermo. Ella era la presidente de las “Abuelas Argentinas”. Pero no podía por el momento retornar al país. Ante esa imposibilidad y elegida por unanimidad en Asamblea de Abuelas, María Isabel de Mariani asumió la presidencia*.

Las Abuelas comenzaron a recorrer 1980 con un paso muy firme. Ese año encontrarían a los primeros nietos desaparecidos y a partir de ese momento se sucederían los reencuentros. Ese año, también, —y los subsiguientes—, se harían cada vez más presentes en los medios masivos de comunicación. Sus textos, siempre, apuntaban al corazón y a las conciencias. Como éste, por ejemplo, aparecido el 24 de agosto de 1980 en el diario “El Día”, de La Plata: “Apelamos a los hombres que saben, pueden y deben responder sobre el destino dado a los niños desaparecidos y bebés indefensos, a los que se ha privado del derecho de vivir con sus familias”. O este otro, que iba a aparecer el Día del Niño del año siguiente: “Los niños y bebés desaparecidos desde 1976 deben ser restituidos a sus legítimas familias, sin dilaciones y sin excusas. Lo juzgará Dios. Lo demandará la Patria. Lo consignará la Historia”. O el que pudieron leer los argentinos el día de Nochebuena de ese mismo año: “Jesús Niño, Señor. Tú que sufriste persecución. Haz que tu luz se derrame sobre los niños desaparecidos en la República Argentina desde 1976, para que sean devueltos a sus legítimas familias”. O el recuadro que dirigieron al Papa, cuando éste nos visitó, durante la Guerra de las Malvinas: “Junto al Santo Padre rogamos por la paz y la unidad universal de la familia. Con la restitución de nuestros hijos y nietos desaparecidos, se logrará la verdadera paz y unidad de la familia argentina”. O, por último, la solicitud que públicamente elevaron al último presidente del Proceso: “Al Exmo. Señor Presidente de la Nación, Teniente General (R) Reynaldo B. Bignone. Al asumir la conducción del país, solicitamos al señor Presidente arbitre de inmediato los medios para que les sea restituida su identidad

* La actual presidenta es Estela Barnes de Carlotto.

a los niños desaparecidos desde 1976 y sean devueltos a sus legítimas familias, hasta tanto sean liberados sus padres, hoy desaparecidos. Reclamamos la urgente solución de tan gravísimo problema humano, que afecta a tres generaciones”.

Ya se había ganado, merecidamente por cierto, un importante espacio, el derecho a estar paradas sobre un campo que largamente habían abonado con lágrimas y luchas. Las fotos de los chicos secuestrados y de sus madres, las listas con los nombres de sus padres, comenzaron a recorrer el país y el mundo: “Si usted sabe algo, ayúdenos a encontrarlos”, rezaba el texto que acompañaba a esas publicaciones. Entidades amigas de París les obsequiaron con hermosos afiches de tamaño muy grande, que reproducían los rostros de las criaturas desaparecidas: erizaba la piel ver avanzar a las Abuelas, caminando por el medio de la calle, cada una llevando la imagen de su nieto y de los padres de éste. Era el horror de tantos años, la muerte subterránea de casi una década, que comenzaba a emerger sin tapujos, con su brutalidad pero también con su cuota de enseñanza. Los habitantes de la Argentina, de esta forma, se iban clarificando. Poco a poco vencían las reticencias y discaban el número de las Abuelas de la Plaza. O tomaban un lápiz y les escribían cartas, que abundaban en datos. Eran hombres y mujeres que luchaban con sus conciencias, que hasta el último momento se planteaban sus dudas, que no sabían realmente si obraban bien o mal, que ignoraban si sus actitudes eran ayudas o traiciones. A veces, la decisión se tomaría a través de charlas de familias enteras, al final de las cuales alguien se levantaría de la mesa, llegaría a la Casa, tocaría su timbre... y contaría. Por eso mismo era que las Abuelas, ya no daban abasto. Abrían y abrían, sin parar, nuevas carpetas, en cada una de las cuales centralizaban los datos correspondientes a cada uno de los chicos que buscaban. E incorporaban nuevos modelos, a medida que la gente perdía el miedo. Por otra parte, comenzaron a solicitar a las nuevas abuelas que se acercaban al movimiento, la partida de nacimiento de su nieto —si es que éste había nacido antes del secuestro— o el certificado de embarazo de la madre —en los casos en que el bebé hubiera nacido en cautiverio—. Además, un testimonio, donde se incluían la mayor cantidad posible de detalles, concernientes a la criatura y a toda su familia. En base a todo eso, hasta se elaboraron árboles genealógicos. Y ese verdadero banco casero de datos se acrecentó muchísimo cuando las Abuelas tomaron contacto, en el exterior, con ex desapa-

recidos y ex presos políticos. Y más todavía cuando lograron el acceso a los archivos secretos de CLAMOR, la organización que defiende la vigencia de los derechos humanos en el Cono Sur y que depende del cardenal Arns y del Arzobispado de San Pablo, en el Brasil. Desde allá, María Isabel y Estela trajeron esas valiosas pistas, transcritas en papel de seda y envueltas en papeles de bombones, como si fueran los famosos “garotos” brasileiros: “—Ahí, más que nunca, tuvimos que hacer el papel de abuelitas, algo chochas incluso. Veníamos con las cajas de “bombones” envueltas como para regalo. Las traíamos en la mano, junto a plantas, ramas, macetitas. Dábamos la impresión de ser un grupo muy molesto de revisar, y los vistas de aduana no querían tomarse demasiado trabajo, por otro lado. Otras veces, traíamos los “bombones” mezclados en las valijas con zapatos viejos, medias, ropas usadas... elementos todos que causan rechazo casi instintivo y que la gente prefiere no tocar, ni siquiera rozar, si es posible... De esas maneras entramos a la Argentina datos inapreciables acerca de desaparecidos vistos vivos en los campos de concentración —que en seguida lo pasamos a las “Madres”— y de chicas embarazadas, también vistas y que posteriormente dieron a luz allí”, recuerda casi con picardía una de las protagonistas de esas jornadas.

A todo esto, la represión las miraba con creciente desconfianza. Y no solamente las miraba, sino que ponía manos a la obra y las amenazaba. Todas ellas conocieron seguimientos, detectaron autos o personajes raros moviéndose a su lado, fueron objeto —incluso— de agresiones físicas. En 1982, las casas de María Isabel de Mariani, Estela de Carlotto, Ema de Baamonde, Nélica de Moavro, Beatriz de Neuhaus y Clara Jurado, amanecieron ostentando en sus frentes inscripciones que las catalogaban como “Madres Terroristas” y “Madres de Terroristas”. Para ellas, fueron como una especie de medalla, que exhibieron con orgullo y públicamente, mientras contestaban a los “pintores” nocturnos:

“Si el fin que persiguen esos siniestros personajes es que quede impune el secuestro sistemático de miles de personas, entre las que se encuentran centenares de indefensos bebés, arrancados de los brazos de sus madres para disponer de ellos, o de los que se agitaban en el vientre de las jóvenes que fueron llevadas a los campos secretos de detención, sepan que:

1) La historia no se escribe con mantos de olvido a las más graves de las violaciones a los derechos humanos;

2) Seguiremos reclamando la restitución de cada uno de los niños desaparecidos a sus legítimas familias;

3) Repudiamos el cínico informe que, bajo el nombre de “Actos de Servicio” pretende englobar desapariciones, torturas, muertes, secuestros de niños. Y que, seguramente, también busca la impunidad de actos como el que hoy nos afecta”.

Es que los militares no podían perdonarles ese crecimiento, esa transformación que las llevó desde sus sitios de amas de casa a esa lucha por la búsqueda constante de los nietos y los hijos y a ese incesante reclamo de Justicia. No podía tolerar la represión que esas mujeres se volcaran a los Tribunales y a las calles, a la Rosada, a los ministerios y a las movilizaciones. Las Abuelas, no obstante, ya habían elegido sus caminos. Con las fotos de los chicos que rastrear se presentaron a la “Marcha de la Resistencia”, prohibida por el régimen. Su posición al respecto fue muy clara: “Las entidades convocantes a la Marcha de la Resistencia –Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Madres de Plaza de Mayo– ratificamos la realización de lo programado para el 9 y 10 de diciembre de 1982. Destacamos que nuestras movilizaciones han tenido siempre carácter pacífico y ordenado. Por lo tanto, responsabilizamos a las autoridades policiales por nuestra seguridad y por cualquier disturbio que pudiera ser originado por inconducta o provocación de personas ajenas a quienes concurren en solidaridad con nuestros reclamos. Denunciamos además que nuevamente, y en llamativa coincidencia con esta convocatoria, se ha producido un nuevo brote de actos intimidatorios, realizados con total impunidad contra los integrantes de los movimientos convocantes”.

También iban a pronunciarse contra el cínico y tortuoso “Informe Final” de la Junta Militar:

“Ante el informe pretendidamente final elaborado por la Junta Militar como respuesta a los incesantes y angustiosos reclamos de más de siete años pidiendo por nuestros hijos y nietitos desaparecidos, las Abuelas de Plaza de Mayo declaramos:

I. Nuestro total repudio a su cínico y mentiroso contenido, que pretende ocultar bajo el nombre de “actos de servicio” la más salvaje persecución y agresión política que conoce la historia, dirigida a todos los niveles sociales y personas, incluyendo bebés.

II. *Que en ninguna de sus partes se asume el secuestro o desaparición de niños, pequeños seres indefensos que fueron llevados solos algunos, otros con sus padres o aún en el vientre de sus jóvenes madres y que, nos consta, nacieron luego en los campos secretos de detención.*

III. *Que como nuestros nietitos no han podido irse al extranjero ni pasar a la clandestinidad, según el informe se los consideraría muertos, afirmación diabólica que desmentimos porque estamos encontrándolos a pesar del ocultamiento premeditado que se ha ejercido desde la esfera oficial.*

IV. *Que sometemos esta aberrante violación de los derechos de la persona humana dirigida al ser más desprotegido de la creación, al juicio del pueblo argentino y al poder de la justicia, ya que el juicio de Dios será también inexorable.*

V. *Que no cejaremos un solo instante de nuestra vida en buscar a nuestros hijos y nietitos desaparecidos, porque la directa amenaza basada en el odio que trasunta el informe, no podrá aniquilar lo que cimentó el amor”.*

Y asimismo condenarían el vergonzoso proyecto de autoamnistía pergeñado por los uniformados en el momento de su retirada a través, entre otros, de este documento que vio la luz en la ferozmente reprimida ciudad de La Plata:

“Repudiamos todo intento de ley de amnistía (que algunos sectores llaman “ley de pacificación”), que significa en realidad un nuevo intento del régimen de facto de cubrir con un manto de impunidad sus numerosos crímenes y desapariciones, perpetrados contra hombres, mujeres y niños arrancados, indefensos en su mayoría, de sus hogares y lugares de trabajo, preservando así su aparato represivo para una nueva escalada que desestabilizará al futuro gobierno constitucional e imposibilitará toda convivencia civilizada. La detención seguida de desaparición, la tortura y el asesinato ejecutados dentro de un sistema represivo oficial, constituyen delitos de lesa humanidad. Son, por lo tanto, imprescriptibles y no amnistiabiles, tal como lo reconocen las convenciones internacionales. Ante esta situación, las organizaciones defensoras de los derechos humanos que actúan en la zona –“Madres de Plaza de Mayo”, “Abuelas de Plaza de Mayo”, “Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas” y “Asamblea Permanente por los Derechos Humanos”– convocan a la movilización popular para repudiar y resistir la impunidad de las gravísimas violaciones cometidas, exigiendo el juicio y castigo de todos los culpables. Para ello

se invita a todos los partidos políticos que acuerden con esta propuesta, a las organizaciones gremiales y profesionales, a las Iglesias e instituciones culturales, al pueblo en fin, cuya participación activa será garantía de democracia y justicia contra el continuismo y la impunidad, a concurrir a la marcha cívica a realizarse el sábado 6 de agosto de 1983, previa concentración en 12 esquina 60, a las 11 horas. Las organizaciones convocantes enfatizan el carácter enérgico, pacífico y masivo que deberá tener esta manifestación de repudio a la ley de amnistía, invitando a las distintas organizaciones a identificarse con carteles, sosteniendo consignas coherentes con las reivindicaciones y características de la marcha, anteriormente expresada.

Exigimos:

- La aparición con vida de los detenidos-desaparecidos;
- La restitución de los niños secuestrados y nacidos en cautiverio a sus legítimas familias;
- La inmediata libertad de todos los detenidos por razones políticas;

Reclamamos:

- La investigación de la inhumación de los cadáveres no identificados;
- El juicio y castigo a los responsables de desapariciones, torturas y asesinatos;
- El levantamiento del Estado de Sitio;
- La derogación de la legislación antidemocrática y el desmantelamiento del aparato de represión política, que sigue operando con impunidad.

Por lo tanto, rechazamos cualquier tipo de amnistía o manto de olvido”.

A esa altura del partido, las Abuelas trabajaban a pleno, y todos los días. Hacía ya rato que habían abandonado la búsqueda a nivel individual y se habían volcado a la búsqueda colectiva. Las reuniones ya no se celebraban más en calles y en confiterías, por supuesto, ni en el cuarto que las Madres le cedían y que utilizaban los días miércoles entre las 10 de la mañana y la una de la tarde. Desde ese lugar se habían trasladado —gracias al aporte recibido de organizaciones amigas de Canadá, Suiza y Francia— a un departamentito de Montevideo al 500, entre Lavalle y Tucumán: era un solo ambiente, al que pronto decoraron con afiches de paisajes —para que ni los vecinos ni el portero sospecharan que en ese lugar funcionaba la sede de las Abuelas— y al que ocuparon de

inmediato, sin muebles y sin sillas todavía. Pero pronto les iba a resultar demasiado chico. Entonces, instituciones alemanas les compraron su actual cuartel general, un departamento de varios ambientes también sobre Montevideo, pero ahora entre Corrientes y Lavalle. Es allí donde desarrollan la actividad febril: desde las paredes las contemplan los afiches y los rostros de sus hijos y sus nietos, en el pizarrón se anotan sugerencias y tareas, el teléfono funciona constantemente, las máquinas de escribir preparan cartas para todos los continentes, las reuniones se suceden unas a otras, los grabadores no dan abasto, al lado de la puerta se encolumnan las chapas de bronce que representan adhesiones de todo el mundo a sus esfuerzos, en las vitrinas se acumulan las cartas y las fotos que les han enviado los chicos que han recuperado, en los escritorios se ponen al día las carpetas y a ellas se agregan los datos recientes que a cada momento se consiguen, en un ángulo resaltan las pinturas que desde la cárcel les mandaron de regalo los presos. Es un hormiguero, o un panal, esa casa. Y sus hormiguitas y sus abejas, las Abuelas.*

Unas hormiguitas y unas abejas que recorrieron el mundo, haciendo conocer el genocidio y buscando respaldo internacional para su búsqueda. Aproximadamente unas 40 veces fueron al exterior. Muchas de ellas a Brasil, también a Suiza, a la sede de la ONU en Ginebra, a las mesas redondas a las cuales eran invitadas por los expertos sobre desaparición forzada e involuntaria de personas. En su primera salida a Europa, María Isabel de Mariani y Alicia de de la Cuadra espantaron a sus interlocutores con las pruebas que aportaron y que reflejaban las “hazañas” de las fuerzas de la represión en la Argentina. Después, se sucedieron muchas otras giras. Las Abuelas enfrentaban esas experiencias como siempre, algo ingenuamente en un principio.

“En una de esas salidas, en 1981 –cuenta María Isabel de Mariani– fuimos con Estela Carlotto. Teníamos invitaciones de muchos lugares, pero ni un centavo, prácticamente. Queríamos visitar varios países –eran muy importantes los contactos en aquellos momentos– y se trataba de un viaje que debía insumirnos más o menos unos dos meses... aunque para afrontarlo contábamos con escasos 200 dólares. De todas maneras, partimos: pensábamos volver cuando el dinero tocase a su fin. No estábamos

* Actualmente la sede de Abuelas se encuentra en Virrey Cevallos 592 PB 1.

demasiado preocupadas, disponíamos de muchas direcciones, conventos e iglesias por ejemplo –donde sabíamos que podíamos dormir y alimentarnos– porque, paradójicamente, la iglesia que menos nos ayudó fue la argentina, en el resto del mundo su respaldo fue muy grande. Bueno, en Brasil nos entrevistamos con el presidente de CLAMOR, el reverendo Jaime Wright. Él se preocupó por nosotras, nos preguntó si necesitábamos algo –nosotras nunca pedimos, mantenemos siempre enhiesto ese principio, por una cuestión de dignidad– y de qué cantidad de dinero disponíamos. Le contestamos que de 220 dólares. Nos contestó que con esa cantidad se vivía dos días durante un viaje, pero no dos meses. Nosotras nos reímos: –Dios proveerá–, le expresamos. El se quedó mirándonos, pensativo, pero nos dejó marchar. En fin, llegamos a Ginebra, donde tuve que hablar en las Naciones Unidas. Después, nos recibió en el Consejo Mundial de Iglesias el reverendo Charles Harper. Hablamos con él y quedamos sorprendidas: –Me han dicho que están viajando con muy poco dinero, nos dijo. Nosotras le repetimos lo mismo que a Wright: –Dios proveerá, reverendo... Él nos miró y luego: –De eso justamente quería hablarles –sonrió– porque sucede que a Dios hay que ayudarlo y tenemos esto para ustedes... Nos entregó 5.000 dólares, que trajimos casi intactos a la vuelta, pues durante el resto del viaje Dios también proveyó”.

Estos viajes eran vitales para las Abuelas. En ellos iban tejiendo una delicada pero resistente red de apoyo a nivel mundial. Los militares argentinos parecían harto poderosos, ellas necesitaban –para desenmascararlos– aliados que fueran igualmente fuertes. En otras latitudes se encontraban con gentes que se les brindaban y que, llegado el caso, iban a mover todas sus posibilidades en favor de la lucha que ellas encarnaban. Otras veces, en cambio, se decepcionaban, como cuando comprobaron el rechazo que su prédica inspiraba en la Cruz Roja Internacional y en la UNICEF. Sin embargo, otros recibimientos más amables servirían para curar esas heridas. En Canadá, la Organización Católica de Desarrollo y Paz iba a reunir 200 personalidades para que las escucharan transmitiendo sus denuncias, mientras que inmensos afiches con el rostro de Clara Anahí Mariani cubrirían todas las paredes del país. También en Ca-

nadá, Estela de Carlotto cantaría en un coro de 200 sacerdotes que celebraban una misa por su hija y por los hijos de María Isabel de Mariani. En Noruega, las Abuelas serían escoltadas por una multitud de niños vestidos de blanco, que corrieron hacia ellas desde el interior de una iglesia luterana. En la Asamblea Nacional de París, Amnistía Internacional les organizaría una conferencia de prensa, a la cual concurrió la flor y nata del periodismo de todo el mundo. En Alemania Federal, se editaría un libro sobre los niños secuestrados y él diría en su dedicatoria: “A la Abuela de Plaza de Mayo: hemos conocido en ti un ser admirable y no dejaremos nada por hacer para devolverte el amor”. Las principales personalidades políticas, religiosas, artísticas y culturales de Austria, el Vaticano e Italia, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Bélgica, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Canadá y España, estrecharían sus manos y besarían sus mejillas. Concurrirían a cientos de congresos, conferencias y simposios. Pasarían a ser miembros de no pocas asociaciones internacionales defensoras de derechos humanos. Recibirían apoyo financiero del Consejo Mundial de Iglesias, la Organización Católica Canadiense para el Desarrollo y la Paz, el Entraide Protestante Suisse (HEKS), la Organización Terre des Hommes (con filiales en Suiza y Alemania), el Folke Kirkens NOD-HJELP (de Dinamarca), Amnesty International, el Comité Catholique contre la Faim et pour le Développement (Francia), el Rädde Barnen (de Estocolmo), varias iglesias protestantes noruegas y municipios, comunidades religiosas y ciudades de Alemania. Con esos recursos se moverían las Abuelas, tanto las que residen en la Capital Federal como las vinculadas a las filiales provinciales, de Mar del Plata, Córdoba, Tucumán, La Plata, Mendoza y Rosario. Así, paso a paso, escribirían su historia.

Casi a fines de marzo de 1984, se notaba más revolucionado —todavía— que de costumbre el ambiente de la Casa de las Abuelas. Alrededor de la mesa, la Comisión Directiva se hallaba reunida en pleno: María Isabel Chorubik de Mariani (Presidenta), Enriqueta Estela Barnes de Carlotto (Vice), Mirta Acuña de Baravalle (Secretaria), Elba Rosa Montivero de Ford (Prosecretaria), Nélica Josefá Cietta de Moavro (Tesorera), Rosa Tarlovsky de Roisinblit (Protesorera), María Paulina Ferrarese de Urra (Revisora de Cuentas), Beatriz*

* La actual Comisión Directiva es: Estela B. de Carlotto (Presidenta); Rosa T. de Roisinblit (Vice); Berta Shubaroff (Tesorera); Buscarita Roa (Protesorera); Alba Lanzillotto (Secretaria); Raquel Marizcurrera (Prosecretaria); Haydée V. de Lemos, Sonia Torres, Reina E. de Waisberg, Aída Kancepolsky, Antonia A. de Segarra, Irma Rojas y Clelia D. de Fontana (Vocales); Nélica Navajas (Revisora de Cuentas).

Haydée Catalina Aicardi de Neuhaus, Clara Jurado, Raquel Asunción Radio de Marizcurrena, María Antonieta Robert de Palacin, Norma Leonor Spione de Baamonde, Eva Haydée Márquez de Castillo Barrios (Vocales Titulares), Ilda Angélica Velázquez de Toranzo, Cecilia Giovanolla de Califano y Auxiliadora Delia Josefa Penela –la cual tiene ganado un lugar especial en esta historia, por tratarse de la Abuela que, fundamentalmente, confecciona las carpetas de los chicos que se buscan– (Vocales Suplentes). Junto a ellas, se apretaban las restantes, las fundadoras y las militantes que son como de hierro y día a día acuden al local en busca de tareas o andan por las calles tanteando los caminos que conduzcan a sus nietos: Alicia de de la Cuadra, Elsa Pavón de Aguilar, Enriqueta Santander, Antonia de Segarra, Matilde Rutila Artes, Mary Ignace, Cecilia Viñas, Jorgelina A. de Pereyra, Clelia Fontana, Carmen de Poblete, Elda de Rossetti. Tenían en sus solapas la escarapela de la Asociación: se trata del dibujo realizado en Brasil por una niña de cinco años de edad, habitante de los barrios más humildes de San Pablo y que era alumna de Anita, la hija del reverendo Jaime Wright (CLAMOR). Ubicados en discretos taburetes, los miembros del Equipo Jurídico conversaban en voz baja: eran las abogadas Norma Maratea, Mirta Guarino y el doctor Ramón Torres Molina. A su lado, el Equipo Médico-Sicológico lucía especialmente entusiasmado: Norberto Liwsky (pediatra), Jorge Berra (neonatólogo), Raúl Petrucci (médico), Aída Canán, Silvia Arredondo, Laura Conte, Marcelo Bianchedi y Arturo Galiñanes (sicológicos). En esos momentos, alguien encendió el contestador telefónico automático. Ya se estaba llegando a los cuatro meses de vida democrática y sin embargo, desde el anonimato –como siempre– sus enemigos continuaban amenazándolas. El registro, captado en la madrugada del 20 de marzo de 1984, comenzó a girar y las voces de los parapoliciales resonaron nítidas en la sala. Decían textualmente: “No den las gracias, izquierdistas y comunistas. Este es el Comunicado de la Junta de Oficiales Reivindicadores”. (Fin de la primera llamada). “Se cortó la comunicación, recién. Asesinas, madres de asesinas y abuelas de asesinas. Saludos a Hebe de Bonafini, que la vamos a reventar por maldita izquierdista y zurda, junto con el viejo de Alfonsín”. (Fin de la segunda llamada). “Viva la Patria. El espíritu del capitán Cáceres, el capitán Viola y todos nuestros bárbaros muertos por la subversión apátrida de ustedes, Abuelas y Madres

de Plaza de Mayo, será vengado. La sangre derramada no será negociada. Viva la Patria. Viva Perón. Arriba". (Fin de la tercera llamada). "Reivindicaremos nuestros héroes muertos por la subversión. Sépanlo ustedes, nunca perdonaremos el accionar izquierdista y comunista a cargo de ustedes y de las Madres de Plaza de Mayo y el actual presidente, que se dice de los argentinos. Pro-judío, sinvergüenza. No merece el perdón de los verdaderos argentinos. Nos vengaremos de todos ustedes por la acción indiscriminada que están haciendo contra los héroes caídos por la subversión. Viva Perón". (Fin de la cuarta llamada). "Es el último comunicado del día de la fecha. Van a tener noticias nuestras. Ustedes son culpables de tener los hijos guerrilleros. Así como cayeron nuestros hombres, van a caer ustedes. Por siempre jamás. Somos nazis y fascistas. Bien nazifascistas y antijudíos, en contra de todos los judíos de esta Nación". (Fin de la quinta llamada). Cuando el silencio se hizo nuevamente, no había temor en los rostros de las Abuelas. Al contrario, habían tomado con muy buen humor esos mensajes. Peores cosas les habían mandado decir, por cierto. Esto que acababan de escuchar parecía apenas una grotesca payasada, sin contexto ideológico alguno y, gramaticalmente, pésimamente redactada, para colmo. Sabían que las amenazas siempre jalonarían su accionar, a pesar de todas las democracias que se instalaran, mientras el gobierno constitucional no se decidiera a tomar las medidas de fondo que, hasta el momento, rehuía. (Estaban en lo cierto al pensar de esa manera. Y tanto lo estaban, que meses más adelante, el 13 de julio de 1984, publicaría el diario "La Razón": "La Plata (De nuestra agencia). Con la intervención del juez federal, doctor Carlos Héctor Adamo, se instruye en la Brigada de Investigaciones local una causa por amenazas, a raíz de la denuncia formulada por el señor Natalio Mariani, de 61 años, comerciante, con domicilio en 17, número 528. Expuso el nombrado que después de emitirse por Canal 13 el programa "Nunca Más", comenzó a recibir llamados telefónicos de un hombre y una mujer e insultos y amenazas de muerte. El señor Mariani estima que ha sido confundido con una persona de su mismo apellido, relacionado con el grupo de las Abuelas de Plaza de Mayo. Se instruye sumario por amenazas, realizándose ahora las diligencias del caso"). Pero en ese momento no se habían reunido a escuchar voces airadas de perseguidores delirantes. Al contrario, ese día eran otras sus preocupaciones y

sus expectativas. En efecto, las miradas de las Abuelas enfocaban atentamente a una mujer joven, alta y delgada, de corto pelo rubio, que hablaba con un marcado acento norteamericano y estaba sentada en la cabecera de la mesa. Era la genetista Marie Claire King. Les iba a reconfirmar los resultados de una extensa investigación que durante muchos años las Abuelas habían mantenido en discreto silencio pero que constituía una de sus principales obsesiones. Por fin, en ese mismo instante, la doctora King les dijo: –Sí, la combinación de cuatro análisis sobre los marcadores genéticos que se detectan en la sangre, permite certificar que un niño pertenece a una familia, con un grado de certeza cercano al 100 por ciento de probabilidad. La emoción apretó las gargantas de las mujeres. Tenían en sus manos la llave de la verdad, el instrumento que iba a servir para destruir las adopciones amañadas, las partidas de nacimiento falsas. A través de ese método, se demostraba que sus hijos desaparecidos, ellas y sus nietos, constituían un todo indisoluble. Era, indudablemente, el triunfo de la ley. De la ley más importante. De la ley de la sangre, por supuesto.

Cuando el júbilo se fue aplacando un poco, el doctor Jorge Berra contaría los entretelones de esa historia:

“El interés por encontrar algún tipo de estudio que pudiera servir para identificar a los chicos, viene desde hace mucho. Ha sido una constante preocupación de las Abuelas. Ellas siempre tuvieron muy claro lo difícil que les iba a resultar demostrar que esos niños –que estaban seguras de ubicar– eran realmente los hijos de sus hijos desaparecidos o asesinados. Porque la dictadura militar se había encargado de anular en forma absoluta su identidad. En ocasiones los inscribían los propios represores como si fueran hijos suyos, falsificando para ello impunemente la identificación, contando –como contaban, para lograrlo– con el apoyo cómplice de médicos, parteras y testigos falsos. Otras veces los trasladaban a distintos puntos del país, los internaban –en carácter de NN– en diversos orfanatos y desde allí volvían a retirarlos, dándolos a veces en adopción a familias de su confianza. Finalmente, solían también dejarlos en casas de vecinos –después de los operativos– a los cuales se amenazaba brutalmente: así aterrorizada, esa gente sólo atinaba a trasladarse rumbo a

lugares lejanos y a borrar sus rastros lo más a fondo que podían. Así que no era fácil abrir caminos identificatorios. Para colmo de males, los chicos secuestrados tenían, como máximo, en el momento de su desaparición, apenas dos o tres años. La mayoría, sólo meses. Entonces, algo era evidente: cuando el tiempo transcurriera, cuando las caras y las características físicas de esos bebés se transformaran, ¿cómo identificarlos? Esa problemática multiplicaba aún más los inconvenientes que ofrecía en el caso de los bebés nacidos en cautiverio, en los campos de concentración. De ellos nada se poseía: sólo una gran incertidumbre era lo que había marcado su llegada a este mundo y ni el más mínimo rastro, ni el más mínimo recuerdo de su pasado podía servir de punto de partida para su búsqueda y posterior identificación. O sea que la realidad, en ese sentido, se presentaba como muy difícil”.

“De todas maneras, las Abuelas estaban ya demasiado acostumbradas a enfrentar dificultades. Y a superarlas. En lo tocante a identificación de sus nietos, ya habían recorrido algunos caminos. Por ejemplo, el de las huellas plantares. Se decían: ‘Bueno, los chicos secuestrados deben poseer huellas plantares, porque en todas las salas de parto, no bien nace un bebé, se lo identifica por medio del dedo pulgar de la madre y de las plantas de sus pies’. Esa era, sin duda, una posibilidad. Aunque, en los hechos, era muy discutible su valor identificatorio: servía para ubicar a un chico recién nacido, con diferencia de días o a lo sumo de dos meses, porque después las plantas de los pies se transforman mucho y muy rápidamente. Otras Abuelas, tenían guardados de recuerdo mechoncitos de pelo o dientitos de sus nietos... Eran todos elementos que podían ayudar, seguramente, pero ninguno de ellos revestía un peso especialmente relevante. Así que hubo que idear otras salidas. Se envió a todas las Abuelas un cuestionario para que consignaran en él la mayor cantidad de datos particulares de sus nietos secuestrados y de los padres de éstos: grupos de sangre, gustos, hobbies, deficiencias físicas. Porque, indudablemente, hay gestos que se transmiten, chicos que se llevan la mano a la cara de la misma forma en que lo hacía su padre, o que cruzan las piernas igual que su madre, o que se paran como un calco de la abuela. Esto es lo habi-

tual, porque así como heredamos rasgos físicos, heredamos también comportamientos y gustos, maneras de ser: facilidad para la pintura, o para la música, o para la lectura, o para patear una pelota. Eran intentos válidos todos ellos, después de todo. Como también lo fueron los multiplicados estudios de fotografías, las comparaciones de los recuerdos familiares, el envío de todos esos datos alrededor del mundo –celosamente resguardados, por supuesto– siempre tras nuevos indicios identificatorios. Las Abuelas, de esa manera, no cejaban en su empeño: averiguaban si una diminuta manchita congénita persistía en el tiempo, si las cicatrices desaparecían, cómo podía desarrollarse una hernia umbilical, cuánto tardaba en borrarse la mancha de una vacuna. Claro, ninguna de las conclusiones a las que se arribara iba a poderse aplicar en los casos de los niños nacidos en los campos”.

“Por eso mismo, cada vez fue delimitándose con mayor nitidez ante las Abuelas la vía de la sangre. El estudio de la sangre es una materia muy escasamente divulgada, por cierto. Generalmente, el hombre común lo que sabe en ese sentido es que a través de esa metodología se puede determinar quién no es el padre de una determinada criatura: por algo se usa, primordialmente, para excluir los niños en casos de reclamos de paternidad o de herencias controvertidas. Pero las Abuelas no querían excluir a sus nietos, por supuesto. Al contrario, querían incluirlos, introducirlos en sus legítimas familias. Ardua tarea, por cierto, máxime si se tiene en cuenta que sus padres permanecen secuestrados y desaparecidos y tal hecho impedía, de movida, contar con ellos para realizarles cualquier tipo de análisis. Pero más allá de todos estos inconvenientes, ellas comenzaron a dar los primeros pasos y a interiorizarse de esa técnica. Por eso mismo, por entonces, yo asistí a un congreso sobre hematología que se reunió en Brasil, en la ciudad de San Pablo. Allí se nos prometió apoyo a nuestras investigaciones pero, por desgracia, después esas promesas no se llevaron a la práctica. De todas formas, nuestra presencia en dicha reunión tuvo sus aristas positivas, sobre todo desde el punto de vista de la clarificación de los motivos de nuestra lucha: porque cuando relaté el problema de los niños desaparecidos, los asistentes se horroriza-

ron de lo acontecido en la Argentina y tanto fue su preocupación que hasta quisieron impulsar un proyecto de ley que estableciera la obligatoriedad de sacar las huellas digitales a los recién nacidos y el envío de las mismas para ser archivadas en tres diferentes países, por si la misma tragedia llegaba a reeditarse en el Brasil... “.

“Así llegamos a 1980 y en ese año las Abuelas ya estaban absolutamente insertas en el tema. Por entonces, María Isabel de Mariani y Alicia de de la Cuadra llegaron al ‘Hospital de la Pitié’, en París. Allí se entrevistaron con el doctor Tznanck y con otros importantes hematólogos. La pregunta básica que ellas realizaban era la siguiente: ‘-¿Existe un elemento constitutivo de la sangre que sólo aparece en personas pertenecientes a la misma familia?’ Se habían enterado de esa posibilidad a través de un artículo aparecido en el diario ‘El Día’, de La Plata y querían corroborar la justeza del mismo. En esa oportunidad, sin embargo, no fue contestado su interrogante, por lo menos de forma incuestionable. Entonces, siguieron buscando. De nuevo viajó ‘Chicha’ Mariani, acompañada ahora por Estela Carlotto. Ellas, en representación de todas las Abuelas se trasladaron hasta la Universidad de Upsala, en Suecia; tampoco allí encontraron las certezas que deseaban. Continuaron la lucha. Sabían que en ella no estaban solas: CLAMOR (organismo dependiente del Arzobispado de San Pablo, dedicado al problema de la violación de los derechos humanos en el Cono Sur y presidido por el reverendo John Wright) y AMNESTY INTERNATIONAL, entre muchos otros, las respaldaban. Gracias a esos apoyos y al que también brindó Isabel Mignone –miembro de INTERNAT, con sede en Washington– pudimos en noviembre de 1982 ponernos en contacto con Erik Stover, uno de los científicos que dirigen la AAAS (Sociedad para el Avance de las Ciencias). Un año después, en noviembre de 1983, la AAAS nos informaba –a través del doctor Christian Orrego– que el tema que tanto nos preocupaba había sido incluido en el Simposio Anual del organismo que iba a realizarse en mayo de 1984 en la ciudad de Nueva York. Las Abuelas ya conocían esa ciudad, puesto que allí habían concurrido un año antes, al “The New York Blood Centre”, donde se contactaron con el doctor Fred. H. Allen, uno de los

médicos pediatras hematólogos que crearon el método del cambio total de sangre de los bebés nacidos con problemas de factor Rh negativo. En esa oportunidad, el científico les había informado que los laboratorios del “Blood Centre” estaban capacitados para efectuar distintos tipos de análisis de marcadores genéticos con la finalidad de establecer los posibles nexos de parentesco existentes entre las Abuelas y sus nietos. Las palabras de Allen transmitieron, sin duda, una gran tranquilidad. Las Abuelas quedaron absolutamente convencidas de la eficiencia de esa posibilidad que ante ellas se abría. Recibieron, entonces, a la delegación que la AAAS –a pedido de ellas y por invitación de la CONADEP– envió al país. Entre otros científicos, integraban ese grupo la doctora genetista de la Universidad de California, Mary Claire King”.

“Ahora bien, ¿cómo funcionan estos estudios de la sangre? En ellos, se parte de la base de que así como heredamos el color del pelo o de los ojos, la forma de la nariz o de la boca, también heredamos de nuestros padres –y de nuestros abuelos– los grupos de sangre y junto con ello otras diversas sustancias, que pueden ser medidas y cuantificadas con mucha precisión. Son elementos que se encuentran en los glóbulos rojos y en el suero. Por ese motivo es que se analizan los grupos sanguíneos, las proteínas séricas, las enzimas séricas y también –y eso es lo que constituye la gran revolución en el tema– el HLA o antígenos de histocompatibilidad. Lo del HLA, surge a partir de los estudios de compatibilidad que preceden a los trasplantes de órganos: por ejemplo, para que un trasplante de corazón sea posible de realizar, es necesario tener en cuenta la existencia de una compatibilidad entre el órgano del donante y el del receptor, pues de lo contrario se produciría un rechazo. De esta misma forma, existen afinidades también entre padres e hijos y entre abuelos y nietos. Así, los que nacen heredan de sus progenitores y de sus antepasados estas sustancias. Y ellas pueden ser precisamente cuantificadas. A tal punto, que permiten obtener detalles de identidad mucho más precisos que los que se logran a través de las huellas dactilares. Eso se debe a la gran posibilidad de combinaciones que permiten realizar. Porque, en realidad, los antígenos son algo así como las letras. Y hay 90 de ellos, diferentes, ya

descubiertos. Si con un abecedario de 28 letras nos sobran las palabras, ¿qué no puede armarse con uno de 90? Infinidad de construcciones, que pueden medirse, evaluarse y que establecen claramente la forma de heredar. De ahí la enorme precisión de estos estudios. Claro, implican el manejo de una técnica que sólo conocen los ultra especialistas: en la Argentina, sólo en 7 lugares se realizan”.

“¿Cuál es la técnica? En primer lugar, se toman muestras de sangre del chico presuntamente desaparecido, unos 10 ó 15 centímetros, lo habitual para cualquier hemograma. Después, se hace lo mismo con sus presuntos abuelos y familiares. Luego, por medio de estudios muy reglados y mediante estrictas evaluaciones matemáticas y estadísticas, se comparan todos los resultados obtenidos, hasta llegar a la conclusión –en el caso en que el chico sea realmente el buscado– de que bajo ningún punto de vista ese niño puede ser excluido de esa familia, de acuerdo a la gran cantidad de coincidencias de sustancias obtenidas. A partir de allí se elabora el llamado ‘índice de Paternidad’ o el ‘índice de Abuelismo’, el cual indica el nivel de coincidencias existentes entre abuela y nieto. Estos índices son muy elevados y precisos y se ubican en un nivel de probabilidades que roza el cien por ciento. Tanto es así, que en Estados Unidos y en Europa, con un ‘índice de Paternidad’ o un ‘índice de Abuelismo’ del orden del noventa y cinco por ciento –y de ahí en adelante– los jueces consideran irreversiblemente probado el nexo biológico entre la criatura y sus padres o abuelos. Además, a esto deben sumarse las otras coincidencias que aportan siempre las Abuelas en todos los casos que plantean: sexos similares, nombres generalmente idénticos o parecidos, fechas de nacimiento también idénticas. Se crea, de esa manera, un todo, donde cada una de las partes reafirma cada vez más la tesis que sostiene que ese chico que se está investigando es, realmente, el desaparecido buscado”.

“Bueno, nos convencimos de que las investigaciones referidas a marcadores genéticos debían realizarse en centros oficiales. Porque era el Estado el que había cometido todo el horror de la desaparición de los chicos y entonces lo justo era que también asumiera la responsabilidad de arbitrar todos los medios para solucionar sus secuelas. Además, nos dá-

bamos cuenta de que realizándolas los organismos estatales se dejaba de lado toda esa especulación económica que siempre realizan los grandes intereses privados. Por ese motivo fue que nos relacionamos con el Servicio de Inmunología del Hospital Durand. Este fue un servicio creado por el ex intendente Cacciatore, casi como un regalo para su médico personal –con quien jugaba al golf– al cual le interesaba mucho realizar trasplantes renales... Se trató de una inversión de muchos miles de dólares. Son las paradojas de la vida: el laboratorio montado por personajes del Proceso nos iba a ayudar a recuperar a los chiquitos que ellos habían ayudado a secuestrar... El equipo del Durand está perfectamente instalado. Científicos venidos del exterior aseguraron que raya a la altura de cualquiera de los Estados Unidos o de Europa. Su personal, también está muy capacitado. Y, lo principal: son buenas personas. Demostraron capacidad, interés en el tema e imparcialidad”.

“También nos pusimos en contacto con el doctor Teodoro Puga, que es Secretario de Salud Pública de la Municipalidad. Se le pidió que ésta formara una comisión de expertos para ayudar a identificar a los chicos, la cual fue creada, efectivamente, pero sin la participación de las Abuelas en sus actividades y tampoco del equipo de profesionales que las asesoramos. La creación de esa comisión es un antecedente útil... pero operativamente tiene mucho por hacer, todavía. En este momento, nuestros objetivos son dos. Por un lado, resolver los casos judiciales ya iniciados. Por otro, crear un banco de datos, que nos permita conservar toda la información genética de las abuelas y de los familiares de los niños desaparecidos. Las Abuelas irán envejeciendo, se enfermarán, se ajustarán a muy diversas medicaciones... morirán... Porque esto, va para largo. Ellas lo van a seguir hasta su último suspiro. Después, continuarán los tíos... Y después –y yo creo que mucho antes de lo que nosotros mismos nos imaginamos– lo van a seguir los propios chicos. De acá a quince años no va a ser extraño que algún chico vaya a ese banco de datos a controlar si es hijo de un desaparecido y a buscar a su verdadera familia. Va a ser tremendo, es cierto, pero se va a dar. Porque es una actitud natural y obvia: todo el que se entera que posee una familia distinta a la que lo ha criado,

va a salir a buscarla. Son los grandes agujeros de algunas vidas, que a la larga deben ser cubiertos. Las grandes preguntas que, tarde o temprano, buscarán respuesta... Para el banco de datos, en este momento estamos tratando de solucionar todas las dificultades económicas*. El grado de apoyo que en ese sentido podemos esperar del gobierno... no está demasiado claro, todavía... Sí, sus funcionarios expresan que los estudios se realizarán... pero que por el momento no disponen de recursos como para adquirir los reactivos, unas sustancias esenciales para poder llevarlos a cabo... Lo que sí estamos concretando, ya, y también con vistas al banco de datos, es la realización de los respectivos árboles genealógicos de los chicos desaparecidos, los que permitirán establecer con precisión quiénes son los más indicados, dentro de cada familia, para ser sometidos a los estudios pertinentes. Esto significará un considerable ahorro de tiempo y de recursos”.

“Otros problemas, por otra parte, deben ser solucionados también. Porque hay abuelas y familiares que residen en el interior y otros en el exterior. A los primeros, habrá que pedirles que se trasladen a Buenos Aires; en el caso de los que habitan otros países, habrá que arbitrar los medios para lograr que los estudios se realicen en esos lugares pero tengan después validez legal en Argentina... “.

“Ahora bien... además de los análisis de sangre, barajamos también otras posibilidades, de futuro. Porque estamos recurriendo a todas las vías que nos puedan ayudar para identificar a los pibes. Por eso desde hace tiempo investigamos otras áreas. Por ejemplo, la identificación morfológica. En ese rubro, orientamos nuestros esfuerzos hacia la meta de poder armar un identikit actual de los chicos secuestrados y de los nacidos en cautiverio. Va a ser una sorpresa el día en que podamos empalear las calles de Buenos Aires con los rostros de los niños desaparecidos hace ocho años y, al lado, su fisonomía actual. Esto, no es mera teoría. Ya nos contactamos con una persona que ha patentado una “Máquina de la Edad”, una especie de “máquina del tiempo”, que permite saber la cara que una persona tendrá en el futuro. Ya ha sido usada en un caso de secuestro, de un chico de cuatro años, del cual logró armarse la cara que ac-

tualmente, a los doce años, posee. Esto sucede en Estados Unidos e inventó el artefacto una pintora de apellido Burton que trabaja respaldada por computadores científicos... Otra cosa sobre la que también estamos trabajando es sobre la posibilidad de demostrar si una mujer estuvo o no embarazada. Si ello pudiera llegar a determinarse, sería fundamental desde el punto de vista judicial. Claro, comprendemos que será una tarea ardua redondear esa vía. Reconocemos que aún no hemos determinado la forma mejor de encarar esa problemática, que no tenemos aún respuesta para ese y para otros interrogantes. Pero las Abuelas están seguras de una cosa: alguien, en algún lugar del mundo, ya la tiene. Y ellas van a encontrar a esa persona”.

Vocación de búsqueda, después de todo. Y una voluntad a toda prueba. Imaginación. Iniciativa. Autocrítica. Valor y sacrificio. Esas fueron las armas elegidas por estas Abuelas, en cuyos oídos resuenan todavía las palabras que Julio Cortázar pronunciara en Nueva York en 1982, ante la Comisión Independiente sobre Cuestiones Humanitarias Internacionales, presidida por el príncipe Sadrudin Aga Khan:

“...aquellos que han desaparecido sin dejar huellas y aquellos que, unidos por lazos de parentesco o de afecto a las víctimas, siguen viviendo día a día el interminable horror de un vacío frente al cual toda palabra pierde peso y todo consuelo se vuelve irrisorio... Y lo más monstruoso y culpable frente a esto, es el silencio y el olvido... Ante ello, el sentimiento que se manifiesta casi de inmediato es el de lo diabólico. Desde luego, vivimos en una época en que referirse al diablo parece cada vez más ingenuo o más tonto; y sin embargo es imposible enfrentar el hecho de las desapariciones sin que algo en nosotros sienta la presencia de un elemento infrahumano, de una fuerza que parece venir de las profundidades, de esos abismos donde inevitablemente la imaginación humana termina por situar a todos aquellos que han desaparecido. Si las cosas parecen relativamente explicables en la superficie... queda sin embargo un trasfondo irreductible a toda razón, a toda justificación humana y es entonces que el sentimiento de lo diabólico se abre paso, como si por un momento hubiéramos vuelto a las vivencias medievales del bien y del mal,

como si a pesar de todas nuestras defensas intelectuales lo demoníaco estuviera una vez más ahí, diciéndonos: “—¿Ves? Existo. Ahí tienes la prueba”... El procedimiento de las desapariciones tiene para la represión una doble ventaja: la de eliminar a un adversario real o potencial (sin hablar de los que no lo son pero que caen en la trampa por juegos del azar, de la brutalidad o del sadismo) y a la vez injertar, mediante la más monstruosa de las cirugías, la doble presencia del miedo y de la esperanza en aquellos a quienes les toca vivir la desaparición de seres queridos... Si toda muerte humana entraña una ausencia irrevocable, ¿qué decir de esta ausencia que se sigue dando como presencia abstracta, como la obstinada negación de la ausencia final? Este círculo faltaba en el infierno dantesco... Y los niños. Niños que van desde los recién nacidos a los que ya entraban en la edad escolar. Niños cuyo secuestro y desaparición nada justificaba, como no fuera el sadismo de los raptores o un refinamiento casi inconcebible de su técnica de intimidación. Esos niños, ¿podían considerarse como subversivos, según calificaban los militares a los jóvenes y adultos desaparecidos? Esos niños, ¿eran enemigos de lo que ellos llaman patria, llenando de sucia saliva una palabra que tanto significa para los pueblos latinoamericanos? ¿Y qué ha ocurrido con esos niños, si no han muerto, en su enorme mayoría? Si quedan sobrevivientes, ¿qué pueden saber hoy lo que fueron un día, frente a los tráfico, ventas, adopciones y desplazamientos de que han sido víctimas? Si la desaparición de un adulto siembra el espanto y el dolor en el corazón de sus prójimos y amigos, ¿qué decir de padres y abuelos que en la Argentina siguen buscando, fotografías en mano, a esos pequeños que les fueron arrancados entre golpes, balazos e insultos? Vuelvo a pensar en Dante, vuelvo a decirme que en su atroz infierno no hay ni un solo niño; pero el de los militares argentinos responsables de las desapariciones está lleno de pequeñas sombras, de siluetas cada vez más semejantes al humo y a las lágrimas... Niños a quienes les llevaron padres y hermanos, entre golpes e insultos, reviven cada noche esa pesadilla que presenciaron sin poder hacer nada... para ellos, después de lo que han vivido, nada puede ser normal, ni siquiera el cariño de su familia y de sus maestros, ni siquiera los juegos, la paz y la seguridad”.

Sí, esas eran las palabras que resonaban en sus oídos. Y mientras las oían, revolviendo entre la ciudad y los recuerdos, reclamando castigos y justicia, por encima de su dolor y de sus lágrimas, las Abuelas buscaban. Buscaban y encontraban. Pero eso, es otra historia.

A MI FUTURO HIJO

Porque no duerma mi hijo
En una cama de helio
Recogeré el aire de donde queda
Cosecharé el amor de donde pueda.

Porque no pise mi hijo
Hormigueros de cemento
Ni muevan los acondicionadores
De aire sus cabellos
Buscaré un mundo antiguo
El mundo vivo y rescataré sus insectos.

Porque no turbe su sueño
El altavoz del ultramercado
Ni las luces hostiles de los seudo hombres
Destilaré mi corazón gota a gota
Luz a luz para iluminar su pieza.

Porque no enturbien el agua que beba
Porque no ensucien ni el mar ni la hoguera
Reuniré el sudor de las luciérnagas
El llanto rebelde de su padre y beberá
De las cuencas de miel de las abejas
De las vacas no contaminadas
De las napas profundas de la tierra.

Porque no lllore sus sueños sobre fórmicas o acrílicos
Tallaré los bosques y encontraré las piedras.

Porque no alimenten su mente
Teoremas de vida muerta
Ni atesoren sus ojos la visión de las planillas
Noche a noche, día a día te mostraré si es que quedan
Las estrellas, el movimiento circular de los planetas
Los hombres en guerrillas si es que quedan...
Si es que quedan hijo mío.

Para ese día si tú y yo quedamos, prometo:
Que te llevaré a ver el zig zag de las culebras
El parido de una oveja, si es que nos dejan
Si es que nos dejan, hijo mío
Los supercomputadores. Wall Street, la justicia ciega.

Andaremos los caminos
Yo, con ojos asombrados
Tú con ojos limpios, nuevos
Andaremos los caminos palmo a palmo, tierra a tierra
Si es que para ese día tú y yo quedamos
Si es que nos dejan, si es que nos dejan... Hijo mío...

MARIA DEL CARMEN GUALDERO DE GARCÍA

Secuestrada el ocho de junio de 1976 junto a su pequeño de nueve meses de gestación, no nacido aún. Ambos continúan detenidos desaparecidos.

Parte dos: **Los reencuentros**

Capítulo 9

Los primeros niños que las Abuelas lograron ubicar, fueron las hermanitas Tatiana Ruarte Britos y Laura Malena Jotar Britos. Ambas –junto con sus padres, Alberto Javier Jotar y Mirta Graciela Britos– habían concurrido a la casa de su abuela –María Laura Yribar de Jotar– el 15 de octubre de 1977. El 17 de ese mismo mes, se festejaba el Día de la Madre y por eso los visitantes prolongaron su estadía en el lugar. En la fecha indicada, se descorcharon sidras y se sacaron fotografías, toda la familia reunida en la cabecera de la mesa. Hasta se hicieron planes de futuro. Eran las pequeñas alegrías de las gentes humildes, después de todo. Sentadas en el suelo, las chicas armaban y desarmaban rompecabezas. Ignoraban que unas pocas horas después, el dolor iba a instalarse insoportablemente en medio de sus vidas.

En efecto, el 24 de octubre la comisaría de la localidad de Billinghamst comunicaba al Juzgado de Menores N° 2 que el oficial José María Restagno había encontrado –en el transcurso de la jornada– a eso de las 15 horas, a un costado de la Avenida Márquez, a una nena de unos tres años, acompañada por otra de aparentemente cuatro meses. Estaban perfectamente abrigadas y aseadas. Demostraban poseer un excelente estado de nutrición. La más grande dijo llamarse, en su lenguaje ‘a media lengua’, Tatiana ‘Duarte’. De su pasado, no quedaban vestigios. El 31 de ese mismo mes, el juzgado ya ordenó la internación de ambas: el 3 de noviembre, con ojos desmesuradamente abiertos y lloriqueando, la mayor ingresaba al Instituto Sbarra –Casa Cuna– de la mano de una desaprensiva funcionaria que cuanto antes quería terminar con esa tarea que se la había encomendado. La menor, por su parte, hacía lo propio en el Instituto Remedios de Escalada, de Villa Elisa. Antes habían sido revisadas por el doctor Mario Esquivel, quien diagnosticó el muy buen estado psicológico de las menores quienes, dicho sea de paso, fueron caratuladas como NN. A pesar de que la mayorcita dijo, sin duda alguna, apellidarse ‘Duarte’.

Los jueces, sin embargo, no se hacían demasiado mala sangre. Ya que estaban, impusieron también sendas fechas de nacimiento a cada una. Para Tatiana, eligieron el 12 de octubre de 1973 y para Laura Malena el 17 de julio de 1977, según consta al menos en el Tomo 4/3, año 1978, folio 7 y 38 vto., números 1369 y 1362 de la Delegación San Martín del Registro de las Personas.

Transcurrieron unos meses veraniegos, contemplados tristemente por Tatiana desde atrás de los vidrios no muy limpios del ‘hogar’. Cuando pasaron los calores, el 20 de marzo de 1978, con todo, su vida y la de su hermana comenzarían a cambiar. Es que ese día se presentó al juzgado el matrimonio integrado por Carlos José Sfiligoy —nacido el 6 de junio de 1930, de profesión ingeniero civil y consultor de Vialidad Nacional, con una renta mensual declarada de \$ 250.000— y por Inés Nélda Tancar Ravbar —nacida el 20 de marzo de 1933, de profesión profesora de lenguas y empleada de la facultad de Medicina, con un ingreso mensual del orden de los \$ 200.000—. Se domiciliaban en el pasaje Agustín Álvarez 4897 —de la Capital Federal— y solicitaban la guardia provisoria, con fines de adopción, de Tatiana Ruarte Britos. En el lugar, se llevaron una sorpresa: les informaron que esa nena tenía una hermanita. Ellos, decidieron adoptarla también, les pareció un crimen separar a las chicas. Pero había un problema: otro matrimonio ya se había interesado en Laura y ese día, justamente, iría a conocer a la criatura. La tal pareja, efectivamente, cumplió con su visita pero al ver a la niña se descorazonó: era muy morochita y ellos buscaban otra ‘mercadería’, más nórdica quizás. Sabían ‘comprar’ y no se quedaban con lo primero que cualquiera les mostraba. De todas maneras, esa actitud favoreció a los Sfiligoy, que de esa forma pudieron acceder a Laurita también. Y ayudó a las pequeñas, que no se separaron. Cuando llegaron a su nueva casa, Tatiana dio tres vueltas alrededor de la cunita de Laura Malena, la miró fijamente y acto seguido la reconoció como su hermana. La pareja se sintió todavía más contenta: tiempo después iba a solicitar —y a obtener— la autorización para que las niñas usaran el apellido Sfiligoy. Todo parecía estar en orden.

Sin embargo, muy lejos de allí, María Laura de Jotar sufría profundamente. Vivía en la incertidumbre, ignoraba la suerte que habían corrido su hijo, su nuera y sus nietitas. Debía buscarlos, estaba segura de eso, pero no la ayudaban ni la edad ni su soledad. Tenía temor, por otra parte, y nadie en su familia la

respaldaba. Ni siquiera se atrevía a comentar su caso con la gente del barrio: sólo decía que su hijo ‘estaba lejos’ y que por eso nunca más había venido a visitarla. En la intimidad, recordaba aquel Día de la Madre último que habían pasado juntos y, en esos casos, se secaba tímidamente los ojos con pañuelos casi transparentes de tantos lavados. Le parecía ver corriendo a Tatiana a lo largo del pasillo de su casa humilde de Berisso, directamente hacia sus brazos, que la esperaban abiertos. Reviviendo a diario esos momentos, iba desmejorando a pasos agigantados: la tristeza es, también, una enfermedad. Su hija, preocupada, comentó su caso al doctor Julio Pose, médico pediatra de La Plata, al cual conocía. El doctor Pose estaba acostumbrado a tutearse con la pena: él mismo tenía dos hijos desaparecidos. Lo primero que hizo, al enterarse del drama de esa mujer ya anciana, fue avisarle por teléfono a las Abuelas. Dos de ellas la fueron a ver:

“Nos recibió con muchísimo miedo. Nos preguntó si éramos de la policía, si estábamos averiguando de su hijo... Desconfiaba, permanentemente. Pero, no obstante, nos dio todos los datos. Cuando volvimos a verla, ya entró más en confianza. Ella daba por desaparecidas a las nenitas en el mes de diciembre de 1977, porque su hija, para las fiestas –al ver que no aparecían ni su hermano, ni su cuñada, ni sus sobrinas– había inventado una llamada telefónica de Alberto en la cual este avisaba que para fin de año no irían por la casa dado que estaban enfermos. La abuela Jotar lo creyó, por lo menos en un primer momento... y se quedó conforme. Pero, a medida que el tiempo seguía transcurriendo, comenzó a sospechar cada vez más... Su salud, se fue entonces resquebrajando más, porque ya era bastante precaria: diabética, sufría del corazón. Aparentaba más edad –y hablamos en pasado porque el 21 de setiembre del 1983 falleció– y necesitaba mucha compañía. Era inteligente y muy suspicaz, pero había que acompañarla, por ejemplo, a todos lados, porque no sabía viajar. Nosotras, le dimos un gran apoyo. Ella, poco a poco, nos fue abriendo su corazón. Nos mostró un roble que había plantado con su hijo, muy poco tiempo antes de que este desapareciera... ese árbol, para ella, era el símbolo de Alberto. Veía crecer las hojitas, crecer nuevas ramas y era

como si su hijo se hiciera presente a través de esos actos de la naturaleza. Hablaba con el árbol diariamente... sólo en sus últimos días, cuando ya se sentía morir, dejó de ir al fondo, a verlo... Además, había guardado ropa de su hijo también, y nos recomendaba: –El día en que mi hijo regrese –nos decía– ¿ustedes le van a buscar trabajo? Búsquenle trabajo, por favor. Y esta ropa que está colgada, díganle que yo se la guardé, para que tenga algo para ponerse... Cuando aparecían listas, decía: –¿Será cierto que hay desaparecidos que están vivos? A mí, me parece que no... pero ¿será posible que están todos muertos?...

Bueno, en esa época –ya era el año 80– la acompañábamos a todos los trámites que era necesario realizar. Obtuvimos muchos datos y, entre ellos, la partida de nacimiento de la nena menor: allí figuraba el domicilio, en Villa Ballester, calle Villarreal 562... porque hasta ese momento, no sabía el lugar en que su hijo vivía. En fin, a Villa Ballester fue solita, la abuela Jotar. Recorrió el barrio. Fue a la casa. Habló con los vecinos, especialmente con un carnicero de la zona. Éste le contó que el día que secuestraron a su hijo había como una fiesta en la casa, como una reunión, con guitarra y cantos. Le dijo también que a su nuera y a sus nietas no se las habían llevado de allí, sino de un ómnibus, posiblemente ese mismo día. Le comentamos este caso a la doctora Pegenaute –la asesora de Menores de La Plata– y ella nos sugirió que fuéramos a ver al juez de Menores de San Martín, juzgado del cuál dependía Villa Ballester. Hasta nos dio una tarjeta de presentación para el doctor Bialade, que era asesor de menores en ese momento. Lamentablemente, nunca lo encontramos. Pero le dejamos las partidas de nacimiento, fotos, carpetas con datos de chicos desaparecidos... y el pedido de búsqueda de las criaturas”.

El doctor Bialade resultó ser una excelente persona. Se interesó mucho en ese asunto que había caído en sus manos y habló a menudo del tema con el juez, doctor Basso. Al poco tiempo, una asistente social golpeó las manos en la casita de la abuela Jotar. La recibieron acogedoramente y ella comenzó a interiorizarse de la situación de la familia y del interés que manifestaban sus miembros por recuperar realmente a las chiquitas. Era, a todas luces, la elaboración de

un verdadero informe ambiental. Al rato, la joven investigadora se retiró y días más tarde María Laura de Jotar abrió, nerviosamente, una citación judicial que acababan de depositar en sus manos. Las Abuelas la acompañaron al juzgado. Eran viejas conocidas del juez Basso. Muchas veces habían hablado con él antes y le habían –sin pausa– removido la conciencia. Entre otras cosas, le hicieron notar la tremenda responsabilidad que él y todos los magistrados tenían en sus manos:

–Tenga en cuenta, doctor –puntualizaron– que estos niños algún día van a crecer. Y ese día, la búsqueda se invertirá: saldrán a buscarnos ellos a nosotros. Queremos ahorrarles ese sufrimiento... Por lo visto, esas palabras se habían grabado en el ánimo del hombre que tenía que decidir sobre el futuro de Tatiana y Laura Malena. Era el 19 de marzo de 1980 y el juez indicó a la abuela Jotar que tomara asiento. Después, le puso adelante las fotos de dos niñas, de frente y de perfil:

–¿Son esas su nietas?–, le preguntó.

Para la abuela, fue un impacto terrible. Tenía frente a sí a dos chicos que no se parecían demasiado a sus recuerdos. Eran unas nenas de cabellos muy cortos, casi como rapados. Estaban muy delgadas. Dudó. Estela de Carlotto, que estuvo presente en la entrevista, rescata de esta forma esa reunión, hurgando en la memoria:

“Para mí, no cabía ninguna duda de que eran sus nietas. Pero ella, dudaba. Le dije: –Laura, son sus nietas. Mírelas, por favor: esta es Tatiana, esta otra Laura Malena. No cabe la menor duda. Ella me contestaba: –¿Le parece, Estela...? Y yo: –Sí Laura, fijese... En ese momento, intervino el juez: –Tenga en cuenta, señora, que estas nenas aparecieron en la época en que usted perdió a sus nietitas. Según la policía, aparecieron abandonadas en una plaza, en muy buen estado de nutrición y vestimenta. Yo, las interné en un instituto de menores y ahora están viviendo con un matrimonio. Entonces, le dije al juez: –Doctor, creo que no caben dudas... A propósito, ¿cómo se llaman las nenas? Respondió: –Una, se llama Tatiana y la otra, Laura. Contesté: –Pero doctor, entonces ni le pregunte a la abuela. ¿Qué duda cabe, si hasta tienen el mismo nombre? Son herma-

nitás, tienen la misma edad de las otras... ¿Por qué, entonces, hace dudar a la abuela? Ahí, no preguntó más. A esa altura, la abuela Jotar estaba ya presa de un estado de ansiedad: –Señor juez –dijo– quiero ver a mis nietas... El juez le contestó, de inmediato: –Bueno, si usted promete guardar las apariencias, enseguida le mostraré a las chicas: están, junto con el matrimonio, en esta habitación de aquí al lado. O sea que a él evidentemente, no le cabía la menor duda: hasta los había citado ya, de antemano... Bueno, la abuela Jotar entró a esa habitación, donde simulaban revisar a sus nietas, para que ellas no sospecharan nada raro. La más chica, de unos tres años, estaba en brazos de su presunta madre. Tatiana, ya de ocho, pegó un respingo cuando la abuela apareció en el marco de la puerta. Ella también se impresionó muchísimo: Laura Malena, sobre todo, era el vivo retrato de su hijo”.

De ahí en adelante, todo iba a ser cuestión de tiempo. Poco a poco las vallas se superaron y la confianza hacia su abuela fue naciendo en las niñas. Sentadas debajo del roble, Laura de Jotar les habló de su padre, que cada primavera rebrotaba en esas ramas. Tatiana sintió también la interna conmoción de los recuerdos, que confusamente vagaban, inolvidables, por su alma: –Y a mamá, se la llevaron unos hombres, pegándole y encapuchada. Se despidió de nosotros con un beso. Y llorando –dijo–. Que por lo menos ellas, de ahora en adelante, no tengan que llorar.

Tampoco Juan Pablo Moyano llora más ahora. Antes, sin embargo, ha llorado mucho. Natividad de Moyano, su abuela, remonta paso a paso la entremezclada trama de esa historia:*

“El padre de Juan Pablo, mi hijo Edgardo Moyano, desapareció el 17 de agosto de 1977. Nunca supe la forma en que lo secuestraron: muchos años más tarde apenas si me contaron que pasó por la ESMA, donde fue torturado. Al otro día, la represión también se llevó a mi otro hijo. Yo me enteré recién a los días de la desaparición de Edgardo, porque mi nuera –Elba Altamirano– me lo ocultó, para que no sufriera. Me siguió enviando a Juan Pablo, como siempre. Sabía que yo estaba muy triste y que eso

* Natividad Moyano es la abuela de Juan Pablo Moyano, localizado en 1983.

para mí era un consuelo. Después, debió tomar muchas precauciones y dejó de verme y de mandarme a mi nieto, aunque me prometió que, estuviera donde estuviera ella con su hijo, siempre me iba a tener al tanto. Efectivamente, en la navidad de ese año, recibí una tarjeta, aunque en la misma no me decía en donde estaban viviendo. Yo tenía esperanzas de que hubiera tenido suerte y se hubiera podido ir del país –como hizo mi otra nuera– pero no fue así. En realidad, estaba viviendo en la localidad de Munro y allí la secuestraron: fue a principios de 1978. Me quedé con el regalo para el cumpleaños de Juan Pablo comprado y ya no se lo pude dar. Todo eso implicó para mí un tremendo sufrimiento. Pero, tengo que decirlo, estoy plenamente orgullosa de mis hijos. No faltó quien dijera que eran subversivos: para mí, eran patriotas. Todo lo que hicieron, lo hicieron por los demás. Dijeron también que estaban equivocados: pero eso, sólo Dios y la historia lo dirán. De todas maneras, no siento ni odio ni rencor por sus secuestradores. Sólo quiero justicia”.

Esa noche de los primeros meses de 1978, se pierden los rastros de Elba Altamirano. La última imagen que de ella guardan sus vecinos se refiere a una chica joven, parada junto a un Falcon, con las piernas muy separadas y obligada a apoyar las manos contra el techo del auto. Segundos después, la introducirían en él. Un uniformado iba un rato más tarde a tocar el timbre en la casa de un vecino, con una niña de ocho años de la mano –hija de una compañera de Elba, que estaba casualmente en la casa en el momento de producirse el allanamiento y más tarde fue retirada por su madre– y un bebé en brazos:

–Acá le dejo estos chicos–, le dijo a la azorada mujer que lo atendió. Y agregó, como para tranquilizarla: –En un rato los pasamos a buscar.

No volvieron. La niña, se fue con su familia. Antes de despedirse, informó que ese chico se llamaba Juan Pablo. Apenas eso. El matrimonio dueño de casa, se miró preocupado. No sabían exactamente qué hacer y no tenían demasiados recursos como para hacerse cargo de esa criatura. Al otro día, el hombre la abrigó y la llevó al juzgado de Menores. Allí le dijeron que podía dejarlo si quería, pero entonces sintió una honda lástima por Juan Pablo: no era una cosa, después de todo. Era un ser humano, alguien que no podía depositarse en un estan-

te. Se lo trajo de vuelta hasta su casa. A los ocho días, lo citaron desde los tribunales; parece ser que le habían encontrado una familia nueva al chiquitín. De esa manera, Juan Pablo Moyano pasó a vivir en Vicente López, con dos mujeres solas. La mayor de ellas era una enfermera soltera, de cerca de cuarenta y cinco años, empleada en el Policlínico Ferroviario y llamada Sofía Tula. La menor, era su hija, Miriam Tula. Tiene actualmente diecinueve años, es dueña de una tiendita, su trato es agradable, su pelo renegrido, le gusta vestirse a la moda, todos coinciden en afirmar que es muy atractiva. Tuvo dos hijos, que recién están creciendo. Ni ella ni su madre aceptan la teoría que asegura que recibieron al chico de manos del juzgado. Prefieren ofrecer otras historias al respecto, explicaciones que no son del todo claras y que, más bien, se contradicen entre ellas. Así, en ocasiones afirman que Juan Pablo les fue regalado por un militar al cual Sofía Tula había ido a aplicar una inyección: parece ser que en ese momento la criatura lloraba mucho, ella preguntó a qué se debía el llanto y le contestaron que los motivos no los conocían pero que, si así lo deseaba, podía llevársela nomás, con toda confianza. Otras veces, en cambio, dicen que el niño fue un obsequio que les hizo un mecánico de aviones. Y no faltan oportunidades en las que sostienen que se los entregó una asistente social que concurría a la casa. Pero lo concreto era que Juan Pablo estaba allí, con el apellido Tula a cuestas y con una partida de nacimiento del día 16 de Julio de 1976: el médico que le calculó la edad sabía ciertamente su oficio, porque el chico había visto la luz por primera vez el 26 de agosto de ese año.

Por entonces, la vida de Pablito –como comenzaron a llamarlo– no era un lecho de rosas, precisamente. El trato que recibía era pésimo. Sus presuntas madre y hermana, respectivamente, salían muy temprano de la casa y solían volver a ella demasiado tarde. En el interín, el niño se ocupaba de sus no menos presuntos sobrinos: les cambiaba los pañales, les preparaba las maderas, se quedaba el día entero con ellos adentro de la casa. Para comer, sólo le dejaban –las Tula– acelgas hervidas. Pablito se asustaba de esa soledad, a veces, y huía hacia la calle. Los vecinos lo miraban con lástima. Y más lástima sentían cuando escuchaban las palizas que recibía. O cuando las mujeres lo encerraban castigado horas y horas en un baño, “para que te coman las arañas”, según le explicaban antes de girar la llave, con no poco sadismo. Con similar actitud

era que le pegaban, sirviéndose para ello de una sólida percha de metal. La represión pareció llegar al máximo el día en que el niño se comió unos caramelos que estaban reservados para convidar en las grandes ocasiones. Esa tarde, Sofía Tula lo azotó especialmente, lo tomó del pelo y lo arrojó violentamente contra el piso: la frente de Pablito se partió y hoy exhibe todavía allí la correspondiente e imborrable cicatriz. Esto ya no pudieron tolerarlo los ocupantes de las casas linderas y denunciaron a la mujer, por malos tratos. El resultado fue que madre e hija decidieron emigrar a otro barrio: se instalaron en Victoria, entonces, muy cerca de Tigre. Por supuesto, Pablito fue con ellas. Estaba convencido de que eran, realmente, su madre y su hermana.

En Victoria, su suerte no cambió. Siguieron los golpes y las tareas desproporcionadas para su edad, a toda hora. Se habían instalado los cinco en una casa pobre, con un patio excesivamente descuidado en cuanto a limpieza se refiere y una puerta de metal. El chico vestía harapos, ostentaba costras de suciedad a la altura de los tobillos y otro tanto sucedía con sus “sobrinitos”, envueltos en rebozos percutidos y deglutiendo sentados sobre descascaradas baldosas unas tibias mamaderas patinadas de grasa. Muy lejos de allí, mientras tanto, en su casa de Adrogué, Natividad de Moyano no había comenzado aún la búsqueda. Temía por la vida de sus otros hijos. Se había asesorado con abogados de su confianza, que le habían recomendado no hacer nada: “—En todos lados te van a decir que no saben nada de los muchachos”, le explicaban. Lo mismo le repitió un obispo, que le recomendó paciencia, fe y muchas oraciones. Recién en el 81 se iba a conectar con las Abuelas. Para ellas, se trató de otro caso igual a los demás, que enfocaron con seriedad y cariño. Pero no lograban enhebrar ninguna punta para comenzar a desenrollar ese pesado ovillo. Pasaron los meses y la apertura política comenzó a redondearse cada vez más en la Argentina. Algunas publicaciones empezaron a estampar en sus páginas las fotos de los niños desaparecidos. Entre ellas la “Revista 10”. Uno de sus ejemplares fue el que llegó una tardecita a manos de un empleado de los ferrocarriles, hombre ya maduro. Cuando vio la imagen de ese chico de pelo renegrido e inolvidables ojos como carbones, supo que era Pablito. Lo había conocido hacía ya tiempo, en una época en la que mantuvo relación con la familia Tula. Sin embargo, dudó acerca de los pasos a dar. Llamó a un sobrino suyo —que

había tenido contacto con el pibe— y éste opinó, sin debilidades: —Tío, vos y yo sabemos que es Pablito. Hay que avisarle a los que lo están buscando... Después, cada uno hizo una llamada telefónica: el muchacho, a la revista y el hombre a las Abuelas.

Raquel de Marizcurrena atendió al ferroviario. Pegó un salto en su asiento cuando escuchó el mensaje que éste le transmitió. Después, se puso su tapado, tomó la cartera y salió a la calle. Era un sábado de abril de 1983. Se encontró con el informante en el mismo barrio de Victoria. Ella, conocía bien la zona. Se reunía cerca de allí desde hacía bastante tiempo —en la iglesia del Colegio Don Orione— con otros familiares de desaparecidos: el anciano padre Juan era tolerante con ellos, pero su reemplazante —el padre Andrés— si bien nunca les puso mala cara comenzó a colocarles ciertas piedras en el camino, a obligarlos a celebrar sus encuentros en patios descubiertos en invierno o en piezas diminutas en verano, por ejemplo. Raquel de Marizcurrena recordaba estos avatares y sonreía casi mientras avanzaba hacia su cita. A eso de las 9 de la noche, estrechó la mano del individuo que durante algunos meses había compartido el mismo techo con Pablito. Juntos estuvieron parados delante de la casa o caminando por adelante de ella. La noche era fría y lloviznaba, el sitio rezumaba pobreza y las veredas estaban rotas, una alta pared impedía ver luces o movimientos en el interior de la vivienda. A las diez, se fueron. Al otro día, temprano, Raquel de Marizcurrena telefoneó a María Isabel de Mariani y le adelantó las novedades. El lunes a mediodía, las dos estaban de nuevo en el lugar. Volvía a lloviznar y arreciaba el frío. No había un alma en la calle. Golpearon en la puerta de chapa. Desde adentro, se oyó una vocecita:

—¿Quién es?—, preguntó.

María Isabel de Mariani codeó a Raquel de Marizcurrena y le dijo en voz baja:

—Ese, es Pablito.

—¿Cómo sabés?—, le contestó su compañera.

—Porque esa voz coincide con la carita de las fotografías. No tengo duda alguna—, fue su respuesta. Después, le dijo al niño:

—Somos unas señoras que tenemos que hablar con tu mamá.

—Mi mamá no está. Está trabajando.

–Y, ¿no hay nadie en tu casa, que nos pueda recibir un momentito?

–Está mi hermana...

–Decile, por favor, si nos puede atender un minuto. Porque venimos de muy lejos.

Ese fue, poco menos que textualmente, el primer diálogo que Juan “Pablito” Moyano tuvo con esas Abuelas que desde hacía años lo estaban buscando. Acto seguido, una voz de mujer joven –también hablando desde adentro de la casa– reemplazó a la del chico:

–Sí... ¿qué deseaban?

–Mirá, deseáramos hablar con tu mamá.

–Ella no vuelve hasta las tres de la tarde... ¿Por qué asunto es?

–Es por Pablito...

Después de esta frase, un silencio de hielo congeló el patio interior de la vivienda. A los pocos segundos, se oyeron ruidos de pasadores descorridos y apareció Miriam. Se paró en el umbral y cerró la puerta detrás suyo. Pero en ese mínimo retazo de tiempo, María Isabel de Mariani pudo ver, fugazmente y por la rendija, la imagen del niño: el pelo renegrido y, más que nada, los ojos tan oscuros, hablaban por sí solos. La búsqueda había llegado al final. Miriam Tula, mientras tanto, se mostraba nerviosa, pero su trato era amable. Pidió hablar de la manera más discretamente posible porque –dijo– “Pablito no sabe que no es hijo de mamá”. Se conversó, entonces, a media voz. Las dos mujeres relataron su historia, la muchacha dio sus explicaciones y remarcó una cosa: recién acababan de terminarse los trámites merced a los cuales Pablito les había sido entregado en adopción. Las Abuelas escucharon la novedad pero se reservaron su opinión. Se despidieron y quedó concertado que al día siguiente Sofía Tula pasaría por la sede, para buscar soluciones al asunto. María Isabel de Mariani, años después del hecho, reflexiona: –Es que las Abuelas, al principio de nuestra actuación, hemos pecado muchas veces de ingenuas, de crédulas. Aceptamos, a veces, historias inverosímiles y se nos mintió a gusto. ¡Era imposible que esa señora fuera a vernos al otro día! ¡Sin embargo, la estuvimos esperando...! Ahora, el duro aprendizaje nos ha vuelto más astutas. Actuamos con decisión y de improviso.

Antes de retirarse, las Abuelas pidieron a Miriam que les permitiera ver al chico. Ella lo llamó y apareció Pablito. Su sonrisa era hermosa, se trataba de

un niño muy simpático. Estaba demasiado delgado y sus pies descalzos se apoyaban en el barro. María Isabel de Mariani le acarició el pelo y al levantarlo el flequillo apareció la cicatriz:

–¿Y ésto?–, preguntó.

–Se cayó– dijo Miriam mientras Pablito se queda callado. Recién después habló:

–Y ustedes, ¿quiénes son?

–Somos unas maestras que estamos averiguando acerca de los chicos de la zona. A vos, ¿te gusta la escuela?

–Me gusta dibujar. Me gustan los lápices de colores.

–Entonces –le contestó Mariano– la próxima vez que te veamos te voy a traer una caja, de regalo.

–Bueno. Pero acordate...

Fue el final de la charla. Las mujeres llegaron a la Casa e informaron todo lo acontecido: aquello fue un loquero, como siempre sucede cada vez que un chico es ubicado. Pero inmediatamente después de los festejos, de nuevo se sumergieron en el trabajo: todavía quedaba mucho por hacer. Mirta de Baravalle –que desde hacía ya tiempo venía manteniendo extensas conversaciones con la abuela Natividad –“Nati”, como ella la llamaba– viajó hasta Adrogué, para darle la noticia. No la encontró, pero le dejó un mensaje en la ventana: al otro día tenía que estar en el local, bien tempranito. Y al otro día estuvo allí Natividad de Moyano, acompañada por sus dos hijas y por una abogada amiga suya. Esa jornada, la pinta milimétricamente María Isabel de Mariani:

“Estábamos excitadas, aunque no tensas. El día anterior, esta señora Tula no había aparecido por nuestra Casa. Muy bien, entonces seríamos nosotras las que volveríamos a verla. Sabíamos que debíamos llegar cerca del mediodía, porque a esa hora Pablito estaba seguramente en la casa. Así que partimos hacia allá en dos autos. En uno, viajaban la abogada de la familia Moyano y una de las tías de Juan Pablo: su misión era dirigirse al juzgado, para comprobar si la adopción realmente existía; después, debían trasladarse hasta el domicilio de las Tula, en donde nosotras las estaríamos esperando. En el otro auto, viajábamos la abuela “Nati”, otra de las

tías del chico, Estela Carlotto, yo y una periodista de la “Revista 10”. Y quisiera extenderme un poco en este punto... Habíamos encontrado a Juan Pablo, gracias a una nota que esta chica había redactado para esa publicación: fue una nota excelente y, en ese momento, muy importante. Estábamos muy contentas con la periodista. Tanto, que le habíamos regalado una insignia –una hojita de maple, árbol típico de Canadá– con que las Abuelas condecoramos a quien encuentra uno de nuestros nietos... Esa mañana, la periodista me entregó un papel en el cual estaba consignada una denuncia sobre el paradero de Pablito, efectuada por un policía a la “Revista 10”. Todavía, yo le dije: –¡Qué increíble! ¡Justo lo hemos ubicado y ahora llega otra denuncia!... ¿Quién nos va a creer que nosotras fuimos las que lo ubicamos? No dijo nada. Pero unos días más tarde, al aparecer el próximo número de la revista, en ella se decía que ellos eran los que habían encontrado a Pablito, gracias a esa denuncia del policía, un hombre que estaba residiendo en La Banda, Santiago del Estero. De esa forma se falseó la noticia y se nos quiso dejar como verdaderas mentirosas, porque ya habíamos dado a publicidad un comunicado donde poníamos al tanto, a la población, de que habíamos hallado al chico. Para nosotros, eso fue una traición, algo muy doloroso, que nunca podremos olvidar... En fin, llegamos a la casa. Era el 12 de abril de 1983. Nuestro auto arribó antes. Bajamos y volví a golpear la puerta. En esos momentos, recordé que la tía que había viajado al juzgado llevaba los lápices de colores prometidos, pues había pedido regalárselos ella. En eso estaba pensando cuando se oyó la voz de Pablito, preguntando quién era. Le dije: –Somos las señoras que estuvimos el otro día. El me respondió que le habían dicho que no le abriera la puerta de la calle a nadie. –Pero... soy la abuela que te prometió los lápices de colores, intenté. Inmediatamente abrió, entonces, y apareció un Juan Pablo exultante. Nos miró a todas, muy sonriente. Ahí, le tuve que confesar que no tenía los lápices. Pero le di unas galletitas del paquete que le había traído de regalo su abuela “Nati”. Lo alzó en brazos la tía. Después, se lo pasó a Natividad. Esta, no le dijo que era su abuela, le dijo simplemente que era “una Abuela”. Yo la noté que estaba muy conmocionada y temí que se desmayara. Entonces, le dije: –Deja

que lo tenga yo un poco a Pablito... El chico vino conmigo, pero se desprendió muy lentamente del cuello de la abuela y, aún en mis brazos, continuaba mirándola muy fijamente. Yo lo tenía contra mí, pero sentía que él estaba aún con su abuela verdadera. Era como si desde muy lejos le llegara algo. No podía recordarla intelectualmente, por supuesto, pero la recordaba visceralmente, se habían despertado en su interior esas reminiscencias que son sensaciones más bien, olores y timbres de voz que se graban en todos los bebés...

Natividad, por su parte, no tuvo ninguna duda de que era su nieto... Bueno, nos fuimos. Pablito volvió a cerrar la puerta y se quedó comiendo las galletitas. Nosotras, nos fuimos a la tienda de Miriam. Esta vez, nos trató algo agresivamente, nos dijo que nunca nos iban a devolver a chico. Lloraba y decía que Pablito era su hermano. La hija de “Nati” le habló pausadamente, le prometió que iban a poder seguir viéndolo, que no se lo querían arrancar, pero que debía volver con su verdadera familia. A todo esto, la otra tía y la abogada llegaban a la casa, volvían a golpear, volvían a hablar con Pablito, éste volvía a abrir la puerta para recibir los lápices de colores... Después, nos juntamos todas y ellas nos transmitieron las novedades que habían obtenido en el juzgado. Efectivamente, el juez Fugaretta –que ahora ha sido ascendido a camarista, vaya uno a saber por qué– les había otorgado la guarda. Y lo había hecho sin cumplimentar antes los trámites legales: por ejemplo, no publicó la foto del niño en la prensa, no realizó el informe ambiental de la familia a la cual éste iba a ser entregado. Además, sabiendo que estábamos buscando a esa criatura desde hace años –porque le habíamos dejado nuestra carpeta completa en varias oportunidades– nunca nos dijo una palabra acerca de que figuraba en sus expedientes. Sí, conocemos al doctor Fugaretta”.

A partir de fines de julio de 1985, Juan Pablo Moyano comenzó otra vida, restituido al seno de su familia verdadera. Natividad de Moyano analiza este proceso:

“Pablito se entregó de inmediato a nosotros, sin reticencias. Desde un primer momento y sin presiones de ninguna índole, comenzó a llamarme

abuela. Al principio, el juez me estableció un régimen de visitas. El primer fin de semana que pasó con nosotros, lo fui a buscar un sábado a la mañana. Se mostró desenvuelto, entusiasmado, contento. Hablaba todo el tiempo y preguntaba cosas. Cuando pasamos por Lanús, le gustó mucho el lugar y yo le expliqué que ahí había nacido él. Cuando llegamos a casa, no lo podía creer: –¿Y esta es mi casa? , dijo. Ese sábado, se quedó a dormir. Se bañó: jamás había entrado a una bañadera, recuerdo que tenía la piel como escamosa. No tenía idea de que existían comidas elaboradas: siempre había comido nada más que panchos, sándwiches de salame, acelga hervida y Patys. Pero se fue adaptando rápidamente: a la segunda visita, ya no quería volver a Victoria. Comenzó a conocer a su familia. Era una realidad absolutamente nueva para él. Le parecía que todos los Moyano del país tenían algún parentesco con él. Recuerdo que un día hablaba Whebe por la televisión y él quería verlo. Yo le dije: –¿Pero para qué querés ver a ese tío tan feo? Y él me respondió, muy sorprendido: –Cómo, abuela, ¿ese también es tío mío?... Sí, se adaptó muy rápido. A tal punto, que ni se acuerda de su otra familia. A esa señora que lo crió, le dice la señora Tula. Hay momentos en los que tiene miedo, todavía, de que venga a pegarle. Una vez, ella lo llamó por teléfono y le dijo que iba a venir a visitarlo. Y entonces Pablito le contestó: –No, no... Aquí no vengas, porque... ¿sabes qué pasa?... Este lugar es muy chiquito y no entra más gente ya... De su pasado y de sus padres, le hemos contado la verdad, una verdad que él pueda entender, por supuesto. En ese sentido, esa chica Miriam actuó muy pero muy mal, porque cuando vio que nos iban a entregar irremediabilmente al chico, le dijo: –Hasta ahora estuviste con nosotras porque tu padre y tu madre eran personas malas, que ponían bombas y mataban a la gente, hasta que los mataron a ellos. Pero Pablito no le creyó demasiado esa historia, es un chico que ha madurado mucho, probablemente por las difíciles situaciones por las que debió atravesar. Y siempre me dice: –Yo sé una cosa, y es que mi mamá no me abandonó... Todas las mañanas reza por el papá, la mamá y el tío. A veces, me dice: –Abuela, ¡qué lindo sería que vinieran papá y mamá de vuelta! Mirá si llegan acá, una mañana... Yo, oriento el asunto para el lado de la risa: –Ah –le digo– si vienen,

sería muy lindo... Además, yo les diría: –Bueno, acá tienen a su hijito, hasta ahora se los cuidé, ahora ténganlo ustedes... Él, en esos casos, me responde: –No, abuela... mejor nos quedamos todos acá... Pero no puede hablarse, tampoco, de que viva con una perenne obsesión en ese sentido. Me pregunta, sí, si volverán. Y yo le contesto: –Mirá, si yo te dijera que con toda seguridad van a aparecer, te miento. Y si te digo que no van a venir más, te miento también. Hay que esperar que pase un poco el tiempo y se aclaren muchas cosas... Vos, no te hagas grandes ilusiones... Es difícil, realmente... También me pregunta cómo era el padre cuando era chico, o las cosas que hacía la madre cuando era niña... Yo le cuento cosas. Pero, de lo que jamás hablamos delante de él, es de los represores. No exteriorizamos en su presencia todo la que tenemos adentro, porque no queremos que crezca resentido, que se críe en medio de la amargura. Creemos que de esa manera facilitamos su integración a esta nueva realidad que debe enfrentar. Y, realmente, se ha integrado a ella: En la escuela, al principio, era algo agresivo. Es que había estado viviendo siempre a la defensiva. Era increíble, cualquier cosa criticable que ocurría él de inmediato se cubría: –Yo no tuve la culpa, era su frase en esos casos. Ahora, todo eso lo ha superado... Para mí, es un pedazo de mi hijo, que anda por la casa. De noche, cuando lo veo dormido, cansado y feliz, no puedo dejar de recordar a Edgardo: –Si te vieran así tu padre y tu madre, pienso”.

Cuando Pablito llega de la escuela, se tira en los brazos de su abuela. Le muestra los cuadernos, bien prolijos. Le recita una poesía que deberá declamar en la próxima fiesta patria y cuya letra, casualmente, deberían repasar nuestros militares: “Soy granadero, señores/ y siempre sabré llevar/ con honra el nombre del cuerpo/ que formara el General./ Y ahora que han conocido/ a un granadero cabal/ marchando con energía/ me retiro a mi lugar”. Después, charla desenvueltamente y contesta a las preguntas en forma veloz, sintética, cortante y siempre sin dejar de sonreír con unos ojos intensamente renegridos:

–¿Qué es lo que más te gusta de esta casa?

–Todo.

–Y de dónde vivías antes, ¿qué era lo que más te gustaba?

–Nada.

–Tu abuela dice que te gusta la escuela: ¿qué querés ser cuando seas grande?

–Abogado. Es una profesión muy importante. Porque el abogado resuelve los problemas de la gente. Es muy importante ayudar a resolver los problemas de la gente.

–¿La querés mucho a tu abuela?

–Sí, mucho.

–Pero vos tenés muchas abuelas: ¿las querés, mucho, a todas?

–Sí, las quiero mucho a todas.

–¿Y por qué?

–Porque me encontraron, cuando yo era un niño desaparecido.

Y a otros niños desaparecidos encontraron ese mismo año las Abuelas de Plaza de Mayo. Entre ellos, a Tamara Ana María Arze. Tamara había nacido el 22 de julio de 1974 y vivía con su madre. Rosa Mary Riveros Telleria –de nacionalidad boliviana– y una amiga de ésta, llamada Liliana Molteni. El 22 de diciembre de 1975, Rosa Mary concurrió, como todos los días, a la fábrica en la cual se ganaba la vida. Respiró hondo cuando la sirena indicó el final de su turno, se quitó el guardapolvo y enfiló rumbo al colectivo. Sin embargo, nunca iba a llegar a la parada. En el trayecto, fue detenida por miembros de la comisaría de Wilde, quienes le dijeron que los iba a tener que acompañar, para realizar una verificación de documentación. La mujer fue con ellos, no de muy buena gana pero sin ninguna otra alternativa. Cuando llegaron al local policial, lo primero que hicieron con ella fue vendarle los ojos. Con las sombras de la noche, la trasladaron a la comisaría Cuarta, de Avellaneda y allí, atada y amordazada, permaneció hasta el día 26: evidentemente no fue muy feliz esa navidad para la chica. Ese mismo 26 la interrogaron unos hombres vestidos de civil, que no la torturaron. Después, la entregaron a los militares. Estos, la llevaron hasta las instalaciones de un cuartel –que no pudo nunca identificar– y ahí comenzaron sus padecimientos: golpes varios, violaciones reiteradas, picanas y “submarinos”, a lo largo de ocho dantescos días. Eso sí, muy bien aten-

dida: un médico indicaba a los captores cuándo debían dejarla descansar para que no muriera. Desde ahí, fue a parar a la Brigada de La Tablada, donde las torturas continuaron, matizadas ahora con simulacros de fusilamientos. Terminó en la Cárcel de Olmos y después en la de Villa Devoto. Jamás se la sometió a proceso alguno. El 21 de abril de 1982, la expulsaron del país. El 25 del mismo mes arribaba a Ginebra. De Tamara, nunca más había sabido nada.

Poco después, las Abuelas andaban por la ciudad de Lunda, en Suecia. Realizaban una gira por Europa, divulgando a los cuatro vientos el genocidio cometido por los uniformados argentinos. En esa localidad fue, justamente, que recibieron las primeras noticias de esta historia: se las hizo saber una mujer que no quiso divulgar su identidad pero cuyo acento indicaba a las claras que había nacido en el Río de la Plata. Les alcanzó también una extensa carta de la madre de Tamara, que les encomendaba la búsqueda de su hija y, en su desesperación, aportaba la mayor cantidad posible de datos. Las Abuelas, leyeron: “... les envió la foto de Tamara, cuando tenía ocho meses... Tenía los dientes de arriba separados, con una especie de frenillo. Si es que ya se le cayeron, no sé si los tendrá igual. Nunca le puse aros y tampoco usó chupete... Junto con ésta, va una foto de cuando yo tuve 5 ó 6 años... Yo tengo las manos anchas, las uñas también, los huesos como se dice gruesos, mis manos son como las de mi madre, mis pies pequeños y anchos y el empeine alto, normales. Como muchas veces me dicen, soy redondita y más cuando fui chica... Pero no tengo tendencia a engordar... El padre era flaco, con el pelo castaño claro, lacio, piel blanca, ojos pequeños y marrones, nariz un poco curva, labios delgados, de manos delgadas tamaño normal, pies delgados y normales... El andar de ambos es correcto, sin tendencia a andar encorvados... Ella era de tez mate, pelo castaño claro, los ojos redondos sin ser grandes, las manos y los pies gorditos... Insisto en los dientitos de arriba separados, porque hay gente que cuando les salen los fijos conservan la forma... No tenía panza, no se ponía el dedo en la boca, no usaba chupete... “Cuando terminaron, doblaron cuidadosamente ese papel, lo guardaron en sus carteras, se despidieron de la informante, subieron a la escalerilla del avión y se volvieron a Buenos Aires. En el viaje, conversaron mucho del asunto.

En los primeros meses de 1982, las Abuelas viajaron a Ginebra y allí conocieron personalmente a Rosa Mary Riveros. A partir de ese encuentro, se desa-

rrolló en las mujeres una profunda relación epistolar. La obsesión de la expulsada era reencontrar a su hija. Sus misivas abundaban en datos geográficos de la zona en la cual vivía con Tamara y Liliana Molteni en el momento de su detención. Croquis enteros y pequeños detalles identificatorios cruzaban a menudo el océano. En base a ellos, las Abuelas rastreaban palmo a palmo la zona de Gutiérrez, Partido de Berazategui, en la provincia de Buenos Aires, y lo mismo hicieron en Lanús. Con soles o con lluvias golpeaban las puertas –no siempre receptivas– de los vecinos y preguntaban. No habían avanzado mucho, es cierto, pero tampoco estaban desmoralizadas. Sabían que eso era parte de las reglas de juego de ese desafío que habían aceptado. De esa forma, transcurrió ni más ni menos que un año entero. A mediados de 1983, de nuevo la solidaridad popular concurrió en su ayuda: un hombre, avisó el paradero de la chica. Vivía en Guernica. El 12 de junio, Mirta de Baravalle y Rosa de Roisinblit viajaron a esa localidad, distante unos 60 kilómetros de la capital:

“Llegamos a la casa y vimos que estaba ubicada en una zona muy humilde, muy pobre. Era una construcción muy precaria, en dos habitaciones y un comedor vivían los miembros de la familia, que eran nada menos que 15. Nos presentamos y no negaron para nada nuestro planteo: además, a Tamara le habían dicho, cuando cumplió seis años y tuvo que ir al colegio, que no era hija de ellos. De todas formas, la primera reacción de Tamara, al vernos, fue acercarse a la señora Rivero –ese era el nombre de la familia con la cual vivía– y decirnos: –Yo no me quiero ir. Porque ésta es mi mamá... La otra, me abandonó. Se ve que en algún momento le habían hecho esa historia. Le explicamos que jamás la habían abandonado y que, al contrario, la había buscado siempre y nosotras también a su pedido. Y realmente, por Tamara hicimos un rastreo alrededor del mundo, como quien dice. Nos entrevistamos con infinidad de exiliados en toda Europa, en México, en Brasil. Seguimos todas y cada una de las pistas que de esas conversaciones surgían: que podía estar en tal lado, que le preguntáramos a tal persona, que determinado comisario podía saber algo... Incluso, en cierta oportunidad Rosa Mary nos envió un plano de treinta manzanas y en base a él nos pidió que ubicásemos una cuadra en la cual había, en la

esquina, una estación de servicio y a mitad de cuadra una casa de artículos del hogar. Según ella, pegada a dicho comercio debía haber una casa en cuyos altos –a los que se accedía por una escalerita del costado– había una pieza que se alquilaba. Nos mandaba decir también que esa era una información que le había proporcionado una exiliada, según la cual en esa pieza estarían viviendo su amiga –Liliana Molteni– y Tamara –que había quedado a su cuidado–... Y tan errada no estaba en sus apreciaciones, porque en determinado momento, efectivamente, Liliana y Tamara habían alquilado ese lugar... pero cuando nosotros llegamos hasta allí, ya la joven había sido secuestrada... Así que la habíamos buscado, y en qué forma. Por eso se lo explicamos y ella lo entendió”.

La segunda vez que las Abuelas volvieron por esa casa, el panorama que encontraron fue bastante desolador. El jefe de la familia estaba enfermo –de hernia y de los bronquios– y su esposa, hipersensible. Reprochó mucho: parecía culpar a Tamara de todas las desgracias que en esos últimos años afectaron a los suyos. Se quejaba por las amenazas policiales recibidas, por el cambio de domicilio, por la pérdida de trabajo que experimentaron sus hijos. Contó que el viernes 12 de junio de 1976 se había presentado en su casa una pareja –Liliana Molteni y su compañero– con una nenita –Tamara–, solicitando alquilar esa piecita que había en la terraza –la que Rosa Mary había mandado rastrear a las Abuelas– y que se la alquilaron. Pero –agregó– dos días después, en la madrugada, fuerzas de seguridad secuestraron a la pareja, llevándosela envuelta en frazadas. Dejaron a Tamara, diciéndoles que en unos días más pasarían por allí, a retirarla. Como no vino nadie a cumplir con la promesa y viendo que cada vez desaparecía más gente en ese barrio, optaron por mudarse: antes, intentaron hablar con el comisario, pero sólo recibieron amenazas de su parte. Con más razón, entonces, decidieron huir. Se detuvieron recién en Guernica y toda la familia, alquiló unas muy precarias piezas: era como si el miedo y las desgracias los aglutinaran. Cuando los hijos mayores se casaron, igualmente permanecieron en el lugar: unidos, se sentían más seguros. Allí recibió Tamara alimentación y también cariño. Años después, ella misma iba a decir: –Y... mi mamá me fajaba... Pero era para que yo me portara bien.

Esa segunda conversación logró un aflojamiento de tensiones. Es cierto, la mujer estaba muy herida: –La hemos cuidado durante siete años, la queremos... ¿y ahora la vienen a buscar, ahora que nos puede ayudar?, dijo. Sin embargo, en ningún momento afirmó que no la entregaría. En ese sentido, sólo puso una salvedad: –Se la daré, pero solamente a la madre... En realidad, la situación legal de esa niña era absolutamente irregular: en 1980, los Rivero se habían presentado al juzgado de Menores N° 2 de Lomas de Zamora –juez doctor Ripa, secretaria doctora Guendler– para solicitar la adopción de Tamara, pero la misma les fue negada, porque –dijeron los magistrados– la chica tenía madre y estaba presa; por lo tanto, quedó con ellos pero ni como adoptada ni como dada en guarda, carente de todo amparo jurídico y sin que el instituto de la Minoridad controlara para nada su crianza. Las Abuelas tenían muy claro este detalle, cuando se retiraron. Antes, le entregaron a Tamara una hermosa muñeca que le habían llevado de regalo. Reviviendo esa instancia, María Isabel de Mariani realiza una suerte de “mea culpa”:

“Ese día, antes de ir a ver a Tamara, yo había tomado una decisión de esas que... cualquier sicólogo calificaría de... espantosa. Les dije a las Abuelas: –Vamos a comprar la muñeca más grande y más linda que encontremos... Varias, dijeron: –No, estás procediendo mal..., porque realmente estaba procediendo mal. Pero yo pensé que... que había que demostrarle a la nena que había todo un mundo para ella y tenía que saberlo, aunque mi metodología no fuera muy sana... Entonces, Mirta Baravalle compró una muñeca... tan hermosa que todas nos enloquecimos. Con esa muñeca y con un jueguito de tazas de porcelana fue que nos aparecimos allá”.

En la tercer visita, se sumó a las Abuelas la señora Belela Herrera, de las Naciones Unidas, entidad bajo cuya protección quedó Tamara. Entre todos coordinaron la venida de la chica hasta Buenos Aires, para comenzar a tramitar sus documentos que no los tenía. El día que Tamara entró a la Casa de las Abuelas, la esperaba una de las más grandes emociones de su vida: Rosa Mary le había mandado, desde Suiza, un cassette grabado. La niña comenzó a escucharlo muy tranquila, hasta algo displicente, mientras saboreaba un chupetín. Pero

poco a poco, al sentir la voz emocionada de su madre, dejó de lado el dulce y se metió casi en el grabador que ante ella estaba funcionando. Su mirada se perdió en su pasado y miraba sin ver a quienes la rodeaban. Oyó, de boca de esa mujer boliviana que tanto había sufrido, lo que probablemente ella más deseaba oír: la ratificación de que no había sido abandonada. Se enteró de cómo aquella la había llevado por meses en su vientre, de su primer año de vida, de cuánto la había querido y buscado por el mundo. Después, habló por teléfono con ella. Rosa Mary Riveros no la forzó a viajar: se limitó a preguntarle si deseaba hacerlo. Tamara contestó que sí. Comenzaron los preparativos:

“Los sicólogos casi no daban abasto, almorzaban con nosotras incluso, dedicando muchas horas del día a este caso. Mirta Baravalle fue la que se encargó de comprarle toda la ropita. Disfruté, Mirta, con esa función. Salía con ella y con los miembros de la familia Rivero, a comprarle la ropa, la valija, el bolso... Tenía piojitos la nena, así que le compró también el champú para sacárselos. Ropa interior, camisón, zapatos. Disfruté, disfruté Mirta... nunca la hemos visto tan feliz como en esos días, comprándole la ropa a Tamara... Pulserita, collarcito... era coquetísima Tamara y no lo habíamos descubierto... De todas maneras, seguía viviendo en Guernica, porque la familia no la quería dejar ni un momento sola con nosotras. Nos dijeron, de frente nomás, que tenían desconfianza de nosotras. Así que a veces había hasta que ir a buscarlos allá... Bueno, pero eso no era lo más grave; lo verdaderamente complicado era que no tenía documentos, era una niña desaparecida, estaba buscada y el momento político por el que atravesaba el país era muy álgido. Al final, Estela Carlotto cortó por lo sano: tomó a la niña de la mano y así entró al mismo Departamento de Policía, con una recomendación de ACNUR en su bolsillo. Tuvo éxito –mientras, en nuestra sede, nosotras rezábamos por ella, como quien dice– y así se obtuvo el pasaporte. Pero las demoras continuaron: cada trámite que debíamos realizar, era trabado por los diferentes organismos oficiales correspondientes. El día antes de la partida, incluso, nos avisaron que restaba cumplimentar otro papeleo, esta vez en la oficina de Migraciones. Fuimos allí y cuando vimos la cantidad de formularios

que se debían llenar... nos dimos cuenta de que iba a ser imposible hacerlo: los empleados, ya se retiraban. Teníamos el pasaje y a la madre de Tamara aguardándonos en Perú... nos ganó la desesperación... hasta que al final a alguien se ve que se le ablandó el corazón, nos hizo una serie de juegos dialécticos y por último plantó el tan deseado sello de autorización... El vuelo salía a las siete de la mañana. Tuvimos que estar bastante antes ahí, porque había que labrar un acta, dado que sacábamos a una menor del país. Mientras, desde las cinco de la mañana, Mirta Baravalle viajaba hasta Guernica –en una Combi, alquilada por nosotras– para pasar a buscar a la familia Rivero en pleno. Porque todos ellos quisieron ir a despedir a Tamara. Le compraron un ramo de rosas rojas, para que la niña le llevara a su mamá de parte de ellos... La despedida, fue muy dolorosa: todos lloraban, los grandes, los chicos y Tamara... La muñeca que le habíamos regalado, ella se la dejó a la señora Rivero: –Como yo me voy, le dejo la muñeca a mi mamá, por todo lo que me cuidó..., nos explicaba... En el viaje, fue jugando, cantando, sin miedo. Recién al cruzar la cordillera de los Andes, donde sólo se veían las montañas, el cielo y el avión estaba como detenido en el aire, se sorprendió un poco: –Pero, ¿no estamos en ninguna parte!–, les dijo a María Isabel de Mariani y a Estela Carlotto, que iban con ella, llevándola siempre entre las dos, de la mano y sin descuidarse un segundo... Sin embargo, a pesar de toda esa calma que demostraba, sin duda el pensamiento de la chica estaba puesto en el encuentro que tenía por delante. Porque de repente preguntó: –¿Me estará esperando, ella? Y, más adelante: –¿Y cómo le tengo que decir, a ella? Porque yo a mi mamá le digo mamá... pero a ella, no sé... Y comió... comió muchísimo. Las Abuelas que iban con ella–, se preguntaban: –Pero, ¿le gustará tanto, esta comida? Hasta abrió un pan, puso una galletita adentro... y se comió un sándwich de galletita. Cerca ya de Lima, sirvieron la última comida y entonces ella dijo: –Yo, no puedo más... Sus acompañantes, le contestaron: –Tamara, si no querés más, no comas, querida... Ella, se sorprendió: –¡Ah!... Pero... ¿no tengo que comer todo?... Claro, estaba demasiado acostumbrada a la pobreza”.

Madre e hija dejaban, de esa forma, de recorrer el largo camino de la separación y de la soledad. María Isabel de Mariani presenció de muy cerca ese reencuentro:

“En el aeropuerto, se miraron y se abrazaron, de inmediato. Pero hubo muy poca intimidad: periodistas y fotógrafos las rodeaban por todas partes. Prácticamente, no podían hablar entre sí. Recién pudieron reconocerse cuando logramos subir a la camioneta del pastor Felipe, en cuya casa se hospedaba “Rossi”.

Ahí sí encontraron la paz, que tanto necesitaban. Tanto yo como Estela habíamos decidido quedarnos un día y medio en esa casa, porque sin duda éramos el nexo entre madre e hija, dos desconocidas, en el fondo. Ellas se miraron al espejo, juntas, y se encontraron idénticas. Se sonreían y más idénticas aún se veían. Descubrieron que las dos tenían un lunar en el mismo lugar del cuello. Fue como una verdadera identificación mutua, todo ese proceso.

La primera noche la pasaron en una litera, abajo “Rosi” y en la cama de arriba Tamara... Era increíble ver cómo esa chica se había transformado, en tan pocas horas. Aceptó de inmediato su nueva situación y ella, incluso, fue la que la definió más exactamente: –Lo que pasa, es que ahora yo tengo dos familias, mi familia verdadera y mi familia de crianza... Y verdaderamente quería mucho a su familia de crianza –como ella la llamaba–, especialmente a uno de sus hermanitos, con el cual salía, por la mañana bien temprano, en un carro tirado por un caballo, a vender que-ro-sene... En fin, así transcurrió la primera noche que Tamara y su madre pasaron juntas, después del reencuentro. Y algo muy raro sucedió entonces: al otro día nos contó en privado “Rosi”, que después de bañarse Tamara, cuando la estaba acostando, le sintió un olor muy raro. Dice que pensó: –¿Cómo es posible que esta nena, recién bañada, despida este olor? Era un olor que ella, en un principio, no podía identificar precisamente. Cuando logró definirlo, quedó muy sorprendida: era el olor de los bebés cuando terminan de tomar la leche de sus madres. Parecía ser una exudación del cuerpo de la chica: junto con la identidad había recuperado, prácticamente, el estado de recién nacida”.

Pero nadie más indicado para analizar esos momentos que la propia Rosa Mary Riveros Telleria, que de esta manera relataba, por carta, a sus amigos, su encuentro con la hija:

“Queridos amigos, nuevamente quiero llegar a ustedes para de alguna forma compartir la alegría de tener a mi hija a mi lado... Nos encontramos en Lima, el 13 de julio: a mí me temblaban las rodillas cuando acompañada por un matrimonio amigo (Judith y Felipe) fuimos a esperarla al aeropuerto. Desde lejos la vi caminar y no podía articular palabra, solo reírme y abrazarla. Al principio, estuvo un poco tímida... pero luego de acomodarnos en el auto empezamos a hablar más tranquilamente, empezó a sacarse los pullóveres y a mostrarme los juguetes que traía de su casa. Mis ojos no me bastaban para verla. Creo que por unos segundos fuimos extrañas, para luego, allá al fondo del inconsciente, reconocernos como lo que somos: madre e hija. Hoy, estamos aquí, luego del primer mes juntas. Ella es un pedazo de amor, de cariño, se ha adaptado muy bien a nosotros... Me dice mami, lo cual a mí me derrite completamente... Al escuchar los primeros “mamá”, las Abuelas tuvieron que llamarme la atención, pues la inadaptada era yo, que no la escuchaba. Sus reservas se le fueron en los primeros días. Me trataba de usted, mami: luego, se fue acostumbrando a tratarme de tú. Al mojar la cama a la noche, pensó que le iba a pegar. La primera vez, se levantó toda compungida, diciendo: –Está mojado. Yo le dije: –Y yo, estoy seca. Se le alumbraron los ojitos y fue a lavarse y a cambiarse. Estos son los pequeños problemitas, fruto de las pérdidas afectivas, que fue sufriendo en medio de violencias. Por suerte la familia con la que vivió hasta hoy supo hacer de ella una personita tan cariñosa y madura. Para todo tiene una respuesta, y muy lógica por supuesto. Vivió rodeada de animales y también de privaciones: la familia era muy humilde pero, como se ve, nunca le faltó de comer, aunque no haya tenido ropas o los juegos que quería. Pero sí el cariño y la panza llena, lo principal para subsistir... Muchas veces le preguntamos si está contenta y si no quisiera regresar con su familia y dice: –Donde sea, me siento bien... No se ha

hecho mucho lío con la superposición de madres, sabe quién es su madre de crianza y quién es su madre de nacimiento y dice que tiene 200 abuelas: son las Abuelas de Plaza de Mayo. Las quiere mucho y salta de alegría cuando ellas llaman... Según el certificado médico, tiene un poco de asma, pero hasta hoy no se le ha manifestado... Le encanta el dulce de leche, el arroz con leche, pintar y cantar, bailar dice que no le gusta... pero yo la veo moverse, por ahí. Ayer martes fuimos a hacer gimnasia y parecía un muñeco saltando y tratando de hacer lo que el profesor decía... Fuimos también tres días a las montañas, a pasear, y no se asombró de nada, todo lo nuevo lo miraba como si siempre lo hubiera tenido, lo que más le importaba era jugar, correr. Ya aprendió alemán –unas palabras– y se divierte diciéndolas... En Lima, Felipe la llamó “Tormentita” y realmente es así, súper inquieta, algo brusca en su expresión afectiva, pero cuando hay que reprenderla debo hacerlo con calma y hacerla reflexionar: se queda callada, le ruedan algunas lagrimitas y se le pasa... A la que más extrañó de toda la familia fue a su hermana de crianza, la que más la atendió desde que quedó con ellos. Un día le pregunté porqué estaba triste y me dijo: –No me pude despedir de mi hermana Mirta, ella se fue de la casa y por eso no la vimos más... Ahora, está haciendo unos barquitos de papel para regalarle a sus amiguitos... Pero esto, nunca hubiera sido posible sin la acción de las Abuelas”.

La represión no pudo evitar este reencuentro ni tampoco que la vida de Tamara se rehiciera, paso a paso. Y también fue impotente para detener el amor y el agradecimiento que hacia las Abuelas de Plaza de Mayo habían nacido en la madre y en la hija. Porque cuando un periodista le preguntó cierto día a Tamara qué era lo que más deseaba en su vida, la chica respondió, sin vacilar: –Que la abuela “Chicha” –nombre familiar de María Isabel de Mariani– encuentre a su nieta. Y porque este párrafo de una carta escrita por “Rosi” es más que suficiente para explicarlo todo:

“Una chica española me contó que su marido le quitó los tres hijos y no los puede ver. Y Tamara, enseguida, le gritó: –¡A las Abuelas, dile a las Abuelas!”–.

Capítulo 10

Y bien que se habían ganado las Abuelas de Plaza de Mayo ese amor y ese agradecimiento. Porque con infinita paciencia y responsabilidad encaraban las búsquedas de sus nietos. Agotando, hasta sus últimas consecuencias, todas y cada una de las pistas que se les presentaban. Como hicieron, por ejemplo, en el caso de Martincito Baamonde. Este niño, hijo de Clara Catuegno y de Miguel Ángel Baamonde –un joven desaparecido el 26 de noviembre de 1976– fue secuestrado en plena calle, junto con su madre, el 29 de junio de 1978. Su abuela, Ema de Baamonde, aportó un testimonio en el cual se consignaba que su nieto tenía tres años, ojos grandes y pardos, pelo castaño lacio, un pequeño ceceo cuando hablaba y el pecho algo hundido. A partir de estos tímidos detalles, las Abuelas iban a emprender su animoso rastreo:

“Buscando a Martín, hemos recorrido el mundo, prácticamente. La primera pista nos llegó en el año 1978. Un señor –cuyo nombre preferimos no mencionar– nos avisó que en el radio de la capital habitaba un matrimonio –el marido era un ex empleado de “Harrod’s”– que tenía un chico adoptado llamado Martín. Poco tiempo después, nuestro informante volvió a reunirse con nosotras y nos dio más detalles del asunto, transmitiéndonos su convencimiento de que el niño era hijo de desaparecidos pero agregando un dato que complicaba grandemente toda la investigación futura: los “padres” se habían trasladado –junto con la criatura– a Europa, donde pensaban residir en el futuro. El país elegido era Holanda. Ahora, lo más interesante de todo esto era que nosotras, hasta ese momento, no teníamos registrada denuncia alguna acerca de ningún Martín que estuviera siendo buscado por sus familiares... Pero, por fin, apareció una abuela –Ema– denunciando la desaparición de un nieto suyo, de ese nombre. En cuanto la oímos hablar, nos dimos cuenta de que las

piezas de este nuevo rompecabezas comenzaban a encajar. Demoramos meses –mediante contactos con amigos y exiliados– en ubicar el domicilio que en Holanda ocupaban quienes tenían consigo al probable Martín Baamonde. Pero lo conseguimos. Aunque, claro... se nos planteaba ahora otro problema: la distancia, que volvía muy difícil la realización de un control sobre esa familia. De todas maneras, en nuestro oficio, la imaginación y la iniciativa ocupan un lugar nada despreciable, por cierto. Así que nos comunicamos de inmediato con la fraterna organización CLAMOR, en el Brasil. A ellos les pedimos una ayuda inmensa: el contacto con algún religioso de confianza, que residiera en Ámsterdam y pudiera hacerse cargo de un discreto seguimiento del caso. Nos lo consiguieron, por supuesto. De ahí en adelante, hubo que esperar. Hubo que esperar un tiempo largo, es cierto. Pero al final de ese período, llegó la respuesta que el sacerdote holandés nos enviaba: la familia vigilada no poseía con ella a una criatura de esas características. Era un matrimonio mayor y vivía solo... de modo que... volvíamos a fojas cero.

Sin embargo, el asunto nos quedó grabado. En 1982, viajamos a París –al Congreso de Juristas– y allí nos conectamos con una chica argentina –no exactamente exiliada pero que sí había abandonado el país por motivos políticos– y que era, precisamente, la hija de esa pareja mayor que, por un tiempo, tanto habíamos estado observando. Nos reunimos con ella y cuando le transmitimos nuestra búsqueda... se asustó realmente, porque se dio cuenta de que estábamos hablando de un hijito de ella. Cuando le mostramos la foto de Martín Baamonde, se asustó aún más... porque era idéntico al de ella. Para colmo, las fechas de nacimiento coincidían –se diferenciaban apenas por dos días–... Ella, nos aseguraba que no se trataba de Martín y nosotras –que a esa altura de nuestra historia habíamos ya escuchado demasiados inventos al respecto– le creíamos... y no le creíamos. Pero... la vimos tan nerviosa que no pudimos menos que tranquilizarla. Ella apreció ese gesto y prometió enviarnos a Buenos Aires la partida de nacimiento de ese niño... Claro, tampoco las partidas de nacimiento eran ya para nosotras seguridad alguna –como no lo son actualmente– dado que nos habíamos enfrentado a muchísimas falsificaciones de documentos públicos, perge-

ñadas en perjuicio de la verdadera identidad de los chiquitos desaparecidos... Cuando la dejamos a esa joven, –que se volvía a Holanda– nos reunimos en Ginebra con el reverendo Charles Harper –del Consejo Mundial de Iglesias– quien estaba al tanto del asunto y le transmitimos nuestra decisión, tomada apenas unas horas antes: –Vamos a ir a Amsterdam, de todas maneras, a la casa de esta chica y vamos a ver a ese niño. Va a ser la única manera de sacarnos la duda. El reverendo nos dejó hablar y después, apenas si nos dijo: –¿Me permiten que ayude?... A los cinco minutos, teníamos dos pasajes –cedidos por aquella institución– para trasladarnos hasta Amsterdam un sábado y regresar desde allí a Ginebra el domingo. Llegamos a la casa de la muchacha –ella nos había dado su dirección pero, por supuesto, no nos esperaba– a eso de las seis de la tarde: no había nadie. Esperamos hasta las once de la noche, por las inmediaciones: siguió sin aparecer. Descansamos, entonces, en casa de unos amigos, mientras analizábamos los pasos a dar, que debían ser rápidos y certeros, porque –entre otras cosas– mucho tiempo no teníamos. A la conclusión a la que arribamos fue que debíamos dirigirnos más bien a la casa de los padres de la muchacha, dado que esta, seguramente, todavía debería estar en París. Y como había viajado allá sin el nene, lógicamente serían los abuelos los encargados de cuidarlo mientras tanto. Allá fuimos, entonces, a la mañana. Dicho y hecho: el chico estaba en esa casa. Nos pareció, en ese momento, como si un cielo tremendamente encapotado se hubiera despejado como por milagro. Solicitamos la posibilidad de ver al nene y ellos accedieron. En ese momento, estaba durmiendo... Y se parecía a Martín... se parecía a Martín. No sabíamos qué hacer, porque era una gente tan amable, tan afable, tan cariñosa con nosotras, los veíamos tan sinceros... pero no podíamos dejar de mirar el niño. Todos nos pusimos muy nerviosos... Le preguntamos a la señora si no tenía el nene un huequito a la altura del esternón –un detalle que Martincito poseía desde su nacimiento– y nos contestó que no... De pronto, la criatura se despertó y al rato vino a vernos... Se acercó a darnos un beso y nosotras, medio disimuladamente, le tocábamos el pechito. La abuela, nos vio: –Por favor, señoras... créanme lo que les digo..., dijo... Sentimos una vergüenza... tan grande... pero seguimos tocando. Fue un momento muy

violento, agravado por el hecho de que era una gente encantadora. Pero no había más remedio que seguir hasta el fondo: no habíamos ido hasta Holanda para venimos con la duda. Sólo nos quedaba el sendero de Santo Tomás: tocar y ver, para creer... Al fin, la abuela, amablemente, le dijo: –Querido, te voy a sacar un poquito la camisa... Vimos, entonces... qué horror, a mí me pareció –cuenta María Isabel de Mariani– que tenía un poco hundido el pecho... Por lo menos, lo tenía un poco más hundido de lo normal... De todas formas, nos retiramos... casi convencidas de que no se trataba de Martín Baamonde. Volvimos a Ginebra, tomamos aire y volamos rápidamente a México, sitio donde nos conectamos con unos familiares –unos tíos, a los cuales no conocíamos– de Martincito. No fue fácil hallarlos, por cierto: antes, debimos recorrer medio país. Cuando finalmente pudimos sentarnos a charlar con ellos, sus noticias fueron devastadoras: aseguraron no poseer ningún indicio que nos pudiera guiar hasta el paradero de esa criatura desaparecida.

Volvimos entonces a Buenos Aires, agotadas. Pero no tuvimos mucha oportunidad de reposo, ya que no bien llegamos a nuestra Casa nos encontramos con que una denuncia anónima aseguraba que el chico concurría a una escuela de Buenos Aires: era un nene que tenía su pecho algo hundido y que ceceaba –nosotras poseíamos cintas grabadas en un cumpleaños de Martín en donde esa pequeña irregularidad expresiva se notaba claramente– al hablar. Pusimos, por lo tanto, manos a la obra. Ubicamos la escuela, anotamos los horarios de entrada y salida de sus alumnos, identificamos al chico, lo seguimos, desentrañamos su domicilio, lo fotografiamos, ampliamos esas fotografías, las comparamos detalle a detalle y palmo a palmo con las que su abuela poseía... y cuando estábamos en plena tarea, como por arte de magia apareció –en octubre de 1983– el verdadero Martín Baamonde, en otro sitio de la Capital Federal. Así que este otro niño que estábamos contemplando tan de cerca, tampoco era... Por lo tanto... fue una tarea tremenda toda la realizada, demandó un esfuerzo muy grande, desperdigado tras pistas falsas... Sin embargo... ¿qué importancia tiene todo eso frente al hecho de que Martín Baamonde está con su verdadera familia...?”

Es ese, justamente, uno de los más comunes razonamientos que se escucha en casa de las Abuelas: “Qué importan los sacrificios realizados en la búsqueda si todos éstos no son nada, nada absolutamente, frente a la alegría del reencuentro”. Y uno de los reencuentros que más emocionadamente suelen recordar es el verificado entre el niño Federico Sportuno y su tío, que volvieron a abrazarse el 31 de enero de 1984. Pero antes de que esas manos se unieran, mucho fue el sufrimiento que entre ellas acumularon, para separarlas, los militares argentinos. En efecto, Federico —que había nacido en agosto de 1975— fue secuestrado —junto con su madre, Alicia Jáuregui de Sportuno— el 26 de agosto de 1976: ese día, la mamá y el hijo se encontraban de visita en casa de unos amigos, en la localidad de Rafael Castillo, y desde allí fueron arrancados a viva fuerza. Un negro destino era, por lo visto, el que para esa criatura de apenas un año tenían reservado los represores: porque también se llevarían a su abuelo —Tomás Jáuregui—, a su tía —Sara Ema Mini— y a su padre —José Luis Sportuno—. Apenas si su bisabuela —Juana de Jáuregui— quedó en libertad y en condiciones de comunicar el caso a las Abuelas.

Pero Juana de Jáuregui no podía sumarse a la búsqueda: su avanzada edad y sus muy escasos recursos económicos se lo impedirían. De todas maneras, siempre suele alumbrar un solcito de esperanza. Existía, en la familia, otra persona que había tenido más “suerte” que sus hermanos, un Jáuregui que había padecido los rigores de la cárcel “legal”. No fueron años de alegría, por cierto, esos ocho que debió sobrellevar entre las rejas, pero por lo menos de él se sabía en dónde estaba: recorriendo, sin pausa, los infectos penales. Porque los detenidos “oficializados” tuvieron, ellos también, su propio infierno.

Desde las entrañas de esa truculenta maquinaria programada para triturar seres humanos, surgió el tío de Federico. Pero surgió entero. Y tanto, que el primer acto que realizó al conectarse de vuelta con las veredas ciudadanas fue el ubicar a las Abuelas: le sobran ímpetus para comenzar la búsqueda de sus familiares desaparecidos y, entre ellos, de su sobrinito. La señora de Mariana reconstruye esa experiencia:

“Apenas fue liberado, el chico Jáuregui apareció por la Casa de las Abuelas. Pidió ayuda para encontrar a Federico, pero también ofreció su cola-

boración: ese es, justamente, nuestro ideal. Que cada familiar se vuelque también a la tarea, porque eso simplifica nuestro trabajo, reduce nuestro esfuerzo, aumenta las posibilidades y achica las demoras... En fin, nosotros le transmitimos nuestras experiencias: el rastreo de las zonas, el seguimiento de todas y cada una de las pistas hasta el final, las mínimas medidas de seguridad a tomar, el conectarse con personas que anteriormente conocieran la familia y pudieran manejar datos y trascendidos, la mejor forma de vencer las resistencias de los vecindarios, la técnica del acercamiento... Bueno, toda una metodología, se puede decir.

Él, por su parte, trabajó intensamente: sostuvo innumerables conversaciones, entrevistó infinidad de personas, hurgó en muchas informaciones, desenrolló a veces madejas equivocadas. Caminó con sol, con frío, con lluvias, por calles de tierra de barrios muy apartados o por las calles del centro. Cada tanto, se reunía con nosotras y, juntos, evaluábamos los resultados. Al final, le pareció tenerlo seguramente ubicado. Y, me parece que, en este caso, lo más trascendente es revivir el reencuentro que entre los dos tuvo lugar y que demuestra esa fuerza que une a quienes llevan una misma sangre familiar corriendo por sus venas, y demuestra también el inevitable acto de justicia y de humanidad que existe atrás de cada restitución... Cuando al chico Jáuregui le pareció tener casi seguramente ubicado el lugar, lo acompañé hasta el sitio. Fuimos en un auto –que nos cedió la CONADEP– y lo dejamos estacionado cerca de la casa, algo escondido, para qué negarlo. Bajamos de él, con el corazón a los tumbos. Era verano y hacía mucho calor. Un viejito italiano estaba sentado en la puerta de la construcción, protegido por la sombra de un árbol. Tenía una ramita en las manos y nos miraba desde abajo del ala de un sombrero de pajilla. Preguntamos si ahí vivía la familia que buscábamos y él nos contestó, en una especie de cocoliche: –Sí, viven aquí... il signore e' pedicuro. Ma' en questo momento non sono. Sono al' campo, ¿certo? ¿qué cosa nechesita?... Entonces yo le dije si él era de la familia y contestó que no, que sólo era un vecino, pero que estaba seguro de que los dueños de casa no volverían hasta el día siguiente. Ahora, en realidad... lo que nosotras deseábamos saber era si el nene vivía allí.

Opté, para enterarnos, por preguntarle de improviso, a este buen viejito: –Y Federico, ¿está con ellos?... Entonces, el señor respondió: –Ah, Federico... E hizo un gesto con la mano, así, como marcando la altura de un niño. Miré en ese momento, loca de contenta, al chico Jáuregui, porque ese pequeño gesto, que para el hombre era cotidiano, para nosotros significaba una confirmación y el final de una larga búsqueda. Y Jáuregui... cuando yo lo miré... tenía los ojos llenos de lágrimas. Nos fuimos, pero antes le dijimos a este vecino que volveríamos al otro día entonces, porque –expliqué– yo tenía un pie lastimado y quería que el dueño de casa me revisara... Y, dentro de todo, no mentí totalmente, porque efectivamente tenía un pie lastimado... quizás por eso sonó tan naturalmente toda la situación... Por supuesto, al día siguiente estábamos allí. Esa vez, no había nadie en la vereda. Comenzamos a tocar el timbre cuando vimos que por esa misma vereda se acercaba una señora, mirándonos con insistencia. Era la señora de la casa y, cuando estuvo al lado nuestro, nos preguntó qué deseábamos. Nos presentamos. Jáuregui, como el tío de Federico. Yo, como Abuela de Plaza de Mayo. La pobre señora... se puso pálida. Primero, nos pidió que nos identificáramos... después, nos hizo pasar. Entramos. No bien cerró la puerta, cayó en un verdadero estado de desesperación. Se largó a llorar desconsoladamente, en los brazos de Jáuregui. Él, también lloraba. Lloraban los dos... y yo con ellos. –No me lo quiten, no me lo quiten. No me lo lleven, no me lo lleven... yo lo quiero... porque es mi hijo..., repetía. Jáuregui le explicó que muy probablemente no se lo fueran a quitar, porque la edad y la situación económica de la bisabuela no le iban a permitir hacerse cargo de la responsabilidad de criarlo. Ahí, ella algo se calmó... pero de todas maneras se trató de una muy dramática conversación, que se desarrolló a través de varias horas... Nos mostró el cuarto y las fotos actuales del nene. La tranquilizamos, mientras tanto y le dijimos que valorábamos mucho los esfuerzos que había realizado para criarlo. Pero, como Federico no estaba y demoraba todavía en volver, le pedimos verlo al otro día. Accedió, por supuesto. Fuimos, entonces, por tercera vez, acompañados por la abuela Santander, en esta oportunidad... Federico nos estaba aguardando. Era un hermoso niño rubio,

sentado en la puerta de su casa, al lado de una amiguita. Siempre había estado esperando la llegada de su madre o de una abuela... pero nunca la venida de un tío... Llegamos junto a él, lentamente. Jáuregui, con mucho cuidado, con mucha delicadeza, le tocó la cabeza: seguramente habrá recordado a su hermana en ese momento, o la prisión... todos esos años... vaya uno a saber. Luego, se inclinó y le dio un beso en la cabeza. El chico, alzó la carita. Sonreía bellamente, lo miró y le dijo: –Hola... ¿porqué tardaste tanto?... Entramos. Le llevamos de regalo uno de esos juegos de ladrillitos, para armar. Federico se puso a jugar, con eso, sobre una mesa. Los grandes, todos sentados alrededor suyo, hablábamos. Era una situación tensa... No, emotiva más que tensa. Todo giraba alrededor de lo que el chico hacía, mientras el tío le conversaba. Le preguntaba si le gustaba jugar al fútbol, si le iba bien en la escuela... en fin, de todo... Y de pronto, poquito a poquito, Federico fue acercando el juego hacia donde estaba Jáuregui. Después, le pasó unos ladrillos: –Ahora, armá vos, algo... le dijo. Al rato, estaba sentado en la falda del chico Jáuregui, como si siempre hubiera estado junto a él. Y se abrazaron y... ese sí fue un abrazo. Fue un abrazo de siete años contenidos”.

Por lo visto, no sólo las Abuelas encontraban a los hijos de sus hijos desaparecidos: también los tíos surgían, algunas veces, para torcer los designios de la represión. Y justamente iba a ser otro tío el encargado de dar los primeros pasos tendientes a la recuperación –concretada a mediados de 1984– de Sebastián Ariel Juárez (“Beto Macho”). Intrincada, si las hubo, la existencia de este niño. El 13 de mayo de 1977, apenas si contaba cerca de 3 años. A las doce de la noche de ese día, dormía plácidamente en su cama con barandita, de la calle Yatay, en la localidad de Claypole. Cerca suyo, descansaban su madre –Lucinda Delfina Juárez– y Pedro Crisolo Morel. En una cuna, Mabel Viviana Morel. Desde la otra pieza, por su parte, llegaban semiapagados los ronquidos del matrimonio Sobko. De pronto, esa paz se hizo trizas. Uniformados del Ejército llegaron, en camiones verdes y en autos silenciosos, desde la vecina ciudad de La Plata. Desde afuera tiraron primero, por las dudas, unos rafagazos contra la vivienda. Luego entraron, destrozaron lo que no podía ser robado, encapu-

charon a los cuatro mayores y se los llevaron, a patadas. Los más chicos, quedaron de regalo, en casa de un vecino. A partir de esa madrugada, muy poco más se supo de los Sobko. A la otra pareja, en cambio, se le puede seguir el rastro un poco más. Primero, fueron trasladados hasta la provincia de Misiones y desde allí a Corrientes, a la ciudad de Goya. Luego, siempre con los ojos vendados y esposados, llegaron a Formosa: allí los “hospedaron” en el Regimiento 29 de Infantería de Monte. El 19 de mayo, sin embargo, alguien los vio en la Alcaldía de la ciudad de Resistencia (Chaco). El 24 del mismo mes, eran torturados en la Brigada de Investigaciones de este centro urbano. A esa altura del viaje, la mujer presentaba golpes muy visibles en el rostro y el hombre, amén de exhibir la cara destrozada, arrastraba, colgantes y balanceándose cerca de sus rodillas, los testículos sangrantes. El 25 de Mayo –mientras en los patios de todos los cuarteles del país los militares se limpiaban apresuradamente la sangre de las manos para después izar, con gesto de prohombres y en medio de timbales y clarines, la bandera– otra detenida –Nora Gaona– lo vio a Morel en dependencias de la Fuerza Aérea de Resistencia, deshecho prácticamente. Otros presos, además de la recién citada, pudieron contemplar esa imagen torturada: Adolfo A. Coronel, Rafael Coronel, Alfredo Olivo, Francisco Sierra, Héctor Batles. Norma González –médica del Instituto Peletier– por su parte, aseguraría posteriormente que en dicho organismo había sido alojada Lucinda Delfina Juárez. El oficial de policía apellidado Araujo, juraría también que en agosto de 1977 los dos estaban todavía vivos y que así constaba en el Regimiento de Monte, de Formosa y en los libros de la Jefatura del Área del Nordeste, con asiento en la provincia de Corrientes. El doctor Cubilla, a la sazón abogado de la Policía Federal de Formosa, contaría que había visto un expediente dedicado a la pareja depositado en los estantes del ministerio del Interior de su provincia. Hasta se murmuraban los nombres de los responsables de los padecimientos infligidos a ese hombre y a esa mujer: el mayor Farmaci –de la Séptima Brigada de Corrientes–, Tomás –jefe de la Brigada de Investigaciones de Resistencia–, el coronel Baguer –máxima autoridad de esa repartición–, el coronel Alturriaque –que era jefe de la Sub Zona de Defensa 23 y había firmado la orden de captura, emanada desde el Regimiento 29 de Monte, de Formosa–, Donato –comandante de gendarmería y torturador–, el teniente primero auditor Carlos Luis

Ciappa, el capitán Espada, el mayor Linares, el comandante Pleuchot, el capitán Vitolio, el capitán Sotelo y el coronel Steimberg –jefe de Inteligencia–. Por desgracia, cuando estos apelativos se mencionaron ante Luis Ángel Córdoba, juez federal de Resistencia, éste adquirió en su rostro un gesto netamente amenazante... para los damnificados, por supuesto.

A partir de allí, poco más fue lo que se supo de los dos desaparecidos. Pero, ¿qué había sido, mientras tanto, de la vida de Sebastián Ariel Juárez? Revolviendo el papelerío que se archiva en el Destacamento de Claypole, es que puede darse el primer paso tras sus huellas. En efecto, entre las ya descoloridas actas que en sus descascarados anaqueles se atesoran, puede hallarse una fechada el 14 de mayo de 1977 –un día después del allanamiento–, en la cual se explica la concurrencia al lugar y su presentación ante el entonces oficial principal Rubén A. Sáenz del señor Tomás Reiter, austríaco de nacimiento, jubilado y domiciliado en la calle Yatay de esa comunidad. El mencionado Reiter, comparecía para informar a las autoridades que la noche anterior, a eso de las o horas, había escuchado tiros en una casa vecina a la suya de la cual era el locador, y que, unos minutos después, un soldado le había hecho entrega de un niño de unos tres años de edad y de una bebida de cerca de un año. Agregaba que, por problemas económicos, no podía mantenerlos. Cuando el austríaco se retiró, el principal Sáenz no se rompió mucho la cabeza: puso de inmediato en conocimiento de la situación a la doctora Marta Delia Pons, jueza de Menores de Lomas de Zamora. La magistrada citó a quien era depositario de los chicos. Ante ella, el hombre repitió su versión de los hechos y agregó que había alcanzado a ver cuándo metían a las dos parejas, encapuchadas, en el interior de un furgón. Manifestó también que, a su parecer, el niño se llamaba Alberto Celarrayán y era hijo de uno de los secuestrados, de nombre Manuel Celarrayán y de profesión albañil. ¿Había mentido a sabiendas, este austríaco a quien la edad ya no permitía trabajar? Todo parece indicar que no: sucedía que era, efectivamente, por el apelativo de Celarrayán que en el barrio se conocía a Pedro Crisolo Morel. Con respecto a la niña, Reiter confesó no saber nada acerca de ese tema, excepto que solían nombrarla como “Pelú” o “Pelusa”.

La jueza Pons, sin embargo, bien pronto iba a encontrarle ubicación a las criaturas: se contactó con el párroco de la Iglesia de la Sagrada Familia de

Nazareth, le relató una historia de la que se desprendía que los padres de los menores eran unos subversivos recientemente abatidos y le pidió que los internara en el “Hogar Casa de Belén”, que de dicho sacerdote dependía. Mabel Viviana Morel tuvo más suerte que “Beto”: el 25 de octubre de 1977, se presentó al juzgado su abuela, Celia Justina Collar, que por una llamada anónima había sido alertada acerca del lugar en donde se hallaba su nieta. La señora se acercó hasta la jueza muñida de todo el papelerío necesario para acreditar el vínculo con la nena y, sin embargo, ésta recién le fue entregada –después de innumerables trámites, que más adelante se analizarán– recién el 5 de diciembre de ese año. Dos años más tarde, los peritos médicos elevaban su informe: con respecto al otro chico, la criatura en cuestión era un varón de entre 4 y 6 años de edad. Transcurrió todavía otro nuevo año y el 12 de mayo de 1980 la escribana Haydée Veyga Muzzio comunicaba al juzgado que en el Registro de Estado Civil no figuraba partida de nacimiento alguna a nombre de Alberto Celarrayán. Ese, en la práctica, no iba a constituir un impedimento de envergadura, por lo menos para una mujer tan decidida como la doctora Marta Delia Pons: si no existía partida, la cuestión se reducía a inventar una. De ahí su resolución del 11 de julio de 1980, avalada por la firma del secretario Lisandro L. Chiavaro. De acuerdo a ese documento, la República Argentina había ganado un nuevo habitante: Alberto Celarrayán, nacido en la localidad de Almirante Brown, el 13 de marzo de 1974. Y a otra cosa.

Pero, independientemente de estos leguleyos tejes y manejes, las capas más sanas del pueblo, a pesar de la represión y de los crímenes que a diario veía cometer, observaba. Sacaba después sus propias conclusiones. Y, por último, informaba a las Abuelas:

“Nosotras, aproximadamente en 1982, recibimos una información –entre las tantas que hasta acá llegaban– que nos decía que en el “Hogar Belén” –de la zona de Lomas de Zamora– había un niño de sobrenombre “Beto”, que se suponía –o se estaba casi seguro– que era hijo de desaparecidos. Nos daban también otras características del caso: datos físicos del chico y nociones acerca de cómo se sentía éste... En fin, todo, todo lo que acostumbran a decirnos. Pero... los datos de este niño no

concordaban con los que nosotros teníamos en carpeta: ninguno de estos podía ser “Beto”.

Cuando nos suceden cosas como ésta –y tenemos muchos niños en estas condiciones, es decir ubicados pero que por el momento ningún familiar reclama– no hacemos nada, no avanzamos más, porque ¿para qué preocupar al niño, para qué inquietarlo, si por el momento no se le puede brindar su verdadera familia?... A todo esto, nos seguían llegando datos y más datos de “Beto”, pero seguía sin aparecer nadie que lo reclamara. Averiguábamos sin cesar, tanto en los organismos nacionales como en los internacionales –de derechos humanos– y en ninguno de ellos había tampoco ninguna solicitud en tal sentido. Así arribamos a 1984. A principios de este año, llegó hasta nosotros un señor que volvía de su exilio en España, un ex preso político. Se llamaba Juan Carlos Juárez y venía a reclamar por su hermana –Lucinda Delfina Juárez– y por el hijo de ésta –y sobrino suyo, obviamente– Sebastián Ariel Juárez de nombre y “Beto Macho” de apodo. Cuando oímos lo de “Beto”, respiramos: el chico que desde hacía tanto tiempo teníamos detectado, contaba ahora con un familiar auténtico que se interesaba por su suerte. Ahora sí podíamos actuar: porque, cada vez que llegamos a un punto así, no demoramos ni un minuto. En esos casos, tratamos de hacer todo rápidamente, antes de que corra peligro el chico... o de que... cualquier cosa pase. Primero que nada, le pedimos a este muchacho que tuviera a mano todos los certificados –casamientos, nacimientos, etc.– que sirvieran para acreditar el vínculo suyo con el nene, porque ya sabíamos, por nuestras abogadas, que son indispensables. Él se fue al norte del país en un ómnibus y se vino en el siguiente, con toda la documentación que pudo conseguir, entre ellas una partida fechada en Córdoba el 4 de junio de 1974, la que expresaba que el 12 de mayo de ese año, a las 5 y 20 de la mañana, en su domicilio de Asturias al 1200 –Barrio Colón–, Lucinda Delfina Juárez –M.I. 5.818.358– asistida por un doctor de apellido Penayo, había dado a luz un niño, al cual llamó Sebastián Ariel Juárez –Cédula Identificatoria 23.796.607–. El legajo era avalado por la firma del secretario Héctor Cancela... Con todo eso en nuestro poder, fuimos al juzgado: teníamos que rescatar a “Beto” de ese

lugar en donde había permanecido recluido durante siete años... Y esa es una de nuestras grandes amarguras, porque... habiendo asumido el gobierno constitucional, en diciembre de 1983, lo encontramos al nene nada menos que seis meses después, y nosotras, cuando lo correcto hubiera sido que el gobierno, no bien asumió, hubiese sacado de inmediato a la luz todo caso como éste, todos estos hijos de desaparecidos depositados de esta manera en diferentes institutos. ¿Para qué prolongar ni un día más la orfandad impuesta que deben sobrellevar esas criaturas?... En el caso de “Beto”, más que de instituto, en realidad, cabría hablar de hogar sustituto: este es el nombre que se le da a algunas familias que reciben un cierto dinero por cuidar niños, por criarlos, por tenerlos hasta la pubertad, hasta que, llegados a la adolescencia, salgan a hacer su propia vida... Bueno, este niño había estado en un sitio así durante 7 años... Tenía sus problemas. Ausencias, más que nada. También se orinaba en la cama, por ejemplo... Por otra parte, esas ausencias no habían sido tratadas... En fin, poseía todas esas deficiencias lógicas en niños que han debido sobrellevar a costas estas tragedias... El nene no estaba descontento con esa familia, para él era su casa y se había refugiado en esa gente, doña Dominga y don Manuel, como él mismo los llamaba... Pero, volviendo al desarrollo de los acontecimientos, con los certificados en la mano nos fuimos todos al juzgado. El tío de Beto hizo venir desde Córdoba, para que estuviera presente ese día, a una hermana suya –Noemí del Valle Juárez– y por lo tanto tía, también, del nene.

Al vernos, la doctora Pons se comportó de forma airada, exigió identificarse a cada uno, con una actitud muy... extraña. Por ejemplo, no quiso que Beto viera a su tío, sólo permitía la entrada a la tía... Tampoco permitía la participación de los psicólogos... Ni nos dejó fotocopiar el expediente, un derecho que corresponde a todo el mundo y cuyo ejercicio a nadie le puede ser negado... Ante esas actitudes tan descabelladas, temimos por el nene... y desde ahí mismo, desde el juzgado de Menores, nos fuimos, todos, acompañados por la señora Elena Sábato, al Instituto Belén. Allí, la guardadora no nos permitió hablar con Beto. Ni siquiera nos permitió entrar, tuvimos que cambiar ideas con ella ahí nomás, en la puerta. Por

último, después de mucho parlamentar, Elena Sábato consiguió un permiso para que viéramos al chico desde la vereda. O sea que el tío del nene lo vio por primera vez a través de una reja... porque la ventanita tenía una reja que... parecía una prisión, realmente. Así lo vimos, a Beto. Un poco tímido, un poco desconfiado. Muy lindo, como todos los niños que encontramos... Cuando se terminaron los trámites, –que apuramos lo más que pudimos– no tuvieron más remedio que entregarlo, por supuesto. Los tíos se lo llevaron a Córdoba, pero antes pasaron con él por la Casa de las Abuelas, a visitarnos. Esos son los días más lindos para nosotras, cuando llega uno de los niños que han estado desaparecidos... Bueno, se sentó en un escritorio y se puso a dibujar y mientras lo hacía miraba, de tanto en tanto, una foto de Carlita Rutila Artes. De pronto, muy serio, preguntó: –Y esta nena, ¿quién es?... Le dijimos: –Esta nena está desaparecida, como estuviste vos y la estamos buscando... Él siguió dibujando, pero dijo: –Sí... primero los tiran y después los buscan... Fue como una puñalada: –Beto, ¿qué querés decir con esto?, insistimos. Y él: –Eso... primero los tiran y después los buscan... Mientras, seguía dibujando y mirando el papel. Entonces le explicamos que nadie había tirado a esa nena, que la abuela estaba desesperada, buscándola: –Y todo lo que hacemos por esta nena lo hemos hecho por vos –agregamos–. Tus tíos te han buscado, nosotros te hemos buscado. No te hemos podido ubicar pero eso no significa que te hayamos abandonado... Escuchó atentamente y pareció quedar satisfecho: se ve que eran esas las historias que le habían contado, los criterios que le habían inculcado... Después, cambió la actitud. Se acercó a la máquina de escribir en la que estaba trabajando Nora, nuestra secretaria. Ella lo invitó a que escribiera su nombre. Él aceptó el juego y escribió ‘Beto’, con un dedo, buscando las letras en el teclado. A continuación, Nora le propuso que él le dictara algo, lo que quisiera ver escrito junto a su nombre. –Entonces escribí ‘hacia’, le dijo el niño. Nora dudaba entre ‘hacia’ y ‘Asia’ y por eso insistió: –Hacia, ¿cómo? ¿Qué viene después?... ‘Beto’ respondió: –‘Hacia su libertad’... La expresión sin verbo, pero de contenido tan hondo, la emocionó y quiso asegurarse de haber oído bien: –Y eso ¿qué quiere decir?, replicó. La respuesta del chico fue toda una definición: –No

sé... pero vos escribí 'Beto, hacia su libertad'... Ese mismo día se fue con su familia verdadera, para Córdoba”.

Indudablemente “Beto” Juárez había encontrado su libertad, a pesar de todas las dificultades que, en medio de su camino hasta alcanzarla, le había amontonado la jueza Marta Delia Pons. Porque si se afina en el complejo proceso judicial que rodeó el caso, las comprobaciones a las que puede arribarse son por demás interesantes. En efecto, la mencionada doctora dispone la internación del niño y esta se verifica el 18 de mayo de 1977. El Asesor de Menores del juzgado se notificó de esa medida recién el 28 de octubre de ese año, o sea que, en el intermedio, habían transcurrido la friolera de cinco meses. Después, el próximo oficio que ordenó la funcionaria estuvo fechado el día 27 de febrero de 1980: durante este interregno, el instituto de menores, que prácticamente había “chupado” al niño, se convirtió en el mero depósito de un chico desaparecido, con la complicidad del Poder Judicial, por supuesto. El oficio de febrero del 80 —que llega a romper esa inmovilidad del juzgado— por su parte, fue dirigido al Registro Provincial de las Personas y al Registro de Estado Civil y Capacidad de las Personas, solicitándoles informaran si en ellos se encontraba inscripto Alberto Celarrayán. Estos organismos contestaron negativamente a esa pregunta, con fecha 2 de mayo de 1980 y 15 de mayo de 1980, respectivamente. Ello le fue comunicado al Asesor de Menores el 18 de junio de 1980 y él estimó entonces que debía inscribirse el nacimiento del niño.

Así lo resolvió la doctora Pons, pero con una variante: Alberto Celarrayán figuró como hijo de N.N. y N.N. Se trató de una medida de lo más extraña, por cierto, ya que siendo el austríaco Reiter el locador del inmueble que habitaba el menor junto con sus padres, debía existir algún contrato de por medio y en ese documento figuraría algún apellido identificatorio de aquéllos. Pero la jueza prefirió no realizar investigación alguna en ese sentido y, de esa manera, en lugar de optar por la averiguación de la identidad de la criatura, prefirió optar por el silencio. Cuando varios años después se presentó ante ella el tío de “Beto”, munido de todas las partidas necesarias para acreditar el vínculo con el chico y acompañado por su hermana, solicitando les fuera concedida la guarda del menor y la anulación de la inscripción judicial de su nacimiento,

tampoco Marta Delia Pons cambió su actitud. Se mantenía, por lo visto, fiel a los principios que hacía mucho tiempo ya había expuesto ante las Abuelas: para ella, todos cuantos se habían opuesto a la dictadura y habían soportado persecución, cárcel, tortura, desaparecimiento, exilio o muerte, eran asesinos que no merecían la tenencia de sus hijos. De acuerdo a esos parámetros, continuó interponiendo impedimentos: libró oficio a Córdoba para que desde allí se le remitiera un amplio informe ambiental de la familia, ordenó se iniciara una investigación para determinar al paradero de la progenitora del menor y designó a una psicóloga –Teresa Gómez– para que se expidiera sobre el tema. El dictamen de esta profesional, no dejó lugar a dudas: “... y la respuesta positiva del niño ante la nueva perspectiva familiar, no estima necesaria una intervención psicológica”. Ante esto, la doctora Pons no tuvo más remedio que arriar sus banderas reaccionarias.

Por desgracia, otros casos de chicos desaparecidos se empantanaron también en ese –a esta altura– lúgubre juzgado de Menores N° 1 de Lomas de Zamora. También Mabel Liliana Morel –entregada junto con “Beto Macho” al vecino Reiter– experimentó en carne propia la vigencia de los postulados militaristas de la jueza. Porque cuando su abuela –Celia Justina Collar– llegó a retirarla, debió soportar una espera de cerca de dos meses antes de reunirse con ella. En ese período, la señora Pons multiplicó los trámites: envió al Juez de Primera Instancia de Menores de Formosa un exhorto para que aquél le remitiera los antecedentes y medios de vida de la señora Collar, libró un oficio a la Dirección General de Asuntos Policiales e Informaciones del Ministerio del Interior, designó una asistente social para que practicara un amplio informe ambiental del domicilio en el cual se hospedaba transitoriamente la señora Collar –que había llegado acá desde Formosa, y encargó que una visitadora social se hiciera presente en la parroquia Sagrada Familia cuando la abuela visitara a su nietita. Como dicen las doctoras Norma Maratea y Mirta Guarino –dos abogadas miembros del cuerpo de profesionales que asesoran a las Abuelas de la Plaza–: “Resulta paradójico que el celo demostrado en asegurar las buenas condiciones morales y ambientales en que se hallan los familiares de sangre, no se encuentra cuando los involucrados son extraños a los menores causantes”.

Y otros casos engrosan esta lista. Por ejemplo, el de los hermanitos Carlos Alberto, María Esther y Alejandro Mariano Ramírez. Estos niños, habían sido recogidos por un vecino –Raúl Oscar Vitasse– el 14 de marzo de 1977, después de un amplio operativo policíaco–militar. El 21 de ese mismo mes, los tres ingresaban al “Hogar Leopoldo S. Pereyra”, pero el 14 de abril eran trasladados a la “Casa de Belén”, institución en eso entonces presidida por el señor Aníbal Carlos Vallengiani y “depósito” preferido de la jueza Pons. Allí quedaron, mirando a través de las ventanas cómo la vida, lo mismo que un conejo feliz y saltarín, se les escapaba de las manos. El 29 de mayo de 1978, sin embargo, pareció nacer para ellos una esperanza. Con esa fecha, se presentó al juzgado de Menores su tía paterna, la señora Lucila Domínguez, la cual manifestó que el padre de los chicos estaba detenido en la Unidad Carcelaria N° 9 de La Plata desde el 13 de diciembre de 1974, a disposición del PEN. Cuando Marta Delia Pons escuchó sus palabras, reaccionó más o menos como cuando Drácula divisa ajos cerca suyo. Lo primero que hizo fue prohibirle visitar a los nenes. A partir de allí, se inició una verdadera guerra de dictámenes y de contradictámenes. Así, el 15 de setiembre de 1978 la asistente social –designada por el juzgado– María Felicitas Elías, estimó conveniente se concediera la guarda de los menores a su tía. Sin embargo, nada ocurrió en tal sentido, hasta que un año y siete meses más tarde la sicóloga inspectora M. Teresa Gómez desaconsejó el contacto de los menores con su familia. Frente a esas encontradas resoluciones, no se necesita ser muy sutil para saber por cual optó la jueza. Pero los familiares no cejaron. En marzo de 1981, el padre de los menores, ya libre y desde Suecia, volvió a la carga, iniciando una demanda a los efectos de lograr el restablecimiento de la patria potestad. La acción se inició en el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil y Comercial N° 14 de Lomas de Zamora, a cargo del doctor Salvador José Mammana, quien declinó competencia: de esa manera, la acción derivó... al juzgado de Menores N° 1. Allí, el Asesor –doctor Donadío– aconsejó seguir manteniendo la internación de los tres chicos. Ni corta ni perezosa, el 22 de octubre de 1982 la doctora Pons dictó sentencia denegando el pedido del padre. Para ello, se basaba en motivos ideo-

lógicos... Por supuesto, esa resolución fue apelada y el asunto pasó a dilucidarse en el ámbito de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, la cual declaró mal concedidos los recursos extraordinarios de inconstitucionalidad, nulidad e inaplicabilidad de la ley. De esa forma, los autos fueron a parar a la Corte Suprema de la Nación: ella sería, finalmente, la encargada de ordenar –el 1° de noviembre de 1983– la entrega de los niños a su legítimo padre.

Otra perla para adornar esta corona, la constituye el caso de “N.N. (a) Jorgelina”. Dicha menor, había sido entregada al Juzgado N° 1 después de un procedimiento en el cual fueron secuestradas su mamá y otras personas. La niña fue internada en el “Hogar Leopoldo S. Pereyra”. A mediados de 1977, seguía allí. Pero, los fines de semana era sacada a pasear por un mayor de la Fuerza Aérea y su mujer a quienes la doctora Pons había autorizado en forma verbal para que realizaran esa “buena obra”. Y la cosa no quedó en eso sólo. Porque el 11 de octubre de ese año 77, se presentó ante la magistrada otro matrimonio, cuyos miembros afirmaron ser amigos del aviador citado y estar enterados de la situación de Jorgelina, motivo por el cual deseaban que la chica les fuera entregada bajo guarda, con miras a una futura adopción. Ese mismo 11 de octubre, la doctora Pons dispuso la efectivización de la guarda que acababa de ser solicitada. En este caso, por lo visto, no fue necesaria la presencia de sesudos psicólogos, ni de asistentes sociales, ni de policíacos informes ambientales. Total, para la doctora Pons todo lo que emanara de un cuartel era confiable.

Tremendas las historias, después de todo. Tremendos los subterfugios utilizados y los criterios que se seguían al pie de la letra. Tremendo ese despojo del que se quiso hacer víctimas a tantos y tantos chicos. Pero más tremendo, todo ello, si se muestra a través de la historia de Emiliano Ginés, de la que surge toda la bestialidad y deshumanización de una política cuyos servidores deben ser ineludible y ejemplificadoramente castigados.

Capítulo 11

Emiliano Ginés había nacido el 6 de diciembre de 1976. Su padre se llamaba Juan Antonio Ginés, tenía una camioneta con la cual repartía comestibles a domicilio, militaba en el Sindicato de la Construcción y se entusiasmaba —cuando tenía tiempo— dirigiendo mesas de cine/debate. Su madre se llamaba Marta Ester Scotto. Vivían los tres en el Partido de Almirante Brown, en el Barrio San José, calle Alvear N° 5640. Hasta allí llegó la represión a las ocho de la mañana del 14 de octubre de 1977 justo en el momento en que la primavera ya estaba avanzada y la familia desayunaba, en pijama y camisón. Cuando los primeros tiros que entraban desde la calle comenzaron a hacer saltar pedazos de mampostería, Marta Ester Scotto no perdió la cabeza, envolvió a Emiliano en un rebozo y lo ocultó entre dos muebles. Al rato, estaba muerta, lo mismo que su esposo y un amigo que había pernoctado junto a ellos. El parte policial los describe fríamente, sin citar sus nombres y sin referirse tampoco a la presencia del niño en el lugar: “Un hombre morocho, de cabellos cortos, de aproximadamente 33 años de edad, cutis blanco, bigotes, cerca de 90 kilogramos de peso y con una estatura de un metro setenta, vistiendo pijama azul a rayas; un hombre de cabellos rubios largos, bigote, con un peso cercano a los 70 kilogramos, de unos 31 años de edad, de alrededor de un metro ochenta de estatura y que vestía una chomba y un pantalón marrón claro y blanco; una mujer, de cerca de 28 años de edad, rubia, de cerca de un metro sesenta de estatura y 70 kilogramos de peso, que vestía salto de cama amarillo y saco de lana gris”, dice con su lenguaje descarnado. Lo que no menciona, por supuesto, es que cuando comenzó el saqueo de la casa, Emiliano apareció escondido. En ese momento, era una carga para ellos. Lo dejaron en casa de un vecino.*

Casi un mes más tarde, este hombre se presentó a la Comisaría de Almirante Brown, Primera de Adrogué. Era el 9 de noviembre de 1977, él se llamaba Miguel Ángel Jaime y su esposa María Benjamina Barrios. Traían con ellos

* Emiliano Ginés continúa desaparecido.

un chico de casi un año de edad, afectado por el llamado Síndrome de Down –mogolismo– y confesaron no poder ocuparse por más tiempo de su cuidado y su manutención. En efecto, los afectados por dicha enfermedad necesitan ser objeto de un trato especialísimo y de un cariño muy profundo, que generalmente sólo los padres les pueden dispensar. Emiliano –que era el niño trasladado hasta la comisaría– había conocido ese tratamiento sutil de sus progenitores, quienes, por otra parte, lo habían puesto en manos del doctor Juan Carlos García, un facultativo de su absoluta confianza: de esa forma, era que venía superando de manera muy amplia esa insuficiencia que la naturaleza le había reservado. Pero ahora, todo eso estaba destruido y dentro de muy poco su propia destrucción daría comienzo, indiferente a tales realidades, el médico de la policía –Gabriel Edgardo Muñoz– procedió a examinar a la criatura y el 11 de noviembre expidió su informe: “...Un varón de once meses de edad aparente, buen desarrollo óseo muscular, buen estado de nutrición, 65 centímetros de talla, 11 kilogramos de peso, cabellos rubios, ojos pardos, facias mogólica, piel blanca, desarrollo sico-físico correspondiente a una edad de entre 10 ó 12 meses y que no presenta lesiones ni secuelas de lesiones de carácter alguno”. Ese era el estado material e intelectual con el que Emiliano Ginés arribó al juzgado de Menores N° 1 de Lomas de Zamora. El día 14 de noviembre, la doctora Pons decidió que el niño permaneciera un día más en el domicilio de Miguel A. Jaime. El día 15, comunicó al Sr. Jefe de la Brigada Femenina de La Plata que el 16 de noviembre dicha repartición debía encargarse del traslado del menor hasta el Hospital Noel Sbarra (ex Casa Cuna de La Plata) en donde quedaría internado; asimismo, hizo lo propio con el director del mencionado establecimiento a quien puso al tanto del futuro ingreso. El día 16, en efecto, las puertas del asilo se abrieron para recibir a Emiliano que comenzaba a transitar un rápido sendero hacia la muerte, un camino que tan tempranamente lo estaban obligando a recorrer.

En el “Noel Sbarra”, el chico fue registrado como “N.N. sexo masculino”, a secas. Por lo tanto, se imponen, de movida, unas preguntas: ¿nadie se planteó el interrogante de a quién pertenecían los cadáveres que se dejaron desangrar aquella mañana del 14 de octubre de 1977 en la finca de Alvear 5640? Porque los muertos estaban en pijama y camisón y nadie circula de esa forma por la

calle, razón por la cual no cabe demasiada duda para convencerse de que los mismos eran los habitantes naturales de la casa. ¿No existía contrato de locación alguno del cual extraer los apellidos correspondientes? Los represores que participaron en el operativo, ¿ignoraban a quiénes iban a matar? Porque... es sabido que los miembros de tales hordas eran asesinos, pero de estúpidos tenían muy pero muy poco. Finalmente, ¿nadie tuvo la tan simple idea de publicar la foto de ese chico encontrado, con unas características físicas tan especiales que rápidamente permitirían su identificación por parte de otros familiares o de designarle, por lo menos, a uno de los llamados Asesores de Incapaces? Parece ser que no y, de esa forma, el Estado Terrorista se tragó a Emiliano. Nadie más supo nada de él, hasta después de casi un año. El 31 de agosto de 1978 recién reaparece la sufriente imagen de la criatura, plasmada en un informe que lleva la firma del doctor R. Mateos, subdirector de la Ex Casa Cuna de La Plata: “El 16/11/77, ingresó un niño con una edad aproximada de 11 meses, desconociéndose sus antecedentes. En el examen clínico realizado en ese momento, se constató que el niño presentaba un Síndrome de Down –mogolismo– y una bronquitis aguda, siendo su estado nutricional normal. En cuanto a su desarrollo psicológico, presentaba pautas de conducta de entre siete y diez meses, con un cociente de desarrollo de 79, según test de Lezine y Brunet. Con posterioridad al ingreso, el niño tuvo una involución sumamente desfavorable, hallándose casi permanentemente enfermo, presentando con frecuencia infecciones de vías aéreas superiores y bronquitis y, posteriormente, bronconeumonía, en dos oportunidades. Esta involución se vio agravada por padecer el niño, concomitantemente, una hepatitis viral. Por dichos motivos, fue internado en grave estado en el Servicio de Terapia Intensiva del Hospital de Niños de La Plata, el 25/8/78. Cabe consignar que la patología antes descripta, influyó sobre su estado nutricional, presentando en el momento de su hospitalización una desnutrición de primer grado. En cuanto a su desarrollo psicológico, el mismo sufrió la desaceleración propia del Síndrome de Down, agravado en este caso por las deficientes condiciones de salud y ambientales que rodearon al niño, correspondiendo a la última evaluación psicológica un cociente de desarrollo de 53”. En el Hospital de Niños, a Emiliano le fue asignada la Historia Clínica 85174 y seguirla en sus últimos tramos es la mejor demostración del genocidio:

“25/8/78: Ingreso a la Sala de Terapia Intensiva.

29/8/78: Traslado a la Sala 5, cama 121, del Servicio de Enfermedades Infecciosas.

Diagnóstico al ingreso: Bronconeumonía. Sepsis. Derrame pleural izquierdo. Pérdida del 13% del peso corporal. Punción pleural, con drenaje de líquido purulento. Drenaje quirúrgico. Punción transtraqueal. Sangrado de mucosas.

Diagnóstico al ingreso al Servicio de Enfermedades Contagiosas: Niño afebril, mal estado general, somnoliento, neurológicamente deprimido, con sonda nasogástrica y drenaje pleural.

Diagnóstico presuntivo: Neumonía plurifocal. Enficema pleural. Sepsis. Hepatitis bacteriana”.

Su muerte era inminente. En realidad, había sido decretada un año atrás, primero cuando los militares asesinaron a sus padres y después desde la sala de un juzgado genuflexo. En la madrugada del 1° de setiembre, comenzó a padecer enterocolitis. A las siete de la tarde de ese mismo día, ya no respiraba en el interior de esa cunita que había sido su cárcel solitaria. Afuera, comenzaban mientras tanto a florecer los canteros de las plazas.

Las vidas administrativas, por supuesto, son más fuertes que las vidas humanas. Siempre continúan. Y, por eso mismo, una vez que le cerraron los ojitos, los médicos se proveyeron de lápiz y papel y procedieron a comunicar el fallecimiento de ese nene. Lo informaron al juzgado de Menores N° 1 de Lomas de Zamora, a cargo de la doctora Marta Delia Pons. En esos momentos daban cuenta de que había dejado de existir “N.N. o Ginés/Emiliano”. Y ya en el expediente elevado por el subdirector del “Noel Sbarra” —antes transcripto— se había mencionado esa doble identificación. Sin embargo, la jueza había dispuesto la internación del chico bajo la simple caratulación de “N.N. sexo masculino”, a pesar de que el nombre había surgido de una tarjeta que se encontraba en la Casa Cuna. No obstante, la magistrada estuvo casi un año sin preocuparse ni siquiera mínimamente por su suerte y tampoco se interesó por avisar a ningún familiar que la criatura estaba muerta. Dejó que la enterraran como N.N., el 7 de setiembre, sin flores ni responsos, en la Sección 6o, Tablón H, Sepultura 42, del Cementerio de La Plata. El 13 de mayo de 1980, finalmente, se apoltronó en su silla y desde allí dictó al oficial primero: “Atenta a las constancias de

autos, surgiendo de las informaciones practicadas en el menor N.N. ha fallecido, de conformidad con lo dispuesto en el Artículo Octavo de la Ley 4664, resuelvo: Dar por finalizadas las presentaciones, sin más trámite. Notifíquese. Archívese”. Se sintió satisfecha, otro caso estaba cerrado en su juzgado. Emilia-no Ginés pasó a ser una carpeta, apenas, que el tiempo ya se iba a encargar de cubrir con su polvo. Calculó muy equivocadamente, como muchos otros. Cuatro años más tarde, las Abuelas iban a opinar, en un comunicado: “De todo lo expuesto y desde el punto de vista de la Pediatría Social, es posible efectuar las siguientes consideraciones y conclusiones:

1. Las Fuerzas conjuntas produjeron, mediante una acción de extrema violencia y terror, el estado de abandono, desaparición y orfandad del niño Emiliano Ginés.

2. Existen pruebas concluyentes que indican la excelente contención que el núcleo familiar ofrecía al niño, en particular atendiendo y estimulando debidamente el proceso madurativo.

3. Es posible afirmar que, a pesar de tratarse de un lactante de alto riesgo biológico, mientras permaneció junto a sus padres su salud física no se vio perturbada ni amenazada.

4. Que las autoridades intervinientes, tanto las Fuerzas de Seguridad como policiales, procedieron a despojar al niño de su identidad familiar.

5. Que no consta ninguna actuación tribunalicia orientada a la búsqueda de Emiliano.

6. Que este conjunto de acciones por parte del Estado, constituyó una sistemática agresión contra el niño, creándose de este modo una situación de extremo riesgo social, el cual influyó de un modo significativo sobre la dramática vida de Emiliano.

7. Las responsabilidades emergentes de esta gigantesca violación a los derechos humanos y, en particular, a los derechos del niño, exigen una profunda y enérgica acción de la justicia. Si así no ocurriera, estaríamos ante la grave perspectiva de que nuevos Emilianos deban golpear a la conciencia de la humanidad”.

“Pero estas viejas se la pasan revolviendo cadáveres”, dicen sus enemigos, mientras tanto. Sin embargo, esa búsqueda no implica deshonor. Lo verdade-

ramente deshonoroso es fabricar cadáveres o llegar a fingirlos, como sucedió con Matilde Lanuscou*. Las raíces de esta niña deben buscarse en la pareja formada por Juan Francisco Lanuscou —28 años, cabello muy negro y muy espeso, ojos grises, un metro setenta y uno de estatura— y Amelia Bárbara Miranda —26 años, un metro sesenta y cinco, 58 kilogramos de peso, pelo castaño ceniza— padres de Roberto (nacido el 30 de agosto de 1970), Bárbara (nacida el 9 de febrero de 1972) y la propia Matilde (nacida en abril de 1976). Todos juntos habitaban la casa sita en la intersección de las calles Asunción y Catamarca, de la localidad de San Isidro. El 3 de setiembre de 1976, pareció caer sobre esa construcción y sobre esa familia el anatema bíblico: no quedó, de ellas, piedra sobre piedra. La represión argentina fue la encargada de instrumentar ese arrasamiento. Reconstruir lo acontecido en medio de la oscuridad y la llovizna de esa noche, no resulta fácil. Un primer intento de lograrlo puede ensayarse a través de las declaraciones efectuadas por vecinos ante las autoridades del juzgado interviniente. Marta Leonilda Anesini, por ejemplo, puntualizó que en esa fecha y cerca de las 9 de la noche, en momentos en que se encontraba terminando de coser un traje para ser usado por su hija —próxima a casarse— escuchó disparos muy fuertes en el exterior de su vivienda y que, al asomarse, divisó tres hombres, con armas en la mano y disparando. Ante la eventualidad, ella y toda su familia optaron por meterse debajo de una mesa, donde permanecieron por muy largo rato. Recordó también haber escuchado gritos de “—¡Incendio! ¡Incendio!”. Sergia Deidania Díaz, por su parte, sí alcanzó a ver gente con el uniforme del Ejército y, a la mañana siguiente se cruzó, en la vereda, con un hombre corpulento, de pelo corto, sin bigotes, ataviado con un pantalón de jean y un gamulán debajo del cual se divisaba un abrigo militar típico, de color verde oliva para más datos. Carolina Justina Guilhe de Pignoux también pudo observar, entre las sombras, uniformes de fajina y gorras. E Ignacio Griest asegura que contra la casa de los Lanuscou se arrojaron granadas. Pero ¿a qué obedecían esas acciones tan desmesuradas? ¿Por qué se bombardeó de esa forma tan impiadosa ese inmueble, se rodearon tres manzanas a la redonda con efectivos del Ejército, se juntó un centenar de soldados en las inmediaciones, se coparon los techos vecinos y un *stud* adyacente, se cortó la luz en toda la zona, se transportaron hasta el lugar tanquetas, carros de asalto y hasta una

* Matilde Lanuscou continúa desaparecida.

ametralladora antiaérea -12.7- empotrada en un jeep?, ¿por qué durante cuatro horas se continuó disparando contra un lugar del cual ya casi nada iba quedando en pie? El día 5 de setiembre de 1976, un comunicado militar intentaba develar esos interrogantes:

“El Comando Zona 4 informa que el 3 de setiembre, a las 22 horas, Fuerzas Conjuntas detectaron una reunión de delincuentes subversivos, pertenecientes a la organización declarada ilegal en segundo término, en la zona de San Isidro, en las calles Catamarca y Asunción. Sobre ese lugar se realizó una acción y se intimó a los ocupantes del edificio a su rendición, quienes no acataron la orden y abrieron el fuego desde el interior, contra los efectivos militares. Como resultado del intenso tiroteo se declaró un principio de incendio, que obligó a la intervención de una dotación de bomberos, llamada oportunamente, a fin de evitar su propagación a las residencias vecinas. Finalizada la acción, se comprobó que en el interior del edificio existían cinco delincuentes muertos, que aún no se han identificado, y gran cantidad de armas cortas, largas y granadas de mano, especialmente de origen extranjero, y material quirúrgico de todo tipo. Los efectivos militares que intervinieron, no sufrieron bajas”. A estar por lo detallado en el informe -bastante mal redactado, por otra parte- se había tratado de una verdadera batalla campal. Sin embargo, si se tienen en cuenta las declaraciones efectuadas por Ernesto Pérez -Tercer Oficial del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de San Isidro, a las órdenes del Primer Oficial Rodolfo A. Leo- comienzan a aparecer los primeros pelos en la leche. Porque este buen soldado del fuego contó al secretario del juzgado las cosas que a él le tocaron ver: de acuerdo a su relato, la noche del ataque se hallaba cenando tranquilamente en el destacamento, junto a sus compañeros, en momentos en que arribó un Peugeot blanco, repleto de uniformados militares, y entre ellos uno que se identificó como oficial del Ejército Argentino, quien solicitó los servicios profesionales de los allí presentes. Éstos marcharon, entonces, obedientes, al lugar que se les indicó, donde pudieron contemplar gran despliegue de efectivos y armamentos y una casa en llamas. Cumplieron con su deber pero al finalizar, comprobaron que no se les quería permitir el ingreso al inmueble. De todas maneras, el declarante aseguró haber visto los cadáveres de un hombre y una mujer y, en un baño -todo ello en medio de la gran oscuridad y confusión reinantes- otros

cuerpos semidestrozados que, en un primer momento, le parecieron pertenecientes a dos niños, puestos uno encima del otro, contra una pared. Muy conmovidos –termina el testigo– los bomberos recibieron las felicitaciones de alguien que se autopresentó como coronel del Ejército, con asiento en Campo de Mayo, quien no dio su nombre –dijo– que no podía hacerlo por las dudas. Después, se volvieron a su cuartelito.

No obstante, el comunicado oficial que posteriormente se dio a publicidad, no decía –como ya se ha visto– ni una palabra de la existencia de los niños. De todas maneras, los vecinos sabían que los chicos existían y pronto comenzó a correrse el comentario de que habían sido muertos junto con sus padres. Curándose en salud, los oficiales, la misma noche en que ocurrió el asesinato, dieron a los vecinos –que, asustados, nada habían podido contemplar a ciencia cierta desde sus improvisados escondites– su propio “libreto” de los hechos. Según esas versiones, el mismo padre había sido el matador de las criaturas. La prensa se hizo vagamente eco de esos trascendidos y un manto espeso se deslizó sobre esa noche. Mientras, los cadáveres se amontonaron en el piso del patio de la comisaría de Martínez. Hasta allí llegó Atilio “Tito” Artese, un empleado de la cochería “Aguirre”, empresa ésta que había ganado la licitación propuesta por la Municipalidad de San Isidro y se encargaba, por lo tanto, de realizar todas las inhumaciones de N.N. que dentro de los límites de dicho municipio fuera menester concretar. “Tito” Artese declararía más adelante que él vio cinco cuerpos, pertenecientes a un hombre, una mujer, dos chicos y una bebida. Agregaría que se sintió tan conmovido que colocó a esta última en el mismo cajón y mejilla a mejilla con su madre, una chica –aclaró– ataviada con un vestido cremita. Pero ese es, justamente, el punto flojo de su reproducción, porque Amelia Bárbara Miranda vestía, la noche de su muerte, un pantalón, una chomba y un saco de lana a rombos, tal como lo indica el acta de inhumación oficial correspondiente (ropas que, por otra parte, pertenecían efectivamente a su guardarropa y que, incluso, ella luce en fotografías que conservan sus padres).

Un rato antes que el mencionado enterrador, había pasado también por el local represivo el médico y Oficial Principal Profesional de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Roberto Enrique Bettale, que fue el encargado de rubricar el acta de defunción de los abatidos. Sus informes están contenidos en el

expediente administrativo N° 10.870 de la Intendencia Municipal de San Isidro, en fojas 10, 11 y 12. En ellos, afirma que la muerte de las tres criaturas N.N. se debió a “lesión cerebral por herida de bala”, con orificio de entrada en los maxilares de cada una de ellas. Y especifica que a los padres corresponde la caracterización de N.N.1 y N.N.2, respectivamente, mientras que para los menores reserva las de N.N.3, N.N.4 y N.N.5. Culminaba su análisis con la aseveración de que los nenes conservaban el “aspecto angelical”, una expresión que en la jerga de las morgues sirve para indicar que la muerte no los había sorprendido en una actitud defensiva, sino –muy presumiblemente– durmiendo. Para él, eso era un consuelo.

Como siempre, pasaron los años. Y el asunto llegó a manos de Abuelas:

“La primera denuncia sobre los hermanitos Lanuscou llegó hasta nosotros desde Córdoba, enviada por el abuelo Lanuscou. Con los datos que este señor nos mandó, nos fuimos hasta el Juzgado de Menores N° 2 de San Isidro –que por entonces estaba a cargo del doctor Fugaretta y de su secretario, el doctor Catino– y les solicitamos que investigaran si por la morgue no habían pasado esos chiquitos. Volvimos como seis meses después: no habían hecho nada. Les llevamos más información: tampoco investigaron nada. Este es un reproche muy serio que le hacemos a esos magistrados, porque con todos los datos que les proporcionamos, a poquito que se hubieran movido, los hubieran encontrado con facilidad... La cosa quedó, de esa forma, estancada, hasta que un buen día la doctora Tilsa Albani –abogada de Familiares– nos trajo una información en la cual se hacía referencia a unos N.N. que podían estar enterrados en el cementerio de Boulogne. Con las copias de las partidas de esas inhumaciones sospechosas en nuestro poder, nos fuimos a la CONADEP... y allí tenían ya esa misma novedad que nosotros les llevábamos. Entonces, decidimos urgentemente pedir las partidas de defunción al Registro Provincial de las Personas, en La Plata. En menos de dos días las tuvimos. Comprobamos, así, que los datos coincidían. Viajamos, por lo tanto, hasta el Juzgado Penal N° 1 de San Isidro, secretaría N° 2 –del juez Reinaldo Sordelli Carreras y del secretario doctor Salinas– y les pedimos que inves-

tigaran. Y volvimos a pasar por el juzgado de Menores, para ponerlos al tanto de que, para nosotros, era muy probable que se tratara de los chiquitos Lanuscou: todo coincidía, por otra parte: hora, sexo, edades... Avisamos a los abuelos en Córdoba. Ellos nos comunicaron con los abuelos maternos, en Berazategui, a los que encontramos con una gran serenidad, en una casa llena de plantas, muy cálida... Todos juntos, fuimos a los juzgados de San Isidro. Solicitamos la exhumación... Justo en esa época, recibimos dos mensajes, anónimos. El primero de ellos, consistió en una llamada telefónica realizada, al parecer, por un joven que había cumplido su servicio militar en Campo de Mayo y que informaba que quienes habían intervenido en la masacre de la familia Lanuscou eran miembros de la Escuela de Comunicaciones de Campo de Mayo, afectada a la zona de Boulogne, Beccar y Martínez: –De la Escuela –agregaba– actuó el Comando Demostración, cuyas cabezas más importantes son el teniente primero Camargo, el teniente primero Landa y otro teniente primero, joven, de bigote pero de quién no sé el nombre... El otro mensaje, era muy vago y venía de alguien que aseguraba que uno de los hijos de los chicos Lanuscou y Miranda estaba todavía vivo. No tenía mucho asidero la cosa, había cinco partidas de defunción muy explícitas, pero... era una señal de alerta, sin duda alguna”.

La exhumación se produjo, finalmente, a las 16 horas del día 25 de enero de 1984. Aparte de las representantes de las Abuelas de Plaza de Mayo, de los cuatro abuelos –y padres al mismo tiempo– y de los jueces actuantes, varias otras personas fueron los testigos de los acontecimientos que a partir de ese momento se desencadenarían rápidos e increíbles, por lo retorcido de su trasfondo más que nada: el médico legista de la Policía Federal Luis M. Parada, el médico forense Luis Ramos, el odontólogo Oscar M. de Curtis, el fotógrafo Roberto F. Iovino, el director del cementerio Victorio Fussaro, el fiscal Luis O. Zapata, la asesora de incapaces María M. Paleo, la perito médica Gladys Varela, el representante de la CONADEP Daniel M. Salvador y los integrantes de la cuadrilla excavadora, Victorio Froilán Quiroga, Mario O. Zabala, Camino Molina, Manuel A. Arias y Dionisio Franco.

Todos ellos, bajo el sol agobiador, la tensión y la tristeza, se encaminaron hacia la manzana 28, entre cruces volcadas y flores secas de muertos olvidados. En el sitio indicado, las palas comenzaron a hendir la tierra. Los terrones rodaban silenciosos y resecos como algunas vidas. La maleza molestaba la tarea y hubo que interrumpirla, para arrancar antes los yuyos que cubrían el lugar. Todo era sin palabras, cada cual sabía lo que tenía que hacer: unos sacar los féretros, otros analizar, otros tantos juzgar, para el resto se reservaría el sufrimiento. A los 70 centímetros de profundidad, se encontraron restos de una fibra sintética, de color azul. A los 80, comenzaron a emerger los cajones. Todos tenían su correspondiente carga dolorosa. Todos, menos uno: en su interior había solamente un chupete y un osito de algodón de color claro. Una Abuela que presenció la exhumación relata de esta forma ese momento:

“Fue un día de un calor terrible. Cuando comenzaron a abrir la primera tumba, vimos que salía de su interior como una especie de musgo, muy abundante. Preguntamos qué cosa podía ser eso y los mismos policías que acordonaban el lugar nos dijeron: –Son las mantas del Ejército, que cuando se echan a perder, por el tiempo, quedan así... Si alguna duda quedaba de que habían sido muertos por el Ejército... Bueno, sacaron los cadáveres... fue terrible... los abuelos llevaron flores y después de levantar todas las tumbas dejaron caer una en cada pozo... Eran tumbas sin cruces, llenas de yuyos y basuras, ubicadas en una sección del cementerio totalmente abandonada, al fondo. Justamente ahí había una pared, bajita, y sobre ella se recortaban los rostros de toda la gente del barrio –un barrio humilde– que desde un primer momento estaba mirando lo que sucedía. Y todo el tiempo que duró la exhumación, cerca de tres o cuatro horas, guardaron un silencio absoluto, respetuoso, religioso... La última tumba en levantarse fue la de Matilde. Allí, nuestra emoción, nuestra tensión, llegaba ya al máximo. Ya antes habíamos visto surgir las ropas de los otros chiquitos, la camisa del papá –que la abuela dijo: –Sí, era esa porque tiene unas vainillas...–, los pijamitas, un montón de zapatos... Los abuelos, estaban enteros, muy íntegros, observando todo atentamente... Apareció también el cráneo de la mamá, con un inmenso ori-

ficio en uno de los temporales, como si le hubiesen disparado de muy cerca... y... tenía todos los dientes. Entonces una de las Abuelas exclamó: –¡Qué hermosos dientes!... Hasta dónde llega el amor de las mujeres por sus hijos, que miraban un cráneo lleno de tierra y lo veían hermoso... Bueno, cuando empezaron a abrir la tumba de la más chiquita, se había cubierto el cielo de nubarrones negros y empezaron a caer unas gotas... largas, plateadas, como flechas. Parecía que hasta el cielo lloraba, ahí, frente a nosotros, que estábamos totalmente destrozados... No sé, había un ámbito... y un silencio... Cuando abrieron el cajoncito, todos nos acercamos, ya habíamos reconocido los cuerpos de los otros chicos y de sus padres. Lo primero que sacaron, fue una manta, con forma de criatura, como si en su interior hubiera habido un bebé envuelto. Era una manta verde y roja. La movieron... y cayó el chupete. A partir de allí, ya nadie prestó atención a nada, era demasiado grande el dolor. Después, apareció el osito rosado... La abuela Miranda –una mujer muy entera– se inclinó para mirar bien el osito y sacó, de adentro, una medicita blanca. Adentro de la medicita, no había nada y dijo: –Pero esto... no tiene nada, adentro... Un médico que estaba presente, acotó: –No puede haber nada... era muy bebita... Amontonaron la ropa, había un huesito por ahí y se lo pusieron encima, sacaron fotografías... Enseguida me di cuenta, sin saber nada del tema, de que eso no era el hueso de un niño, –y después se comprobó que no era, se trataba de un hueso del pie de un adulto...–. Algo me chocó, en el fondo, pero estábamos todos tan impresionados... Cada cuerpo –o lo que quedaba de él, mejor dicho– se puso, con sus ropas correspondientes, en bolsas de nylon individuales y todas ellas se metieron en el féretro más hermoso que el director del cementerio –que en todo momento se portó en forma excelente– pudo comprar y nos donó... Después, muy respetuosamente –porque se sentía el respeto de la gente ante tamaño horror– cerraron el cajón y lo llevaron al depósito, para un futuro peritaje... Poco después, fuimos también con los abuelos Miranda al lugar en donde su hija, su yerno y sus nietos habían vivido. Ahora es una esquina, en donde sólo hay escombros cubiertos por yuyos: está todo totalmente destruido. Apenas si queda un pedacito de pared y, a su cos-

tado, una planta de limonero. Me emocionó mucho ver al matrimonio buscando cositas, piedritas... hasta que encontraron un resto de un juguete, entre los escombros. La señora, se llevó un limón de la planta que era de sus hijos...”.

Hubo que superar esas tragedias, sin embargo, y se siguió adelante con la investigación. Se realizaron nuevas pericias y los resultados obtenidos fueron avalados por la firma de Enrique R. Ramos –forense de tribunales de San Isidro–, Nelly G. Varela –forense de tribunales de menores de San Isidro– y Luis M. Raimundo Parada –médico legista de la Policía de la provincia de Buenos Aires–. Las conclusiones a las que los mencionados profesionales arribaron eran, sencillamente, explosivas. En primer lugar, reconocían no haber encontrado los restos correspondientes a Matilde Lanuscou. En segundo lugar, su interpretación acerca de la forma de muerte recibida por las otras cuatro personas, dejaban en descubierto la falsedad de lo consignado en el acta de defunción por el policía médico –más admirador de la picana que del estetoscopio, seguramente– Roberto Ernesto Bettale, quien había querido amañar sus declaraciones de forma tal que sirvieran para reafirmar la tesis –inventada por el Ejército– de que las criaturas habían sido eliminadas por su propio y “fanático” padre. Ahora, en cambio, se decía del deceso de los chicos, en una opinión válida para ambos casos: “De todo lo anteriormente expuesto, se desprende que el citado cadáver se vio sometido a la acción de la onda expansiva de un artefacto explosivo, como puede ser una granada, un proyectil Energa o proyectil de artillería, como podría ser una bazooka o una tanqueta, por el tipo de estallido del cráneo que presentaba y las múltiples fracturas del cuerpo. Asimismo, al estallar el cráneo se produjo la pérdida de la masa encefálica, acompañada de un cuadro de hemorragia interna y externa. Como reflexión, es importante tener en cuenta la edad presuntiva del cadáver, por cuanto los fragmentos del estallido siguen casi todas las líneas de sutura interósea. Esto se debe a que en razón de ser menores no se osificó aún la sutura y en medio de la misma hay un tejido cartilaginoso membranoso, a los fines de que continúe el crecimiento de dicha persona. Los disparos de los artefactos explosivos fueron efectuados desde una distancia superior a los cinco metros”. De la muerte del padre, por su parte, ésta era la

evaluación: “El citado cadáver se vio sometido a la acción de la onda expansiva de un artefacto explosivo, cual puede ser una granada, un proyectil Energa o proyectil de artillería, que podía ser de bazooka o una tanqueta, por el tipo de estallido de cráneo, con desaparición, prácticamente, del mismo”. Por último, se aportaba en el caso de Amelia Bárbara Miranda: “El cadáver recibió heridas de bala de grueso calibre. En la zona temporal izquierda presenta un orificio de entrada de bala, que en su trayectoria salió por la zona temporal derecha... Además, la fractura del fémur izquierdo, en su tramo superior y la fractura de la rama isquípública izquierda, pueden deberse a la onda expansiva de un artefacto explosivo –granada, Energa–...”.

Estas eran las informaciones que manejaban las Abuelas cuando, a mediados del año 1984, llegó a Buenos Aires una comisión de médicos genetistas y forenses estadounidenses, verdaderos especialistas en esas materias. Una parte de sus miembros –los doctores Clyde Collins Snow, Lowell J. Levine y Luke George Tedeschi, secundados por el traductor Morris Tidbaw Binz– prestaron su colaboración para analizar las pertenencias de Matilde Lanuscou. Quien mayor participación tuvo en los estudios que con ese fin se realizaron, fue el doctor Snow, una celebridad mundial. Él fue el encargado de tener entre sus manos y experimentar con los tristes recuerdos de la beba. Pronto comentó las conclusiones a las que había arribado, en primera instancia por lo menos: “–Se trata de unas ropas de niño, de entre tres meses y un año. Han estado enterradas durante muchos años. El pie derecho del osito presenta un área quemada. Acompañan a esas prendas siete huesos de adulto, pero no existen evidencias de restos humanos infantiles. Nunca esas ropas envolvieron un cadáver”. Pero allí no paró su tarea. Volvió al cementerio, días después, con el fin de realizar nuevas evaluaciones. Era un sábado a las siete de la tarde y hubo que abrir las puertas –ya clausuradas– especialmente para permitir su acceso. A esa altura de los acontecimientos, Clyde C. Snow estaba convencido de que, para aventar toda duda, lo que se imponía era la realización de unas radiografías especiales al osito, al chupete, las medias y la frazada de Matilde. Con esos objetos en su poder, se trasladó hasta el Hospital de San Isidro. Rastreó a fondo esas ropas, obtuvo hasta el más mínimo resto de la tierra que ellas conservaban. Después, las lavó y las coló, mientras analizaba al mismo tiempo los antiguos barro

antes obtenidos. Observó que era un tipo de tierra que ayudaba a que los huesos se conservaran más... y ni aun así quedaban rastros de la nena, ni una mancha, ni uno de sus dientitos. Después de esa extensa tarea, que le llevó más de veinticuatro horas de labor ininterrumpida, no tuvo más dudas. Matilde estaba viva, esperando en algún lugar de Buenos Aires, de la Argentina, o quizás del mundo. Pero esos son detalles muy pequeños, a los que las Abuelas no dan importancia. Ni tampoco el abuelo Miranda:

“Yo estoy seguro de que mi nieta debe estar en manos de alguno de los participantes en el asesinato: nadie podía acercarse a la casa, ese día, excepto ellos, y tampoco regalaron la chica a ningún vecino, como solían hacerlo en otras oportunidades. Ahora, su búsqueda es el objetivo de nuestras vidas. Mantenemos constantemente vivo ese fuego, discutimos entre todos cualquier novedad que surge... aunque sin obsesionarse, por supuesto...”

Después de la muerte de mis hijos, yo volví muchas veces a su barrio. Hablé con muchos vecinos y todos repetían lo mismo: –El muchacho fue el que mató a los hijos, me decían. Se ve que era la historia que les había dictado el Ejército, porque... en realidad ahí nadie vio nada. Esa noche –y con lógica, por cierto– estaban todos metidos, como quien dice, abajo de la cama... En fin, a través de esas charlas me fui enterando de algunas cosas. Los vecinos, al principio, tenían gran desconfianza con respecto a mi persona, luego... algo más se abrieron... hasta la noche en que por la televisión exhibieron “Nunca Más”. Después de eso, volvieron a retraerse: –¿Y si vuelven las botas? Me dicen... Pero, algunos cabos até. Porque... algunos me dijeron que mi yerno fue el que murió primero, que salió a la calle y se voló la cabeza con una granada... Entonces, a mí se me ocurren algunas preguntas: ¿se tiró una granada o le tiraron una granada, cuando salía a hablar? Y además, si murió enseguida, ¿por qué siguieron tiroteando la casa por cerca de cuatro horas, si adentro sólo quedaba una mujer –mi hija–, ya que no creo que mis nietos estuvieran en condiciones de disparar? ¿Tanta resistencia puede ofrecer una persona sola –máxime una mujer– a cien soldados del Ejército Argentino...? ¿Y por qué

ese mismo Ejército no comunicó enseguida lo de la muerte de los niños? O bien fue porque diciendo que habían abatido a cinco subversivos justificaban su bestial accionar –no hay que olvidarse que, según ellos mismos, iban a interrumpir una reunión muy importante, en la cual se supone que había varios concurrentes– o bien será porque para el Ejército Argentino los niños también son terroristas peligrosos... Y la casa –o lo que quedaba de ella– que la Municipalidad mandó derribar: ¿no habrá sido para borrar toda posible huella del exterminio...? En fin, son preguntas que uno se plantea. Para mí, lo que ocurrió ahí adentro esa noche, fue que mi hija y mi yerno buscaron proteger a mis nietos. Dicen que los encontraron entre dos colchones y esa es la prueba de que los quisieron cubrir. Además, la pericia que se realizó después de la exhumación explicó bien claramente que su muerte se debió a la onda expansiva de una granada o proyectil de cañón arrojado desde una distancia de más de cinco metros, vale decir desde la calle... Pero ellos, mienten en todo: si mintieron y falsearon los certificados de defunción y de inhumación, si mintieron acerca de la muerte de una bebita para quedarse con ella, entonces tengo derecho para creer que todo lo que dijeron con anterioridad fue mentira también... Mintieron también con respecto a que desconocían la identidad de los abatidos, porque ya en 1982, en el ministerio del Interior, me entregaron unas listas en las cuales mi hija figuraba como desaparecida... Ahora, tenemos que seguir la búsqueda. Sé que nos esperan todavía muchas horas de sufrimiento por delante y tampoco podremos olvidar las situaciones por las que atravesamos, el día de la exhumación sobre todo. Dos cosas fueron las que más me impactaron esa tarde. Una, la herida de bala que mi hija presentaba en la cabeza. Se veía que le habían disparado desde cerca, mientras estaba arrodillada... Me fijé en el orificio de entrada y de salida y... uno piensa, en ese momento. Piensa: –¿Cómo habrá venido esa bala?... Después, uno dice: –No, no puede ser, estoy desvariando, por el calor. Lo que pasa es que estoy cansado y ésto debe ser todo mentira... Pero lo que más me conmovió, fue ver las ropitas de la beba. Ahí sí... ahí sí que estuvimos a punto de aflojar... Pensaba: –Es necesario mantener la serenidad. Estar firmes, tranquilos. Es necesario ahogar todo.

Porque es fundamental este momento en nuestras vidas. Después, iremos a casa y allí podremos llorar... qué se yo... cuatro horas. Y no era por vergüenza, porque no quería que me vieran llorar en público... no, no era por eso. Pero teníamos esa extraña serenidad que dan las circunstancias tremendas de la vida, las tragedias tremendas que... no se lloran. Se viven... Y, ¿de los asesinos? Yo pienso que habrán creído que esto jamás se iba a descubrir por la impunidad con que actuaron. Me da un sentimiento de pena por ellos –durante la exhumación, en cambio, lo que más sentí fue indignación, por el crimen que se había cometido–, por su comportamiento de chacales. Fingir la muerte de una criatura para quedarse con ella, es algo monstruoso. ¿Puedo yo, ni por un segundo, cuando ubique a mi nietita –y la voy a ubicar, sin duda– dejarla en poder de ellos? Pero ¿para qué la quieren criar? ¿Para qué? Esa persona que ahora mismo sabe que la buscamos, sabe que descubrimos la patraña pero igual la retiene y la oculta ¿qué valor moral tiene? Mi sentimiento hacia ellos es de lástima... y de horror. Sí, le tengo lástima a ese hombre. Porque –si es que la tiene– algún día deberá enfrentarse con su propia conciencia. Es que, a esta altura, nosotros estamos más allá del odio”.

Dos niños fueron hallados muertos y su sangre caerá, tarde o temprano, sobre sus asesinos. Otros dos, en cambio, se sabe que están vivos. Las Abuelas los tienen ubicados. Son los mellicitos Ross Rossetti, cuya madre –que ya los llevaba en su interior– fue secuestrada durante un cálido verano. Porque, efectivamente, el 10 de diciembre de 1976 las calles de La Plata parecían reverberar, por el calor y los reflejos del sol que se estrellaban contra las veredas, a pesar de ser ya cerca de las seis de la tarde. En esos momentos, una mujer muy joven cerraba la puerta de la casa de la familia Carranza –en la calle 8, entre 25 y 29–. Se llamaba Liliana Irma Ross de Rossetti, tenía 21 años y estaba embarazada de cuatro meses. Salía de cuidar a un militar retirado, afectado de hemiplejía. Debía llegar a tiempo a sus clases de la facultad, –estaba a punto de recibirse de Visitadora de Higiene– y después –a las ocho de la noche– esperaba a su marido –Adalberto Rossetti– en la estación del ferrocarril. Pero de pronto, sintió una mano muy dura, de dedos como garfios, tomándola de un brazo. Inme-

diatamente, varios individuos de civil la metieron en un Falcon a empujones.

Nadie esperaba a Adalberto esa noche, en la triste y sucia estación de La Plata.

El hombre sí esperó a Liliana, en la casa de ambos, de la calle 76 bis, entre 118 y 119. A la media noche, lo dominaba la angustia y por eso se fue a la casa de unos amigos. Pero ellos tampoco pudieron aportarle ningún dato acerca de su esposa. A la otra mañana, testigos casuales del secuestro le contarían toda la verdad. Conoció los abismos de la desesperación y la impotencia y se dio cuenta de que él también estaría en la mira. Tendría que cuidarse. La búsqueda quedaba, por lo tanto, en manos de las dos abuelas, Elda de Rossetti y Lucía de Ross:*

“Comenzamos a viajar a La Plata. Éramos muy ingenuas todavía y esperábamos que en cuarteles o comisarías nos dieran alguna información sobre Liliana. Ellos fingían preocuparse, pero sus respuestas eran siempre negativas. A nosotros, nos parecía que, por lo menos, estábamos haciendo algo, porque no hacer nada, en casos como el nuestro, resulta impensable: lo que domina es una especie de instinto, que nos impulsa constantemente a movilizarnos, a investigar. Así pasaron unos cinco meses y, con la cercanía de la fecha del parto, nuestra desesperación iba en aumento”.

En esas recorridas, las mujeres llegaron a las puertas del Regimiento 7. Mientras esperaban ser atendidas, veían a soldados que jugaban con diminutas medallitas de oro en las palmas oscuras de sus manos. Uno de ellos, explicaba a otro:

—Estas medallitas, son de las subversivas. De esas, las del enfrentamiento de ayer... Nos mandaron a nosotros a limpiar. Era una carnicería, eso... Se ve que las reventaron.

Las dos mujeres sintieron que se les apretaba un nudo en la garganta, pero siguieron esperando. Al final, un joven oficial, de ojos transparentes y fríos y bigotes al “estilo Videla”, les recomendó que viajaran a Olmos. Era fines de abril y el viento de otoño levantaba basuras cuando Lucía de Ross y Elda de Rossetti llegaron a la parada del ómnibus que las iba a conducir hasta la cárcel:

“Vimos venir un colectivo —recuerda ahora Elda de Rossetti— y comentamos: —¿Será éste? Entonces, una señora como de cuarenta años, que esta-

* Elda de Rosetti continúa buscando a sus nietos nacidos en cautiverio, Lucía de Ross falleció sin conocerlos.

ba también en la parada, se dio vuelta y nos preguntó a dónde queríamos viajar. Cuando le dijimos que hasta Olmos, nos indicó que tomáramos el mismo vehículo que tomaría ella. Y, después de unos instantes, insistió: –Disculpen, ¿a qué van ustedes hasta Olmos? Mi consuegra le contó toda la historia de Liliana. La señora, se quedó como cortada, unos segundos, y después nos dijo: –Hay una chica que hace como cinco meses que está desaparecida y tuvo familia en estos días... Yo lo sé porque soy partera del lugar... Es más, les diré que tuvo mellizos. Nos llamó la atención a todos, ese hecho, y le preguntamos si en su familia no había antecedentes en ese sentido. Entonces, ella nos explicó que las hermanas menores de su madre eran mellizas... Bueno, mi consuegra casi se desmayó, porque sus hermanas menores, efectivamente, eran mellizas. Justo en ese momento llegó el colectivo. Y durante el viaje, cambiamos de tema”.

Recién al bajar se reinició la conversación, paradas las tres al borde de la carretera, mientras los autos pasaban velozmente a su alrededor.

–Señora –insistió Elda de Rossetti–, necesitamos que nos de más datos. Tenga confianza, nunca la vamos a comprometer.

–Por favor, disimule– fue la respuesta de la partera, mientras observaba con insistencia hacia los miradores del penal. Siguieron caminando, entonces, algo apartadas, sin mirarse. Pero se oían.

–Señoras, se tienen que mover a toda velocidad, porque... a las chicas embarazadas las juzgan después de tener familia, –indicó la profesional. Y su “las juzgan”, estaba cargado de implicancias. Después, señalando la inmensa edificación, que ya estaba cerca, les indicó con la cabeza: –Allá, en aquella ventanita del segundo piso, sobre la palmerita, está Liliana. Adiós y mucha suerte.

“Ella entró y nosotros pedimos entrevistarnos con la directora del penal. Nos atendió, fríamente pero nos atendió. Dijo que de ninguna manera mi nuera se encontraba allí... Nos fuimos, en un estado... Entonces, a mí se me ocurrió que fuéramos a ver a monseñor Plaza. ¡Qué nene elegí para que nos ayudara! ¿no? Queríamos decirle –como en secreto de confesión– que sabíamos que Liliana estaba en Olmos. Pero fue muy difícil

llegar hasta él. Un cura nos trató muy brutalmente y nos echó. Con la esperanza de verlo, nos pusimos a dar vueltas a la manzana. De pronto, lo vimos salir... ¡tenía una custodia...! En eso, otro sacerdote nos detuvo: era monseñor Callejas, su secretario personal”.

Las dos mujeres se entrevistaron con Callejas, un hombre de trato amable y hasta receptivo. Le transmitieron la información que poseían y revelaron que la fuente había sido la partera: –Como secreto de confesión, monseñor, le expresaron antes. El hombre las escuchó atentamente y prometió verificarles la certeza del dato: después de todo, para algo él mismo era capellán del penal de Olmos. Con esa nueva esperanza, las dos Abuelas regresaron a Chacabuco, que era la localidad en donde residían. Pero apenas dos días más tarde estaban otra vez en La Plata, ante un monseñor Callejas sorprendido que les dijo:

–Tengo novedades. Acabo de enviárselas por carta, pero ustedes se han adelantado, por lo visto... Esa chica que a ustedes les preocupa, existe en verdad. Pero no he podido averiguar su nombre, porque está permanentemente custodiada. De todas maneras, les daré una carta de recomendación para el sacerdote que todos los días va al penal. El párroco de la Iglesia de Santa Rosa, de acá, de La Plata. Dirige, también, el colegio parroquial. Es el padre Hapon... Y también las presentaré al Director del Servicio Penitenciario Provincial, para que lo vean y le dejen en claro que saben el paradero de Liliana: cuando uno hace esas cosas, hay menos posibilidades de que... los maten, a los desaparecidos.

Fueron bien recibidas por el padre Hapon, que las hizo pasar a su austero escritorio y les habló después pausadamente:

–Les pido unos días, para poder averiguar el nombre... Ahora, desde ya puedo adelantarles que no hay duda de que nacieron mellizos. Les digo más: el parto se produjo en la noche de un viernes y al sábado siguiente los sábados el equipo médico almuerza en pleno, juntos, y yo con ellos– el comentario general de la mesa fue el de los mellicitos.

Cuarenta y ocho horas más tarde, de nuevo Lucía de Ross y Elda de Rossetti estaban frente al padre Hapon y lo escuchaban:

–Señoras, las novedades no son demasiado buenas. La subdirectora me informó que los chicos habían nacido prematuros, habían pasado unos días en

incubadora y habían sido después devueltos a la madre, para adaptación. Y a donde los tres están ahora, nadie entra...

“Quedamos más desorientadas que nunca. Perdidas por perdidas, fuimos a ver al Director del Servicio Penitenciario Provincial. Nos recibió su secretario, un muchacho de unos 36 años. Le contamos el caso y nos dijo que las presas políticas de Olmos habían sido trasladadas a Devoto, que sólo dos o tres habían permanecido allá. Prometió averiguar si mi nuera era uno de esos dos o tres casos y dijo que de ser así la podríamos visitar de inmediato. Salió unos minutos y volvió muy sonriente, explicando que no lo era. Yo, entonces, me puse fuerte e insistí: –Sabemos que mi nuera está en Olmos y que tuvo mellizos... Entonces, guardó silencio, volvió a abandonar su despacho... y no volvió más... También fuimos a ver al coronel D’Alessandro, nativo de Chacabuco. Nos pidió unos días, para averiguar. Pasamos por Campo de Mayo a buscar la respuesta y ahí lo único que nos sugirió fue que volviera a Olmos y que, invocando su nombre, exigiríamos información.

Claro, no nos dio nada escrito... Cuando le repetimos estas palabras a la subdirectora del penal, se enojó muchísimo y casi gritaba: –Díganle a ese coronel que son ellos los que tienen que informar de las cosas que han hecho. Que no nos quieran tirar ahora el fardo a nosotros... Después de eso, yo muchas ganas de volver allí no tenía. Pero, para mi consuegra era como un desahogo, y volvimos. Cuando estábamos nuevamente esperando a la directora, vi avanzar, por el mismo pasillo, a la partera. Me quedé helada y ella también se sorprendió muchísimo. Cuando estuvo al lado mío, me dijo entre dientes, sin detenerse: –Vayan a buscar a los chicos a la Casa Cuna... Me entró una gran desesperación, primero por los chicos y segundo porque vi que de nuevo perdíamos el contacto con esa señora. A todo esto, ya la directora estaba hablando con la mamá de Lilianna. Yo, mucha atención no prestaba, porque estaba viendo, en ese preciso momento y por una ventana, que la partera se disponía a marcharse en un Renault 4L. Estaba con una amiga, al parecer, y se demoraba, revisando el motor, como para darnos tiempo a alcanzarla. Pero se fue, al final.

Salimos del penal muy deprimidas, mi consuegra y yo. Era muy difícil volver a tener la suerte de encontrarla: ya varias veces habíamos estado merodeando horas por la parada donde la habíamos conocido, sin éxito ninguno. Mientras recordábamos esas cosas, caminábamos por el borde de la ruta. Cuando quisimos acordar, el 4L nos paró al lado”.

Las Abuelas subieron, rápidamente. Esta vez, la madre de Liliana lo primero que hizo fue sacar una foto de su hija. Las dos mujeres que viajaban en el asiento de adelante –y que por pura casualidad habían ido esa tarde al penal, contra su costumbre y simplemente a cobrar sus sueldos de ese mes– reconocieron en esa imagen a la madre de los mellizos recién nacidos. Contaron que se trataba de dos varoncitos rubios, de ojos celestes. Que uno de ellos había pesado 1 kilo 900 y el otro 2 kilos. Que la secuestrada los había llamado Martín y Gustavo. A esa altura, ya habían llegado a las puertas de la ciudad y optaron por separarse. Al despedirse, la partera insistió:

–Búsqwenlos en las casas cunas y cuando los encuentren, críenlos bien... porque en ellos van a reencontrar a Liliana.

“Comenzamos a recorrer casas cunas entonces, pero sin éxito. Nos trataban bien, pero nos mentían a veces. Por ejemplo, el director de una de ellas lloró junto a nosotras, pero años después nos íbamos a enterar de que en ese lugar y en ese preciso momento en el cual habíamos ido, había mellizos internados... También íbamos a los juzgados de menores. En uno de ellos, un día nos dijo una secretaria: –Cuando ustedes contaron aquí su historia los otros días, una de nuestras empleadas se impresionó mucho al escucharla. Ella tiene un bebé y, justamente, en esos días se le enfermó. Llamó para que lo atendiera a un pediatra, que cumple –casualmente– tareas en Olmos. Entonces, le preguntó si era cierto eso del nacimiento de los mellizos y el doctor se lo confirmó. Y le agregó que los chicos aún estaban en el penal. Eso nos dio nuevas fuerzas, pero la madre de Liliana, en ese momento, se puso muy mal. Entonces, sola, volví a lo del padre Hapon. Le pedí los nombres de los médicos de Olmos. Mucha gracia no le hizo, pero... me los dio. Eran los doctores Siri y Vera”.

Elda de Rossetti buscó esos apellidos en la guía telefónica de La Plata. Encontró en ellas a un doctor Vera y concurrió a su domicilio, pero se decepcionó: se trataba de un especialista del corazón, que nada tenía que ver con la pediatría. Recorrió, entonces, muchas clínicas. En una de ellas, obtuvo una pista: el tal doctor Siri atendía en Berisso. Hasta allí viajó. Penetró en la oficina de correos del lugar, para que alguien le indicara la forma de llegar a la casa del especialista. Un empleado de guardapolvo gris escuchó su pregunta, se sacó los lentes meticulosamente y le contestó:

—Señora, esta calle no es de aquí, de Berisso. Esta calle es de Ensenada. Elda de Rossetti se sintió desfallecer. Había salido a la madrugada desde Chacabuco, no había probado bocado, desconocía todos esos sitios. De todas maneras, se las arregló y horas después tocaba el timbre en la casa de Siri, quien la atendió personalmente. El hombre aceptó haber atendido a la madre y a sus hijos, recalcó que los chicos habían estado un tiempo en incubadora, informó que no le permitieron —después del parto— que volviera a ver a la chica, relató que había sido un nacimiento complicado, afirmó que ya no estaban más en el penal y se mostró seguro de que aún los tres se hallaban juntos, aunque en otro lugar:

—Porque lo contrario —dijo— sería demasiado... inhumano. Eso sí, con lo que no tuvieron problema alguno fue con la ropita. A la mañana siguiente de nacer, hasta juegos de sabanitas tenían, fijese lo que le digo, —agregó.

“Me fui con mayores esperanzas y volví a ver al padre Hapon. Le besaría los pies a ese sacerdote... Siempre me ayudó. Esta vez, le pedí el nombre de la partera. Me averiguó que se llamaba Ilda Delgadillo y que vivía detrás del Policlínico. Así que de nuevo busqué en las guías. Encontré un solo Delgadillo, y hombre... Igual fui. Me atendió una chica y yo pregunté directamente por la partera. Ella me dijo que era su tía, pero que no vivía allí. Por suerte, me dio la dirección, lejísimo. Todo esto, para mí, era dificultosísimo... hasta ese momento, había sido una buena ama de casa, que casi nunca salía de mi hogar... En fin, la ubiqué. Me recibió bien... sorprendida, pero amablemente. Volvió a insistir con que los chicos tenían que estar en alguna casa cuna o en algún instituto

de la minoridad. Le pedí que fuera sincera con respecto a la suerte de Liliana y me respondió, más o menos: –Señora, a Liliana la trasladaron en la madrugada del 17 de mayo. Y esa noche, hubo fusilamientos. Muchos, en la zona, oyeron los tiros... Yo lo sé, por un chofer... Estoy casi segura de que a ella la volvieron a llevar al ‘pozo’ en el cual había estado detenida hasta el momento de tener familia. Es un ‘pozo’ que está ahí –años después nos enteraríamos de que el lugar era ‘La Cacha’– cerca de la cárcel... Desde allí es desde donde se escucha todas las noches retumbar el ruido de los disparos. Desde allí también, con los ojos vendados o encapuchados, traen muchas veces a enfermos o torturados, para que los atendamos. Desde allí traen embarazadas picaneadas hasta el borde la muerte, destrozadas, con pérdidas, mujeres que abortan sin que se pueda hacer nada por ellas. Y Liliana... Liliana también estaba muy picaneada... Me dio tremenda pena verla, como me dan pena todas esas chicas –a las que siempre ayudo– arrojadas allí para parir, que lloran y lloran todo el día, torturadas, solas, desprotegidas... Y me dio mucha lástima también saber del traslado de Liliana, en plena madrugada, arrastrada por los pasillos, semidesnuda, con un vestido prestado y viejo y sucio por encima, con un par de zapatones rotos y embarrados, que no eran de ella y a los que les faltaban los cordones y por eso arrastraba. Gritando, porque no se quería separar de los hijitos... Así la llevaron hasta dos autos que estaban esperándolos, en uno se metieron dos tipos, cada uno con un mellizo en sus brazos... En el otro, la tiraron a ella... Eso fue lo que esa señora me contó esa tarde”.

Ilda Delgadillo ignoraba, en el momento en que realizaba esa confesión, que muy pronto iba a pagar muy cara su solidaridad para con Liliana y con las otras secuestradas a las que había ayudado y cuyos sufrimientos tanto la conmovieran. A mediados del siguiente mes de agosto, en efecto, ella también iba a desaparecer, junto con su esposo, el doctor César San Emeterio. Es que los asesinos no podían perdonar la piedad. Y mientras ellos sumaban esa carga de cadáveres nuevos a sus viejas conciencias, la búsqueda seguía.

“En esos momentos, fue por Chacabuco un médico de La Plata, que también había estado vinculado a la cárcel de Olmos. Visitó al doctor Villanueva, un conocido médico del pueblo: quería instalarse a trabajar en ese lugar y por eso hacía averiguaciones acerca de las posibilidades de la zona. Dio la casualidad de que en la casa estaba de visita, en ese momento, un primo de Liliana, que escuchó la conversación y le rogó a este hombre que hablara con mi consuegra. El hombre accedió, reconoció a mi nuera por una foto que le mostraron, contó que había tenido mellizos y que el parto había sido complicado, incluso que hubo que hacerle una transfusión de sangre a mi nuera. Siguió visitando a la familia, hasta que un día esas visitas se interrumpieron bruscamente. Entonces mi consuegra fue a verlo a La Plata –él le había dejado su dirección– pero no quiso ni recibirla: estaba aterrorizado. De esa forma, otra pista se nos vino abajo... A todo esto, las Abuelas de La Plata me avisaron de un rumor: en la ciudad, un matrimonio tenía unos mellizos –adoptados– que se llamaban Martín y Gustavo. La abuela que me aportaba el dato tenía una sobrina casada y, al parecer, la suegra de esa chica trabajaba en una guardería a la cual concurrían los chicos. Mientras esperaba poder entrevistarme con la joven, me recorrí todas las guarderías de La Plata. Les decía a quienes me atendían que mi hija tenía mellizos y quería saber si en ese sitio les darían un tratamiento especial. Invariablemente, terminaba con esta pregunta: –A lo mejor, ya tienen un caso similar, ¿o no? Invariablemente también, recibía la misma respuesta: –No. En eso estaba, cuando me dieron una mala noticia: parece que todo había sido un invento de la famosa sobrina... Pero llegaron nuevas sugerencias: esta vez, nos dijeron de un oficial de policía, que tenía unos mellicitos adoptados. Parece que vivía en Buenos Aires el represor, pero que los chicos eran de La Plata. A esa altura, yo ya me había integrado a las Abuelas”,

El dato sólo hacía referencia a una calle de Ciudadela y a una dirección de la cuál ni el número era muy seguro. Sin embargo, una mañana Elda de Rossetti y otra abuela fueron hasta el sitio, en trenes no muy rápidos. Llegaron a mediodía, ubicaron la cuadra y empezaron a recorrerla. No vieron nada. Camina-

ron transversales, dieron vueltas a las manzanas. No había mucha gente, en ese momento, a la vista: solamente algunos chicos que volvían del colegio y unos adolescentes —siempre prontos para el amor— besándose sin prejuicios y sin hora, en la esquina. Las dos mujeres se metieron entonces en una mercería. Lucían serias, respetables y respetuosas, con un dejo de inocencia flotando detrás del vidrio de los anteojos. Pero no pudieron averiguar nada de “la señora con unos mellicitos” que vivía cerca de allí. Repitieron la misma operación en otros comercios, pero siempre sin éxito. Entonces, fue cuando los vieron: dos chicos con el pelo rubio como el oro, pictóricos de reflejos de sol, caminando con una mujer rumbo a un almacén. Entraron a la rotisserie, en efecto y las abuelas casi se zambulleron detrás de ellos. Elda de Rossetti estaba ansiosa. Y, por eso mismo, habló la otra:

—¡Qué bonitos que son. Parecen mellizos!— dijo. La presunta madre, sonriente, se ufaná: —Son mellizos. Este es Matías... señaló.

—Y yo soy Gonzalo—, se rió el otro.

Martín y Matías, Gustavo y Gonzalo... los parecidos era muy notables. Ya varias veces se habían dado esas semejanzas entre los nombres elegidos por los auténticos padres para sus hijos y aquellos con que los represores adoptantes los rebautizaban: parece ser un mecanismo que obedece a la enfermiza mentalidad de los torturadores. De eso estaban convencidas las Abuelas, mientras despedían con una sonrisa a la pelirroja de cerca de treinta y cinco años que se alejaba con las criaturas. De paso, se fijaban la casa a dónde entraba, por supuesto. Elda de Rossetti, quedó impactadísima:

“Los chicos eran muy rubios y de ojos claros, tal como me lo había hecho saber Ilda Delgadillo. Además, me impresionaron muchísimo en cuanto los vi: en ese momento, el corazón me dijo que se trataba de mis nietitos. Los ojos, sobre todo los ojos... eran los de mi nuera. Eso fue lo que más me conmovió. Liliana tiene los ojos redondos y muy grandes, idénticos a los de ellos... A partir de ese día, pacientemente y entre todas hemos armado la carpeta correspondiente. Sabemos que van a la escuela. Sabemos que la ‘madre’ tuvo familia anteriormente en dos oportunidades y que en ambos casos fallecieron inmediatamente las criaturas. Sabemos

que la última vez que esto sucedió fue apenas tres meses antes de adoptar a los chicos. Sabemos que el ‘padre’ es un represor, activo participante de la ‘guerra sucia’, llamado Samuel Miara y –según las mismas denuncias recibidas– comisario de la Policía de Tránsito de la provincia de Buenos Aires. Obtuvimos también las partidas de nacimiento de los niños. Sabemos muchas cosas”.

Efectivamente, saben muchas cosas las Abuelas. En ese sentido, les ha resultado un buen aporte la información acercada por la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia de la Nación, confirmando que los mellizos han sido anotados como propios por los presuntos padres, merced a partidas fraguadas. En las mismas, se consigna que el “parto” fue asistido por la partera Raquel B. Datavio y que el mismo se verificó en el conocido Hospital Penna. Sin embargo, en los libros de la mencionada institución, esa “venida al mundo”, no figura. Un detalle que la justicia manejará, es de esperar, para que la verdad y la equidad se abran paso, con dolor –sin duda– pero inevitablemente.

Capítulo 12

Pero, ¿hasta qué punto es confiable la justicia? Quien haya escuchado la conferencia que a mediados de 1983 dictó el doctor Juan José Prado —ex presidente de la Asociación de Abogados de Buenos Aires y miembro de la Mesa Ejecutiva de la APDH— alimentará seguramente grandes —y muy grandes, por cierto— dudas al respecto. Dijo el expositor, en una parte de su discurso: “... Se han mencionado diferentes sectores culturales de nuestra sociedad que, participando con el proceso que surge el 24 de marzo de 1976, ayudaron a su estructuración, perfeccionamiento y eficiencia de sus objetivos. Como concreción de este estado de cosas, se encuentra el Poder Judicial, porque fue éste quien durante 34 años ha consentido la existencia y vigencia del Estado de Sitio. Baste repasar fallos anteriores al 24 de marzo de 1976 y se advertirá que el criterio no es diferente al que se aplica después de esa fecha. Porque en nuestra justicia existe una conciencia que acepta este orden represivo. Así, resulta interesante señalar la falta de comprensión de los hombres de derecho extranjeros que viven en regímenes democráticos, que tienen desarrollado el concepto de lo que es la libertad individual y colectiva. ¿Cómo es posible —se preguntan— que los hombres de derecho argentinos puedan aceptar que a cualquier detenido se lo torture —ya que la tortura es preexistente al 24 de marzo de 1976—, que a un individuo acusado de un delito vinculado a actividades civiles o comerciales se lo picanee en las seccionales de policía? No se puede comprender cómo se pudo haber llegado a aceptar esta situación sin denunciarla. Existe una participación silenciosa. Hay un consentimiento silencioso para que esto continúe, para que esto se desarrolle en idénticas condiciones y no se modifique. Y ello es así porque la omisión ha sido en primer término del propio Poder Judicial, con la responsabilidad que nos compete a los abogados de no señalar todas y cada una de las circunstancias abusivas... Cabe destacar que los estudiantes de derecho son educados en las Universidades del país enmarcando su mira jurídica en el orden jurídico

que emana de nuestra norma suprema, la Constitución Nacional. Pero, ¿qué es la Constitución Nacional para un estudiante de derecho? Simplemente una referencia valorativa y no un elemento pragmático y de práctica de vida continuada para el quehacer de su futuro ejercicio como profesional del derecho. Entonces, es menester ese estado de conciencia y de corrupción generalizada, porque hemos sido, todos partícipes de esa corrupción. Ello nos conduce ahora a enfrentarnos a la monstruosidad de esa corrupción. Cuando surge el golpe del 24 de marzo de 1976, los comandantes de las Fuerzas Armadas hablan muy claramente de que ellos, ante el estado del país, debían hacerse cargo del gobierno de la República Argentina. Y, ¿qué hacen? Pues dictan un sistema normativo coherente, que responde a eso que llaman la necesidad de hacerse cargo del poder, comenzando la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que no es simplemente una expresión abstracta sino que se concreta primero en el Acta Institucional, en las normas que de ella surgen, en todo un plexo jurídico coherente, que tiene una participación activa a través de los amigos del Proceso, que está inserta en el Poder Judicial... No es un Poder Judicial independiente el que se desarrolló durante todo el período de 1976 hasta la fecha—como no lo fueron tampoco muchos otros, anteriores a éste—ya que si hubiera existido un Poder Judicial independiente no hubieran existido privaciones de libertad ni cárceles como las que existieron. Ni tampoco hubiera existido un total avasallamiento de los derechos laborales, ni una situación permanente de zozobra. Ni nos hubiéramos encontrado impedidos de investigar el origen y desenvolvimiento de las fuerzas ocultas que se manejan conformando el aparato represivo que existe y pulula en el país, la existencia de amenazas anónimas, la censura. Todo eso, con un Poder Judicial independiente, no hubiera existido. Pero sí existió con el Poder Judicial “independiente” del Proceso, con la gente que ha servido a este proceso. Como tampoco se hubiera dado el caso de utilizar hasta la Morgue Judicial como instrumento o destino incalificable del aparato represivo del Estado. Todo esto tiene valor para nosotros frente a la perspectiva de futuro y frente al camino que debemos seguir”.

Mucho trato con los representantes de ese Poder Judicial “independiente” habían tenido las Abuelas de Plaza de Mayo, a lo largo del camino tan extenso y arduo que habían elegido.

En infinidad de ocasiones, esa relación significó un verdadero descenso a los infiernos. Sin embargo, ellas siguieron manteniendo su fe en la justicia. Como supo tener fe en ella Elsa Pavón de Aguilar, abuela de Paula Eva Logares**.*

Los padres de Paulita se llaman Claudio Ernesto Logares y Mónica Sofía Grinspon. Junto a ellos la secuestraron en Montevideo. Para los que gustan de las cábalas y de las coincidencias, este caso se les presentará, sin duda, como rebotante de implicancias de destino. En efecto, la chiquita había nacido en la Argentina, en una clínica privada, entre las dos y las tres de la mañana del 19 de junio de 1976.

El 19 de junio es justamente, la fecha del nacimiento de José Gervasio Artigas, el caudillo popular que encabezó las luchas por la independencia de los uruguayos. Al Uruguay se había trasladado la familia Logares. Y allí fueron “chupados” todos sus miembros, exactamente el 18 de mayo de 1978, un día en el cual se festejaba otro aniversario de la batalla de Las Piedras, primera victoria militar de Artigas frente a los colonialistas españoles. Aprovechando el feriado, los Logares dejaron a las dos y media de la tarde su departamento del complejo habitacional “Millán” y se encaminaron al Parque Rodó, a pasar esa soleada tarde. Tomaron un colectivo que se desplazó por la avenida Fernández Crespo. A la altura del cine “Miami”, descendieron. En ese preciso momento, fue que dos automóviles los encerraron: las dos mujeres fueron introducidas en uno de ellos, el hombre –encapuchado y duramente golpeado– en el otro. Los autores del secuestro, ¿habían sido represores uruguayos o argentinos? Probablemente eso nunca llegue a dilucidarse claramente, pero parece ser un detalle secundario: la intercomunicación de los diferentes servicios de las dictaduras militares de América Latina funcionaba a las mil maravillas y así era como se intercambiaban presos, cadáveres, y también “especialistas”. De lo que sí no dejaba dudas el operativo realizado era de que la familia estaba vigilada muy de cerca: más adelante, incluso, no pocos vecinos iban a hacer notar que durante los días inmediatamente anteriores al hecho, habían observado caras y movimientos raros merodeando cerca del domicilio de los damnificados. Días más tarde, la triste noticia llegaba a Buenos Aires. La abuela materna –Elsa Pavón de Aguilar, viuda de Grinspon– estaba, en esos momentos, preparando con antelación su viaje, porque se aproximaba el cumpleaños de Paulita y pensaba ir

* Elsa Pavón recuperó a su nieta Paula Logares en 1984.

** Paula fue localizada en 1983 y restituida en 1984.

a visitarla. En lugar de esa alegre travesía, debió cruzar muy sola y triste el río, para sumergirse en Montevideo que no conocía y que, hostilmente, había absorbido a su familia hacía muy pocos días.

Comenzó allí su búsqueda, preguntando y trasladándose muy dificultosamente desde una a otra dirección, de las pocas que podía conseguir. Efectuó denuncias ante la Oficina de Radio de la Policía, la Jefatura de Vigilancia de Montevideo, la Dirección Nacional de Investigaciones e Inteligencia, el Comando General del Ejército y el Comando General de la Armada. Se entrevistó con el subcomisario Leal y con el general Rappella. Arribó así a ciertas conclusiones: no existía pedido de captura librado contra sus hijos, ni desde la Argentina ni en el Uruguay... pero lo cierto es que habían desaparecido y todos decían ignorar más detalles del asunto. De todas maneras, no cejó en su empeño. Pedía solamente por la nena, a la cual nadie –tenía escasos 23 meses en ese momento– podía acusar de subversiva. Estaba convencida de que, si lograba ablandar los sentimientos de los militares con sus ruegos, después sería más fácil interceder también por su hija y su yerno. También visitó a las monjitas capuchinas, que intentaron ayudarla. Y vio sacerdotes. Algunos, comprensivos. Otros, insensibles: –Se habrán cambiado de identidad y se habrán marchado a otro lado, le dijeron estos últimos. Así transcurrió la estadía de la abuela Elsa, desorientada, entristecida e inocente, en Montevideo. Por último, alguien le dijo: –Es probable que los hayan detenido como medida preventiva y de seguridad, hasta que termine el Mundial. Mire que se están llevando mucha gente por ese motivo, y después los van a largar... Ella lo creyó. Se volvió a Buenos Aires:

“Esperamos hasta que el Mundial terminó. Pero a fines de julio todavía no había novedades de ningún tipo. Entonces, nos pusimos en movimiento. De Montevideo, ya había vuelto con las manos vacías. En agosto, empecé a caminar por acá. No tenía idea de dónde podían estar ni la nena ni mis hijos. Pensaba que podía ser en La Plata... en fin, en tantos lugares. No pude hacerlo, pero me hubiera gustado recorrer toda la frontera, porque otra posibilidad que veía era la de que a la nena la hubieran dejado por allí. Me tracé el plan de ir a todos los lugares que tuvieran algo que ver con la minoridad... Caminé y recorrí mucho y en esas caminatas, en

un juzgado, fue que conocí a la señora de Mariani y a la señora de de la Cuadra... En ese interín me llamó por teléfono un conocido de mi yerno. Me citó en la esquina de Bolívar y... no recuerdo exactamente. Lo que sí recuerdo es que llovía a cántaros. Lo estuve esperando un rato y al final apareció y me dijo: –Mire, señora, yo lo que quería era decirle que se quede tranquila porque Mónica y la nena, dentro de entre tres y seis meses, van a volver. Lo miré y le dije: –Mire, si usted se cree que porque Claudio no es hijo mío yo lo quiero menos, se equivoca... Los siento a los tres por igual... porque para mí los tres son uno solo. Este señor... de unos 38 a 40 años en ese momento... era funcionario del ministerio de Bienestar Social y pertenecía a las Fuerzas Armadas. Creo que, en ese momento, hasta en la ESMA estaba... Se llama Julio Serrano. Estaba retirado, por un problema que había tenido en un ojo, pero lo habían vuelto al servicio activo. Creo, por otra parte, que era un enfermo mental. A mi consuegro, por ejemplo, le mandó en una oportunidad una tarjeta navideña en la cual decía, más o menos, que a pesar de lo mucho que he extrañado a mi entrañable amigo –se refería a Claudio– siento que al menos una parte suya he recuperado y estoy más contento porque sé que descansa en paz... O sea que lo daba por muerto y, justo en Navidad, se lo comunicaba al padre... Sí, era un loco y un sádico, porque también le solía relatar a mi consuegro algunas de las cosas que se hacían en la ESMA. Por ejemplo, que a los que se sabía de antemano que iban a ser ejecutados por la noche, a mediodía los trataban bien, los dejaban atender el buffet y comer lo que quisieran... Pensar que este hombre –no recuerdo su grado pero sí creo que era instructor de tiro– anda todavía suelto por las calles de Argentina... Bueno, siempre buscando a la nena, lo fui a ver a monseñor Graselli. Le llevé la foto de Paulita y la miró. Yo soy muy observadora y aseguro que él no miró la foto como a otra cualquiera, no; la miró como para registrarla en la mente. Después, me dijo: –Todavía no fueron traídos. El traslado se hace, siempre, entre gallos y medianoche... Los ponen en un avión... y los traen. Cuando lleguen, yo voy a tratar de conseguir a su nieta pero, tenga en cuenta que... el hecho de que la recupere a ella no quiere decir que vaya a recuperar a su hija y

a su yerno también... Cuando lo escuché, lo miré a los ojos: –Hecho –le dije– devuélvame a mi nieta. Se quedó asombrado, porque pensó que yo no lo iba a aceptar. Pero, mi objetivo primordial era la nena, porque a partir de ella yo podía hacer muchas preguntas... pero sin ninguno de los tres, ¿a quién preguntar algo?... Me fui, esperanzada. En ese momento le creí... Ahora, estoy convencida de que era un cínico –entre otras cosas, porque mucho tiempo después me enteré de que cuando yo lo visité ya hacía casi tres meses que la nena estaba en la Argentina–... Sin embargo, en aquel momento... tuve confianza. Yo, en ese entonces, no entendía demasiado a los que criticaban, por ejemplo, a monseñor Plaza, porque para mí monseñor Plaza era un obispo y por eso mismo un sacerdote y por lo tanto un ser que estaba muy por encima de todas las miserias humanas... ¿Qué opino ahora de la jerarquía eclesiástica?... Y ahora opino... que arrastran más miserias que las terrenales nuestras, porque nosotros, al menos, somos... concientemente terrenales, tenemos nuestras miserias y nuestras pobreza y sabemos por qué las tenemos. En cambio un cura, tendría que estar más allá de las bajezas terrenales o por lo menos debería poseer la fuerza espiritual como para sobreponerse a ellas... Claro, no todos son iguales. Porque he visto a monseñor Novak, que lloró más que yo y me dijo: –Señora... Si yo pudiera hacer algo... Y tampoco alcanzan las palabras para alabar al padre Antonio Puigjané, ‘Antoñito’ como le dicen todos... “.

Las primeras pistas que de Paulita Logares se conocieron, fueron logradas, sin lugar a dudas, gracias a la solidaridad internacional, que es una de las constantes que caracteriza a los movimientos de defensa de los derechos humanos de todo el mundo. La punta del ovillo que había empezado a enredarse en Montevideo, surgió también en esa ciudad, la tarde en que sonó el timbre en casa de una abuela uruguaya. Ella atendió y se llevó una gran sorpresa: la visitaba una amiga porteña. Después de los primeros mates dulces, se fueron dibujando claramente las motivaciones de ese viaje. La recién llegada extendió un sobre a la dueña de casa. En su interior, se apretaban tres fotos de una niña. Detrás de una de ellas, figuraba el nombre de la criatura –no se sabía a cien-

cia cierta si era “Paula” o “Paola” el verdadero—, los nombres de los supuestos padres y la dirección y el teléfono del departamento que habitaban. Después, le explicó: —La persona que me entregó este sobre en Buenos Aires, me pidió discreción. Me contó que una noche, por una ventana abierta, escuchó una discusión de una pareja vecina suya. En medio de esa pelea, la voz de la mujer se sintió muy clara cuando le decía al hombre: —lo que pasa es que vos mataste a los padres de esta chiquitina y ahora me la encajaste a mí para que yo cargue con ella. A partir de allí fue que me entregó estas fotos de la nena y los datos de los que la tienen. Vos, actuá como creas conveniente.

La abuela uruguaya —se llama Angélica—, a tos pocos días se dirigió a la Plaza Independencia y sacó un pasaje rumbo a San Pablo. Demoró en llegar —iba en colectivo— pero se entretuvo contemplando el paisaje y charlando largamente con su compañera de asiento. Cuando llegó a destino, se dirigió a la sede de CLAMOR. Allí dejó depositada —en manos del reverendo Jaime Wright— esa importante información que había recibido. Un mes después, retornando de Europa, fatigada pero animosa, llegaba hasta esa sede María Isabel de Mariani. Agradeció los datos, colocó el sobre a buen recaudo y en el siguiente avión volvió a Buenos Aires:

“Yo, que soy la abuela, dudé al principio... Pero Chicha se dio cuenta enseguida de que era Paulita... Le costó convencerme de ese hecho. Me llevé las fotos a casa, las mostré y todo el mundo me decía que era Paula. Sí, los rasgos coincidían, con la lógica diferencia de esos años que habían transcurrido. Pero... era la misma carita. El pelo castaño claro, los ojos claros también, la tez blanca... Estuvimos horas observando y comparando, pero yo no me podía convencer... Claro, este es un fenómeno que se ha dado en todas las abuelas que han debido enfrentarse a pistas o fotos de sus nietos; es como una forma de defensa. Porque yo, por ejemplo, me había hecho la fantasía de que mi nieta estaba con mi hija y aceptar ahora esta otra realidad que me ponían por delante iba a implicar que aceptara también que ya no estaban juntas, que era lo que yo había querido y creído hasta ese momento... Al final, acepté. Comenzamos, entonces, la búsqueda. De inmediato. Nos acercamos a la dirección que nos ha-

bían dado, que era una zona bastante residencial y en la cual vivían muchos represores importantes: Malabía y Libertador. Fue una tarea ardua, había muchas custodias en las puertas de los edificios y uno no podía detenerse mucho rato. Más bien, había que caminar. Otra cosa a tener en cuenta era la vestimenta, para no desentonar con el barrio. Comenzamos a tantear horarios, a aparecer por allí a horas en las que la nena podía salir a la calle, por ejemplo para ir al jardín de infantes. Fue muy arduo, porque no había paradas de colectivos ni bares en esa cuadra. A veces, yo fingía un encuentro con otra persona en el lugar, pero en esos casos la sincronización debía ser casi perfecta y tampoco era cuestión de detenerse mucho tiempo en el mismo sitio... no hay que olvidarse de que era el año 80 y no andaban con muchos miramientos para llevarse a la gente sospechosa. Lo cierto es que durante todo ese tiempo que estuvimos yendo, sólo una vez pude verla, y de espaldas. Paró el colectivo escolar y ella bajó, corriendo, hasta la puerta del edificio en el cual vivía, en donde la estaba esperando una mujer. Cuando la vi, correr y pararse, por ejemplo... ya no tuve más dudas de que era mi nieta: se paraba en idéntica forma que mi hija... Después, estuve un tiempito sin volver a ir y cuando volví... se habían mudado. Tratamos desesperadamente de verificar ese hecho, los llamamos por teléfono –antes hubo que rearmar el número, porque el que nos habían pasado estaba mal armado, las cifras coincidían pero no su orden y hubo que construir por lo tanto infinidad de combinaciones– pero era un hecho irreversible el que se había producido: ya no vivían más allí. No sé si se habían marchado porque sí o porque sospecharon que estábamos tras de sus pasos... pero lo cierto es que se habían marchado. Claro, empecé a pensar –después de la angustia y la desilusión iniciales–: –Bueno... pero a lo mejor no era la nena... Y, dentro de todo, me quedé bastante conformada y tranquila. Aunque, de todas maneras, seguimos nuestros intentos, que giraron más que nada alrededor del departamento vacío. Como sabíamos que se alquilaba, fuimos a verlo varias veces, para ver si podíamos averiguar a dónde se había mudado esta gente, o el nombre del dueño del inmueble. Pero ni una ni otra cosa pudimos sacar en limpio, porque el encargado de mostrarlo era el portero, un hombre con mucho de policía

—ya antes, viviendo todavía Paulita en el edificio, nos había mentido y asegurado de que allí no vivían chicos— y un incondicional del hombre que tiene secuestrada a la nena. Dicho sea de paso, este se llama Rubén Lavallén, fue subcomisario en la provincia de Buenos Aires y en ese momento era jefe de la custodia de la Mercedes Benz... Bueno, a mí por momentos se me iba el conformismo y me venía la desesperación. Me preguntaba, a solas: —¿Pero cómo encontrarla, por dónde buscarla, con qué medios? La que me sostuvo en esos momentos, fue Chicha Mariani: —No podés darte por vencida —me decía— tenés una nieta y en algún lugar tiene que estar. Si no es hoy será mañana, o pasado, o después, o algún día, pero tarde o temprano la vas a encontrar. Al final, me deprimí... y me volví muy inactiva. Por eso siempre digo que a Paula la ubiqué por Chicha, porque ella continuó la búsqueda, revolvió por todos lados, puso la cara en donde yo no la puse porque no podía hacerlo, porque estaba deprimida”.

Efectivamente, la esperanza parecía haberse diluido para siempre, por lo menos desde la óptica desde la cual la abuela Elsa observaba los acontecimientos. Pero, independientemente de su dolor personal, la historia continuaba su curso y los hechos políticos variaban de dirección. La derrota de las Malvinas acarrió el desprestigio del partido militar. Las grietas internas y la presión ejercida desde afuera, terminaron por desmoronar los muros cuarteleros que rodeaban el poder. La dictadura se vio obligada a aflojar sus procedimientos. Las calles de la ciudad y sus paredes se cubrieron entonces con cientos de fotos de inocentes criaturas secuestradas. Muchos rostros, incrédulos hasta ese momento, las contemplaban al pasar frente a ellas día a día y comenzaban a vislumbrar —de a poco, todavía— la espantosa realidad subterránea que durante todos esos años había sobrellevado la Argentina. Entre los que se detenían a observar esas imágenes, había un abogado, que se dedicó especialmente a estudiar las facciones de Paulita. Después, arrancó el mural entero y con él bajo el brazo regresó a su casa. No bien llegó, lo extendió sobre su escritorio y llamó a su esposa:

—¿A vos no te parece que esta nena es Paulita?, le preguntó.

—Estoy segura de que es Paulita, contestó ella.

Entonces el hombre se preparó un café, abrió el segundo tomo de la guía y

se sentó frente al teléfono. Llamó pacientemente a todos los Logares que encontró, hasta que ubicó al consuegro de Elsa. Cuando lo halló, le dio la dirección en la cual, en esos momentos, estaba viviendo la criatura, con su “padre” y su “madre”. Por una gran casualidad —y una gran suerte— este profesional había vivido en el mismo edificio que los Lavallén y su propia hija había sido compañera de juegos de Paulita. Corría el mes de julio de 1983, pero para la abuela Elsa el invierno ya había sido superado:

“Verdaderamente, reviví, con la noticia. De inmediato comencé a reunirme con Mirta Guarino, una de las abogadas de las Abuelas. Ella me indicó lo que necesitaba para poder comenzar las acciones legales. Prácticamente, hubo que rehacer toda la historia de mi nieta. Y lo fuimos haciendo. Lo único que me quedó por averiguar, fue la forma en que la entraron al país. Eso, lo tendrá que explicar Lavallén... Las versiones que yo manejo al respecto, dicen que la pasaron por el Tigre, en forma clandestina, por supuesto... Y había incluso muchas otras incógnitas para despejar: si iba al colegio, a qué colegio iba, los horarios, si tenía hermanos, en qué trabajaba el padre, en qué trabajaba la madre, si ella era una nena sana, qué médico la atendía... en fin, todo el movimiento de la casa, de la familia y de la nena. Era un trabajo para hacer lentamente —tenía sus grandes dificultades— pero sin dejarse estar. Ya estábamos en agosto del 83. Fue necesario entrevistarse con mucha gente y cada una de esas personas nos decía algo y nos derivaba, a su vez, a otras, que seguían ampliando el informe. Allegados, amigos de amigos, hasta gente enemistada con los Lavallén. Así fue como supimos de su ocupación actual, de que su esposa no trabaja fuera de la casa, de que Paula era una nena sana y otras cosas por el estilo. Después, llegó el momento de ubicar el colegio al que concurría. Yo tengo muy mala vista y por eso encargué a una de mis chicas que se ocupara del asunto. Ella, a su vez, le pidió a una amiga que tiene auto que le diera una mano. Juntas estacionaron temprano en la cuadra, mirando hacia la salida de la casa. Vieron, de esa forma, salir a la nena y subirse al colectivo de la escuela. Se fijaron en la chapa de éste y vieron que terminaba en 53. Lo siguieron y, en el atolladero de las calles

del centro, se les perdió. Muy nerviosas lo buscaron y divisaron por fin los colores anaranjados y blancos –típicos de los colectivos escolares– y el número 53 del final de la chapa. Mi hija llegó a casa muy contenta y me dio la dirección del colegio al cual el ómnibus había arribado finalmente con los chicos. Al otro día, estaba yo allí, para verla de cerca a Paulita. Y también los otros dos días siguientes... pero ella no llegó. Porque... mi hija y su amiga habían seguido a otro vehículo –que también transportaba criaturas y cuya matrícula finalizaba también en 53– y ese no era, por lo tanto, el colegio al cual iba Paulita. A mí me extrañó un poco, de entrada, que se tratara de un colegio del Estado. Y, después, me di cuenta de otra cosa: los chicos salían de clase a la misma hora en la que Paula llegaba a su casa –sabíamos que llegaba allí a las doce y 20 del día– así que algo no funcionaba en ese esquema, porque aquí los chicos salían a las 12 y cuarto y había más de treinta cuadras entre un lugar y otro. Al día siguiente, volví a ir a la puerta de su casa a verificar la hora de llegada y seguía siendo a las doce y veinte, como si fuera un reloj... Pensar que la veía ahí, tan cerca mío y no podía hablarle, mirarla, acariciarle el pelo... era desesperante... Bueno, opté por solucionar yo, personalmente, el asunto del ómnibus. A la mañana tempranito esperé que la nena saliera de la casa. Cuando llegó el colectivo, me le tiré prácticamente por adelante. Esa es otra de las cosas acerca de las cuales aún hoy me estoy interrogando: ¿cómo hice, en ese momento, para dividir la mente en dos? ¡El alcance, el poder, que tiene la desesperación de los seres humanos!... Como decía, me tuve que tirar casi abajo del ómnibus para mirar la chapa –porque, repito, no veo bien–, me la grabé en la mente y, al mismo tiempo, observé detenidamente a la nena. Fue la vez que la vi más cerca: los ojos, las orejitas, las manitos. Mis ojos la recorrían de arriba abajo, una parte de mi mente comparaba las características de la nena con las mías y las de sus padres, la otra parte retenía la chapa, que iba a ser indispensable para posteriormente poder ubicar el colegio... y todo eso con la violenta emoción a cuestas, con la certidumbre de poder gritar: –¡Sí, es Paula, rotundamente es Paula!... Bueno, ahora, con la chapa segura, volvimos a seguir al ómnibus escolar y dimos finalmente con la escuela. La dirección era

Bompland 1999, al lado de la Iglesia del Rosario: es todo un solo edificio, en realidad. Rápidamente determinamos los horarios y tuve suerte, porque a la segunda vez que fui ya pude verla de cerca a la nena. Salía a las doce menos diez, pero la tuve que esperar hasta las doce, porque ella iba al preescolar, que fue otra de las cosas que a mí me desubicaron grandemente, porque de acuerdo a su verdadera edad tendría que estar cursando ya segundo grado. Lo cierto es que yo la vi, de cerca. Me paré al lado de un árbol y pude ver detenidamente todos sus movimientos, mientras ella jugaba. La analicé detalle por detalle. Es muy parecida a la madre y tiene los ojos y la mirada del papá. La textura del pelo de mi hija y mía. La forma de deformar los zapatos típica de nosotras dos, también. Las manitas son iguales a las de mi hija. No me animé a hablar nada con ella, no me animé, de veras que no. Necesitaba controlarme, para no perderla del todo y tenía miedo, si le hablaba, de perder ese control. El que sí se animó a hablar con ella fue mi marido, pero yo no. Pasaban tantas cosas en mi interior en ese momento, como un torbellino indescriptible. Se mezcla, en esos casos, un poco de todo: la amargura de ver que la criatura está ahí pero sin la madre, la tristeza de preguntarse dónde estará ella, el interrogante sobre lo ocurrido con el padre, el sin sentido de que a esa nena la tengan unas personas que nada tienen que ver con ella y, más todavía, la monstruosidad de que probablemente esas mismas personas hayan sido los secuestradores de sus verdaderos padres... Sí, es tremendo... Yo siempre digo que el día más feliz de mi vida fue el día en que nació Paula, el día más pleno, el de una sensación más plena. Porque tengo hijos, pero los hijos –como uno es partícipe– no se disfrutaban tanto en su llegada, porque existen los dolores, los problemas, pero... Paula fue una sensación muy, muy linda. Y el momento más amargo, más duro, el día más amargo que yo he pasado –y he pasado muchos de ellos, por supuesto– fue el primer Día del Padre que yo supe que esta nena estaba con este hombre, Lavallén. Sabiendo que existe esa posibilidad grande de que él haya sido uno de los que secuestró a mis hijos y... pensar que esa persona pudo haber estado torturando a mi hija, a mi yerno... y que a esa persona Paula le de un regalo y hasta un beso y lo llame Papá, es algo que no

puedo superar. No lo pienso, no lo analizo, porque sino no podría seguir adelante y yo necesito seguir adelante... Mi esposo, en ese sentido, tuvo más valor. La fue a ver a menudo y habló con ella, a la salida de clase. Llegó el momento que Paula salía ya mirando en dirección al sitio en el que mi marido solía pararse. Le ha hablado sin darse a conocer, por supuesto, y esas cosas que se le pueden decir a un chico, mientras ella jugaba... Ahora, ella al que más reconoce de todos nosotros es a él. La primera vez, lo miraba y lo miraba, casi como queriendo recordar quien era, pero sin poder llegar a hacerlo... aunque, sin duda, en algún lugar de su mente ese recuerdo ha de tener un sitio. No le llevó regalos o cosas por estilo... era, simplemente, ir a mirarla... Bueno, a partir de que ya no quedaron dudas acerca de si esa nena era o no Paulita, el enorme problema que se nos presentó era averiguar el nombre de Lavallén, indispensable para ser utilizado en los escritos. Conseguirlo, me llevó más de un mes. Al final, me lo dijo una vecina, en un bar de Palermo, al cual me citó y donde estuvimos horas y horas hablando. En realidad, tuve que entrevistarme con bastante gente en todo este tiempo, gente circunstancial, del barrio... Porque anduve muchas veces por la zona. En muchas oportunidades me vine desde mi casa de Banfield hasta frente de lo de la nena –que vivía a tres cuadras de Chacarita– a comprar un kilo de papas. Pero, era una cosa que había que hacer. Y otra cosa que había que hacer era ir todos los días por la zona, caminar tres o cuatro cuadras y hacerse ver por los vecinos, para producir en ellos un acostumbamiento y de esa forma evitar que se sorprendieran –a la gente no le gusta ver caras raras en su barrio ni enfrente de su casa– cuando nos parábamos un rato en una esquina. Siempre sin averiguar demasiadas cosas, para no crear suspicacias en los interlocutores. Eso también hay que saber juzgarlo en el momento, en base a intuición y a experiencia de vida, porque hay gente que es más abierta que otra, algunos que desean colaborar y otros que se cierran, los bienintencionados y los que viven sospechando. Pero, en general, la gente ha colaborado mucho. Nos llamaban por teléfono o nos escribían, aportando nuevos datos. O, sin ir más lejos, alguien hablaba y decía: –Por favor, díganle a la abuela de Paula que tenga cuidado si viene por acá, porque a la nena le

pusieron custodia. Esas actitudes son un gran apoyo para nuestra lucha, una lucha que demanda mucho esfuerzo. Atravesamos por fríos, por calores. A veces, el sólo hecho de llegar cinco minutos tarde a un lugar –o un minuto incluso– alcanza para anular la tarea de todo un día, porque en ese minuto que tardamos el niño que queríamos ver ya pasó por ese lugar o ya entró en su casa o ya se retiró de determinado sitio... En fin, después que tuvimos el nombre, hubo que sacar en limpio su lugar de trabajo, porque sabíamos que era jefe de la custodia de la Mercedes Benz, pero no de cuál de sus plantas. Esa fue una búsqueda bastante pesada también. Yo tenía conocidos en todas las sucursales, menos en una: la de González Catán. Bueno, este hombre era de ahí, justo. Recién después de un mes de intenso movimiento me vine a enterar de ese detalle, y también por una denuncia anónima. Indudablemente, surge de todo esto una cosa muy clara: todo lo que se logra en nuestra búsqueda de los chiquitos, es gracias al apoyo popular, a la solidaridad de nuestro pueblo, que se ha visto brutalmente golpeado y ofendido en su conciencia y en su innato sentido de la justicia... Lavallén, mientras tanto, nos ataca. Ha dicho, en un escrito, que somos las agoreras de la desgracia y de la muerte, que queremos usar a Paulita como una bandera política, que con nuestros reclamos hemos destruido un hogar y una criatura –su hijita, dice, y eso me revuelve el estómago, porque es la hija de mi hija y de mi yerno–, que no sabe por qué él ha sido elegido como nuestro blanco, él –dice– que siempre ha sido un buen ciudadano y un excelente padre de familia... Me consta también que le contó a la nena que yo la quería robar: pobre Paulita, pienso que habrá sentido miedo. Mientras tanto, debemos seguir adelante. Yo sé que en algún momento alguien puede tirarme un coche encima o algo por el estilo, pero eso no me preocupa en absoluto. Seguimos luchando y esperamos. A veces, nos parecía esperar en vano. Cuando estuvimos seguras de que eso se iba a producir, sufrimos una gran desilusión, otra de las tantas a las que ya estamos acostumbradas las que tenemos hijos y nietos desaparecidos. Pero más allá de los códigos y de las presentaciones tribunalicias, existen en los seres humanos los sentimientos, las vivencias. Paulita nos fue robada cuando tenía 23 meses y

a esa edad los chicos ya atesoran recuerdos, graban sensaciones. Y yo estoy segura de que Paula algo sentiría, oscuramente agitándose en su pecho, algo que no comprendería demasiado bien, cada vez que escuchaba la melodía de La Tortuga Manuelita, por ejemplo. Porque... mi hija la crió cantándole esa canción”.

El 13 de diciembre de 1983 fue la fecha en que se iniciaron las acciones legales contra los secuestradores de Paula Logares. La causa se tramitó –en un primer momento– ante el Juzgado de Instrucción N° 9, a cargo del doctor López Correa, secretaria 128, del doctor Ricardo Wischler. En esa oportunidad, se solicitaron medidas cautelares, que no se concedieron, así como tampoco se ordenó que se produjeran las pruebas ofrecidas. En la noche del viernes 16 al sábado 17, se tomó conocimiento de preparativos para la salida del país de la menor, implementados por sus detentadores, a pesar de la existencia de una interdicción de salida, decretada por el juzgado, y oportunamente transmitida a la Dirección de Migraciones. Y allí estuvieron, esa madrugada, corriendo por el puerto, el Secretario de Desarrollo Humano y Familia –Enrique de Vedia–, las Abuelas de Plaza de Mayo y sus asesores legales, médicos y psicólogos. El 20 de diciembre, el expediente pasó a depender del juez Eduardo Marquardt, que poco o nada hizo en su favor: solamente durante el interinato de Oscar Salvi se activó la marcha del legajo. Después, la papelería recató en la órbita del Juzgado en lo Criminal y Correccional Federal N° 1, dependiente del juez doctor Juan Edgardo Fégoli, secretaria a cargo del doctor Codesido. Allí, la lentitud de los procedimientos continuó siendo exasperante y contra ella se pronunció muy claramente el cuerpo de abogados que respalda y asesora a las Abuelas: “Este lento accionar –dijeron–, imputable a las decisiones judiciales, al cometido de los auxiliares de la justicia, a los informes requeridos de las distintas reparticiones públicas comprometidas en esta causa, torna ilusorio el legítimo derecho a conocer la verdadera edad, la verdadera filiación y la pertenencia a la familia natural de la menor víctima, derechos siempre tan vulnerados en los niños desaparecidos y nacidos en cautiverio “.

Tales expresiones, sin embargo, afectaron al magistrado Fégoli, que siguió reclamando mucha paciencia y fe en la justicia. Mientras tanto, Paulita siguió

siendo víctima de un delito de carácter permanente, que, como tal, continuaba produciendo sus efectos. La historieta que, acerca de su nacimiento, pretendían hacer creer Rubén Lavallén y su esposa Teresa Leiro, es digna de ser incluida en algún delirante folletín antes que en las sobrias carpetas tribunales. En efecto, relata el matrimonio que se trató de un embarazo sin testigos y sin controles médicos de ninguna índole. Agrega que el alumbramiento se produjo el 29 de octubre de 1977 a las diez y media de la mañana, casi imprevisiblemente, en el domicilio del comisario Ferreyra –de la Brigada de San Justo, famoso por sus picanas “bien atemperadas”– en donde la pareja se encontraba de visita. Según ese mismo relato, cuando ya la nena berreaba sobre las sábanas manchadas, arribó al lugar el doctor Jorge Héctor Vidal –médico obstetra y funcionario también de la misma y benemérita institución represora– el cual jura que todo lo anteriormente narrado fue la estricta verdad. Después –siempre a estar por el testimonio de los declarantes– los “felices papás” se dirigieron a la casa de un pariente médico, en La Plata. Por desgracia –para los intereses del ex subcomisario, por lo menos– el doctor citado, en medio de un careo, negó que tal visita hubiera acontecido. Los Lavallén, entonces, variaron ese tramo y afirmaron que, en realidad, a donde se habían trasladado era a una casa de campo que poseen en la localidad de Chivilcoy, un sitio en el cual –por supuesto– no los vio ningún vecino. En resumen, un planteo harto débil y más débil aún si se tiene en cuenta el tardío momento en que la criatura fue inscripta legalmente: el 25 de julio de 1978, una fecha sospechosamente posterior al 18 de mayo de 1978, día en el cual Paulita fue arrebatada a sus padres verdaderos. Ante tales dislates, el juez no pudo menos que decretar la prisión preventiva de Lavallén, en el convencimiento de que existía la semiplena prueba del ilícito de falsificación. No obstante, e inexplicablemente, de inmediato lo eximió de cumplir esa sanción.

Frente a tanta endeblez, se erige en cambio la fuerza rotunda de los resultados obtenidos en los estudios de marcadores genéticos realizados a Paulita y sus abuelos legítimos, análisis que se llevaron a cabo en los laboratorios del insospechable Servicio de Inmunología del Hospital Durand. Justamente, fue el de Paula Logares el primero de los casos en el cual se puso en práctica esta metodología que, basándose en la sangre, muestra concluyentemente los nexos

biológicos que relacionan a todos los auténticos miembros de una misma familia. Las conclusiones a las que arribaron los expertos, fueron terminantes: se acreditó el parentesco existente entre Paula Eva Logares y su abuela materna Elsa Pavón de Aguilar (viuda de Grinspon) con una certeza del orden del 99,80%. Los Lavallén, por supuesto, se negaron a prestar sus brazos a las jeringas extractoras.

Respaldadas por tales resultados, las Abuelas pensaron que la restitución devendría un hecho incontrastable. Craso error. Es muy importante, paso a paso, reproducir la crónica de esa tremenda –y peligrosa– frustración:

“A esta altura del trámite judicial, estábamos convencidas de que el juez tenía elementos suficientes para llevar verdad a esta angustiada situación: procesamiento de los imputados y restitución de la niña, ya que la menor había sido puesta a disposición del juez, detentando el mismo una facultad tutelar.

Ante la situación inédita de este caso, y con el deseo de aportar conocimientos científicos para facilitarle al juez tomar la decisión apropiada, aportaron un informe psicológico los profesionales que asisten a la abuela en el tema de la salud sicofísica de la menor, doctores Marcelo Bianchedi (Director del Instituto Infanto Juvenil Neurosiquiátrico Tobar García), Norberto Liwski (Interventor de la Subdirección de Institutos de Menores y miembro del Comité Directivo de la Comisión Médica Internacional para la Salud y los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, con sede en Ginebra), Aurora Pérez (Directora de Salud Mental de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires), Laura Conte (Licenciada Sicóloga), Ana Goldberg (Médica Psicoanalista), Jorge Berra (Médico Pediatra), Silvia Arredondo (Licenciada en Psicología) y Aída Canaan (Licenciada en Psicología).

Del mismo, extraemos un Diagnóstico de Situación de Grave Riesgo: Cada día que transcurre, la situación de riesgo se hace mayor. Si la menor continúa en poder de sus ilegítimos guardadores, está expuesta a una enfermedad mental grave, que se origina en los trastornos de identidad a que fue expuesta a partir del secuestro. Cuanto más permanezca en el tiempo esta situación de ocultamiento, más aumenta el riesgo de deterioro

de su personalidad. Sólo la restitución a su familia legítima garantizará evitar el riesgo de daño mental grave y facilitará la recuperación de su verdadera identidad.

Este material fue acompañado el día viernes 3 de agosto de 1984, en ocasión de una audiencia que los mencionados profesionales solicitaron al doctor Fégoli, con el objeto de explicar ampliamente los pasos a seguir y evacuar las posibles dudas del juez, dada la gravedad de la situación. La audiencia fue concedida a las 10.30 horas y después de un profundo intercambio de ideas el magistrado decidió accionar en pro de la restitución de Paula, para lo cual telefónicamente se comunicó con el colegio al que la niña concurría, tomando conocimiento de que ya había sido retirada. Frente a esta situación, el juez mandó buscar a Rubén Lavallén, Teresa Leiro y Paula Eva, a los efectos de que la restitución se operara en el ámbito de su despacho. Para ello, hizo retirar a los profesionales, procediendo a conversar con su secretario, doctor Codesido. En la antesala del despacho, mientras tanto, los médicos y psicólogos se encontraron con Lavallén, Leiro y Paula Eva, quienes al observar la presencia mencionada se alejaron inmediatamente y con destino desconocido. Este encuentro no fue explicado por el juzgado, habiendo el mismo generado en la abuela la lógica incertidumbre y consecuente angustia. Pero nuevamente el doctor Fégoli se reunió con los asesores de la señora Elsa Pavón de Aguilar y solicitó a éstos su presencia, para las 18 horas, a los efectos de realizar un encuentro con el Decano del Cuerpo Médico Forense, Dr. Maccagno.

Presentes las partes, a las 18 horas, comenzó una nueva rueda de explicaciones, que el juez manifestó necesitar para resolver, evitando el más mínimo error. Al terminar de recepcionar las opiniones de los profesionales y del Decano –quien en un primer momento dudó de la metodología de la restitución, que le fue entonces ampliamente explicada y luego de lo cual compartió totalmente, al punto de ofrecer su colaboración a esos efectos– el juez decidió convocar nuevamente a los Lavallén-Leiro, para que se presentaran con la menor al juzgado. Eran ya las 20 horas 45. Solicitó entonces a los profesionales y a las abogadas patrocinantes que se retiraran de su despacho y, para evitar un nuevo encuentro

de ellos con los imputados, les pidió se trasladaran al despacho de la Secretaría Electoral a su cargo, en el subsuelo del Palacio de Tribunales.

Después de esperar allí aproximadamente unas tres horas, fueron nuevamente citados al despacho del magistrado. Estaban en la antesala del mismo cuando irrumpió éste, seguido por su secretario —el doctor Codesido— y lacónicamente comunicó que lamentaba no tener más información que transmitir, agregando que suponía que los allí presentes no estarían de acuerdo pero que él seguiría estudiando la causa. Después, procedió a despedirlos. Acto seguido, y habiendo sido excluidos de las acciones vinculadas con la restitución, un representante del grupo manifestó retirar la corresponsabilidad respecto al cuidado sicofísico de Paula en relación a la metodología para la restitución solicitada por el señor juez. Asimismo, se le comunicó que se informaría a las instituciones nacionales e internacionales, como también a un conjunto de relevantes personalidades del quehacer científico que habían colaborado y apoyado la gestión de este equipo técnico, sobre las derivaciones de esta gestión. Se le señaló también que en virtud del abundante material técnico que se había puesto a su disposición contaba con los elementos de juicio suficientes como para valorar la gravedad de la situación de Paulita en el medio en que se encuentra.

Así, siendo las 23 horas 15 del día viernes y tras la larga jornada de tensión de doce horas continuadas, el juez dio por terminada la gestión tendiente a reintegrar a Paula Eva Logares al hogar de su legítima familia, su legítimo y único hogar. Cabe señalar a la opinión pública que el imputado en la causa en la que se debatió el futuro de la niña fue, hasta octubre de 1978, integrante de la Brigada de Investigaciones de San Justo y que en la CONADEP obran testimonios de liberados de dicho centro clandestino de detención”.

Se cerraba, de esta forma, otra jornada de frustraciones y dolor para las Abuelas. Sin embargo, ellas no estaban dispuestas a cejar en sus esfuerzos y en su lucha en pos de la restitución de Paulita. Meses más tarde, mediante un acto inevitable de estricta justicia, lo que fuera denegado por el juez Juan Edgardo Fégoli iba a ser concedido por la Sala II de la Cámara de Apelaciones en lo

Criminal y Correccional Federal, presidida por el doctor Andrés D'Alessio. En efecto, el 13 de diciembre de 1984, a eso de las cinco de la tarde, la niña traspasaba la puerta de la casa de la abuela Elsa, su propia casa después de todo. Guiada por los impulsos irrefrenables de los recuerdos acumulados en su subconsciente reconocería las habitaciones y los viejos juguetes. Unos días más tarde, mirando fijamente a los ojos de Elsa, iba a hacerle un pedido: que las Abuelas encontraran a sus padres legítimos, de la misma manera que a ella la habían buscado. El reencuentro se había consumado.

Capítulo 13

También Oscar Gatica y Ana María Caracoche de Gatica, unos padres íntimamente ligados a las Abuelas, lograron reencontrarse con uno de sus dos hijos desaparecidos. Su historia, como tantas y tantas otras amasadas con sangre a lo largo de los siniestros años del Proceso, es tremenda. Su hija María Eugenia les fue arrebatada el 16 de marzo de 1977. La nena había nacido el 6 de febrero de 1976, era de contextura grande, sana, su pelo lacio y dócil presentaba reflejos castaños, su boca era pequeña, la tez blanca y tenía unos ojos oscuros y vivos. Junto con ella se llevaron ese día a José Abdala, Susana V. Falabella de Abdala –dueños de la casa en donde la niña estaba de visita– y a un hijo de aquéllos, José Sabino, de dos años y medio. Antes de retirarse, por supuesto, los uniformados saquearon la vivienda, ubicada en las calles 67 y 167 de La Plata, pleno Barrio “Los Hornos”. El nene, por su parte, fue secuestrado el 19 de abril de 1977, junto con su madre, en el domicilio de Roberto Luján Amerise y esposa, sito en la localidad de Berisso (Roberto Amerise y su hijo, de nombre Juan Camilo, también fueron “chupados” en esa oportunidad). Se llamaba Felipe Martín** y era de contextura fuerte, tenía el pelo lacio castaño oscuro, los ojos muy vivaces, la tez blanca, un temperamento tranquilo y un pequeño derrame rojo sobre el párpado izquierdo:*

“Nosotros vivíamos –cuenta Ana María– al lado de la familia Abdala, que tenía un hijito que se llamaba José Sabino. Yo tenía mis dos hijos, María Eugenia y Felipito. Había tenido que viajar a Buenos Aires, por una consulta médica de Felipito, por eso dejé la nena al cuidado de mi vecina. Cuando volví, noté que la casa de ellos estaba completamente cerrada. La mía, estaba abierta y sin ningún signo de que alguien hubiera entrado. En las calles, no se veía ni un vecino, así que llamé a una puerta y me contaron lo que había sucedido: habían llegado unos patrulleros de la

* María Eugenia fue localizada en septiembre de 1985.

** Felipe Martín fue localizado en 1984.

policía –después me dijeron que había también unos Falcon blancos– y se habían llevado al matrimonio amigo mío. A José lo habían tratado muy violentamente y lo habían arrojado adentro del baúl de uno de los coches, a Susana la habían tirado en el asiento de atrás, mientras los chicos lloraban. Me vine, entonces, a Buenos Aires: –Váyase, señora, que si la ven seguro que se la llevan a usted también, con el nene, me dijeron los vecinos. Estuvieron muy bien conmigo, todos ellos: –Su esposo también se fue, hace un ratito, agregaron. Eso, por lo menos, me confirmaba que mi marido había logrado salvarse... Bueno, en Buenos Aires me metí en casa de una amiga, el único lugar que me pareció más o menos seguro. Al tiempo, me reencontré con mi marido. En realidad, no sabíamos qué hacer, para qué lado agarrar. Comenzamos a tantear en los juzgados de menores, a intentar presentar algunos Hábeas Corpus. Unos conocidos se entrevistaron con un militar de su confianza y las novedades que por esas vías me llegaron eran de que Susana estaba bien, que la tenían en una comisaría y que los chicos estaban con ella. Eran todas mentiras, pero en ese momento las creímos. Mi esposo tenía unos amigos por Berisso y nos mudamos para allí, en la calle Asunción. Estaba totalmente desorientada y, más que nada, dominada por una inmensa tristeza. Al mismo tiempo, debía sobreponerme, para no reflejar ese estado en Felipito. El pobre, pasaba de mano en mano, en medio de esa situación que era trágica, verdaderamente. En Berisso, nos ubicamos en forma provisoria. Al poco tiempo, alguien –quien sabe por qué– debe haber marcado la casa y cayó la patota. Había de todo, allí: tipos de particular, de uniforme, de civil pero con borceguíes. Yo estaba acostada, mirando la televisión, con Felipito y con el nene de la casa, eran las once de la noche. Tocarón el timbre y Roberto –el amigo de mi esposo– fue a fijarse quién era, por la ventana, que tenía la persiana a medio bajar. Cuando ellos lo vieron, la levantaron del todo –con la mano– rompieron el vidrio de la ventana de un culatazo y por el hueco lo tomaron de los pelos y lo sacaron para la vereda. Fue un estruendo. En cuanto me di cuenta de la situación, empecé a gritar: –¡No tiren, que hay chicos! El que comandaba, me contestó: –No se preocupe, que es el Ejército Argentino. Yo respondí: –¿Y esto es el Ejército Argenti-

no? Porque, la verdad, ahí de Ejército yo no veía nada... Eran todos tipos jóvenes y grandotes, algunos de boinas negras. Se pusieron a revisar, pero no encontraron nada de nada. A Roberto lo reventaron, preferentemente a patadas. A mí, comenzaron a golpearme contra la pared mientras me gritaban: –Y vos, hija de puta, decí en dónde está tu marido. Me tenían con el brazo dado vuelta y dijeron entre ellos: –Sí, a ésta también hay que llevarla. Ahí fue cuando me di cuenta de que iba a perder también a mi otro hijo. Entonces hice un gran esfuerzo por soltarme y me quebraron el brazo. Me desmayé. Me arrastraron hasta la vereda –recuerdo que tenía un par de zapatos nuevos y se me trancó uno de los tacos en una puerta y se desprendió– sin que yo tuviera demasiada conciencia. Volví a la realidad cuando estaba esposada, encapuchada y me introducían en el baúl de un automóvil. Pensaba en los chicos, que no se habían despertado a pesar de todo ese barullo. Los agarraron así como estaban, dormidos, golpearon en lo de una vecina y le dijeron: –Acá tiene. Haga lo que quiera. Tírelos, críelos, regáuelos... Pero mucho no pude estar pensando, porque bajaron la tapa y me quedé ahí adentro, encerrada. Sentía sensación de impotencia, de injusticia, de rabia, de tristeza, de dolor en el brazo, de incógnita por lo que iba a pasar y, más que nada, de que en cualquier momento quedás muerto... te matan... sin saber por qué. No sentís el convencimiento de que hiciste algo y de que la justicia te va a juzgar, eso no se siente en ningún momento. Lo único que me mantenía era la seguridad de que a mi hijo no lo habían matado, porque yo ruidos de tiros no sentí... En fin, desde ahí se fueron a secuestrar a otras personas, a las cuales yo jamás había visto en mi vida. A todos nos tiraron en La Cacha. Primero, nos metieron en un garage grande, siempre con las capuchas y esposados. A mí, no sé en realidad por qué me mantenían con las esposas puestas, porque tenía el brazo a la miseria, todo enclenque y un dolor espantoso. Por supuesto, ni hablar de que me lo fueran a atender. Enseguida pasamos a la sala de torturas, por turno. A mí me picanearon por todo el cuerpo, pero especialmente en el brazo quebrado. Me tiraban del pelo y me pegaban con algo, no me di cuenta de qué objeto era. Me preguntaban nada más que por el paradero de mi marido y yo, realmente, ni

idea tenía de dónde estaba él. Los que me interrogaban eran un montón, todos con voces jóvenes. Brutos, no había. Insultaban, pero eran finos. Lo que querían saber era de mi marido. Eso, y mi nombre de guerra. Yo no tenía nombre de guerra, si lo único que hacía era cuidar los chicos. Pero a cada rato me lo preguntaban, cada uno que venía: –Dale, decílo, carajo..., me repetían. En determinado momento, para ver si de esa manera podía detener un poco los golpes, les dije que estaba embarazada, pero me siguieron dando igual y se reían: –Pero, hija de puta, vos sos peor que una coneja... Hay que ver, estos hijos de puta tienen más hijos que la mierda... Al final, pararon. Me llevaron a un baño y me miré en un espejo. Estaba a la miseria, tenía los ojos destrozados y moretones en todas partes del cuerpo. Para colmo, hacía apenas cuatro meses que había tenido a Felipito y un mes que me habían robado a María Eugenia, así que estaba deshecha. Al otro día, me sentaron en el medio de ese galpón, me pasaron a un sótano, repleto de secuestrados. En ese momento, vino un doctor con una madera y me entablilló el brazo”.

Triste papel, por cierto, el de los doctores de “La Cacha” y el de todos esos médicos que en todos estos años –y también en otros bastante más lejanos– sirvieron de apoyo a la represión, dosificaron y refinaron los procedimientos de tortura, negaron atención a los presos y los secuestrados, asistieron a partos que se producían en condiciones infrahumanas y fueron cómplices de los bárbaros ejecutores del genocidio, tan responsables como ellos ante la justicia y ante la historia, verdaderos verdugos de guardapolvo blanco. Y expresa al respecto el doctor Norberto Liwski –médico pediatra, especialista en pediatría social y, entre otras cosas, miembro de la Sociedad Argentina de Pediatría–: “Sin el aporte de la tecnología médica y la farmacológica, y sin la participación de médicos, sería muy difícil llevar adelante las prácticas de la tortura. Los médicos que colaboraron en la tortura, le ofrecen a los bárbaros ejecutantes una pátina de respetabilidad, y continúan llegando a desarrollar líneas de experimentación sobre las víctimas. De este modo, los profesionales del arte de curar se transforman en cómplices activos de los tormentos, contribuyendo a la destrucción, mutilación y muerte de la vida humana. La sola mención de este aspecto parcial del tema, examinado, nos invi-

ta a reflexionar sobre los tribunales de Nuremberg cuando, junto a la complacencia por las justas sanciones aplicadas a los responsables de aquel holocausto, la conciencia de la humanidad se vio sacudida —y aún no ha concluido de hacerlo— cuando tomó conocimiento de la siniestra participación de médicos en las torturas, en los métodos de exterminio y en el abominable crimen colectivo bajo la forma de experimentación científica. Cuando parecían agotadas las posibilidades de asombro y dolor al examinar esta tragedia argentina, tomamos conciencia de que aún no hemos reparado lo suficiente, ni siquiera hemos reparado lo imprescindible, para atender a las víctimas más vulnerables de este terremoto social: nos estamos refiriendo a los niños. Un considerable número de la comunidad infantil ha estado sometida a las diversas formas de torturas, ya bajo el signo del apremio físico, la vejación moral, el arrebato de su identidad familiar, el abandono forzado o el estado de amenaza prolongado sobre su núcleo familiar. Son ellos hijos, nietos, sobrinos de detenidos desaparecidos, de hombres y mujeres con largos años de aislamiento carcelario. Son testigos oculares, activos, del secuestro de sus padres, cuando no de sus torturas o sufrimientos. Testigos de un Estado delincuente que tras haber colapsado la protección familiar, le niega información sobre la suerte de sus progenitores, que los hace extensivos a la pérdida de derechos que alcanzara inicialmente a sus padres. Son miembros de familias que les fueron impuestas por la fuerza tras haber sido secuestrados junto a sus padres o haber nacido en cautiverio de sus madres mientras que sus abuelas recorren el espinoso camino de su encuentro. Resultado de tamaña agresión se manifiesta a través de síntomas y signos que han determinado la existencia de una nueva categoría en la pediatría argentina: el síndrome del abandono forzado... El miedo intenso y generalizado, la disfunción en el desarrollo psicológico, la intensificación de enfermedades, sicosomáticas, los trastornos de aprendizaje, las dificultades en la integración social, son algunos de los más importantes elementos detectados y que se observan agravados por la falta de una correcta atención, cuando no de manifiesta actitud de rechazo o marginalidad”.

A la concreción de este lamentable panorama, contribuyeron no pocos profesionales médicos. Son muchos, demasiados más que los que una sociedad sana puede y debe soportar entre sus filas. Apenas si de un puñado de ellos se conoce los nombres, tal como lo han denunciado las Abuelas:

“Las Abuelas de Plaza solicitaron en el día de la fecha... la citación por vía de exhorto diplomático del doctor Jorge Magnacco, actualmente residente en España. Este médico –según declaraciones de personas que permanecieron como detenidas-desaparecidas en la ESMA, dependiente de la Marina de Guerra Argentina– era quien atendía los partos de las mujeres embarazadas que allí eran conducidas luego de ser aprehendidas por fuerzas de seguridad en la vía pública, en sus hogares o en sus lugares de trabajo. El referido Magnacco, con un tal doctor Ceballos, se encargaban de asistir a las mujeres detenidas en el difícil trance de dar a luz. Con grilletes en los pies, algunas esposadas, escuchando los gritos de otros torturados y habiendo sido víctimas ellas mismas de la tortura durante el período de embarazo, recibían a sus hijos entre los cuidados médicos de los profesionales antes mencionados... Luego del parto, casi inmediatamente, las mujeres detenidas eran separadas de sus hijos y éstos conducidos por el subprefecto Favre o el oficial conocido como Pedro Bolita con destino desconocido”.

Repugnante rol el aceptado por quienes, justamente, se supone deben dedicar sus técnicas a la preservación de la vida humana. Otro de los aparatos represivos –de anónimos carniceros, en este caso– que el gobierno democrático tiene la obligación de desarmar. Otro de los aparatos represivos que aún se encuentra intacto, tan intocado como el de los que se dedicaron directamente al secuestro, a la tortura y al asesinato y que, después de diez meses de haber asumido las autoridades constitucionales, aún se daba el lujo de mantener cautiva –junto a muchos otros, muy probablemente– a Cecilia Viñas, una muchachita que también conoció el dolor de tener que parir entre asesinos. Son los momentos límite, donde la realidad es apenas un fantasma:

“Ahí adentro, los sentimientos se confunden mucho... Yo, es cierto, estaba confundida. Ahí, pasé dos días. Después, me trasladaron a otro pozo, que ellos decían que era el hospital. Me sacaron a la noche, en un camión del ejército, con los ojos vendados, esposadas las manos y con el toldo del

vehículo bajo. Pero se descompuso y volvimos. Al otro día, me sacaron de nuevo, pero en el piso de una ambulancia. Me llevaron a otro lado –que después supe que era la Brigada de Investigaciones de Quilmes, o de Banfield, no recuerdo bien– y ahí me encontré con Adriana Calvo de Laborde, que me dijo que ella había estado en otro pozo con Susana y el marido, y que había escuchado a los nenes llorar... Me enyesaron el brazo y me volvieron al lugar de donde me habían traído. Me dejaron ahí. Había muchísima gente en las mismas condiciones que las mías. Era bastante caótica la cosa. A la mañana, uno se despertaba con los gritos de los milicos. Traían un poco de mate cocido. A mediodía, y a la noche, nos daban la misma comida que el regimiento, a veces. Cada tanto, también, uno se podía bañar... a mí me bañó otra chica –me bañé una vez, en un mes–... Según la guardia que hubiera, a la hora del almuerzo o de la cena nos podíamos levantar la capucha, porque había algunos tipos a los que no les molestaba que le viéramos la cara. Entre ellos, todos se llamaban Carlitos: Carlitos el Bueno, Carlitos el Puente Roto y otros por el estilo. Uno, decía: –¿Hay necesidad de hacer ésto? ¿Hay necesidad de hacer ésto? A veces, nos llevaba cigarrillos. Otros, en cambio, eran netamente sádicos, como el Oso Acuña. Entre nosotros... a veces podíamos hablar. Aunque la primera sensación es de desconfianza. Uno desconfía de todo el mundo, porque no sabe quién es quién, quién te está mirando, quién está adelante, a quién tenés atrás. Después, los más antiguos te hablan: –Mirá, acá no estás sola. Estamos muchos... Entonces, te explican las reglas de juego: cuándo hay que comer, cuándo no, cuándo se puede hablar, con quién puede uno levantarse la capucha y con quién no. Te cuentan las historias personales, todos cuentan la suya: –A mí me agarraron por esto y por esto, tal tipo me cantó... De a poco, uno va hilando, va hilando y va rearmando la historia de su propia vida y la de todos los que están con uno en ese período. Sean buenos, malos, ahí no interesa: están. Al que cantó, se lo tiene bien identificado. Pero eso no significa que se lo deje de lado, porque a esa altura del partido uno ya sabe bien por qué se canta. Uno se va humanizando. La primera reacción es la de decirle: –Hijo de puta, vos cantaste... Después, cuando ya se ha experimentado en carne

propia el sufrimiento, se comienza a reflexionar de otra manera: –Y bueno... si cantó debe de haber sido porque no le dio el cuero... Y ¡quién sabe lo que cantó! Día a día se va valorando todo, revalorando, pensando y contrapensando. Porque las reglas de juego de la calle, allí valen de poco. Cambian totalmente... Lo que domina es la impotencia, el sentirse desprotegido ante la fuerza brutal, la incertidumbre ante el futuro, un miedo que por momentos parece convertirse en terror. Entonces, llega la tortura y... el mecanismo de la tortura física sólo puede entenderse si se pasa por él. Frente a ella, cada persona reacciona como puede y según la escala de valores que haya tenido durante toda su vida. O sea que... lo que cada persona hace cuando es torturada no puede ser explicado o juzgado por los otros. A lo sumo se tendrán a la vista los valores éticos que cada uno adquirió en su vida. Por supuesto, los torturadores carecen por completo de esos valores éticos y, más aún, escapan totalmente de los límites de ese concepto que se interpreta como hombre, como ser humano... También, estando secuestrado, se desarrolla al máximo el instinto de conservación y se agudizan muchísimo los sentidos. Uno casi se habla a sí mismo: –La comida que me dan, la tengo que comer, así sea rica o fea. ¿Para qué? Para alimentarme y no morirme de hambre. Higienizarme no es tan fundamental, pero comer sí, es lo primordial. ¿Dormir? Dormir tengo que dormir, porque mientras duermo me olvido. También es importante que no me desanime y que, a través de la actitud que adopte, le de fuerzas a los otros. En fin, uno quiere conservar la vida, se aferra a ella y parece que todo el cuerpo se preparara para alcanzar ese fin: no se siente frío, uno no se enferma... Cuantos más días pasan y se sigue estando vivo, más se le va formando al desaparecido la conciencia de que debe mantenerse fuerte, física y anímicamente. Los dolores de la tortura se van yendo paulatinamente y uno se va recomponiendo. Es como si se cumpliera un ciclo. Claro, en el fondo siempre queda latente la idea de la muerte, la idea de que a uno lo van a matar. Para quien cree que la muerte es el pasaje que conduce al reencuentro con Dios, ese convencimiento es más llevadero que para los otros, pero... se crea lo que se crea, nadie puede evitar el miedo a lo desconocido. No obstante, es imposible detener algunas

ideas de esperanza, de que a uno lo van a legalizar y va a tener la oportunidad de un juicio. En definitiva, se sigue creyendo en la justicia. Uno no se daba cuenta –en esos momentos– de que para el proyecto político-económico-social del Proceso contaba muy poco la justicia y en realidad en el mismo sólo se pensaba –y bien que se había planificado– en aniquilar al pueblo, que fue literalmente masacrado por organizarse para exigir la justicia social y para lograr que el hombre pudiera vivir libre... Además, allí adentro la lógica no existía, no existía la conciencia, excepto para el genocidio. No se juzgaba, se mataba porque sí, todo dependía de la mentalidad y de la personalidad del milico que lo tenía a uno como rehén: tanto se lo podía asesinar a uno como largarlo por ahí, un día cualquiera. Por ejemplo, el caso de una chica llamada Susana Quinteros, que la trasladaron una noche... y al otro día, oímos un informativo –porque ese era un error que a veces cometían los milicos, el de dejar la radio prendida– que comunicaba de un enfrentamiento y uno de los nombres que daban entre los de los muertos, era el de Susana... En fin, uno va sobreviviendo, en esas condiciones. Los primeros días, todavía tiene algo que ver con la realidad: los represores te preguntan sobre tu marido, sobre qué hacías. Después, cuando ya no pueden sacarte más datos, los dejás de interesar. Sos apenas una cosa, a merced de ellos. Internamente, lo que uno quiere entonces, es desenchufarse de ese problema. Y, en ese momento, la auto-defensa consiste en hablar con los otros compañeros de las cosas que a cada uno le pasaron en su juventud, del barrio, de los primeros bailes, de las actividades que cada uno desarrollaba. La cosa era recordar sólo las cosas lindísimas de la vida, las cosas buenas. O contar chistes. Hacer cosas agradables para los otros. Yo, que había sido maestra, y sabía canciones infantiles, las cantaba. Y otros también cantaban lo mejor que podían. De política, no se hablaba, en general... porque quedaba la desconfianza aquella... Nos rotábamos para contar, a veces con la capucha baja, a veces con la capucha levantada, dependía eso de la guardia que hubiera en ese momento o del lugar del sótano en el cual estuviésemos ubicados. Y la vida, si algún día había sido individualmente vivida, pasaba a ser comunitaria, con un gran sentimiento de solidaridad, que se desarrolla entre

todos los chupados. Sí, nos ayudaba mucho ese verdadero proceso de supervivencia síquica, ese pensar y hablar sobre todo aquello que representaba algún valor interior, de nuestras vidas de antes. En otros, además, se manifestaba el sentimiento religioso: yo, personalmente, sentía que Dios estaba al lado mío, en ese que era el momento más difícil que me había tocado enfrentar en toda mi vida... Los milicos, mientras tanto, seguían en lo suyo. En realidad, eran todos represores. Cuando se está ahí adentro, se hace una distinción entre los más buenitos, pero en el fondo eran todos la misma basura, porque si estaban ahí, era por algo. Está bien... tenían que comer... y todo ese verso, pero... formaban parte del engranaje, así que ahora no vengan a hacerse los buenos, porque... porque lo que yo sentí gritar ahí adentro, por las torturas que les hicieron a algunos chicos, no me lo olvido nunca más, me marcaron para siempre, me marcaron para siempre... No solamente porque me lo hicieron a mí, sino porque se lo hicieron a los otros... En ese sufrimiento colectivo es donde se desarrolla más a fondo esa solidaridad de la que antes hablaba, una solidaridad que nos abarcaba a todos, menos a los colaboradores, unos personajes de muy triste fama en los campos... Los nombres, no los quiero decir, cada uno en su interior sabrá las vergüenzas y las responsabilidades que arrastra... Además, a muchos de ellos los mataron las propias Fuerzas Armadas, que les habían prometido documentación y pasajes para el exterior, para el Uruguay generalmente... Tenían sus prerrogativas ellos, por supuesto. Se contactaban con las familias. Eran una minoría, pero hicieron tal, tal, tal, desastre... Los sacaban cada tanto, a apuntar y apuntaban en serio. Lo que pasa, es que... al principio, cuando comenzó la represión, nadie cantaba, todos se dejaban matar... y a otra cosa. Pero después, todo se empezó a pudrir y la gente sabía que había caído uno y otro y otro y todos habían hablado y entonces ya se llegaba medio derrotado al chupadero. De ahí en más, lo que valía era la entereza de cada uno, el decir: –Bueno, voy a cantar lo que sé. O el decir: –Yo no canto... Por ejemplo, había una chica que fue de las primeras en llegar a ese campo. La torturaron horriblemente durante unos quince días y no abrió la boca. De repente, un día, después de aguantarse una tortura a lo bestia, dijo:

–No va más... Y empezó a señalar. Pero señalaba a lo loco. Se había quebrado completamente. Y cuando recién llegué yo, ella misma me dijo: –Loca, canta, porque acá te matan, te revientan... cantá, cantá, cantá... Fomentaban la delación, ellos mismos. Y que fomente la delación alguien que no ha sido militante, es una cosa, pero que la fomente alguien de quien uno sabe que posee una alta conciencia política, es otra... Frente a un hecho de ese tipo, muchos se preguntan: –Y yo ¿qué hago? Eso es lo que les pasó a muchos, aguantaban y aguantaban tratando de salvar lo que podían. O los sacaban a apuntar y no reconocían ningún sitio y ninguna persona. Y de repente, le traían a otro compañero que le decía: –Pero... ¿Por qué decías que no conocés tal lugar si lo conocés? ¿Qué querés? ¿Que nos sigan reventando? ¿Querés que nos maten?... Ese no era mi caso, porque yo no sabía nada y todos sabían que yo no sabía... Otras veces, eran los mismos milicos los que hacían ofrecimientos. A algunos, por ejemplo, les dijeron: –Bueno, si vos me hacés un curso de infiltración, nosotros te largamos, te damos documentos, un auto, una casa y te ponemos un negocio. ¿Qué te parece? Recuerdo el caso de un pibe. Cuando llegué al campo, estaba reventado. Lo tenían en el sótano, colgando, con los brazos en cruz. Pedía que le pusieran unas esposas menos ajustadas. Le respondían: –Pero hijo de puta, ¿para qué querés tantas comodidades si igual te vamos a matar? Él, se desmayaba de dolor. Un buen día, lo sacaron. Cuando volvió, dijo: –A mí, me trataron de negociar. Si acepto trabajar para ellos me dan documentos y me sacan del país. Yo les dije que por mí, me podían matar. A los pocos días, lo trasladaron... Bueno, en determinado momento, me dijeron: –Te vamos a liberar... Ahí, dije: –Acá me hacen la boleta... Los compañeros, entonces, me decían: –Vos, quedate tranquila, que capaz que te liberan en serio. Todos me dieron los nombres y apellidos completos y a mí se me grabaron en la mente... es increíble, pero todavía me acuerdo de todos ellos. La noticia de que me iba me la dieron ahí nomás, en el sótano. Se acercó uno de los milicos y me dijo: –Sacate la capucha. Yo, le respondí: –Pero no, ¿a qué?... Él, insistió: –Sí, sí, sácatela... Me la saqué y lo miré y entonces me preguntó: –¿Vos te acordás de mí? Le dije que no, pero lo tenía bien grabado:

era el que me había robado el anillo de oro no bien había ingresado al campo. Me quedé muy tensa, porque lo de la liberación era muy probable que también fuera mentira, porque si mentían en todo, ¿por qué no iban a mentir en eso también? Me dominaba la duda, ignoraba lo que iban a hacer conmigo. En realidad, a mí me parecía que las mayores posibilidades eran de que me mataran... Estaba vestida como una loca de remate: tenía una blusa y un pullover bien finitos, un pantalón que me quedaba por arriba de los tobillos, unos zapatos con un taco sí y el otro no, y el brazo enyesado. Lo único que no tenía eran piojos, nunca me los había agarrado... además, a los que se agarraban piojos les daban DTBENCIL –con etiquetas del Regimiento 7, así que ya sabíamos que ese pozo era del Regimiento 7, por eso y por los platos–... En fin, me metieron en un coche, en donde estaba el tipo que me torturó a mí, otro tipo –un ingeniero de la represión que les había fabricado a los milicos una picana portátil– una mujer y otro muchacho que parece que también soltaban, un estudiante de medicina que se habían llevado por equivocación y estaba hecho bolsa. A esa altura, estaba segura de que iba hacia mi muerte. A los dos nos tiraron en el piso y arrancaron. El ingeniero éste, al principio, me tranquilizaba. Después, se pusieron a hablar entre ellos tres, de cualquier banalidad, como si nosotros no estuviéramos allí, como si ellos nunca hubieran hecho nada, como si se tratara de una situación de lo más corriente. Comenzamos a dar vueltas por ahí. De pronto pararon, hicieron bajar al estudiante de medicina y lo dejaron irse. Yo tenía las antenas paradas... pero no hablaba nada. Ruidos de tiros no sentí, pero... que no lo hubieran matado a él no quería decir que a mí no me mataran. Siguieron dando vueltas con el auto. Yo, en lugar de capucha llevaba una venda e iba sentada –ahora– en el asiento de atrás pero con la cabeza para abajo. Al final, pararon en una esquina y me sacaron la venda. Era una calle de tierra. Me hicieron dar vuelta y me dijeron que no mirara el auto y que tuviera cuidado de ahora en adelante, que no me metiera en nada. Eran las dos y media de la mañana. Cuando el auto estaba arrancando, el ingeniero me dijo: –Chau. Y se fueron. Me quedé quieta. Todavía esperaba que me dieran un tiro por atrás, incluso cuando oí que la puerta del coche

se cerraba. Lejos comenzaron a ladrar unos perros. Hacía un frío infernal. Pero yo no tenía sensaciones. Abrí los ojos y vi el cielo, que estaba bien azul y lleno de estrellas. Estaba rodeada de perros que me ladraban pero no tenía miedo... no tenía nada de miedo. Vagué hasta que encontré un convento de monjas pero no me dejaron entrar, me echaron y amenazaron con llamar a la policía. Finalmente, me metí en una casa de un vecino, me acuerdo que me convidó con queso y con café”.

Ana María Caracoche acababa de nacer de nuevo, pero el miedo no se separó sido dejada en libertad para ser utilizada de carnada y guiar a los represores hasta su marido. Seguía estando fundamentalmente confundida e ignoraba los pasos a dar para reencontrarse con sus hijos. Era ese su doble dolor: no tenía los chicos y no sabía cómo hacer para recuperarlos. Esa situación le provocaba una presión interna impresionante y sus días pasaban entre el llanto y la angustia. No estaba segura de que su esposo supiera que estaba liberada y cuando pensaba en él siempre rogaba a Dios que no estuviera muerto y que no hubiera matado. Cuando se reencontraron, no tuvieron otra solución que emigrar al Brasil. Siempre con el recuerdo de los hijos por delante, Ana María Caracoche y Oscar Gatica tuvieron que seguir viviendo. En una de esas hubieran preferido ocultar, no recordar, sepultar su experiencia. Pero María Eugenia y Felipito estaban de por medio. Miraban la vida como a una diapositiva que estuviera salpicada de lagunas. Y debían llenarlas. Estaba seguros de que los dos chicos vivían en Argentina e iban a buscarlos. Sabían, además, que de ahora en adelante, no sólo serían de ellos, sino de todos los que los ayudarían a encontrarlos. Mientras tanto, calmando esa espera. Ana María solía escribir por ejemplo estas cosas, que eran algo así como un fresco de su vida:

“Si una mujer tiene por vocación el matrimonio, siempre piensa que el amor a su pareja se ve completado, ampliado y realizado en su sentido pleno cuando tiene la alegría de engendrar otra vida, que como otra vida una y única debe concebirse y que como única y propia debe entenderse. Porque cada hijo debe ser libre. Y si esa vocación es acompañada por un compañero que ve en la gestación de ese ser humano la gestación del

Hombre Nuevo, la esperanza en un mundo mejor está latente en esa familia que se organiza en torno a valores fundamentales, como lo son el amor, la justicia y la esperanza. Y mientras en el seno de la mamá el pequeño ser querido va creciendo, la pareja piensa en una futura relación padres-hijo de total libertad: a ese niño, su padre y su madre van a darle todo aquello de mejor que tienen interiormente. Así y con ese pensamiento concebimos –junto con Dios– todos nuestros hijos, en circunstancias y tiempos completamente diferentes y con vivencias de dolor y alegría muy marcantes y desgarradoras. María Eugenia, fue esperada con mucha alegría, ansiosamente y con muchos temores, por ser la primera. Tenía un año y cuatro meses cuando las Fuerzas Conjuntas se la llevaron, con nuestros compañeros, hermanos, amigos. Y con su hijito de tres años. Una sensación de muerte y de tristeza y la confusión de no saber qué camino seguir, dónde buscarla, me dominó. Y también el miedo, que fue convirtiéndose en terror. Y el dolor por no tenerla. Y la impotencia y la angustia de no saber. Y la gran esperanza que siempre sentí: ‘algún día la voy a encontrar’. Las lágrimas se me convirtieron en dolor muy profundo y enterrado en el corazón, desde donde salió hecho cariño para con todos los que sufrían. Y ese dolor fue y es comunitario y por eso tiene fuerza y la lucha continúa y no es en vano.

Felipe Martín me fue robado cuando yo fui secuestrada, en abril de 1977. Quienes lo robaron fueron, exactamente, las Fuerzas de Seguridad que un mes antes se habían llevado a María Eugenia. Fue desesperante. Mientras estuve en el ‘campo’, la angustia por saber dónde estaban mis hijos siempre estaba sustentada por la esperanza de encontrarlos algún día, junto a mi familia; eso era lo que mis verdugos me habían prometido. Después de liberada, la comprobación de que la mentira era constante –tanto para los que estábamos adentro como para los que estaban acá afuera– fue tan dolorosa que muchas veces pensaba que no iba a poder resistir tanto sufrimiento. Encaré la búsqueda de mis bebitos con todas las formas a mi alcance, todos los días, con todo el dolor y la angustia, con toda la esperanza y la fe y con el corazón lleno de amor hacia dos seres que eran mis nenes, dos seres que me habían sido robados, dos seres a los que

les habían negado su identidad. Muchas veces pensaba si no era mejor morir, me parecía que no iba a poder soportar todo ese sufrimiento, que no iba a poder reaccionar ante ningún otro dolor, porque ya sería demasiado. Pero como Dios nunca nos pide más de lo que podemos dar, Él me dio la fuerza necesaria para seguir buscando, esperando y luchando por esa vida mía que sólo tenía sentido en la certeza de encontrar a los chicos.

La gestación de un nuevo hijo en momentos de mucho dolor era el nuevo brote de esperanza que Dios nos regaló como prueba de su amor por nosotros y como premio a la fidelidad hacia Él. Juan Pablo llegó el Día de los Santos Inocentes. Y como ángel inocente murió también a los cuatro meses, víctima de una enfermedad inexplicable. Y murió el 1° de Mayo, Día de los Trabajadores: será un símbolo real de esa muerte que los trabajadores sufren cada día por sus bajos salarios y por sus malas condiciones de vida. Nunca entendí muy bien el Plan de Dios con respecto a la muerte de mi bebé. Era inexplicable para mí que después del desaparecimiento de María Eugenia y de Felipito, mi tercer hijo se me muriera estúpidamente y por causa de un virus, posibilidad en la cual yo nunca había pensado. El dolor de la muerte de un hijo es tan terrible, que sólo se siente menos dolor cuando se tiene la certeza de que está junto a Dios. Y yo en mis oraciones pedía a Juan Pablo que como un Ángel Guardián protegiera a sus dos hermanitos desaparecidos.

En el verano del 80, un nuevo fruto maduro y lindo nació para llenarnos el corazón de alegría: María Paz fue el significativo nombre de nuestra cuarta hija y en él estaba plasmado lo que queríamos: paz para nuestra familia, que era lo mismo que reencontrarnos con nuestros chicos desaparecidos y que recuperar nuestra identidad familiar, tan golpeada y deshecha por la dictadura militar. Paz para nuestra patria, que sólo recogía terror, represión, miedo, desempleo, miseria, pobreza, chicos desnudridos, bebidos muertos, familias destrozadas por el drama de los desaparecidos y la desvergüenza de un gobierno –no elegido– que literalmente fundió a la Nación.

Después, con inmensa alegría, al igual que los cuatro anteriores, fue engendrado y nació Juan Manuel, con toda la solidaridad y el inmenso

cariño que recibimos del sufrido pueblo brasilero. Sin la familia de sangre cerca, este pueblo se transformó en nuestra gran familia Latinoamericana, con los mismos anhelos y sufrimientos que todo nuestro pueblo pobre. Y nos integramos a esa cultura tan sambista, carnavalesca y futbolera y tan oprimida por los poderosos. Y fuimos ‘adoptados’ con el cariño y la solidaridad que se traspasó de pueblo a pueblo.

Soy una mujer religiosa. Por lo mismo es que sé que profeta es aquél que anuncia la palabra de Dios y la practica. Y, además, denuncia las injusticias y se atiene a las consecuencias. Iglesia profética es también aquella formada por profetas y es a la cual pertencí y quiero pertenecer. Pero en nuestro país, la Iglesia profética es la que se preocupa por los más oprimidos y la que ve todos los problemas humanos resueltos a la luz de la fe, a la luz del Evangelio... pero también los resuelve en forma concreta y a través de la concientización. Es la que no elige por los poderosos sino por los humildes. Y como cristiana perteneciente a la Iglesia, reflexiono acerca de nuestro papel como Iglesia profética. El sufrimiento es la única vía por la cual la persona se redime por sus pecados. La Iglesia está formada por personas que están conscientes de eso y de otras que sólo pertenecen a ella porque han sido bautizadas, pero que no han madurado en la fe. Y los cristianos nos salvaremos en comunidad gracias al sufrimiento de muchos que, consciente o inconscientemente, están equilibrando la balanza con aquellos cristianos que han cometido gravísimas injusticias, entre ellas avalar el genocidio que vivió nuestro pueblo durante estos años. Una de las formas de avalarlo, fue el silencio y la justificación, que precisamente no fueron adoptadas por la Iglesia Base sino por la jerarquía de la Iglesia... ¿Será que algún día podremos decir que, como Iglesia, hemos cumplido con nuestra misión profética y nuestra opción por los pobres? Creo que el holocausto de muchos de los que luchaban por la liberación de nuestro pueblo, debe servirnos de ejemplo. Y la jerarquía de la Iglesia Argentina, considerada una de las más tradicionales de América Latina, debe pensar muy seriamente cuál es la respuesta que dará a ese pueblo sufrido, que reclama una palabra de denuncia”.

La búsqueda de los hermanitos Gatica Caracoche comenzó no bien éstos desaparecieron. Las Abuelas obtuvieron fotografías de María Eugenia, porque de Felipito no existían. Sin embargo, jamás surgió el más mínimo indicio que pudiera conducir al paradero de la nena: de ella, nunca más se supo. En el caso del varón, en cambio, existía un presupuesto del cual podía partirse: había sido dejado en casa de una vecina –enfermera, de profesión– junto con el chiquito de los Amerisse. Hasta esa casa de la ciudad de Berisso se trasladaron entonces amigos de los Gatica Caracoche, familiares, militantes de los diferentes movimientos de derechos humanos y no pocas Abuelas. Todos ellos escucharon la misma explicación: Juan Camilo Amerisse había sido entregado a sus abuelos, a las pocas horas de producido el allanamiento –un dato cuya veracidad de inmediato se comprobó– y, en cuanto a Felipito, al otro día del acontecimiento una pareja mayor, acompañada por un cura, autotitulándose también ellos abuelos del menor, había procedido a retirarlo. A partir de ese momento, la más densa niebla envolvió el futuro de la criatura. Pasaron los años de esa forma, todos sumidos en la incertidumbre. Ese paréntesis de silencio pareció comenzar a cerrarse en abril de este año 1984. En esa época, aproximadamente. Oscar Gatica volvió desde Brasil. Venía a seguir algunas pistas. Tras ellas rastreó el país y llegó casi hasta el norte, atando y desatando ciertos cabos, casos de chicos cuyas edades coincidían con las de Felipito y María Eugenia. Retornó con las manos vacías pero con el ánimo intacto. Él mismo relata sus pasos posteriores:

“Hasta este momento, nosotros no habíamos podido reconstruir totalmente la historia de todo lo acontecido en Berisso. Ahora, yo personalmente fui hasta allí, e intenté hacerlo. Quería retomar el hilo desde el inicio. Por lo pronto, la enfermera se había mudado. Así que comencé a ver vecinos, a los más antiguos del barrio y, especialmente, a los que más vinculados habían estado a esta señora. Entre todos ellos, había una mujer que me conocía personalmente –yo había hablado antes muchas veces con ella– y se acordaba de mí. Charlamos extensamente: fue ella la que me dijo que estaba segura de que la enfermera había tenido al nene con ella unos tres o cuatro días. Otros vecinos también me manifestaron versiones parecidas... y no faltaron los que no quisieron abrir la boca. En dos o tres

veces que anduve por la zona logré obtener el nuevo domicilio de la enfermera. Fui a verla. Me repitió la historia de los abuelos y el cura, con lujo de detalles –dijo, incluso, que este sacerdote ya no estaba en el país, que se había ido a España– y agregó a ello un nuevo dato: que en el 81 había pasado por su casa, a preguntar por Felipito, el militar que se lo había entregado el día del operativo. A mí me quedaron dudas. Alguna cosa no estaba de acuerdo entre lo que esta mujer contaba, lo que decían los vecinos y –fundamentalmente– lo que Ana y yo sentíamos, presentíamos. Sobre todo eso. Presentíamos que había cables sueltos y que por ahí era que había que seguir buscando. Puede parecer extraño, pero en esa época yo soñé con que la enfermera lo tenía a Felipito, estaba parado en la vereda de enfrente de su casa y la veía entrar, con el nene de la mano. Así que me quedaron grandes expectativas con respecto a esa punta del ovillo. Después, debí retornar a Brasil, pero vino Ana a la Argentina, a continuar con las averiguaciones”.

Ana María Caracoche venía dispuesta a llevar hasta el final esa pesquisa que su esposo había comenzado a desarrollar:

“Yo llegué acá el 26 de junio y me vine enseguida a la Casa de las Abuelas. Después, con el corazón en la boca, fui a la casa de esta señora enfermera. Fui allí en tres oportunidades. En la primera de ellas, no estaba. En las otras dos, tampoco. Le dejé finalmente un número de teléfono, diciéndole que quería hablar personalmente con ella. Me llamó y concretamos una entrevista en su casa. Fui de nuevo hasta allá. Me recibió, nos saludamos y ella dijo que para nada se acordaba de mí. Entonces le dije: –Puede que usted no me recuerde, señora. Pero yo sí me acuerdo muy bien de usted. Porque usted tuvo por última vez a mi hijo Felipito. Me hizo pasar. Yo, ya estaba muy emocionada... porque ella era la que me iba a decir cómo había vivido el nene ese corte tan abrupto y que para mí había sido tan desgarrador. Para descargarme un poco, en una de esas, y para aflojar las tensiones, le dije: –Usted tenía un gato... –Sí, está enfermo, pobrecito..., me respondió. Entonces, el marido, que

estaba allí también: dijo: –Indudablemente... es la madre. Yo, le pregunté: –¿Cómo? Me quedé sorprendida. El hombre me calmó, me hizo sentar, me dijo que no me preocupara y comenzamos a charlar. Allí, me largaron todo, de improviso: que el nene estaba vivo, estaba bien, tenía siete años... y, lo fundamental... que ellos sabían dónde estaba. Mi estado, en ese momento, era de total alteración. La enfermera compartía mi sentir, estaba muy motivada para que yo supiera toda la verdad. Empecé a preguntar cosas y más cosas del día del secuestro y ellos me contaban: que no había llorado, que decía continuamente ajó, ajó... Esa señora me dijo también que hubiera deseado quedarse con el nene, pero que su trabajo no le dejaba tiempo como para cuidarlo y que por eso había decidido buscarle una familia. Con ese fin se habían contactado con una monja, esa monja se lo había comentado a una médica y esa doctora era la que consiguió a quienes tenían a Felipito en ese momento. –Sabemos el nombre de esta gente –terminó diciendo– pero sólo se lo daremos a las Abuelas de Plaza de Mayo. Yo pienso que un poco se asustaron de verme tan emocionada como yo estaba y temieron que pudiera hacer alguna locura, que me dejara llevar por algún arrebato. Porque realmente yo estaba muy alterada. Pero había que tener en cuenta los momentos por los cuales estaba atravesando: acababa de constatar, sin ninguna duda, que mi hijo estaba muy cerca de mis manos. Lo había esperado a este momento durante siete años, estaba mentalizada con que iba a encontrarlo y ahora todo eso se había concretado, por lo menos en el caso de uno de los dos... porque en estas búsquedas tienen una importancia fundamental las intuiciones, lo que se siente. Muchos pueden afirmar que son sólo capas, corazas con las que uno se rodea para darse fuerzas y poder así seguir avanzando... pero, este caso mío, demuestra que lo que yo había sentido, había experimentado interiormente, esa certeza que nunca me abandonó, era real”.

Las Abuelas concurren a la cita, representadas por “Chicha” Mariani y Estela Carlotto:

“Cuando llegamos a Berisso, esta señora enfermera no estaba, así que nos cruzamos hasta un bar y nos dispusimos a esperarla. Estuvimos allí más o menos una hora, hasta que llegó. Nos recibió bien y nosotras no hicimos más que exponerle la realidad. Se trataba de devolver a la criatura a sus padres verdaderos, unos muchachos que jamás la habían abandonado, que habían sufrido mucho, a los cuales los militares le habían robado ese chico que ellos siempre habían buscado. Estuvo en un todo de acuerdo. Sabía, además, la discreta forma con la que procedemos siempre, en estos casos. Nos dieron, entonces, los datos de quienes tenían a Felipito. Se trataba de una escribana... y pienso que su apellido no es conveniente darlo... En fin, con el nombre en nuestro poder, buscamos en la guía telefónica y nos dimos cuenta de que vivía en Villa Elisa, cerca de City Bell, en la calle Hormiga Negra, sin número. Ubicar el lugar no fue demasiado fácil, pero lo logramos. Llegamos... y con el primero que nos topamos fue con un chico de unos siete años... que para nada se parecía a Ana María, a Oscar o a los datos físicos que del nene manejábamos. Nos desilusionamos un poco, a qué negarlo. Pero le preguntamos si estaba su mamá. Nos hizo pasar. Adentro de la casa había otros dos niños. Una mujer, de frente, y un varón... de espaldas. Cuando éste se dio vuelta, nos dimos cuenta de inmediato que habíamos ubicado a Felipito. Ahí, no había ningún lugar para las dudas: era igual al padre, pero sin bigotes. Hablamos con esta señora, a solas, por supuesto. Nosotros pensábamos que ella ya más o menos sabía de que andábamos sobre sus pasos... por eso le planteamos todo directamente y sin mayores introducciones ni rodeos. Pero ella ignoraba... Por lo mismo, la noticia fue un impacto terrible. Reaccionó muy mal esta pobre señora. Primero tuvo una crisis de nervios, luego lloró mucho y hasta se desmayó. Tal fue su reacción que, más adelante, su hijita menor relataría a unos amigos la escena de esta inocente forma: –“Llegaron las señoras de la televisión y mi mamá se cayó de culo”. La calmamos como mejor pudimos. Repetía que le íbamos a quitar a su hijo, que si sólo fueran abuelas quienes lo reclamaban lo defendería con uñas y dientes, pero... que se trataba de los padres verdaderos... Es cierto, son situaciones tremendas... Esa señora tuvo a ese chico

durante siete años al lado suyo y ahora lo pierde... Pero lo recuperan otros, otros que son su familia verdadera. Es la restitución de la identidad y del pasado, un acto insoslayable, de justicia. Porque es absurdo y suena totalmente irreal el hecho de que los padres no puedan tener con ellos a sus propios hijos, unos seres a los cuales engendraron, a los cuales dieron un nombre, a los cuales jamás abandonaron. Esos hijos constituyen un hueco en la vida de esos padres y a la inversa se da exactamente la misma situación... En fin. Oscar y Ana María, a partir de ese momento, se llenaron de urgencia para ver personalmente a Felipito. Una urgencia lógica porque es impresionante el hecho de saber que el hijo que a uno le ha sido robado está ahí, tan cerquita y no puede tocarse...”.

En la casa de María Isabel de Mariani se encontraron una tarde, no hace mucho tiempo. Ana María Caracoche y la magnífica persona que durante todos estos años ha tenido al lado suyo a Felipito. Fue un encuentro emotivo, cargado de emoción pero sin agresiones. Esa misma mañana, devorada por la angustia de la espera, Ana había grabado –tiene muy linda voz– un cassette con canciones infantiles. Se lo extendió a la otra:

–Hágaselo escuchar a Felipito.

Hablaron mucho tiempo, hasta que la oscuridad llenó la sala. Lloraron juntas y la mujer le dijo a esa madre que estaba a punto de reencontrarse con su hijo:

–¿Quiere venir a conocerlo ahora?

Ana María Caracoche de Gatica no se sintió con fuerzas suficientes. La emoción la dominaba por completo y no quería causarle ningún daño al chico. De todas maneras, pronto fijaron el decisivo día de la entrega. Una entrega que no significó una ruptura. Se habían dado cuenta de que en estos casos las únicas soluciones son las fraternales. Hace falta grandeza para eso, y mucho amor por el niño. Ellas, lo tenían. Otras veces, en cambio, no puede esperarse dignidad de parte de quienes poseen a los niños. De parte de Eduardo Alfredo Ruffo, por ejemplo, el secuestrador de Carlita Rutilla Artés.

Capítulo 14

La historia y el destino de Carlita Rutila Artés quizás comenzaron a escribirse y a entremezclarse cuando el director boliviano Jorge Sanginés hizo aquella tarde la señal de ¡Corten! La última escena de “Sangre de Cóndor” acababa de rodarse y la actriz Matilde Artés Company** respiró satisfecha: estaba contenta con su papel y, además, se liberaba del susto que le había producido una escena en la que aparentaba guiar un coche cuando ella en realidad no sabía conducir. Se sentó en medio del ajeteo de la filmación y repasó paso a paso el argumento y las experiencias de esos meses de filmación. Era una película excelente, que quizás no tuviera demasiada inserción en los circuitos del cine comercial pero que rebosaba compromiso humano y político: en esa época —fines de los años 60— los Estados Unidos habían acuñado una “original” manera de frenar la miseria en América Latina y esa fórmula mágica consistía ni más ni menos que en la esterilización masiva de todas las mujeres pobres que habitaban al Sur del Río Bravo. Con la bendición —y el impulso— que desde el gobierno yanqui repartía el entonces famoso Robert MacNamara, hordas “científicas” cubrieron los rancheríos y los barrios pobres latinoamericanos: buscaban mujeres en edad de concebir, vestían almidonadas túnicas, esbozaban una sonrisa al parecer cómplice, esgrimían jeringas. “Entretengan el hambre haciendo el amor si quieren, pero no tengan ni un solo hijo más” era su prédica. Sangre de Cóndor denunciaba esa penetración —en Bolivia— que de manos de la Alianza para el Progreso o del Cuerpo de Paz hacía estragos en las comunidades indígenas, y a la noche todo el equipo vinculado a su realización alzó un vaso de pisco brindando y contentos consigo mismos. Sin embargo, había otros que, al contrario, estaban enojados. En poco tiempo más, estigmatizaron a todos cuantos, directa o indirectamente, habían tenido que ver con esa obra. Matilde Artés Company ingresó, por supuesto, también en ella —con su nombre artístico de Ildé Artés— en la lista negra que, a toda máquina, comenzaba*

* Actualmente reside en España y es madre de dos hijas.

** Reside con su nieta Carla en España.

a confeccionarse en las apollilladas oficinas del Ministerio del Interior. Para colmo no era éste su primer desafío, al parecer siempre se había inclinado por interpretar a Ionesco y Bertolt Brecht, peligroso gusto para la óptica de algunos. Además, desde su programa televisivo “Feliz Domingo” había denunciado el secuestro y la desaparición de la niña campesina Marta Rita Quispe, de 9 meses, ingresada al hospital general de Miraflores y robada allí por quienes se dedicaban al tráfico de criaturas que son vendidas generalmente a los campesinos del Perú, los cuales los utilizan como barata fuerza de trabajo. La investigación había demostrado la vinculación de esas bandas con encumbrados funcionarios gubernamentales, para colmo. Y le acarreo un calificativo que le aplicaron con ánimo peyorativo: “La defensora de los derechos humanos”. Parecía entonces llegado el momento de darle un escarmiento. Es así que un mediodía la policía tocó la puerta de su casa y expuso sus motivos; la mujer debía acompañarlos para reconocer a un individuo que había pagado las actuaciones de un espectáculo teatral —del cual ella formaba parte, realmente, como presentadora, en el Teatro Mienje Campero, de la actuación del argentino Juan Carlos Copes— con un cheque sin fondos: —Será sólo un ratito, le dijeron.

El trato que le dispensaron hasta ese momento, había sido bueno, pero cuando Matilde Artés Company llegó a la vereda no se tranquilizó demasiado con el espectáculo: la casa estaba prácticamente rodeada, un entoldado camión policial repleto de hombres armados era el vehículo que la aguardaba, debajo de las camperas de los represores vestidos de civil asomaban los culatines rebatibles de las metralletas, mientras ellos se parapetaban detrás de los árboles. “Demasiado custodia para un testigo sin importancia”, pensó inmediatamente. Sus vecinos de Miraflores —un barrio de clase media alta— observaban curiosos, arremolinados pero cautos a la vez. Desde sus jardines la vieron alejarse, mientras era conducida al Departamento de Policía. Allí quedó en calidad de incomunicada. Después, la introdujeron en una pieza de sugestivo nombre: “Siberia”. La puerta se abrió violentamente y se vio enfrentada a los hermanos Sardan, especialistas en torturas del régimen. Cuando éstos terminaron con ella, Matilde Artés tenía casi quebrada la columna, desviado el tabique nasal y el maxilar inferior y le faltaba parte de la dentadura: los empleados de Banzer se habían ganado bien el sueldo por ese día, mientras ella se revolcaba entre ratas

y materias fecales. Después de ese “ablande”, le tocó el turno a los interrogatorios, que apuntaron a que se declarase contacto de los “Tupamaros”, el grupo guerrillero uruguayo que, en esos momentos, hacía tambalear al régimen del ultraderechista presidente Jorge Pacheco Areco. Pero había un punto flojo en la cadena: la mujer jamás había estado en el Uruguay. Por suerte para ella, después de seis días, la cónsul argentina logró ubicarla en esa prisión; acompañaba a la diplomática la hija de Matilde, Graciela Rutila Artés, una muchachita que en esos momentos tenía 17 años, estudiaba asistencia social, farmacia y bioquímica y era dirigente estudiantil. Ella fue la que llevó a su madre, expulsada del país, hacia el aeropuerto: —Nos reencontramos en Buenos Aires, se dijeron. Pero las cartas se jugaron de otra manera. Matilde Artés Company pasó a Chile, se integró al gobierno de la Unión Popular y llegó a ser Coordinadora de los Frentes de Salud de Puente Alto. En eso estaba cuando una madrugada la sorprendió el sangriento golpe de Augusto Pinochet: firme candidata a ser juzgada por los tribunales militares —que solían siempre inclinarse por la sentencia de fusilamiento—, logró ser internada en el Refugio Padre Hurtado, un organismo protegido por las Naciones Unidas. En ese mismo momento en que la actriz lograba transponer el tranquilizador umbral del refugio, Graciela descendía de un avión en Ezeiza: el reencuentro, obviamente, se frustraba.

En Buenos Aires, la chica conoció a un uruguayo —Enrique Joaquín Lucas López— y se enamoraron. Viajaron juntos a Perú y allí, el 28 de junio de 1975, nació Carlita Rutila Artés, en la Clínica de la Madre, de la Ciudad de Lima. A fines de marzo de 1976 —casi un año después— Lucas López estaba de paso por Cochabamba y su mujer y su hija residían en Oruro. Fue en esa localidad y en esa fecha que se produjo el estallido de una huelga minera y Graciela participó activamente en las movilizaciones que la apoyaron. El 2 de abril, a la madrugada, su casa fue allanada y depredada por morochos hombres vestidos de civil, la mano de obra para los trabajos sucios que por entonces prefería el ministerio del Interior boliviano. A ella, la condujeron inmediatamente a las nefastas oficinas del Departamento de Orden Político (DOP): cuando la barrera a rayas se alzó para dar paso al jeep que la transportaba, encapuchada, mientras oía el correr apresurado de las botas sobre el pedregullo, escuchaba las voces de mando, el ruido de puertas que se abrían, e intuía la neblina del amanecer,

Graciela Rutila Artés se introdujo en el infierno. Mientras Carlita era privada de alimentos, los golpes llovían sobre la madre. Por si esto no alcanzaba, la niña fue desnudada completamente, tomada de los pies, puesta cabeza abajo y azotada ante Graciela. Después, las llevaron a La Paz y allí las separaron. La detenida empezó su peregrinar de sangre, sudor y lágrimas por distintas dependencias de la represión, en cada una de las cuales iba conociendo diferentes versiones del dolor. Es que estaba en manos de expertos en producir el sufrimiento humano: entre ellos, Gemio, un nombre famoso en las salas de torturas de Bolivia, y Guido Venavidez, jefe del Departamento de Orden Político. Pero eso no fue nada comparado con lo que le esperaba a partir del mes de julio. Por entonces, un discreto avión militar llegaba a La Paz con una comisión de la policía federal argentina; sus integrantes treparon de inmediato a unos coches oscuros que los esperaban estacionados al costado de la pista y en fila y lentamente —como quien va a un entierro— arrancaron hacia el centro de la ciudad. En el trayecto hablaban poco y fumaron mucho; estaban deseosos de poner manos a la obra. Los autos pararon frente a una casa particular, ubicada en una calle poco transitada. El barrio era elegante y discreto. Inmediatamente descendieron esos hombres fornidos, de zapatos bien lustrados e impermeables en los brazos. Adentro los esperaba la plana mayor de la tortura boliviana: el ya citado Gemio (su nombre real, Melquíades Torrez), su jefe Guido Benavidez, Víctor Barrenechea alias “Coquito”, Dany Cuentas, José Luis Ormaechea España alias “Bruno”, “Águila” o “Loco”, Víctor Ormaechea alias “Cone”, Edgar Vargas Ortuño alias “Rolando” o “Perro”, L. Ramos alias “Tato”, la agente llamada “Lina”, y los hermanos Sardan. Estaban sin capucha, primitivos y machistas. Más tecnificados, los argentinos prefirieron taparse las caras. Acto seguido desplegaron sus conocimientos: picana en las partes más sensibles del cuerpo, quemaduras con cigarrillos, palizas con garrote y látigo, “submarino uruguayo” y una innovación: el agregar detergente al agua de este último, para provocar de esa manera la pérdida de la flora intestinal. También se utilizó con ella la droga. Desde allí, Graciela fue sacada casi muerta en brazos de sus torturadores y se le dio un tiempo para recuperarse encerrada en la prisión de Viacha. Cuando estuvo en condiciones de ponerse en pie, la condujeron a las oficinas del DOP sita en la calle Comercio esquina Ayacucho. Allí la vino a buscar el agente Bruno (José

Luis Ormaechea España) y en un jeep se le llevó hasta la ciudad de Cochabamba: picaneada de nuevo, se le preguntaba por el paradero de su marido. Con el postrer alarido de Graciela Rutila Artés antes de desmayarse, estaqueada sobre una cama de hierro en un sótano de los barrios periféricos, se perdieron los rastros de su futuro. De Carlita, por su parte, ya hacía tiempo que se habían perdido, con sus primeros pasitos vacilantes y sus balbucesos prístinos.

Estas fueron las noticias que recibió Matilde Artés Company. En esos momentos se encontraba en Perú a donde había sido conducida por las Naciones Unidas desde Chile y en calidad de refugiada. Después del dolor inicial, primó en ella el temple; no iba a darse por vencida tan fácilmente, iniciaría la búsqueda de su hija y de su nieta. Por eso, tiempo después volvería a Bolivia. Llegó dispuesta a todos los esfuerzos y así lo recuerda:

“En esta búsqueda de las Abuelas, lo fundamental es el tesón. Yo presentí, busqué pequeños indicios. Porque en este quehacer nuestro, casi demential, no se puede desperdiciar ni siquiera un triste rumor. Ese es uno de los secretos de nuestra lucha que, en la mayoría de los casos, encaramos en medio de la más absoluta soledad. Porque en no pocas familias –por lo menos así sucedió en la mía– predominó la política del no te metás. Fue pavorosa la indiferencia del padre de mi hija –y de su familia toda–, quienes sin argumento humano posible se adjudicaron cada uno un Ford Falcon en la puerta de sus casas, lo cual les impidió –decían– hacer algo por mi hija y la niña, cuando en verdad lo que sucedió es que tuvieron vergüenza de que sus relevantes amistades supieran que tenía una hija presa por defender a unos humildes trabajadores como son los mineros bolivianos... En fin, creo que todas las montañas que circundan la ciudad de La Paz me las subí y bajé a pie. Además en Bolivia se da una cosa muy típica: el hecho de ser extranjero provoca en la gente humilde, en los indios, en los campesinos, cierta expectativa. Los buscan para que bauticen a sus niños. Esto equivale a que en el día del cumpleaños de la guagua una le haga un regalito o que para las fiestas de Navidad y fin de año vengan a ver a la madrina. A través de todas estas vivencias, el lazo del compadrazgo se torna muy fuerte. Tanto es así, que en ausencia de

los padres –sea por el motivo que sea– el que asume la responsabilidad por la criatura es la madrina o el padrino.”

La mujer se movía como pez en el agua entre tantos compadres y comadres. La miseria, por otra parte, había empujado a muchos de ellos a servir de mandaderos de la policía. Otros en cambio habían sido arrojados al camino del delito. Era, por lo tanto, un mundo absolutamente marginal en el que iba a tener que sumergirse. Un mundo de tabernas suburbanas, de cholas gordas, de prostíbulos con pisos de tierra, de callejones, de conventillos con familias de catorce personas hacinadas en una miserable pieza y sin el más mínimo y elemental servicio sanitario. Prostitución, puñaladas, alcohol, cocaína, desocupación, miseria, robo y confidencia, todo ello separado por la sinuosa línea, trazada en el barro, que separa lo bueno de lo malo, y donde rencores ancestrales crean resentimientos entre el mestizaje que no puede ser blanco y no quiere ser indio. Meticulosamente, Matilde recorrió estos antros. En sus mostradores solía pagar tragos a sus compadres, para después poder hurgar más fácilmente en esos datos que éstos a lo mejor poseían y callaban. Los hombres miraban en la semi-penumbra y entre el humo de los cigarros los ojos verdes y penetrantes de esa mujer que tenían enfrente. Acaso quizás hasta la desearan, por momentos. Así, de esa manera, mientras corría el alcohol y también el dinero, las conexiones –frágiles al principio– se iban logrando armar. La apertura política que trajo el gobierno de Lidia Gueiler facilitaba, en parte, su accionar. Aprovechando esa pequeña primavera de libertad, Matilde Artés Company abandonaba la “olla paceña” y escalaba hacia los barrios marginales, el “Barrio Tinto”, “Tembladerani”. Visitaba las casas humildes y era en general bien recibida. En uno de esos sitios, recogió una noche la primera evidencia de envergadura: mientras su hija era bestialmente torturada en dependencias policiales y del Ejército, su nieta había sido depositada en un orfanato: –La que está bien enterada de lo que pasó, fue la “Loty”, le dijo alguien una noche, en cuclillas casi junto a un brasero. Y después, le completaron: –Ella visitaba a su hija, porque quería quedarse con la guagua. A partir de ese momento, Matilde tuvo claro que la tal “Loty” era, sin duda alguna la punta del inmenso ovillo que se proponía desenmarañar. Pero, de ahí en más, sus informantes se volvieron

súbitamente reservados: no sólo en la Argentina el terror era un método muy útil al servicio de la represión. De todas maneras, algo al menos jugaba en favor de la abuela: la miseria. En medio de tales coordenadas de pobreza, el dinero y las presiones vencen muchos miedos. En un destartalado conventillo, después de horas de espera, tuvo lugar el encuentro de Matilde Artés Company y el funcionario del ministerio del Interior de Bolivia contactado por el dueño de casa. Rápidamente, el recién llegado entregó un pequeño sobre cuadrado, envuelto en un papel de celofán. La madre de Graciela lo recibió como una carga preciosa: adentro estaba la foto de esa mujer que se hacía llamar “Loty” —y también “Cloty” o “Lety”—, su nombre real y su número de documento. Se trataba de una boliviana de pelo corto y rubión, de unos cuarenta y cinco años de edad, ojos algo rasgados y boca gruesa. Su nombre era Beatriz Bertón Román, se desempeñaba como agente del ministerio y su número de carnet de identidad lucía al pie de la imagen: 65151. Con esos datos en su poder, le resultó ya mucho más fácil averiguar la dirección. Vivía en la calle Fray Velazco, también en el cordón pobre y marginal de la ciudad, en esas laderas donde, a muy pocos metros del camino, se abren gargantas y precipicios de cientos de metros de profundidad. Primero, Matilde comenzó a recorrer la zona, llevó un meticuloso horario de las entradas, salidas y costumbres de la mujer. Caminaba incansablemente por el lugar y oteaba desde el interior de los bares cercanos. Un día, estuvo más de doce horas vigilando y la agente del ministerio no apareció ante sus ojos en ningún momento: el corazón le dio un vuelco, pensó que se habría mudado y que de esa forma perdía la única pista. Pero a la mañana siguiente, “Lety” reapareció como de costumbre: había tenido su franco, simplemente. A partir de ese momento, la abuela se mostró más audaz, siguió a su vigilada hasta el empleo y con una pequeña cámara, escondida detrás de los árboles o de los automóviles, la fotografió reiteradamente. Por último, conoció la persona que necesitaba, alguien que se ofreció a acompañarla hasta la casa y a hacer salir a la mujer hasta la puerta: —Pierda cuidado, comadre —le dijo— le diré que usted quiere hablar con ella por algo de contrabando y enseguida va a venir. Efectivamente. Beatriz Bortón Román consintió en asomarse, probablemente no del todo satisfecha con la propuesta. De todas maneras, hizo bien en desconfiar. Se encontró con una mujer enfurecida que la agarró del cuello.

Era de nochecita y ya circulaban pocas personas por la calle. “Lety” se sintió arrastrada casi hasta el borde de la ladera y sopapeada, mientras escuchaba: –Decíme, miserable rufiana, lo que hicieron con mi hija y mi nieta. Decímelo o te tiro para abajo. Cuando terminó la confesión. Matilde tenía una idea bien precisa de lo acontecido. En los primeros días de abril de 1976, el sub secretario de Inteligencia del ministerio del Interior –Guillermo Moscoso– había solicitado la internación de su nieta en el Hogar Carlos Villegas, de la ciudad de La Paz: allí había quedado depositada Carlita y la orden recibida por sus cuidadores fue la de actuar con la máxima discreción, porque –se aclaraba– su madre estaba detenida. De paso, se la registró con otro nombre, como para evitar suspicacias de tipo alguno: Norah Nemtala. Por algún macabro rebuscamiento o alguna inexplicable coincidencia, las iniciales eran toda una definición: NN. Días más tarde, rondando el 5 de abril de 1976, la niña sobrellevó otro traslado: su nuevo hábitat fue el Hogar Villa Fátima, al cual ingresó con aprobación del Tribunal Tutelar del Menor, en base a la ficha social, al informe del Jefe de Servicio Social y a la correspondiente tarjeta de internación visada por el Servicio Médico y firmada por la Supervisora de Servicio Social. Además, se le asignó una visitadora social, que se ocuparía, directamente, de ella: se llamaba Nancy de Censano. Después de años, Matilde Artés Company manejaba datos concretos a los cuales poder aferrarse. Y obtuvo, por otra parte, toda la documentación oficial.

Con ello en ristre, se dirigió hacia el Hogar Villa Fátima y habló. Habló con mucha gente: con quienes habían cuidado a su nieta, con quienes la habían visto comenzar a caminar, con los que le contaron los gestos de Carlita. Supo que el 25 de agosto de 1976, a eso de la una y media de la tarde, se habían hecho presentes en el Hogar cuatro agentes del ministerio del Interior, portando un oficio rubricado por el coronel Ernesto Codima Valdivia: dichos personajes afirmaron poseer órdenes para retirar a Carlita, quién –según ellos– debía reunirse con su madre en el aeropuerto, para viajar junto con ella a Buenos Aires, donde la mujer permanecería detenida y la chica sería entregada a su abuela. Le contaron que la asistente social que en ese momento se encontraba en el instituto se llamaba Luzmila Sarmiento y que ella se opuso a que la niña fuera retirada del lugar sin previa autorización emanada del Tribunal Tutelar del

Menor, telefoneando en busca de directivas a una vocal del mismo, Nelly de Alarcón, la cual traspasó ese clavo hirviendo a la Directora Nacional del Menor, Gloria B. de Ayala, quien se comportó cobardemente. Por otra parte, mientras estas idas y venidas burocráticas se sucedían, la empleada María Paz Boyán era conminada a preparar un paquete con la bolsa de la criatura y –la ya citada “Loty”– subía hasta el segundo piso y bajaba con Carlita en brazos. Así se la llevaron, le dijeron. Basada en esas informaciones, Matilde Artés Company no tuvo demasiado inconveniente en averiguar que otra de las participantes en el operativo había sido una tal “China Mery”, quién no era sino María Elena Márquez, una mujer delgada, de moño y redondos lentes de metal, que se domiciliaba en la calle Reyes Cardona 1064, de La Paz. También a ella la siguió y fotografió repetidamente y a ella denunció ante el ministro, como también denunció al doctor Gastón Ponce Caballero, que en 1976 ejercía la presidencia de la Cruz Roja Boliviana pero en los hechos –haciéndole poco honor a su apellido– se portaba canallescamemente y negaba la más mínima cooperación a todos los torturados y perseguidos por el régimen. Después de eso, la abuela detuvo por un momento su accionar: le resultaba indispensable repasar toda esa información que poseía y reflexionar acerca de los próximos pasos que iba a dar. Ahora, conocía los días últimos de su nieta hasta que fue retirada del asilo y el destino de su hija hasta que fue trasladada a la ciudad de Cochabamba. Era mucho, después de todo. Con respecto a su yerno –Enrique Joaquín Lucas López– por desgracia pronto estuvo también al tanto de su final: el 17 de setiembre de 1976, en el Barrio Minero de Cochabamba, había sido apresado junto a Pedro Silvetti, ex secretario personal del general Juan José Torres, abatido a su vez en Buenos Aires, donde se asilaba, en junio de ese mismo año. Después, los dos jóvenes habían muerto en la sala de torturas. La internacional del terror represivo se entiende, por lo visto, a las mil maravillas, pensó esa noche Matilde Artés Company mientras encendía el último cigarrillo. Después, apagó la luz del velador y trató de descansar.

Decidió publicar todo lo que conocía hasta el momento, en forma de carta abierta dirigida al general Banzer. El primero de noviembre de 1979, los paceños se enteraban, leyendo el diario “Presencia”, de las peripecias de esta abuela y de un nuevo crimen del gobierno militar. No se mostraron demasiado sorprendidos,

de todas formas. Y aunque hubieran querido hacerlo, mucho tiempo no tuvieron: ese mismo día, el general Natush Busch derrocaba a la señora Gueiler. Todos los agentes del anterior régimen banzerista, que hasta el momento habían estado discretamente replegados, reaparecieron en la palestra, revanchistas como nunca. Entre ellos, por supuesto, “la Loty” y “la China Mery”, que tan acorraladas se habían sentido por el accionar de Matilde. De inmediato organizaron su cacería. Rápidamente el aparato represivo se enteró del domicilio de la mujer, un dato que ésta se había cuidado de guardar celosamente: se hospedaba en casa de una monjita, cerca de la Plazoleta Pérez Velazco. Hasta allí, ansiosos como nunca, aulladores como las sirenas de sus autos, marcharon los chacales. A las dos de la tarde, ya rodeaban la zona. Para colmo, en ese mismo momento y en ese mismo lugar se generalizó un tiroteo encarnizado: grupos de obreros y estudiantes, aunque mal armados, intentaban oponerse al nuevo cuartelazo. En casa de la monja, por su parte, las decisiones debieron tomarse apresuradamente, elaborarse en base a instinto, más que nada. Matilde Artés Company estaba segura que de ser capturada la aguardaba la tortura y la muerte. Ante ese futuro, cualquier riesgo era digno de correrse. Alguien le alcanzó unos pantalones masculinos y mientras se los ponía a toda velocidad oía afuera los tiros y en el patio de la casa el motor de una moto que arrancaba. Fue hasta allí, porque era a ella a quién esperaba el vehículo. Se encontró frente a frente con el chofer: un muchacho muy joven, casi un chico, con apenas una pelusita de barba que le rodeaba el rostro. Se acordó de su hija, de su yerno y de Carlita. Se montó en el asiento de atrás y se abrazó con fuerza a esos músculos duros: —Baje la cabeza, escuchó que le decían. Una mujer abrió la puerta del garage, una puerta gris, como de latón: —¡Fuerza, carajo, que allá vamos!, la animó el muchacho. Así, a toda velocidad y entre las balas, cruzaron la Pérez Velazco. No pararon hasta llegar a un lugar seguro que le tenían preparado: Matilde posee también la nacionalidad española, por parte de padres, y tuvo ayuda valiosísima de la embajada de España en La Paz. Al sexto día, escoltada por el propio embajador, fue conducida hasta el aeropuerto. Su avión representaba el último vuelo de ese día y la gente luchaba para penetrar a su interior. En las calles, el mercado negro de los pasajes y de la comida se ponía las botas, los hoteles triplicaban sus tarifas, las mujeres jóvenes se prostituían por un alojamiento

seguro y las viejas no tenían más remedio que mendigarlo, los extranjeros pagaban espléndidamente para que sus pasaportes se sellaran. Ni los diplomáticos se salvaban de esas reglas de juego. Y los había muchos en La Paz en ese momento, porque el golpe se produjo mientras se realizaba, en esa ciudad, la reunión plenaria de la OEA: “El único que no tuvo problemas en esos días, yo creo que fue Orfila” –recuerda hoy un viejo funcionario de carrera que en esos momentos se desempeñaba en la representación argentina—. Y después agrega: “Alejandro es bueno para bailar el tango en algunas recepciones: ahí se le despiertan ancestros de guapo, “pesado” y compadrito. Pero cuando las papas quemaron... ¡se pegó un cagazo... Con decirle que se hizo fletar un avión para él solo, desde Buenos Aires, y nos dejó a todos colgados... Sí señor, cagonazo este Alejandro... y cagador, para colmo”.

Mientras los personajes del jet set se arañaban de esta forma y olvidando las buenas maneras se abrían paso –a patadas, mordiscones y codazos–, hacia la salvación, Matilde veía la suya ya cercana. Desde la diminuta ventanilla distinguía a sus perseguidores todavía en la pista, pero el avión pronto empezó el carreteo. Descendió en Perú y también allí la esperaba, como protección, el cónsul de España. Se instaló en pocos días más y, de inmediato, se sumergió otra vez en lo que había sido, desde aquel abril de 1976, la única pasión de su existencia: buscar y encontrar a Graciela y Carlita.

“En Perú me ubiqué en la ciudad de Lima. Fui a la clínica donde el parto se produjo. Fotografíe su frente. Obtuve la auténtica partida de nacimiento. Recabé hasta el más mínimo detalle de todo lo acontecido ese día. Fotografíe la sala en la cual aquél tuvo lugar. Hablé con las enfermeras que habían tenido contacto con mi hija y ellas me dieron todas las características físicas de Carlita, el tamaño de su cabeza, sus rasgos faciales, su grupo sanguíneo, la huella plantar de su piecito derecho. El director me proporcionó toda la documentación... Se portó, conmigo, mucho mejor que como lo hizo el gobierno peruano, que no movió un dedo por mi nieta, a pesar de tener ella esa nacionalidad... Hablé... hablé y fotografíe... Estuve en el mismo jardín, en ese banco donde mi hija se sentó con mi nieta...”

En este momento, es cuando se le quiebra la voz y entonces uno no sabe qué decir. Todo consuelo sonaría acartonado y superficial, apenas una capa de piedad. Y estas Abuelas –lo mismo que las Madres y que los Familiares, demás está decirlo– lo menos que desean es inspirar piedad. Desprecian la lástima, porque están en la lucha.

Matilde Artés Company continuó en Perú con esa lucha. De ninguna manera –al menos por el momento– podía regresar a Bolivia –ingresó, entre otras cosas, a las Abuelas de Plaza de Mayo– y a recopilar la información que desde varios sitios afluyó a ella. Pasaron, así, años. Sus viajes y entrevistas se multiplicaron y poco a poco su panorama de los hechos fue redondeándose hasta volverse nítido. Las conclusiones a las que había arribado, después de sopesar, analizar y reanalizar todas las líneas que confluían en sus manos, eran –para ella al menos– seguras. Sólo tres hipótesis podían haberse dado en el caso de Carlita y de Graciela. La primera, indicaba que podían haber sido, ambas, asesinadas. La segunda, que Graciela, únicamente, era la masacrada y que la niña figuraría, en ese caso, como hija adoptada ni más ni menos que por el ex ministro del Interior y ex presidente de Bolivia, general Juan Pereda Asbun. La tercera y última, indicaba que las dos, madre e hija, habían sido entregadas, con vida, a las autoridades argentinas. Necesitaba de alguien que despejara las incógnitas y desentrañara cuál de las propuestas era la verdadera. Y encontró al hombre necesario. Las autoridades españolas, incluso –ahora ella residía en España– respaldarían su accionar.

Fue él quien viajó primeramente, a Cochabamba. Esa ciudad era un mercado en el cual la mano de obra parapolicial se ofrecía al mejor postor, tanto a los militares ambiciosos como a los narcotraficantes que, después de todo, vienen a ser la misma cosa. En esa verdadera “bolsa de trabajo” tenía que ubicar a Wilfredo Aguilar Montaña, alias “Chihua”. Sus antecedentes no eran demasiado tranquilizadores. Hombre sin escrúpulos, matón a sueldo y parapolicial desde siempre, guardaespaldas de militares y grandes empresarios –vernáculos yankis– había sido, sin embargo, desplazado de todos esos grupos a raíz de un accidente automovilístico que lo había dejado inválido de una de sus piernas. Ese hecho, al parecer, había aumentado cierto desequilibrio mental que ya desde antes poseía. Alcohólico empedernido, traficante y drogadicto él mismo extrañaba “la buena

vida de los viejos tiempos”: él, que había sido amante de notorias cabareteras que aún brillaban en las marquesinas, que había manejado desaprensivamente autos importados lustrosos como espejos y que había vestido a la última moda, se veía ahora obligado a vivir poco menos que de la caridad pública. No era justo. Por eso mismo se ofrecía, desesperadamente, para apretar cualquier gatillo para realizar los más peligrosos viajes como “correo” de cocaína. Pero su hora ya hacía tiempo se había detenido: estaba demasiado quemado. Los políticos y los militares de la ultraderecha le huían como a la peste, los civiles reyes del narcotráfico le tiraban monedas y despreciaban sus ofertas, más que ventajosas en realidad: “—Por cinco mil pesos (US\$ 2,50), mato a cualquiera”, no se cansaba de divulgar. Con esos antecedentes en su poder, el investigador sabía que debía moverse con pie de plomo. Tenía buenas recomendaciones, eso era cierto: por un lado, lo poco rescatable que podía rastrearse todavía dentro de la policía cochabambina, hombres asqueados, en cierto modo, de tanto negociado y tanta sangre que a diario los rodeaba; por otro, una buena legión de resentidos, que suelen convertirse en los mejores y más eficientes informantes. Gracias a esa gente, pudo instrumentar un aceitado sistema de seguimiento a Wilfredo Aguilar Montaña. Los primeros contactos telefónicos —de acercamiento— que con él entabló, demostraron que, en efecto, “el Chihua” era un hombre barato: si por matar cobraba cinco mil pesos, por una cantidad mucho menor estaba dispuesto a contar todo. Habló muy pronto, cierta noche y sobre un auto en movimiento que daba vueltas sin cesar por las sucias calles del mercado de la ciudad. Se confesó miembro de los grupos comandados por Gary Alarcón, Mario Jordán Chávez y Fernando Canelas. Reconoció que por orden de estos últimos había arrojado a las aguas del lago artificial Corani los cuerpos de la madre y de la hija y acusó a Gary Alarcón como el matador de las mismas: “—Él mismo disparó contra ellas y después las amarró con alambre. Yo debí introducirlas en bolsones de cuero, rellenos de piedras”, dijo sin mayores pesadumbres. Después, extendió la mano, recibió los escasos dineros y se alejó rengueando. Antes, concretó una nueva entrevista pero no acudió a ella: ya tenía billetes como para pagar sus dos o tres próximas borracheras. El amigo de Matilde lo rastreó unos días, pero indudablemente, el pájaro había volado. Sin deprimirse, orientó sus prismáticos en dirección a las andanzas del tal Gary Alarcón, sindicado como el ejecutor directo de Carlita y

Graciela. A las tres de una tarde, sentado en un banco de la plaza principal de Cochabamba, obtuvo de boca de un ex custodio del general Banzer las últimas noticias: Gary Alarcón, junto a su hermano Guido y en compañía de otros veinticinco parapoliciales, se había trasladado “a algún remoto lugar del Beni” donde se estaría instruyendo a ultraderechistas en los lineamientos de la guerra insurreccional. Mario Jordán Chávez, sin embargo, no había podido ser de la partida: le había resultado imposible integrarse a ella, desde el momento que había sido ametrallado en un ajuste de cuentas entre traficantes y justo cuando los paramilitares subían al avión que los transportaría a la selva él era apenas un cadáver agujereado arrojado al borde de la carretera. Sin embargo, el informante tenía otra pista para ofrecer: se trataba, en este caso de una verdadera autoridad del ministerio del Interior, que sabía algunas cosas interesantes pero exigía garantías para desanudar la lengua y los recuerdos. El funcionario obtuvo las seguridades que solicitaba. En un departamento, alquilado solamente por ese día, se despachó a gusto: “—Es mentira que esa mujer y su hija hayan sido arrojadas al lago... las enterraron en la hacienda ‘El Castillo’, rastreen allí, que allí las van a encontrar”, aseguró con una voz algo aflautada. La sugerencia, no obstante, presentaba algunas dificultades para llevarse a cabo: en primer lugar, no resultaba demasiado fácil remover una extensión de tierra de esas dimensiones; en segundo lugar, la propiedad en cuestión pertenecía al general Faustino Rico Toro. De todas maneras, el investigador viajó hasta la localidad de Sacaba, en donde se ubica, imponente, ‘El Castillo’. El militar lo recibió seguro de sí mismo y de su impunidad. Mientras bebían un whisky en la fresca galería de la mansión, le dejó entrever su verdad: tenía muchos crímenes sobre su conciencia —era probable— pero no quería cargar con más responsabilidades de las necesarias; así que se ponía a disposición de los demandantes para colaborar en todos los rastreos que desearan emprender. De vuelta en el hotel, el enviado de Matilde se dio una ducha tibia y, mientras tanto, se dedicó a pensar. La versión de la muerte de Graciela y Carlita le resultaba netamente inconsistente. Podía emprenderse el dragado del lago o la remoción de las tierras de ‘El Castillo’ como una forma de agotar todas las posibilidades, pero a esa altura de los acontecimientos cada vez se convencía más de que todas las historias que hasta entonces había escuchado tenían como finalidad sólo obtener dinero o involucrar a terce-

ras personas por intereses políticos o económicos. Mientras se vestía, terminó de afianzarse en esas convicciones. Cuando llegó al hall, lo esperaba una llamada: —Graciela Rutila Artés, sin su hija, está prácticamente prisionera en un prostíbulo, en el interior, en plena selva—, oyó que una voz de mujer le decía, antes de cortar rápidamente. Efectivamente podía ser otra pista. Pero, por el momento prefería dedicarse a agotar la segunda tesis: la que sugería la adopción. Antes, tomaría un poco de aire. Al otro día le esperaba una ardua tarea.

Comenzó el trabajo muy temprano, repasando las informaciones que Matilde había recopilado en todos esos años y le había entregado esperanzada. Los detalles que en esas muchas hojas se acumulaban no eran para nada desdeñables. En efecto, las empleadas del Ministerio del Interior que la actriz había interrogado, le habían asegurado que una mujer fue testigo, entre muchas otras personas, de la desgarrante separación de Graciela y Carlita, verificada en las repulsivas mazmorras del DOP, en La Paz. Su nombre de soltera aportaba poco, apenas era uno más en el montón: Norma Ballivián. Pero se le agregaba el apellido de su esposo, la mezcla se convertía en un cóctel explosivo: de Pereda Asbún. Al parecer, la susodicha Ballivián había quedado muy impresionada por el adiós entre madre e hija que le había tocado presenciar y visitó a la niña en el orfanato en que fue depositada: “—Varias veces vino por acá a verla y manifestaba deseos de adoptarla”, le habían comentado seriamente a Matilde Artés Company cuando estuvo allí, antes de su huida a Perú. Y después habían agregado: “—El doctor René Duchén Alcalá sabe algo de todo este asunto”. A él, entonces, fue a ver el investigador. Cuando lo ubicó, el entrevistado negó todo: —Se trató de un mal entendido, mi querido— expresó, confanzado y zafándose. El amigo de Matilde lo saludó correctamente y abandonó el acogedor escritorio. Estaba seguro de que ese tipo sería más duro que una piedra: debía encaminarse hacia otras puertas. La revisión de las fichas médicas, por ejemplo, de las hijas del matrimonio Pereda Asbún-Ballivián Canelas que, en edad, se acercaban a Carlita. Deseaba acceder a los datos que dieran cuenta de sus grupos sanguíneos o de sus huellas dactilares y plantares. Cenó con algunos conocidos que tenía en el COSSMIL —institución que se ocupa del Seguro Médico Militar— y ellos lo derivaron hacia los responsables de las clínicas que en alguna oportunidad habían prestado servicios a los hijos del matrimonio investigado. Pero no

obtuvo el más mínimo resultado: los servicios médicos militares y las sociedades médicas que a ellos se relacionan, cuentan con cuerpos de seguridad especiales los cuales, por desgracia, se revelaron como muy eficientes. Sólo quedaba un camino: hacer las valijas... pero no rumbo a la derrota, sino a Santa Cruz, residencia habitual de los Pereda Asbún. A la terminal de colectivos santacruceña llegó horas después. Lo primero que hizo fue sacudir el polvo de su portafolios. Después entró en un bar y se tomó un refresco.

Su tercer paso, fue comunicarse por teléfono con un amigo del ex ministro del Interior y ex presidente de Bolivia: en su trabajo de hormigueta, Matilde también lo había conseguido. Al otro día, se reunieron y a la conversación asistió además un médico emparentado al general. Después de horas de charla, el investigador manejaba insinuantes informaciones. En efecto, los esposos Pereda Ballivián tenían una hija, cuyos rasgos físicos la diferenciaban netamente de sus demás hermanos, marcadamente morochos: tendría entre ocho o nueve años de edad, era de tez blanca, constitución delgada, cejas oscuras, salud frágil, cabellos entre rubios y castaños, ojos claros. Había nacido –según se decía– el 8 de mayo de 1976; Carlita, era del 28 de junio del mismo año. Y lo fundamental: había padecido una operación muy delicada como consecuencia de una “comunicación interauricular congénita”, una complicación hereditaria que también había padecido un hijo varón de Matilde Artés Company. Al hombre que preguntaba, la piel se le puso de gallina, sobre todo a la altura de la nuca. A los otros dos, también. Pero no era posible que la ansiedad echara a perder un trabajo tan paciente que ahora parecía coronarse. Más que nunca debía actuarse con el máximo de diplomacia. Atacar a una personalidad de la talla de Pereda Asbún en su propio terreno, podía representar dos graves desenlaces: la fácil –muy fácil– muerte del desafiante y la pérdida definitiva de Carlita. Lo más criterioso pareció articular un primer acercamiento a través de Teresa Ballivián de Dragsic y de su esposo, que vivían también en Santa Cruz y eran hermana y cuñado, respectivamente, de Norma Ballivián de Pereda. Contra todos los cálculos en contra, los Dragsic Ballivián se mostraron encantados de colaborar y, sin mucho preámbulo, concertaron una entrevista para cuarenta y ocho horas después, en la propia casa de la presumiblemente Carlita. Esos dos días parecieron años al amigo de Matilde.

Pero estuvo, a la hora señalada y recubierto de una calma impresionante. La entrevista no comenzó demasiado fácilmente: un hombre que durante bastante tiempo tuvo en sus manos todo el poder de una Nación, no está demasiado propenso a tolerar que un desconocido se ubique en el living de su casa a inquirirle acerca de la autenticidad de su descendencia. Sin embargo, a medida que las horas iban transcurriendo, la tensión cesaba visiblemente y el general se tornaba más conservador. En determinado momento, pidió disculpas y se alejó por unos minutos de la reunión: volvió con un dossier repleto de documentos confidenciales y manifestó su convencimiento de que tanto Graciela como Carlita habían sido entregadas a las autoridades argentinas: —“El hombre clave para la dilucidación de este triste asunto es Guido Benavidez, ex jefe del DOP. Y también Guillermo Moscoso Sánchez, que en estos momentos está recluido en la Penitenciaría de La Paz”, sentenció. Con ello, parecía marcarse el fin de la relación. No fue ésto lo que aconteció, sin embargo. En efecto, el investigador volvió a la capital boliviana, pero allí las novedades recabadas fueron pésimas: el siniestro Benavidez hacía tiempo había huido al Paraguay y desde allí, posteriormente, había saltado a España, buscando ampliar distancias mientras tuviera tiempo. Y el preso Moscoso Sánchez estaba absolutamente incomunicado. Así que el amigo de Matilde tomó su cepillo de dientes y desanduvo la ruta a Santa Cruz: se dirigió directamente a la casa del general, total ahora ya conocía el camino. Estaba de suerte: Pereda Asbún, aunque parcamente, lo autorizó a tomar la huella plantar de su hija Juana María del Rosario —muy parecida, realmente, a Carlita— y también a verificar su grupo sanguíneo. Al cotejar los resultados con los datos que la abuela había logrado en Perú, no coincidían. Con el corazón hecho pedazos, no pudo menos que telegrafiarle y decirle toda la verdad. Quedaba sólo en pie la tesis de la entrega. Y, a fuer de sinceros, existía toda una tradición de colaboración entre los servicios represivos de los dos países que avalaba esa probabilidad. Esos estrechos vínculos se habían regado aún más durante el gobierno del general Hugo Banzer Suárez. Éste había cooperado con las Fuerzas Armadas argentinas, entregándoles ciudadanos de esa nacionalidad buscados por la dictadura, a cambio de ciertos favores económicos y políticos. Incluso, se sabía que por esa época había funcionado, en la Isla San Martín, frente al Canal de Beagle, en la Patagonia,

una suerte de campo de concentración internacional, que llegó a contar con 1038 prisioneros, los cuales eran obligados a trabajar en las minas de carbón allí existentes, sin adecuada protección contra el clima y sometidos a todo tipo de abusos. De los uruguayos, paraguayos y argentinos que por allí pasaron y lograron sobrevivir no se conocieron nombres; de algunos de los bolivianos sí, aunque más no fuera sólo el apellido en ciertos casos: Prieto y Díaz (de Potosí); Humberto Tarraga (de Yacuiba); Oviedo, Pastor Vaca, Néstor Vaca y Paolo León (de La Paz); Alberto Alies y Oscar Ferrufino (de León); Guzmán Antezana, Jorge Alien y Edmundo Ferrufino (de Cochabamba). Por otra parte, era innegable que el general Banzer había encontrado en la Argentina su segunda patria: por algo, en sus diferentes exilios, siempre se refugiaba en ella. Allí había montado su base de operaciones para planificar el golpe que lo había llevado al poder. Allí había realizado también interesantes inversiones, entre ellas una planta embotelladora de Coca Cola, cuya instalación —se aseguraba— había sido garantida por ciertos círculos financieros y militares vernáculos, íntimamente ligados al militar boliviano a la hora de repartir las regalías de las coimas internacionales y del narcotráfico. Por esa larga tradición cooperadora, justamente, es que la apertura democrática operada en Bolivia había puesto nerviosos a los uniformados argentinos: temieron que este territorio pudiera servir de plataforma de lanzamiento de acciones en su contra y que los vínculos económicos anteriormente establecidos se rompieran o se debilitaran al menos, una situación que evidentemente favorecería al Brasil, muy interesado por entonces en la compra del gas boliviano. Para colmo de males, habían también vislumbrado otro hecho: la pérdida de un gobierno militar adicto, capaz de sumarse a la estrategia contra Chile en caso de fracasar o ser adversa la mediación papal referente al Beagle. Por todo eso es que no habían dudado en colaborar con los generales Luis García Meza y Hugo Echeverría, con el coronel Luis Arce Gómez y con los grupos económicos a ellos ligados. Alegrementemente les habían proporcionado armas, ayuda técnica, apoyo logístico y millones de dólares. Comandos especialmente entrenados en áreas centroamericanas habían sido cedidos gentilmente para asesinar al sacerdote jesuita Luis Espinal, atacar con bombas a pacíficas manifestaciones políticas y ejecutar actos terroristas contra personalidades e instituciones de derecha. Habían perseguido un fin

con todo eso y lo habían logrado: desacreditar al gobierno de Lidia Gueiler y preparar el camino para la intervención de “las fuerzas del orden”. Los nombres de los agentes argentinos infiltrados, por otra parte, eran conocidos. El amigo de Matilde, hizo memoria. En primer lugar, Robert Shaves Ford, para algunos nacido en Colombia pero radicado desde siempre en Argentina. Había llegado a Bolivia bajo la pantalla de ser un elegante ejecutivo de una firma comercial que se adjudicó la licitación de aprovisionamiento del gigantesco hospital militar y de venta de algunos materiales al ejército. Pero pronto se había dedicado a editorializar en el súper conservador “El Diario”: allí, sostenía que en Bolivia, en ausencia de una verdadera clase dirigente y de una real aristocracia, el gobierno debía residir en manos de las Fuerzas Armadas. Pergeñaba estas trasnochadas ideas en su suite del lujoso “Hotel Plaza” donde, por otra parte, residían todos los oficiales superiores argentinos. Junto a la suya, resaltaban otras figuras. El investigador revolvió sus propias anotaciones y repasó las listas:

A) El capitán Antonio Pernía, agregado naval argentino en La Paz. Era hijo de un oficial de alta graduación retirado de la aeronáutica, había nacido en Córdoba y estudiado en el Liceo General Paz. Le gustaba ceder su quinta de fin de semana, ubicada en la localidad de Del Viso, a grupos irregulares, gustosos del entrenamiento. Se lo sindicaba como un conspicuo represor, torturador de la Escuela de Mecánica de la Armada, introductor de un nuevo sistema de padecimientos para los prisioneros: solía asaetearlos con dardos envenenados, de procedencia estadounidense, para caza mayor, con la carga rebajada, a los efectos de no producir la muerte de la víctima, por lo menos de inmediato.

B) Alfredo Mingolla, un paramilitar que se movía, preferentemente, en la zona de Cochabamba y La Paz, íntimamente vinculado al ex guardiamarina de apellido González Bonorino, alias “el Gordo”. A su llegada a Bolivia, había sido acogido casi paternalmente por el nazi Klaus Altmann y después había pasado a revistar directamente entre las huestes del ministerio del Interior. Entre sus “hazañas” resaltaban los atentados contra parroquias católicas. Viajaba permanentemente entre Bolivia y Argentina. En una oportunidad, en La Paz, había tratado de hacerse pasar como profesor de teología y exiliado político: de esa forma, logró conectarse con la Iglesia Metodista, pero pronto lo habían expulsado de esas filas.

C) *Álvaro Alarcón, de origen boliviano y poseedor de un carácter absolutamente desquiciado, desde la niñez. En efecto, le cupo ser testigo de la muerte de su madre a manos de su propio padre y del inmediato suicidio de éste. Como sus progenitores —ahora cadáveres— eran militantes del Partido Comunista, este movimiento envió a la URSS a Álvaro Alarcón, pero él pronto optó por dejar de lado la política y prefirió el refugio de la religión: se hizo pastor y hasta allí todo había sido doloroso pero correcto en su existencia. Sin embargo, residiendo en la Argentina, prontamente ingresó a la truculenta Triple A, desde cuyos parapetos intervino, entre otras cosas, en el asesinato de un pastor metodista de Santa Fe. Infiltrado en su país natal, después encontró ubicación en el ministerio del Interior y, vestido de sacerdote católico, solía visitar a los detenidos por el Servicio Especial de Seguridad (SES) a los que incitaba a la “confesión” y ante quienes se ofrecía “para llevar noticias de ellos a direcciones de familiares y amigos que quisieran indicarle”. Sabía sacarle partido a sus conocimientos de la Biblia.*

D) *El coronel Schelling, que había sido profesor de la Escuela de Comandos de la ciudad de Cochabamba y acarreaba una dilatada experiencia de represor en la provincia argentina de Tucumán. Poseía mal carácter pero buena puntería, decían.*

E) *El capitán Schelling, hermano del anterior, que había sido Jefe de Inteligencia del Grupo de Trabajo N° 3 de la ESMA. Un especialista en torturas, que muy suelto de cuerpo se había sabido hospedar en pleno centro de La Paz, en el 5to. piso del “Edificio Indiana”, Avenida 6 de Agosto entre Aspiazu y Guachalla.*

F) *Atilio Benito Moya, otro parapolicial de pura cepa, llegado de Argentina con una especialidad a cuestas: el asalto a los sindicatos. Hombre de López Raga, llegó a poseer, en la ciudad de Santa Cruz, una parrillada, de nombre “El Gauchito”, por añoranzas quizás.*

G) *Ricardo Dip, que en la Argentina se había “ganado la vida” con la poco honorable actividad de ser informante policial. En Bolivia, había seguido esos mismos pasos: “batía” a sindicalistas y a militantes estudiantiles.*

H) *Oscar Sagra, que en Argentina había sido miembro de la Juventud Sindical y admirador de López Rega. En Bolivia, seguía haciendo lo único que sabía: delatar.*

Esa era la flor y nata del “Plan Cóndor”. Y había muchos, muchísimos más nombres todavía, correspondientes a esos hombres que ignorando supinamente las fronteras y las soberanías y contando con la bendición de sus gobiernos iban y venían constantemente, detectando, siguiendo, deteniendo, torturando, asesinando o traspasando de países a sus víctimas. Tráfico mortal y solapado el que desarrollaban, y por cierto también que abundante. “—Sí, es muy probable que ese haya sido el destino de Graciela y de Carlita”, pensó el amigo de Matilde. Y puso inmediatamente manos a la obra. De nuevo en esta oportunidad le fueron de gran utilidad los contactos que la mujer había sabido unir en todos esos años. Gracias a ellos tuvo acceso a algunos libros del ministerio del Interior. Revisarlos fue un trabajo que llevó muchos días y, después de todo, no fueron demasiado grandes los resultados. De vuelta debió circular la diplomacia, la adulonería, la paciencia y el dinero. Al final de todo ese camino, lo estaba aguardando un pequeño papelito, algo ajado con el tiempo, pero que contaba con los correspondientes sellos oficiales: era el telegrama de expulsión del país de Graciela Rutila Artés y de su hija Carla Rutila Artés, que Matilde le hizo llegar. En el caso de ellas, por lo visto, se había querido dar una pátina de “legalidad” a la entrega: eso iba a ser lo que, probablemente, ayudara a encontrarlas. Rápidamente, con el documento en su poder, el hombre viajó a la frontera de Villazón, lugar por el cual, según especificaba el radiograma, se había efectuado “el pasaje”. Allí, a pesar de no encontrar caras demasiado amigables, terminó de atar los cabos. Los agentes bolivianos intervinientes en el operativo habían sido Edgardo Vargas y Gregorio “Goyo” Mendoza, el último de los cuales muerto poco después, en medio de un episodio por demás confuso. También por parte boliviana, ese día 26 de agosto de 1976 en que Carlita y su madre pasaron de unas manos criminales a otras que no lo eran menos —se dice que junto a ellas iba también otro “expulsado”, de nombre Efraín Fernando Villazola—, figuraban como jefes de frontera en la localidad los funcionarios Gumericindo Espinoza, Gerardo Bernal (ambos del DOP) y René Caballero (de la Oficina de Migración). El operador de radio se llamaba Juan Carlos Villarroel. Del lado argentino, por su parte, lideró a los represores el Jefe de la Gendarmería Argentina en la zona de Villazón, un tal “comandante Remy”. A todos, sin excepción, se los había tragado la tierra.

Desde España, Matilde Artés Company envió todos estos resultados a las Abuelas de Plaza de Mayo: desde hacía tiempo, por otra parte, éstas estaban al tanto de ese caso y Matilde, regularmente, les hacía llegar las novedades de sus pesquisas y contactos internacionales. Se encontraron personalmente, incluso, en Madrid. De todas maneras, era una historia atípica y parecía verdaderamente imposible, esta vez sí, encontrar a una chica secuestrada en Bolivia y de la cual lo único que, concretamente, se sabía —en base al radiograma— era que había sido entregada a las fuerzas represoras argentinas, junto a su madre y a través del puente internacional de Villazón. Sin embargo, las Abuelas procedieron como siempre: abrieron una carpeta individual para Carlita e iniciaron una causa, primero en el Juzgado de Menores del doctor Hermelo —que se declaró incompetente— y después en el Juzgado Federal presidido por el doctor Marquardt, quien también intentó evadir los compromisos aferrándose a la incompetencia, pero no tuvo éxito. No obstante, el juez igual se sacó la piedra del pescuezo: derivó todas las causas que sobre niños desaparecidos tenía entre manos y de ahí en más volvió a dormir tranquilo y a pasear por la Recoleta, con las manos gallardamente cruzadas en la espalda; por desgracia para Carlita, en cambio, entre tantos tejes y manejes de su causa nunca más se supo.

Así se llegó a los primeros meses de 1983. A esa altura, el gobierno militar se caía a pedazos, la represión comenzaba a preparar sus valijas —para el repliegue de superficie y pasajero, por supuesto—, el generalizado sentimiento de terror impuesto desde arriba desaparecía y ciertas lenguas comenzaban a soltarse. Algunas por bondad, otras por remordimiento, unas cuantas por venganza y no pocas por las dudas. Pero, de todas formas, las fuentes no importaban demasiado: lo que sí impulsaba cada vez más a las Abuelas eran los cientos de denuncias que las alertaban sobre los lugares donde podrían en una de esas ser encontrados sus nietos. El registro de las llamadas telefónicas y de los anónimos se iba clasificando en carpetas enteras, que a veces hasta se caían de los escritorios, en medio de esa actividad de panal que reinaba en la Casa. Con respecto a esos datos que así se acumulaban, sin embargo, el criterio fundamental era la medida: se chequearían uno por uno, sin dejar nada de lado, pero jamás se alimentarían falsas esperanzas. Por eso mismo, se tomó como a una más la esquila que había llegado esa mañana: “En ella no se hablaba para nada de

un miembro de la Triple A. Se decía, simplemente, que alguien que había trabajado en la policía y en Inteligencia, tenía una nena rubia. Se agregaba, apenas, que vivía en la calle Soler y que su supuesto padre tenía familiares en la calle Humahuaca. Era muy incompleto. Además, esa descripción podía ajustarse a muchas criaturas. Nunca pensamos, en un primer momento, que se tratara de Carlita”, recuerdan ahora sus rastreadoras. La tarea, entonces, siguió adelante, como todos los días. Se estaba confeccionando el original de lo que iba a ser una solicitada para el diario “La Voz” y debían ponerse a punto también los murales para una campaña que quería cubrir toda la ciudad con las fotografías de los chicos: por eso mismo no había demasiado tiempo para distraer.

La solicitada se publicó y los murales taparon las paredes. Entre esas imágenes, por supuesto, estaba también el rostro claro de Carla Rutila Artés. A los pocos días, una abuela atendía el teléfono y se emocionaba por lo que desde el otro extremo le estaban diciendo: —Esta nena, Carlita, ha sido compañera de clase de mi hija. Ella misma la reconoció. Cuando vio la foto, me tiró de la pollera y me lo dijo: Mamá, esta es Gina. No puede equivocarse. La veía todos los días en la escuela Betania. La mujer siguió ampliando los datos y ahora todo iba adecuándose: el mismo pelo entre castaño y rubio, la misma salud frágil, los mismos “ojos color miel” y la sonrisa idéntica. Al cortarse la comunicación, se sabía con exactitud el nombre de los “padres” y las actividades que el hombre desarrollaba. La Casa de las Abuelas se transformó en un hormiguero. Desde ese centro, comenzaron a irradiar, cada una en la dirección que debía seguir.

Tener la ubicación del domicilio y del colegio simplificó las cosas. Los primeros pasos tendieron a contactar —con reserva y sutileza— a todos los afectados por la represión que vivieran en la zona o conocieran a vecinos del lugar: a todos ellos, paulatinamente, se les fue interrogando acerca de las características, el comportamiento y las costumbres de la familia sospechada. Todo tenía importancia: las relaciones entre la pareja y de la pareja y la niña, los comentarios del barrio, las historias personales, el concepto de que gozaban, los datos del resto de la parentela y, en definitiva, absolutamente todo lo que se relacionara con el caso. Un verdadero cerco informativo. Cuando estos aportes llegados de todos lados se fueron depurando, la situación real iba tomando forma. Ni Carlita ni sus supuestos padres vivían ya en el lugar y la niña tampoco concu-

ría al colegio “Betania”, un instituto privado de Almagro en el cual trabaja como Secretaria Haydée Gardiano, prima del hombre que la tenía secuestrada: Eduardo Alfredo Ruffo, conspicuo miembro de la Triple A sobre el que pesaba una orden de captura, por su vinculación —entre otras cosas— a la banda de Aníbal Gordon. Al parecer, a Ruffo se le había ido la lengua algunas veces: así, había comentado que su mujer no podía tener hijos porque había sido operada de los ovarios desde hacía años y que por ese mismo motivo la niña era adoptada. Además, gustoso de las ostentaciones y seguro de su impunidad, se vanagloriaba de matar entre 25 y 30 personas diarias: “—A los padres de Gina, sin ir más lejos, yo personalmente los boleteé”, afirmaba en los mostradores. Pero a pesar de tantas bravuconadas, por las dudas había tomado sus recaudos y había fraguado una partida de nacimiento de Carlita: en la misma, se da cuenta que el 13 de octubre de 1977 se consignaba el registro de la niña Gina Amanda Rufo, nacida el 26 de junio de 1975 a las 14 horas, en la porteña calle Crisóstomo Álvarez 4539. Y se falsean de paso, los nombres de los padres, desde el momento en que se anota como tales a Eduardo Alfredo Ruffo —C.I. 5.130.202— y a Amanda Beatriz Cordero —C.I. 4.605.051— todo ello ante el Juez Nacional de Primera Instancia en lo Civil, Alberto J. Bueres, en el tomo 1° B, Número 409, correspondiente a 1977. Con ese “documento” se sentía mucho más seguro, a pesar de que la seguridad no había sido, precisamente, una de las características de su vida. Si bien es cierto que se inició como militante de la Acción Católica, prefirió muy pronto los cenáculos de la ultraderecha —integrados también por no pocos católicos recalcitrantes, la verdad sea dicha— y su militancia atentó, en parte, contra su afianzamiento económico: sentía más gusto en programar delirantes represiones que en trabajar. De todas maneras, la Triple A le dio una oportunidad y a partir de su vinculación a la secta su situación financiera comenzó a perfilarse como floreciente. Muchos lo vinculan al asesinato del dirigente sindical Rogelio Coria, ex secretario general de la UOCRA (Unión Obrera de la Construcción): si ello no es cierto, por lo menos sí lo es el hecho de que Ruffo se quedó con el departamento que había sido propiedad del finado. Después del golpe, se convirtió —el ascendente “hombre duro”— en la mano derecha del general Otto Paladino, para quien trabajaba como jefe de contratación de agentes para la “Agencia Magister”, una entidad dedicada

a las vigilancias privadas –y otras yerbas conexas– de la cual el citado uniformado era dueño. Justamente fue en estas oficinas donde se la vio a Carlita, que allí había ido a parar a partir de su entrega a manos de la represión argentina en Villazón. Según otros, en cambio, desde Villazón, la madre y la hija habrían sido conducidas a uno de los tantos campos de concentración norteros, desde donde fueron luego trasladadas a Buenos Aires al “chupadero” “Automotores Orletti”. Algunas versiones periodísticas, indican que Ruffo se habría enterado con la niña. Otras opiniones, en cambio, son más lapidarias: “Yo no creo que ese tipo fuese capaz de sentir ternura por nadie. Lo conocí de cerca y... ¿quiere que le diga la verdad? Era un reverendo hijo de puta”. Palabras de un vecino.

Conviene dejar el final de la historia de Carlita Rutila Artes en boca de las propias Abuelas:

“Mucha gente, impactada, vino espontáneamente a colaborar con nosotras en este caso de Carlita, a aportar datos, pequeños detalles. Entre los muchos que vinieron, un matrimonio fue el que nos decidió a accionar judicialmente: nos dijo que la niña estaba constantemente rotando en casas de diferentes amistades de los Ruffo, porque éstos tienen miedo de que las Abuelas la encuentren. Entonces decidimos presentar la causa en el mismo juzgado en el cual se estaba tramitando la causa de la Triple A. Hasta ese momento, todo el asunto se había tenido muy reservado. Ahora, se discutió entre todas –y con nuestros equipos técnicos– acerca de la conveniencia de presentar estas denuncias anónimas, porque tal iba a ser la carátula que les iba a corresponder. Decidimos hacerlo y nos presentamos ante el juez Dibur, que en ese momento estaba a cargo del Juzgado Federal N° 5: estábamos muy preocupadas, porque pensamos que una denuncia anónima no la iba a recibir y menos insertarla en la tremenda causa de la Triple A. Para nuestra sorpresa, la aceptó, la incorporó... y una hora y media después ya había allanado la casa, en la calle Soler. Por supuesto, allí ya no había nadie. Así que se han seguido practicando una serie de allanamientos en la capital, en los alrededores de la capital, en el sur... Se dictó la orden de captura de un médico –el doctor Enrique Julio

López— que aparece firmando como asistente del parto... Pedimos también a Presidencia de la Nación que autorizara la aparición en televisión de la foto de la nena, pidiendo ayuda a la población y ahí nos solicitaron una orden del juez. El juez dio dicha orden e insistió en la divulgación de las imágenes, pero se pasaron apenas una o dos veces. No sabemos por qué. Tampoco sabemos por qué los diarios no hicieron lo que nosotros pedimos, que fue la publicación de las fotos de la nena: sólo uno o dos la publicaron. No ha habido, evidentemente, una buena actitud en ese sentido. No podemos hablar de manos negras... pero la Triple A está integrada por 1300 miembros y sus tentáculos, por lo mismo, han de llegar a todas partes. Estamos seguras de que continúan operando. Y, además, nos consta. Porque desde el mismo momento en que presentamos el caso a la justicia, hemos recibido amenazas de muerte —hasta seis en una misma noche— de gente que dice pertenecer a la Triple A. Nos dicen que nos van a matar, que también matarán a las Madres. En fin, que nos van a reventar a todas. Eso sí, sin términos soeces. Simplemente, nos amenazan de muerte con mucha corrección”.

Mientras tanto, Carlita espera. Nadie que compare las fotografías que de ella guarda su abuela con las publicadas no hace mucho tiempo por el diario “La Voz” —en las cuales la niña posa junto a sus compañeras escolares— puede dudar un mínimo instante: sin lugar a dudas, se trata de la misma criatura. Sin embargo, continúa sin ser localizada. Sus secuestradores continúan prófugos, arrastrando con ellos esa nena que no les pertenece —ni les ha pertenecido jamás, pues la usurpación no es fuente de derechos—, esa nena que debió soportar la brutal separación de su madre primero, la estancia en sombríos campos de concentración después y que ahora vive sometida a los azares de una fuga sin posibilidades ni destino final. No obstante, como contrapartida de esa espera desgarrante y de los caprichos del funcionario de turno, se alza la fe inquebrantable de la Abuela Matilde, quien sabe que más tarde o más temprano tendrá en sus brazos a la pequeña que es hija de su hija. Hay desgaste en las largas dilaciones, en las informaciones falseadas, en la sospechosa ineptitud de quienes deben dar con la secuestrada. Pero pese a las expectativas de los asesinos de siempre no

hay desesperación en las Abuelas, sino esa serena voluntad de lucha de quien sabe que está usando la verdad y la justicia como armas y escudo. Por eso hoy Matilde continúa en la búsqueda. Aguarda. Y mientras tanto siente que el corazón se le agiganta, ansioso. No la acobardan ni las extensas antesalas ni las tímidas puertas que nunca llegan a abrirse del todo. El ministro del Interior le ha asegurado que la policía, de aquí en más, “trabajará en serio” (entonces, ¿hasta ahora no lo ha hecho?). El embajador de su país aguarda expectante las novedades que le permitirían culminar su carrera diplomática con un broche de diamantes (“—En abril, cuando vengan sus majestades... Quizás en abril... Ojalá sea en abril...”, pensará el señor embajador).

Mientras tanto, gastado como su imagen, el círculo se cierra. Es el resultado del trabajo de todas las Abuelas. Que siguen vigilando, con sus ojos de lince.

Epílogo

Más allá de estas historias y de sus desenlaces, la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo continúa. Su vigencia, por otro lado, sigue siendo absoluta. Las consignas que desde el día que decidieron unirse las impulsan a la acción, se mantienen enhiestas. No hay razón para arriar esas banderas. El camino que tienen por delante todavía sigue siendo extenso y se adivina erizado de enemigos. La localización de todos los niños desaparecidos y su restitución a los legítimos hogares de los cuales fueron arrancados –a veces en el vientre de sus madres– es el fin que primordialmente aún hoy persiguen, sin dejar de buscar a sus hijos, y hacia el cual se dirigen de forma ineludible. Un fin que significa, más que nada, el esclarecimiento de toda la verdad y la entronización del condigno castigo a los culpables. Un fin que debe concretarse, en aras de la salud mental de toda la población infantil de este país y en honor de los inalienables derechos de la infancia.

Quizás sin saberlo a ciencia cierta –pero ahitos de intuiciones– sus nietos las esperan. Como las espera ese niño triste que desde un afiche nos está diciendo “Mi abuela me está buscando. Ayúdela a encontrarme”. Una invitación –y hasta casi un ruego– que ninguno podemos desechar, más allá de los miedos y de los asesinos, que poco pueden el día en que los pueblos deciden ejercer la solidaridad y la justicia. Así sea.

JULIO E. NOSIGLIA

Buenos Aires, marzo de 1985.